



ITESO  
Universidad de  
Toluca

RAÚL FUENTES NAVARRO



# **CENTRALIDAD Y MARGINALIDAD DE LA COMUNICACIÓN Y SU ESTUDIO**

# **CENTRALIDAD Y MARGINALIDAD DE LA COMUNICACIÓN Y SU ESTUDIO**



# **CENTRALIDAD Y MARGINALIDAD DE LA COMUNICACIÓN Y SU ESTUDIO**

**RAÚL FUENTES NAVARRO**



**ITESO**  
Universidad Jesuita  
de Guadalajara

INSTITUTO TECNOLÓGICO Y DE ESTUDIOS SUPERIORES DE OCCIDENTE  
Biblioteca Dr. Jorge Villalobos Padilla, SJ

---

Fuentes Navarro, Raúl

Centralidad y marginalidad de la comunicación y su estudio / R. Fuentes Navarro.--  
Guadalajara, México : ITESO, 2015.  
289 p.

ISBN 978-607-9361-89-1

1. Comunicación – Estudio y Enseñanza. 2. Comunicación – Investigación – Metodología. 3. Prácticas Académicas de la Comunicación. 4. Comunicación – Prácticas Profesionales. 5. Comunicación – Filosofía. 6. Comunicación – Tema Principal. 7. Sociología de la Comunicación. 8. Sociología de la Cultura. I. Cátedra en Estudios Socioculturales (2011 : ITESO) II. t.

[LC]

306.4 CAT 2011 [Dewey]

---

Diseño original: Danilo Design

Diseño de portada: Nohemí González Fregoso

Diagramación: Rocío Calderón Prado

Foto de contraportada: ITESO / Luis Ponciano

La presentación y disposición de *Centralidad y marginalidad de la comunicación y su estudio* son propiedad del editor. Aparte de los usos legales relacionados con la investigación, el estudio privado, la crítica o la reseña, esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, en español o cualquier otro idioma, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, inventado o por inventar, sin el permiso expreso, previo y por escrito del editor.

1a. edición, Guadalajara, 2015.

DR © Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente (ITESO)  
Periférico Sur Manuel Gómez Morín 8585, Col. ITESO,  
Tlaquepaque, Jalisco, México, CP 45604.  
[www.publicaciones.iteso.mx](http://www.publicaciones.iteso.mx)

ISBN 978-607-9361-89-1

Impreso y hecho en México.

Printed and made in Mexico.

# *Índice*

PRESENTACIÓN	<b>7</b>
LA DIMENSIÓN ONTOLÓGICA: LA COMUNICACIÓN COMO PROBLEMA, COMO RECURSO Y COMO SOLUCIÓN	<b>11</b>
LA DIMENSIÓN EPISTEMOLÓGICA: LA COMUNICACIÓN COMO OBJETO DE CONOCIMIENTO	<b>51</b>
LA DIMENSIÓN PRAXEOLÓGICA: LA COMUNICACIÓN COMO PRÁCTICA, COMO PROFESIÓN Y COMO POLÍTICA	<b>87</b>
LA DIMENSIÓN METODOLÓGICA: LA CONSTRUCCIÓN DE OBJETOS DE INVESTIGACIÓN	<b>119</b>
LA EMERGENCIA DE UN CAMPO ACADÉMICO: LA ORGANIZACIÓN SOCIAL DE LOS SABERES Y LA IDENTIDAD DISCIPLINARIA	<b>153</b>
LA INSTITUCIONALIZACIÓN DE LA INVESTIGACIÓN ACADÉMICA DE LA COMUNICACIÓN: DESCRIPCIÓN COMPARATIVA INTERNACIONAL	<b>185</b>

LA COMUNICACIÓN COMO PROYECTO DE CONVERGENCIA ANTE LA TRASFORMACIÓN SOCIAL	<b>221</b>
LA COMUNICACIÓN Y SU ESTUDIO ACADÉMICO ¿CENTRALIDAD Y MARGINALIDAD?	<b>253</b>
BIBLIOGRAFÍA	<b>281</b>

## ***Presentación***

***Un centro importante de la investigación futura permanece fuera de la comunicación —en el fin de la comunicación y en sus intersecciones con otras prácticas políticas, económicas y culturales. Ahora es un buen tiempo para considerar cómo los estudios de medios y de comunicación podrían ser diferentes.***

(JENSEN, 2010, p.165)

La frase citada como epígrafe aparece al final de un libro del investigador danés Klaus Bruhn Jensen, quien se ha destacado en los últimos años en los foros académicos internacionales dedicados a los estudios sobre la comunicación y los medios por sus contribuciones empíricas y teórico-metodológicas, y por sus propuestas de sistematización conceptual y ética del campo, en su caso basadas en el *pragmaticismo* de Charles Sanders Peirce (1991) y una amplia recuperación (“convergente”) de aportes muy diversos.

A partir de la revisión de propuestas como esta, provenientes de diversas latitudes y fundamentadas en distintas tradiciones intelectuales, se asume la necesidad de reflexionar —con el mayor nivel de profundidad que sea posible— sobre los cambiantes referentes y condiciones de la investigación de la comunicación, que sirvan como estímulo a algún debate productivo a propósito de “cómo los estudios de medios y de comunicación podrían ser diferentes” (quizá más consistentes y pertinentes) en México y América Latina, sin prescindir de su ubicación en los procesos globales (o al menos “internacionales”) sobre la comunicación y su estudio, desde una perspectiva sociocultural.

Pasar de ese debate a la “acción” —a la reestructuración de las prácticas y programas de enseñanza e investigación— tendría que ser, desde este punto de vista, objeto de una concertación de “fines” complejamente condicionada en los ámbitos académicos, en donde a las



tensiones constitutivas originarias se han agregado las urgencias por definir si —y formular cómo— la comunicación y su estudio pueden ocupar una posición “central” o permanecer en la “marginalidad” entre los factores intelectuales y sociopolíticos vigentes en la construcción contemporánea del futuro. En ese sentido, cabe recuperar de entrada dos “inquietantes preguntas” socioculturales formuladas hace ya algunos años por Jesús Martín-Barbero:

¿Cómo hemos podido pasar tanto tiempo intentando comprender el sentido de los cambios en la comunicación, incluidos los que pasan por los medios, sin referirlos a las transformaciones del tejido colectivo, a la reorganización de las formas del habitar, del trabajar y del jugar? Y ¿cómo podríamos transformar el “sistema de comunicación” sin asumir su espesor cultural y sin que las políticas busquen activar la competencia comunicativa y la experiencia creativa de las gentes, esto es, su reconocimiento como sujetos sociales? (Martín-Barbero, 2002, p.224).

La propuesta de reflexión asumida sobre el estado actual y el futuro del *campo académico de la comunicación* encontró una espléndida oportunidad de concreción durante el semestre enero-mayo (primavera) de 2011 en el Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente (ITESO), mediante la figura de la *Cátedra en Estudios Socioculturales*, una modalidad de actividad académica instituida como una respuesta a la necesidad de diversificar los espacios de reflexión, análisis y discusión en torno a los procesos, problemas, prácticas, escenarios que configuran, atraviesan y tensionan a la sociedad contemporánea. Como iniciativa del Programa Formal de Investigación del Departamento de Estudios Socioculturales, este espacio curricular multinivel, centrado en la investigación y la producción académica original, toma forma mediante el esfuerzo de un profesor o profesora que expone en sesiones magisteriales a lo largo de un semestre, las reflexiones, avances, teorías, resultados organizados alrededor de un tema-eje que responde a su especialidad.

El objetivo general es fomentar el interés de la comunidad universitaria por la investigación original y su impacto en los ámbitos tanto académicos como sociales y políticos, a través de la articulación de propuestas, visiones, estrategias, que desde la universidad, coadyuven a la construcción de una sociedad crítica y participativa, informada y comprometida, de cara a la complejidad de la época que atravesamos. Su sentido, entonces, es el de acercar a la comunidad universitaria la producción académica de un(a) catedrático(a), que comparte y expone su pensamiento para contribuir al desarrollo de las competencias críticas de los estudiantes. En su tercera edición, correspondió al autor de este texto impartir la cátedra, bajo el título *La comunicación desde una perspectiva sociocultural: centralidad vs marginalidad*.<sup>1</sup> Este libro es producto de esa ocasión, elaborado a partir del registro y transcripción de las exposiciones y conversaciones de cada una de las sesiones, y de un laborioso proceso de edición textual, de manera que la interlocución se amplíe lo más posible.<sup>2</sup>

Con el objetivo particular de documentar y extender los fundamentos e implicaciones de una concepción sociocultural de la comunicación, situada y reflexiva, que permita identificar y compartir perspectivas tanto científico-académicas como ético-sociales sobre las dimensiones, recursos y posibilidades comunicativas de la vida social, la edición 2011 de la Cátedra en Estudios Socioculturales fue concebida como un ejercicio de *producción social de sentido sobre la producción social de sentido*, basado en la revisión crítica y el debate

1. En sus ediciones previas, la Cátedra en Estudios Socioculturales fue impartida por los colegas Rossana Reguillo (otoño 2008, con el tema Análisis sociocultural contemporáneo: acontecimiento, biopolítica y emociones), y Raúl Acosta (primavera 2010, sobre Reconfiguración de lo social: rumbos de la investigación sobre propósitos colectivos). La cuarta edición correspondió a María Martha Collignon (otoño 2013) como titular, a propósito de Identidades sociales y sexualidades contemporáneas.
2. Entre las muchas personas a las que cabe agradecer el apoyo están en lugar prioritario Susana Herrera, por su coordinación del Programa Formal de Investigación y su entusiasmo por esta edición de la cátedra y el impulso de su continuidad, y Alicia Aldrete por su eficientísima transcripción de las grabaciones originales.

de algunas obras publicadas en los años más recientes por autores influyentes (Brier, 2008; Castells, 2009; Jensen, 2010; Martín-Serrano, 2007; Scolari 2008; Wolton, 2006), así como por el propio titular de la cátedra (Fuentes, 1998; 2006; 2008; Fuentes & Lopes, 2001).

En el programa presentado a los participantes se formularon ocho temas para las respectivas sesiones, de tres horas cada una, que contaron para su desarrollo con bibliografía complementaria y el apoyo de presentaciones visuales preparadas por el titular. La estructura de las sesiones se conserva aquí como estructura de los capítulos:

- La dimensión ontológica: la comunicación como problema, como recurso y como solución.
- La dimensión epistemológica: la comunicación como objeto de conocimiento.
- La dimensión praxeológica: la comunicación como práctica, como profesión y como política.
- La dimensión metodológica: la construcción de objetos de investigación.
- La emergencia de un campo académico: la organización social de los saberes y la identidad disciplinaria.
- La institucionalización de la investigación académica de la comunicación: descripción comparativa internacional.
- La comunicación como proyecto de convergencia ante la transformación social.
- La comunicación y su estudio académico ¿centralidad y marginalidad?

Es difícil balancear, como se ha requerido en este caso, la “ligereza” del flujo discursivo oral y el “rigor” de la exposición escrita. Es de esperarse que el juicio de los lectores sea tan benevolente con el autor como lo fue el de los interlocutores presenciales.

Guadalajara, febrero de 2015.

## ***La dimensión ontológica: la comunicación como problema, como recurso y como solución***

Doy la bienvenida a quienes expresan con su presencia la disposición a acompañarme en esta aventura académica, que está planteada en términos formales como la Cátedra en Estudios Socioculturales, en su edición de 2011. Tengo el propósito de establecer una conversación a propósito de una disyuntiva, que voy a proponer que no sea entendida como tal: ¿la comunicación es una cuestión central o marginal, desde una perspectiva sociocultural? Suena muy abstracto, pero en términos concretos lo que permite este punto de entrada es distinguir algunas dimensiones para tratar de entender, desde sus distintos aspectos, ciertos debates actuales sobre la comunicación, tratando de no revolver los niveles de la discusión. Formalmente, el objetivo será *documentar y extender los fundamentos e implicaciones de una concepción sociocultural de la comunicación, situada y reflexiva, que permita identificar y compartir perspectivas tanto científico-académicas como ético-sociales sobre las dimensiones, recursos y posibilidades comunicativas de la vida social.*

“¿Qué es la comunicación?” es una pregunta que se responde en muy distintos niveles de abstracción; cualquier cosa que se diga sobre la comunicación es difícil de discutir, no por características inherentes a la comunicación sino por la manera como la abordamos. Por ahí va el trabajo que supone hacer esta cátedra. El programa tiene una división de temas en dos partes: en las primeras cuatro sesiones trataré de distinguir cuatro dimensiones del debate, o de la problematización

de la comunicación. La inicial corresponde a *la dimensión ontológica: la comunicación como problema, como recurso y como solución*. Después vendrán una *dimensión epistemológica*, una *dimensión praxeológica* y una *dimensión metodológica*. Y en las cuatro últimas sesiones trataré de ver los problemas, ya no en estos términos epistémicos sino en algunas de sus concreciones más importantes.

Se tratará de trabajar en referencia a seis libros, muy diferentes entre sí, publicados en los últimos cinco años; la intención es buscar cuál es la discusión más reciente y en qué términos se está planteando en esta selección de textos. No son todos los que podrían ser sino los que a mí me parecieran más interesantes: *Cybersemiotics* de Søren Brier (2008), un investigador danés poco conocido entre nosotros, nacido en 1951; el libro más reciente de Manuel Castells (2009), nacido en España en 1942, *Communication Power*, que debería haberse traducido como *El poder de la comunicación* pero al que nombraron “Comunicación y poder”, que es otra cosa. Este podría ser un buen ejemplo de la dificultad de discutir sobre lo que es la comunicación, porque las traducciones y los criterios de la industria editorial intervienen determinadamente en muchas ocasiones. Por eso prefiero la edición en inglés, además, idioma en el que lo escribió Castells. Después, un libro publicado hace unos meses, *Media Convergence* de Klaus Bruhn Jensen (2010), otro autor danés, nacido en 1956, cuya obra nos es mucho más familiar; “Convergencia Mediática” o “de Medios”, que en realidad trata más de la comunicación que de los medios; y un texto teórico, duro, del español nacido en 1940 Manuel Martín Serrano (2007), *Teoría de la Comunicación. La comunicación, la vida y la sociedad*, producto de su trabajo de más de 30 años en esa línea. *Hipermediaciones. Elementos para una teoría de la comunicación digital interactiva* de Carlos Scolari (2008), autor argentino nacido en 1963, el más joven de los seis, que trabaja desde hace años en Barcelona; y finalmente un ensayo titulado *Salvemos la comunicación* del francés Dominique Wolton (2006), nacido en Camerún en 1947.

También, por supuesto, pero en segundo término, refiero cuatro libros en los que está expuesto, de ciertas maneras, el proceso de lo que yo mismo, mexicano nacido en 1952, he trabajado sobre la comunicación en las últimas dos décadas (Fuentes, 1998; 2006; 2008; Fuentes & Lopes, 2001). Mi trabajo sobre teoría de la comunicación ha sido sobre todo docente; he sido profesor de esta materia durante más de treinta años, y mi trabajo de investigación, que es el que se ve más reflejado en estos libros, ha estado enfocado sobre los procesos sociales de institucionalización del estudio de la comunicación, no en el estudio de la comunicación propiamente. Hay entonces también referencias a trabajos míos en la bibliografía básica de esta cátedra, como sería de esperarse. Y paso directamente a la exposición del tema de la primera sesión.

## LA COMUNICACIÓN ES UNA CONSTRUCCIÓN SOCIAL

Se pueden plantear, de entrada, problematizaciones sobre la dimensión ontológica de la comunicación en términos muy distintos. Elegí un enfoque muy “híbrido” de este problema, pues no tengo una formación filosófica —ni estricta ni regular siquiera— y por ello lo que voy a plantear no es una discusión rigurosa en términos filosóficos. Pero aunque tuviera una formación en ese campo, creo que la discusión pertinente sobre qué es la comunicación, cuál es “el ser de ese ente” llamado comunicación, está muy lejos de estar formulado de tal manera que se pueda discutir sistemáticamente. Me interesa mucho resaltar, sobre todo, las dificultades prácticas de hacer una pregunta sistemática de un nivel de abstracción riguroso y serio. No dudo que haya buenos ejemplos de eso, no lo niego, por supuesto; digo que no me parecen tan interesantes porque mi competencia en ese ámbito no los privilegia. Con todo respeto para quienes trabajan la filosofía o la filosofía de la ciencia, no voy a tratar de meterme en sus terrenos porque soy incompetente de entrada.

Lo que sí me interesa son algunas de las consecuencias que tiene esa discusión, en términos de los debates; la discusión, el pensamiento sobre la comunicación, suele confundirse en los distintos niveles en que puede formularse. Lo que se refiere al objeto construido llamado “comunicación”, en todos los términos en que es posible hacerlo —que son muchos— no está claramente distinguido de lo que es el conocimiento producido sobre ese objeto, o las consecuencias que tiene para distintos tipos de prácticas al respecto. Por eso la fórmula del título: la comunicación se puede entender como un problema, como un recurso o como una solución a otros problemas. En la figura 1.1 presento una síntesis de lo que propongo.

La pregunta formulada torpemente, en los términos más simples, “¿qué es la comunicación?”, tiene una respuesta inmediata; no vamos a generar, espero, más confusión de la que ya hay. Es decir, “comunicación”, como cualquier otro término que remita a un objeto de conocimiento o de práctica, es necesariamente una *construcción social*. Este es un postulado de entrada que tendría que discutirse en sí mismo, pero me ahorro ese proceso porque esa es una discusión filosófica. Qué es la comunicación es lo que acordemos que es la comunicación; el problema es que en ese acuerdo social hay muy poca consistencia.

Voy a recurrir a dos autores —entre otros, podrían ser más— que a mí me dan sentido para trabajar en esta línea: los estadounidenses James Carey (nacido en 1934 y fallecido en 2006) y James Anderson, cuyas obras incluyo en la bibliografía complementaria para esta sesión. El texto de Carey (1989), titulado “Un acercamiento cultural a la comunicación”, es un artículo escrito y publicado originalmente en 1975, aunque está incluido en un libro publicado doce años después, y el de Anderson (1996), *Teoría de la comunicación. Fundamentos epistemológicos*, es un libro muy *duro*, difícil de leer, porque no estamos acostumbrados a trabajar sobre la comunicación con tal sistematicidad. Él plantea estos “fundamentos”, de principio a fin, con dos características, que los hacen más interesantes. Primera: este es un asunto al que los profesores universitarios de comunicación deberíamos darle más

**FIGURA 1.1**

**La dimensión ontológica: la comunicación como problema, como recurso y como solución**

¿Qué es la comunicación?

Una construcción social necesaria (Carey, Anderson)  
Historización de la idea y sus contextos (Peters, Mattelart)  
Factor en la constitución de la sociedad (Giddens, Vizer)

Experiencia humana-práctica cotidiana  
Objeto de reflexión-acción académico-social  
Proceso central de la doble hermenéutica: agencia

Trabajo de “modelizar la realidad”

Producción social de sentido sobre la producción social de sentido

**La dimensión ontológica de la comunicación (síntesis).**

atención, y en la medida en que no se la damos, estamos contribuyendo a la confusión epistemológica de los estudios de comunicación. Y segunda: este es un problema, una cuestión, una postura y una propuesta *posmodernos*. Uno tiende a pensar que lo posmoderno está en el extremo opuesto, formalmente, de lo sistemático, de lo riguroso, pero no necesariamente es así. Es “posmoderno” en tanto que sostiene que hay que volver a intentar construir algunas certezas metodológicas para referirnos al mundo que investigamos, al que nos referimos y en el que vivimos. En ese sentido, rescato mucho de este agudo posicionamiento, que no es ni inocente ni casual. Estas reflexiones están referidas —aunque los textos son anteriores al periodo de los cinco años más recientes— a esta época *post-posmoderna*. La discusión filosófica más fecunda sobre la posmodernidad ya pasó. Estamos en un momento post-posmoderno.

La visión de la construcción social de la idea o del concepto de comunicación, del objeto “comunicación”, y de la realidad comunicación



a la que nos referimos, requiere necesariamente poner esa construcción en su historia. Entre los pocos autores que yo conozco que han desarrollado esta historia de la idea de la comunicación, dos me parecen sumamente importantes: uno es el estadounidense (nacido en 1958) John Durham Peters (1999), que piensa en inglés y se refiere sobre todo a la construcción “anglo” de la historia de la idea de la comunicación en un libro titulado *Hablando al Aire* y el otro (nacido en Bélgica en 1936) es Armand Mattelart (1995), que piensa básicamente en francés y trabaja en Francia, autor entre muchos otros libros de *La invención de la comunicación*. Se piensa muy distinto, cualquier cosa, en inglés que en francés (o en español). Aunque estos dos autores se refieran a algunos de los episodios determinantes en la historia de la idea de la comunicación que hay detrás de las discusiones contemporáneas, plantean dos perspectivas históricas que me parece importante reconocer y distinguir. Supongo que en alemán deberá haber trabajos similares, pero mi incompetencia en la lectura del alemán —que es absoluta—, me impide saberlo. Pero los que escriben en idiomas que puedo leer no lo refieren de manera que yo lo hubiera percibido. Lo que me surge es una curiosidad sobre si habrá reflexión sistemática sobre estas cuestiones en chino, por ejemplo, y en otros idiomas. Es difícil saberlo, porque uno no tiene acceso a esas discusiones: hay mundos distintos de comunicación contruidos diferentemente.

Lo que conviene acordar —son todos postulados de entrada— sobre qué es la comunicación, tiene que incluir que la comunicación es algo que importa centralmente, fundamentalmente, constitutivamente, en la vida social; no valdría la pena, por el planteamiento más amplio, cerrar la puerta diciendo que la comunicación es nada, la comunicación es intrascendente, la comunicación es una ociosidad. Para poder mantener la tensión entre si la comunicación —en sus distintas dimensiones— va manifestándose, va resolviéndose, va acordándose como una cuestión central o como una cuestión marginal, hay que ponerla en algún lugar, y los autores a los que recurro para ello son el británico (nacido en 1938) Anthony Giddens (1984), y su teoría de la estructu-

ración, bosquejada en *La Constitución de la Sociedad*, y el argentino Eduardo Vizer (2003), autor de *La trama (in)visible de la vida social. Comunicación, sentido y realidad*.

Otra manera de referir a este punto es si podemos partir de que la comunicación es una experiencia humana, y lo que queda por saber es si es *exclusivamente* humana. Casi todos los autores a los que recurro dicen que no y muchos de ellos dicen que no importa; otros dicen que sí, sí importa; ya volveremos a esa cuestión. Pero la comunicación es una experiencia, una práctica cotidiana, algo que hacemos continuamente, permanentemente, porque si no lo hiciéramos no podríamos hacer la pregunta. Es decir, lo que estamos haciendo ahora es un ejercicio cotidiano, práctico, de buscar una actualización, una concreción de lo que nos estamos preguntando. No hay otra manera de hacer eso más que practicándolo. Esta es una cuestión *esotérica*, que de hecho, a la mayor parte de los académicos o de los agentes sociales de la comunicación no les importa. Nos importa a nosotros que nos dedicamos, de alguna manera, a reflexionar y a actuar, a accionar académicamente sobre preguntas como esta.

¿A quién le importa saber lo que es la comunicación? Pues a los que estudiamos comunicación, y en otro sentido, a los que hacen comunicación profesionalmente. El postulado es que debería de importarles, aunque eso no necesariamente suceda, aunque tampoco es muy frecuente que les importe a muchos de los que nos dedicamos académicamente al estudio de la comunicación. Por eso digo que se trata de un asunto esotérico, un asunto de una importancia que hay que demostrar, porque de hecho no está establecido que esta discusión, esta reflexión, sea algo a lo que valga la pena dedicarle energía. Y sí, requiere mucha energía.

El supuesto metodológico que está detrás de todo esto, como lo ha formulado Giddens en *La constitución de la sociedad*, libro fundamental publicado en 1984 y traducido muy deficiente y tardíamente al español en 1995, es que no se puede hacer ciencia social pensando que implica una sola interpretación de los hechos, porque los hechos que hay que

interpretar ya están interpretados por los agentes de esta práctica, esta acción que se toma como objeto de reflexión. Según el principio de la “*doble hermenéutica*” la comunicación ya está interpretada por los comunicantes, y estudiar la comunicación requiere agregarle a esa interpretación un segundo nivel: interpretar las interpretaciones. La lectura de ese texto —que es difícil en cualquier idioma— me ha ayudado a reconocer cómo, desde la “nueva” teoría social propuesta como teoría de la estructuración, la comunicación, de una posición conceptual muy marginal, puede pasar a una posición central.

En síntesis, mi propuesta —cuyas implicaciones espero que vayan quedando un poco más claras a lo largo de las ocho sesiones— tiene dos caras: una, que el estudio académico de la comunicación también implica —y probablemente ese sea su rasgo fundamental, lo que lo podría hacerlo importante— *modelizar la realidad*; así como la pensemos, la doble hermenéutica permite teóricamente suponer que como comunicación va a influir en la práctica de la comunicación, por lo menos en la nuestra. La fórmula que he usado desde hace ya muchos años para definir qué es lo que hacemos académicamente cuando estudiamos la comunicación es que lo que hacemos es ejercer *la producción social de sentido sobre la producción social de sentido*. Aunque parece una fórmula rebuscada, sirve para decir lo que otros autores dicen de otras maneras, todavía más rebuscadas: lo que hacemos es tratar de saber, ejerciéndola, cuáles son las condiciones de ejercicio de la comunicación, entendida como producción social de sentido. Esa es la mitad del resumen de toda la cátedra, cuya propuesta tiene también otra cara: es necesario trabajar sobre referencias bibliográficas selectas, porque yo no tengo, ni puedo tener, una palabra autónoma sobre estas cuestiones. Estoy trabajando sobre el supuesto de que el trabajo académico, el trabajo científico, se hace en tramas complejas de *intertextualidad*; hablamos y escribimos en relación con lo que escuchamos y leemos, y leemos en relación con lo que escribimos, lo que vemos, lo que oímos, lo que pensamos... No es una cuestión de producción simple o lineal.

Tengo que decir, a propósito, que cuando uno discute o se afilia a algunas propuestas de algunos autores, me parece importante ver qué edad tienen esos autores, cuándo escribieron lo que leemos y dónde trabajan. Me puse a buscar fotos de los autores que seleccioné y las incluí en los apoyos visuales de la cátedra porque sus imágenes pueden “decirnos” cosas, probablemente difíciles de definir y de acordar, complementarias a los datos más precisos de cómo se titula el libro, dónde y cuándo fue publicado, cuándo nació el autor, o en su caso cuándo murió. Creo que vale mucho la pena insistir en poner esas coordenadas enfrente, porque las ideas con las que trabajamos son ideas formuladas y puestas en circulación por sujetos concretos, en tiempos y espacios específicos y determinados, muchas veces distantes de los tiempos y espacios en que nos apropiamos de esas ideas.

Y también a propósito de esta digresión, me preocupa un poco que la bibliografía que uso haya sido mayoritariamente escrita por sujetos del género masculino. Ya alguna vez alguien analizó un texto mío y me acusó de “androcéntrico” en términos discursivos, porque prácticamente no citaba a mujeres en el artículo que seleccionó para su “análisis”, argumento que considero empíricamente falso y además, metodológicamente insostenible. Aunque en realidad esta cuestión me tiene sin cuidado, pues depende del hecho de que estadísticamente la mayor parte de los autores de los libros académicos son del género masculino, ya aparecerán más adelante algunas de mis interlocutoras, que como se podrá ver han tenido influencia sobre mi trabajo en mucho más de un aspecto o de un momento.

Mediante el trabajo de *modelizar la realidad*, la comunicación históricamente ha ido reflejando —y quizá también contribuyendo a— otra constitución epistémica, cultural, política del mundo contemporáneo. ¿Cómo? quién sabe. Hay una serie de inquietudes que circulan en algunos textos —algunos muy buenos y otros muy malos— a propósito de cómo entender el trabajo académico sobre la comunicación, específicamente, después de todo lo que ha pasado, después de todo lo que ha cambiado. Esta puede ser la parte más elemental y evidente, después

de todo lo que ha cambiado la tecnología de la comunicación cotidiana. También tiene que ver con otros cambios mucho más profundos en esta época de transición entre la modernidad capitalista y otra cosa, que no puede quedar limitada a las reducciones que nos acostumbramos a discutir en los años noventa sobre la “posmodernidad”. En el texto de Anderson (1996) —y en casi todos los que cito— hay una necesidad explícita de volver a poner un eje de sentido —*sentido* es un término clave en esta discusión— para saber hacia dónde habría que trabajar.

## EL SENTIDO (INTERTEXTUAL) DEL SENTIDO

Las cuestiones ontológicas de la comunicación no se pueden despegar de las epistemológicas, de las praxeológicas y de las axiológicas. Es decir, la pregunta ¿qué es la comunicación? en la mayoría de los autores consultados, y de maneras diferentes, no se puede trabajar de manera aislada. Si alguna vez alguien lo trabajó de manera aislada, no se puede repetir ese patrón de pensamiento o de crítica por las consecuencias prácticas que eso tiene y, al reconocer las consecuencias prácticas, hay que tener mucho cuidado de prever hacia dónde, en qué sentido se está previendo —y asumiendo— el trabajo de transformación práctica, y el pensamiento y la discusión y el debate filosófico, que son todos prácticas sociales.

Aquí hay un ejercicio de esos que no puedo resistirme a hacer y a compartir. Una muy rápida constatación de los autores de los textos elegidos para la bibliografía complementaria ¿cuántos están citados en la bibliografía básica? Son relativamente pocos: Jensen retoma a Carey y a Peters; Castells a Giddens y a Mattelart; también a Giddens lo retoma Jensen; Wolton cita a Carey y a Mattelart; Scolari solamente a Mattelart; a Vizer y a Anderson no los cita ninguno de los seis. ¿Qué quiere decir eso? No sé. Lo que quiero señalar es que “nuestros autores de cabecera”, esos seis autores arbitrariamente elegidos por mí, le dan mucha más atención al trabajo de otros que no están en la bibliografía complementaria, ni siquiera en la de *segunda vuelta*. Subrayo la impor-

**FIGURA 1.2**

La dimensión ontológica: la comunicación como problema,  
como recurso y como solución  
Bibliografía complementaria citada en la bibliografía básica:

	Brier	Castells	Jensen	Martín	Scolari	Wolton
Carey			+			+
Peters			+			
Vizer						
Giddens		+	+			
Mattelart		+			+	+
Anderson						
(Peirce)	+				+	
(Habermas)	+		+		+	+
(Husserl)	+			+		

**Intertextualidades en la bibliografía utilizada.**

tancia que tienen Charles Sanders Peirce, Jürgen Habermas y Edmund Husserl, como puede verse en la figura 1.2.

En todas estas discusiones —a veces más en el centro, a veces en los márgenes— están los problemas formulados por la fenomenología. La comunicación es un asunto que parece estar atravesado por el fantasma fenomenológico: constatación personal y colectiva. Por más que de repente citemos a Alfred Schütz o a Berger y Luckmann o a... de segunda, tercera, cuarta, quinta mano, en los estudios de comunicación —y socioculturales más en general— la influencia del pensamiento fenomenológico es importante, es amplia, se puede constatar revisando bibliografías, no solo de libros que toma uno como bibliografía básica sino también revisando bibliografías de tesis, ensayos que circulan en las revistas, etcétera. Pero no vamos nunca —no parece estar en nuestro horizonte cultural— a esa bibliografía en sus fuentes; ¿quién ha leído a Husserl? yo no. ¿Por qué no? no sé. Quizá por la misma razón por

la que nunca he leído a otros autores que son fundamentalmente importantes, como Ludwig Wittgenstein, digamos; la lista sería enorme.

Cuando algunos autores que podemos considerar influyentes, importantes, van a esas fuentes y las trabajan seriamente, acaban presentándonos algo que nos queda como un fantasma porque no sabemos de dónde salió. Necesariamente tendemos a reducir las referencias a lo que sí podemos reconocer, aunque no lo leamos. Ese movimiento no es ninguna novedad, y no es ninguna especificidad en el estudio de la comunicación, por supuesto; es una referencia clásica decir que a los clásicos no hay para qué leerlos, basta con citarlos, con mencionarlos. En el nombre de Karl Marx o de Émile Durkheim, o de quién sea —cada quien tiene sus clásicos— se puede decir algo que, medianamente, tenga alguna relación posible con algo.

En esas fuentes originales del pensamiento occidental contemporáneo, la mayor parte son autores ya muertos, a diferencia de los autores que propongo como bibliografía aquí, que están casi todos vivos. Entre los muertos hay dos clases de referencias: a los que dejaron una obra sistemática publicada y a los que no. Me refiero entre estos últimos a Charles Sanders Peirce (1991), un autor estadounidense cada vez más recurrido en todos los campos, nacido en 1839 y muerto en 1914; su legado es un objeto de discusión académica universal, o tendiente a lo universal, y tiene la característica de que leer su obra es leer fragmentos, no necesariamente consistentes unos con otros. El Peirce que trabaja un autor, a veces no tiene nada que ver con el Peirce que trabaja otro. Podríamos verificarlo fácilmente en las obras de Brier y de Scolari, en nuestro corpus básico.

Hay en eso una cuestión interesante, en términos de práctica y comunicación como recurso, como problema y como solución: la documentación del trabajo de Peirce —lo que escribió él—, los “*papers*” que dejó “seleccionados”, están digitalizados y disponibles en algún sitio de la Internet [<http://www.peirce.org>; <http://www.nlx.com/collections/95>] para que las comunidades interesadas los puedan trabajar. Ese recurso tecnológico, más o menos reciente, hace todavía más complicado

el trabajo de interpretar a Peirce; leer un libro implica un proceso intelectual muy diferente al de leer recursos digitales en línea. Los libros tienen índices que nos dicen qué cosas se dicen adentro del texto sin necesidad de leer el texto completo, linealmente, y los documentos digitales nos permiten rastrear, instantáneamente, no solo términos, palabras estrictas, sino mucho más que eso. Hay una manera de enfrentar los textos digitalizados que es radicalmente diferente —por obra y gracia de una intervención tecnológica y que nos abre otra serie de posibilidades de enfrentamiento a, por ejemplo, la obra de Peirce— que a la publicación en papel, aunque las estructuras mentales del lector siguen siendo más o menos las mismas.

## PREGUNTAS FUNDANTES

Un recorrido rápido de lo que yo leí a propósito de estas cuestiones: subrayo el esquema retomado en la figura 1.3, sobre el cual está desarrollado el libro de Anderson (1996), que dice qué tendríamos que hacer para reconocer el fundamento de las teorías en general, pero específicamente de las teorías de la comunicación. Hay siete preguntas: la pregunta sobre la naturaleza del mundo fenoménico; la pregunta sobre nuestra manera de implicarnos en ese mundo fenoménico; la pregunta sobre la naturaleza del individuo dentro de ese mundo fenoménico; y esas son las preguntas *ontológicas*. Cada una tiene un capítulo en el libro de Anderson. Luego, hay que responder dos preguntas *epistemológicas*: sobre el carácter de los argumentos justificados y sobre la relación entre la teoría y el método. Quedan las dos preguntas que, articuladas con las cinco anteriores, nos ponen en la clave —que me parece lo más interesante del libro—, que es la situación desde dónde se elaboran estas preguntas, y qué se quiere hacer con ellas. Son las preguntas sobre la *práctica* del argumento práctico, es decir, ¿para qué, con qué propósitos, con qué responsabilidad estás planteando estas preguntas y estás metiendo a tus alumnos a preocuparse por estas cuestiones? Y, más en general, el argumento *axiológico* sobre el papel



de la academia en la sociedad: ¿qué sentido puede tener emplear una buena parte del tiempo disponible —que siempre es limitado— en la reflexión, y no en la producción “hacia adelante”? No hay que desechar esa cuestión, que es una cuestión crítica para el trabajo universitario.

Un par de citas de la introducción de *La Invención de la Comunicación* de Mattelart (1995) me sirve para pasar a la argumentación de por qué es necesario historizar y no solamente plantear un método sistemático para cuestionar qué es la comunicación:

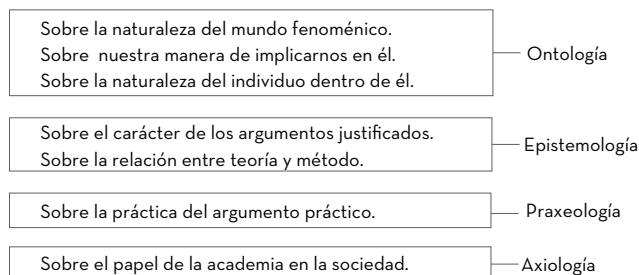
Cada época histórica y cada tipo de sociedad tienen la configuración comunicacional que se merecen. Esta *configuración*, con sus distintos niveles, ya sean de carácter económico, social, técnico o mental, y sus distintas escalas, local, nacional, regional o internacional, produce un concepto hegemónico de comunicación. En el paso de una configuración a otra, interesa destacar las continuidades y las rupturas (Mattelart, 1995, pp. 11-12).

Esta *arqueología de los saberes* acerca de la comunicación se estructura en torno a cuatro historias paralelas, con numerosas encrucijadas y travesías: el flujo, el vínculo, el espacio y la medida (Mattelart, 1995, pp. 13-14).

El trabajo de Mattelart, como ya decía antes, tiene una fuerte influencia de distintas tradiciones francesas. Hace referencia a Michel Foucault y a otros franceses, especialmente a Michel de Certeau —que es casi su contemporáneo— y a este historiador que nos encontramos en todas partes, Ferdinand Braudel. En contraste, el cuestionamiento de las fuentes históricas del pensamiento sobre comunicación, o la idea de comunicación que elabora Peters, está más orientado por tradiciones intelectuales anglosajonas. Aunque hay que reconocer que ya no es tan marcada esa división entre el pensamiento en francés y el pensamiento en inglés como hace treinta años: hay ya más diálogo entre ellos, y una buena parte de ese proceso tiene que ver con que se

**FIGURA 1.3**

**La dimensión ontológica: la comunicación como problema,  
como recurso y como solución**  
**Heurística de la fundamentación de teorías en siete preguntas (Anderson, 1996):**



Ante el colapso de la unidad epistémica de la Modernidad

**Heurística de las siete preguntas (Anderson, 1996).**

ha hecho un trabajo importante de traducción de las obras francesas al inglés, y de muchas de las obras que están en inglés, al francés. De ambas fuentes, si bien por fortuna directamente, una buena parte se traduce también al español. Citas, ahora, de Peters sobre “el problema de la comunicación”:

[Este libro] es a la vez una crítica del sueño de la comunicación como comunión mutua de las almas, una genealogía de fuentes y escenas de la sensación de que la comunicación siempre se está rompiendo, y la *propuesta de un modo de pensar* [las cursivas son añadidas] que evita tanto el privilegio moral del diálogo como el pathos de la ruptura. Pretendo *trazar las fuentes* [las cursivas son añadidas] de las ideas modernas de comunicación (Peters, 1999, p.1).

*Comprender la comunicación es comprender mucho más* [las cursivas son añadidas] (Peters, 1999, p.2).

Subrayo especialmente esta última frase, y creo que Peters lo argumenta muy sofisticadamente, es un ejercicio de erudición impresionante: “comprender la comunicación es comprender mucho más”. El problema es que no la comprendemos, si la comprendiéramos entenderíamos muchas más cosas, además de la propia comunicación. Todo el libro de Peters está orientado a analizar por qué no somos capaces de comprender la comunicación, o el mundo contemporáneo, para acabar pronto. Es un trabajo muy agudo, muy erudito; los autores que interpreta los ha leído y contextualizado a conciencia. Es un profesor, un autor, un investigador obsesivo por el rigor y por la precisión del pensamiento. Hace unos resúmenes de lo que es pertinente en la historia de las teorías de la comunicación, que no necesariamente coinciden con la abundantísima bibliografía que tenemos disponible para hacer los mapas históricos de cómo ha evolucionado esta maraña —“maraña” es un término de Peters— intelectual que se refiere a la comunicación. Él dice que estamos trabajando con residuos, con conceptos que tienen su origen en la situación de la posguerra de la primera guerra mundial y la segunda guerra mundial. Dice también que es mucho más rica la herencia de los años veinte, que la de los años cuarenta o cincuenta. No se detiene en los tiempos más recientes, pero lo desarrolla de una manera bastante fuerte. Dice:

Mi propósito no es explorar la amplia variedad de problemas de comunicación que se reflejan en el pensamiento y en la cultura del siglo XX, sino más bien narrar la historia de cómo la comunicación se convirtió para nosotros en un problema tal (Peters, 1999, p.3).

El error es pensar que las comunicaciones resolverán los problemas de la comunicación, que un mejor cableado eliminará a los fantasmas (Peters, 1999, p.9).

Propone cinco “visiones” sobre la comunicación surgidas en los años veinte: el manejo de la *opinión masiva*, la eliminación de la *niebla se-*

*mántica*, los ataques en vano “desde la *ciudadela del Self*”, el descubrimiento de la *otredad*, la *orquestración de la acción* (Peters, 1999, p.19). También, dos discursos dominantes después de la segunda guerra mundial: “uno técnico sobre la teoría de la información, y otro terapéutico sobre la comunicación como enfermedad y como curación” (Peters, 1999, p.28). Finalmente, afirma que “cualquier cosa que pueda significar ‘comunicación’, es más un problema político y ético que uno semántico” (Peters, 1999, p.30).

El texto de Carey (1989), que fue publicado originalmente en 1975, se ha convertido en una especie de lugar común en algunas de sus partes: es un ensayo muy sugerente. El trabajo de James Carey, quien era reconocido aún en vida como un profesor eminentísimo en Estados Unidos, estuvo siempre centrado en el periodismo, pero también fue uno de los agentes principales que iniciaron el “trasplante” de los estudios culturales británicos a Estados Unidos. Los estudios culturales británicos son actualmente una referencia fantasmal, porque la referencia canónica a “Birmingham” es la referencia a un cadáver. Es decir, el departamento en la Universidad de Birmingham donde se institucionalizaron los estudios culturales, se cerró en 2002 (Webster, 2004), lo cual no quiere decir que hayan desaparecido los estudios culturales británicos sino que ya la referencia viva no está allá sino en el trabajo múltiple de los estudios culturales estadounidenses, que citan, retoman y renuevan a los clásicos. Carey tuvo un papel importante en el principio de ese proceso en Estados Unidos.

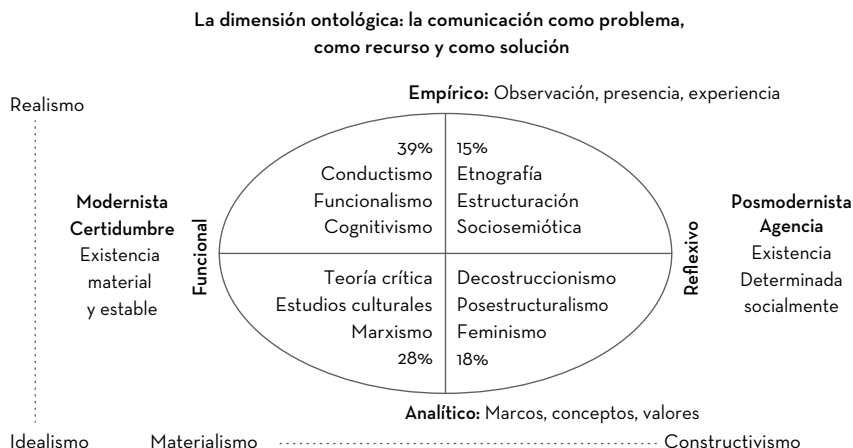
Aunque rescato todo el capítulo y todo el libro de Carey, subrayo una frase, un concepto resumido en una frase; qué es lo que él entiende por comunicación: “Es un proceso simbólico —el libro se titula *La comunicación como cultura*— en el que la realidad es producida, mantenida, reparada y transformada” (Carey, 1989, p.23). Vale mucho la pena tener presente ese concepto y tratar de seguirlo como si fuera una fórmula mágica; está bien fundamentado y bien argumentado por Carey, de una manera muy interesante. Su campo principal era el periodismo; era un señor que escribía muy bien, muy claro, muy agradable, como

los viejos periodistas. Hacia el final de este ensayo, pone en una versión suya esto que se repite en distintas formulaciones en muchos de los autores leídos: que los modelos de la comunicación son representaciones de la comunicación y para la comunicación, es decir, que los modelos de comunicación crean lo que describen. “Por lo tanto, estudiar comunicación incluye el examen de la construcción, aprehensión y uso de los modelos mismos de comunicación —su construcción en el sentido común, el arte, la ciencia, su creación y uso específicamente históricos” (Carey, 1989, p.32).

¿Eso es *doble hermenéutica*? Jensen así le dice a este postulado. Matelart tiene una frase más ácida: las sociedades tienen las configuraciones de comunicación que se merecen. Esta, de Carey, es más sutil: “Nuestros modelos existentes de comunicación son menos un análisis que una contribución al caos de la cultura moderna” (Carey, 1989, p.34), lo que también se parece mucho a lo que propone Peters: lo que tenemos, hay que hacer todo lo posible por deshacernos de él y limpiarlo, porque así como está es más perjudicial que benéfico. En palabras de Carey, “estamos pagando las consecuencias de un largo abuso de procesos comunicativos fundamentales al servicio de la política, el comercio y la terapia” (Carey, 1989, p.34).

Algunas referencias más concretas: James Anderson —preocupado por la responsabilidad que tiene un profesor de teoría de la comunicación, especialmente con sus alumnos— se pone a hacer revisiones de la bibliografía disponible. Sabemos que gracias a los recursos documentales digitales se pueden hacer muchas cosas, pero hay que tener preguntas para poder usar las bases de datos con cierto sentido. Anderson tiene preguntas, sobradamente —ya las revisamos hace un rato. En 2004, cuando el *Journal of Communication* se propuso hacer la tercera revisión del estado del campo, después de las de 1983 y 1993, Anderson con Gordon Baym (2004) expuso mediante un esquema muy ortodoxo su reconstrucción de la “Filosofía de la Comunicación”. Hay que recordar que esa revista es órgano oficial de la *International Communication Association* (ICA), de la que Anderson es expresidente, y

**FIGURA 1.4**



**Exploración empírica de perspectivas filosóficas en la investigación de la comunicación USA (1995-2004) (Anderson & Baym, 2004).**

que tiene una división que se llama “Filosofía de la Comunicación”, en vez de una de “Teoría de la Comunicación”. En la figura 1.4 podemos resumir los planteamientos y los hallazgos de esta revisión.

Anderson y Baym (2004), en su análisis de qué investigación se estaba haciendo en el campo —es tácito que se refiere al campo estadounidense— encontraron cuatro sub-campos de la investigación filosófica en comunicación; la *mainstream*, la predominante, sigue siendo la que llaman la “tendencia fundacional”, es decir, las derivaciones más variadas del positivismo, pero hay un creciente desplazamiento —aunque lento— hacia una perspectiva más reflexiva, este “posmodernismo” en la práctica de la investigación, anti positivista que, en un eje que va de lo fundacional a lo reflexivo, se cruza con las perspectivas de investigación; Anderson y Baym están hablando de productos de

investigación que tienen que ver con una propuesta más empírica, o más analítica; es decir, que tienen que ver con prácticas de referencia o con conceptos, con representaciones.

Los esquemas como este tienen un efecto interesante; son algo muy familiar en nuestros trabajos en comunicación, usamos muchísimo este tipo de recursos comunicativos. Nos pueden acercar a algunas claridades, por ejemplo, el esquema de construcción de los dos ejes de Anderson y Baym tiene una lógica cartesiana elemental para explicar ciertas cosas. Y las tendencias, corrientes, escuelas de investigación ¿dónde quedan en ese esquema tan abstracto? Muy fácil, en el primer cuadrante. En lo que cruza lo fundacional con lo empírico, está la ciencia más *dura*, más tradicional, más ortodoxa, como el conductismo, el funcionalismo, etcétera. Lo que quiero subrayar es el empleo recurrente de esquemas para dar cuenta de una reconstrucción que suele ser más o menos compleja, y que reduce la información, y los matices de argumentación de la interpretación en términos gráficos, para ser más comprensible.

Porque en el mundo de la comunicación solemos caer en cualquiera de dos extremos: o en el *gran discurso* lleno de palabras —como el que estoy usando desde hace rato, y que ya casi termino— o en las representaciones de una *reducción* de tal magnitud, que acaba siendo muy comprensible. La comunicación es una maraña, pero para efectos prácticos acaba siendo *intercambio de mensajes entre un emisor y un receptor*. Leer, por ejemplo, la reconstrucción de la historia de Wilbur Schramm, el institucionalizador de los estudios de la comunicación en Estados Unidos —historia a la que me referiré cuatro sesiones más adelante—, es muy ilustrativo; era un mago para esquematizar y lograba que le creyeran. Peters (1986) hizo la reconstrucción crítica de esa historia hace ya muchos años. Salgo de la gráfica que me sirve para decir lo anterior, y regreso para decir que lo que Anderson encontró fue: en una muestra —que no es muy grande— de 85 artículos en diez años, publicados en las cinco principales revistas académicas en Estados Unidos, sigue siendo predominante el esquema positivista de ciencia

en la investigación en filosofía de la comunicación. En el hemisferio “reflexivo” hay una minoría, que va creciendo, pero limitadamente —los datos son de 2004, y no creo que haya cambiado demasiado hasta la fecha.

Uno puede tener la impresión de que toda la investigación en Estados Unidos sigue siendo como la que dijeron Robert King Merton, o Harold Laswell, o Paul Lazarsfeld o Wilbur Schramm que debía ser, lo cual no es cierto; o que todo es discurso posmoderno preocupado por las clasificaciones de género y de identidad de las minorías —todas son minorías. No, tampoco. Una de las cosas más interesantes —que es, digamos, un descubrimiento empírico que hay que interpretar, lo que Anderson empieza a hacer— es: en donde está sucediendo más clara y sistemáticamente este traslado de paradigmas, en la investigación de la comunicación en Estados Unidos, es en los estudios de comunicación organizacional y otras áreas que aparentan ser las mayormente “aplicadas”.

Termino esta parte revisando las conclusiones de Anderson y Baym (2004) en el artículo citado: en su reflexión, ya no en la interpretación de los datos que producen, dicen que hay tres tendencias: una, que se puede llamar fundamentalista, cartesiana, positivista, *mainstream*, y señala con todas sus letras que eso sigue siendo el paradigma predominante, y va a seguirlo siendo durante algún tiempo largo, y desde ahí no hay manera de que la comunicación sea un objeto central; siempre la comunicación tendrá que ser dependiente de otros factores, objeto del reduccionismo hacia otras disciplinas.

Donde está el germen para poner a la comunicación en el centro del análisis, de la reflexión sobre la realidad contemporánea, es en las otras dos tendencias —*comunicativas* y *discursivas*— que identifican en los artículos, y que formulan en términos más abstractos que en el libro anterior de Anderson: si la comunicación va a ser una disciplina central, entonces hay que seguir la pista de cómo se van desarrollando esos gérmenes en estas tendencias; la que se puede deducir en referencia a las derivaciones del trabajo del “segundo Wittgenstein”



como juegos de lenguaje; o la cuestión discursivista a la Derridá o a la Baudrillard u otros franceses. Hay que ver qué pasa con esas tendencias y qué consecuencias tienen para el estudio de la comunicación. Este análisis está basado en algo que me parece muy agudo: se están perdiendo las certezas sobre las que se fundaba el trabajo científico, pero lo interesante es explorar qué relación tiene esa pérdida de certezas académicas, científicas, intelectuales, con la pérdida de certezas socioculturales, como la que se puede ver en películas como *Matrix*, en términos ontológicos, o en los *Expedientes X*, o en cientos de ejemplos provenientes de la producción industrial de comunicación.

Resulta que esos mundos: el mundo intelectual, académico, universitario, y el mundo sociocultural, no son separables. ¿Qué relación hay entre uno y otro? nos hace volver, otra vez, al planteamiento de la doble hermenéutica, que debe funcionar *de ida y de regreso*. Con sujetos por definición sujetos a un entorno mediático y sociocultural en donde no hay certezas y donde son muy atractivos discursos como el de *Matrix* —por mencionar alguno— ¿cómo se puede producir ciencia, academia, independiente de esa influencia? ¿cómo mantener las certezas académicas? Para efectos prácticos, porque es uno de los que están preocupados por si la comunicación es una disciplina consolidada —en Estados Unidos la respuesta es casi sí; fuera de Estados Unidos la respuesta es casi no—, Anderson dice que esto no va a durar, porque los elementos de fragmentación de la disciplina institucionalizada están en el terreno ontológico, y nadie los discute.

## DIVERGENCIAS Y CONVERGENCIAS EN LA DIMENSIÓN ONTOLÓGICA

Repaso qué dicen “nuestros” seis autores básicos. Quiero subrayar una dimensión de diferencia de los seis textos, y algunas coincidencias. Comienzo con el libro de Manuel Martín Serrano (2007), producto de un trabajo de más de treinta años, de una mentalidad crítica, extremadamente rigurosa, muy relacionada con la posición del primer catedrático

de comunicación en una universidad española. Subrayo su postulado fundamental en términos ontológicos, epistemológicos y metodológicos: “Al hacer teoría de la comunicación no conviene explicar culturalmente lo que pueda ser explicado evolutivamente” (Martín Serrano, 2007, p.XX). La propuesta es, claramente, que la comunicación no es *algo* sociocultural; lo sociocultural de la comunicación depende de la evolución cósmica, y la evolución de la vida en ese ámbito; tenemos detrás un conjunto de fenómenos que se han desarrollado a lo largo de millones y millones de años. De ahí el alcance de su “pregunta fundacional: ¿cómo es (a veces) posible que la comunicación sea posible? O alternativamente, ¿cómo es posible (a veces) que la comunicación no sea posible?” (Martín Serrano, 2007, p.3).

Martín Serrano aborda cuatro niveles de construcción teórica: “1) La comunicación como mecanismo adaptativo; 2) La comunicación como especialización evolutiva; 3) La especialización antropogenética de la comunicación; y 4) La acción” (Martín Serrano, 2007, pp. 303-304). Enfáticamente, en la definición de Martín Serrano, “la comunicación corresponde al sub-sistema expresivo de la acción” (2007, p.304). Quizá con la excepción de Brier, ninguno de los otros cinco autores básicos es tan radical —en el mejor sentido— en sus postulados. Brier (2008) está en el otro extremo de Martín Serrano: lo que quiere no es construir una argumentación teórica rigurosa sobre la comunicación sino integrar algunas de las grandes tendencias de desarrollo inter y transdisciplinario, al situarse:

[...] en busca de un marco conceptual unificado que abarque los complejos campos de las ciencias de la información, la cognición y la comunicación, así como los estudios académicos de la semiótica. Se basa en la Semiótica de Peirce, la Cibernética de segundo orden, la Teoría de los sistemas de Luhmann, la Semántica cognitiva y la Teoría de los juegos de lenguaje (Brier, 2008, pp. 3-4).

Brier está formado como biólogo y tiene un componente fuerte de atención a la *ontogénesis* —la vida, el conocimiento y la comunicación— pero también a la biblioteconomía. Su trayecto argumentativo empieza con las leyes más generales del universo, casi desde el *big-bang*, y termina en una reflexión sobre lo que hay que hacer con la bibliotecología, pasando por muchos “puntos intermedios”. Entre las *consecuencias prácticas* que persigue está “conceptualizar comunicación y cognición más allá del marco de lo específicamente humano” (Brier, 2008, p.5). El suyo es un libro bastante esotérico: muy erudito, muy complejo, con una bibliografía extensísima. Hacia el final de la obra, formula como eje central de su trabajo “cinco niveles articulados (ontológicamente) de existencia de la información”:

1. *Primeridad* (Peirce), una forma enredada de causalidad en el nivel del quantum. Las partículas virtuales saltan dentro y fuera de la existencia manifiesta. Más allá de los límites del espacio / tiempo.
2. *Segundidad*, cuyo aspecto físico-energético produce la causalidad eficiente y cuyo aspecto mental produce el deseo.
3. Nivel *proto-semiótico*, causalidad informacional (organización de la señal) y diferencias mentales.
4. Nivel *semiótico* de causalidad final y comprensión en y entre todos los sistemas vivientes.
5. *Causalidad* lingüística-comunicativa en la conciencia humana y en los sistemas sociales. Interpretación-acción (Brier, 2008, pp. 437-438).

Carlos Scolari (2008) también quiere hacer algo más con los conocimientos existentes, pero con una ambición quizá menos desmesurada que la de Brier; Scolari sí viene de haber estudiado comunicación, lo que hizo en Argentina y luego en posgrados en Italia en semiótica y otras disciplinas, y se quedó en España por lo pronto, aunque más bien parece que vive en el ciberespacio. Rescato su ironía: su propósito declarado en el libro es aportar a “la conversación teórica” y cita a Algirdas

Julien Greimas diciendo que “la comunicación sólo es una sucesión de malentendidos”, la pongas en el nivel que la pongas (Scolari, 2008, p.24). Pero toma esta afirmación como pre-texto para tratar de estimular, proponer, sugerir, un paso más en la teoría de las mediaciones —que él refiere sobre todo al trabajo de Jesús Martín-Barbero y por eso la obra se llama *Hipermediaciones*— para tratar de poner algún orden heurístico al trabajo teórico y práctico sobre la comunicación, especialmente la “digital interactiva”. Apuesta por la metáfora del ecosistema, al entender “la comunicación como un conjunto de intercambios, hibridaciones y mediaciones dentro de un entorno donde confluyen tecnologías, discursos y culturas” (Scolari, 2008, p.26). Las “hipermediaciones” son “una trama de procesos de intercambio, producción y consumo simbólico que engloba una gran cantidad de sujetos, medios y lenguajes interconectados tecnológicamente, de manera reticular” (Scolari, 2008, p.277).

Jensen (2010) también trata de hacer una síntesis. Su punto de partida en *Media Convergence* es que hay que adoptar esta propuesta de la “convergencia”, no solo en los términos tecnológicos, económicos o políticos con que se puede referir a los medios sino más allá —*macluhanianamente*— pues los *medios* ya no son entidades separadas como lo eran antes. También conviene hacerlo conceptualmente, no solo en referencia a las tecnologías ni a los medios como instituciones sino también a los recursos teóricos para entenderlos. Jensen hace algo que me parece muy interesante: centra la esquematización y la sistematización de lo que sucede en los medios, de lo que se hace con los medios, de los usos de los medios, ya no separando a los emisores de los receptores sino los usos sociales de los medios articulados a través de prácticas socioculturales. El punto de vista está en las prácticas socioculturales de sujetos situados, ante una trama convergente —pero también divergente— de estímulos, oferta, propuesta mediática transmedial. Él sigue siendo muy *peirceano* en sus fuentes y en sus elaboraciones. Las estructuras triádicas —propias del pensamiento de Peirce— las ha desarrollado sin importar demasiado si son orto-

doxamente peirceanas. Trata de evitar tres “divisiones” mentales bien instaladas en el campo: la que separa la comunicación “masiva” de la “interpersonal”; la que rompe la interacción según se dé “en línea” o “fuera de línea”; y la idea de que la convergencia mediática desplaza el contacto cara-a-cara. El propósito de la obra es:

Tomar la generación más reciente de “nuevas” formas de medios digitales, tipificadas por la computadora personal en red y el teléfono móvil, como oportunidad para revisar la idea de comunicación, y desarrollar un marco para estudiar prácticas comunicativas a través de medios de tres *grados* diferentes: el cuerpo humano que permite la comunicación cara-a-cara; los medios técnicamente reproducidos de la comunicación masiva analógica; y las tecnologías digitales que facilitan la interacción en red de uno-a-uno, de uno-a-muchos y de muchos-a-muchos (Jensen, 2010, pp. 4-5).

Este texto de Jensen es muy atrevido, como suelen ser los suyos, porque está acostumbrado a un tipo de trabajo académico que consiste en presentar propuestas interesantes y discutir las hasta que se agotan, para entonces producir otras. Retoma el modelo de la *doble hermenéutica* de Giddens (1984) bajo la forma de una articulación en una sola lógica de lo teórico y lo práctico, de lo académico y lo social, y desarrolla una perspectiva *pragmaticista* —en el sentido que usó el mismo Peirce para distinguirse de los “pragmáticos”— que es una propuesta esencialmente fenomenológica: partir de qué es lo que se hace y qué consecuencias tiene lo que se hace, porque solo a partir de ahí podemos entender los fenómenos. Su premisa central está basada en Craig: “En una disciplina práctica de la comunicación, la teoría se diseña para proveer recursos conceptuales para reflexionar sobre los problemas de comunicación” (1999, p.130). Mientras que en otros dominios científicos y sociales la comunicación puede no ser el problema en el centro de la atención, frecuentemente es considerada parte de la solución.

Manuel Castells, por su parte, es también un autor muy complejo, que escribe libros muy voluminosos, y cuyo trabajo es cada vez más influyente. Su propuesta no se detiene en reflexiones epistemológicas ni ontológicas ni filosóficas, aunque no las elude. Castells trabaja con una documentación impresionante y con una propuesta muy clara. En esta obra, *Communication Power* (Castells, 2009), a diferencia de *La Era de la Información* (Castells, 1999), su concepto central es “comunicación” y no “información”. La perspectiva básica de entrada (Castells, 2009, p.54) la retoma de Dan Schiller:

Comunicación es compartir significado mediante el intercambio de información. El proceso de la comunicación se define por la tecnología de comunicación, las características de los emisores y receptores de información, sus códigos culturales de referencia y protocolos de comunicación, y el alcance del proceso de comunicación. El significado solo puede entenderse en el contexto de las relaciones sociales en que se procesan la información y la comunicación (Schiller, 2007, p.18)

Subrayo que para hacer la propuesta de poner a la comunicación mediada en el centro de la administración del poder contemporáneo, global, en la “sociedad red”, Castells recurre a las ciencias cognitivas; no podemos saber cómo fluye el poder, manifestado comunicacionalmente en la sociedad red, si no lo articulamos a cómo funcionan las redes del cerebro. Y este ingrediente hace la cuestión muy interesante.

La obra de Dominique Wolton (2006) está, claramente, en otro registro. Prácticamente casi ni menciona en su ensayo todas estas cuestiones conceptuales que preocupan a los otros autores revisados, pero coincide con la preocupación práctica por la incomunicación. La estrategia que propone es que tenemos que entender la incomunicación para poder entender la comunicación: “Pensar la incomunicación y organizar la convivencia es salvar la comunicación. Es tomar conocimiento de sus dificultades ontológicas y desear, no obstante, preservar su valor”

(Wolton, 2006, p.125). Su propuesta está claramente expresada desde un principio:

El reto que hoy nos plantea la comunicación... es el de intentar comprender bajo qué *condiciones* los valores democráticos de la comunicación pueden, o no, imponerse a las técnicas omnipresentes. En otras palabras: ¿cómo reconciliar la realidad técnica y económica de la comunicación con su dimensión social, cultural y política? Sí, salvar la comunicación es, ante todo, preservar su dimensión humanista (Wolton, 2006, p.10).

El libro de Eduardo Vizer (2003), *La trama (in)visible de la vida social*, es el único de los textos a los que me he referido que tiene un desarrollo que articula una reflexión central ontológica sobre la comunicación, y la argumenta rodeada con las otras. En los últimos años Vizer ha trabajado en Brasil, siendo argentino. Vale mucho la pena leerlo porque desde la perspectiva parcial desde la que está montada esta cátedra, su preocupación es explícitamente el desarrollo de una perspectiva sociocultural de la comunicación. Plantea seis dimensiones ontológicas —ónticas dice él— para la reconstrucción de un concepto de comunicación: la sociedad como actores / agentes; la cultura como espacio / tiempo y significados; lo sagrado / trascendente e imaginario; la naturaleza física y material.

A estas cuatro primeras dimensiones, relativamente obvias, él agrega otras dos: la psique y la subjetividad humana y las tecnologías de información y comunicación, en el mismo nivel de constitución de los fenómenos comunicativos. Parte exactamente de la misma postura desde la que hemos estado discutiendo: necesitamos un poco más de certezas, a ver cómo le hacemos para hacérmolas; todas las que había ya no están disponibles. ¿Por qué no trabajar en la construcción de una certeza a propósito de la institución imaginaria de la vida social? ¿por qué no apostar por una formulación que funcione sobre la comunicación como un ingrediente constitutivo, por lo menos de lo

sociocultural, si no es que de la vida y de la existencia y del Cosmos? Después de todo, la única certeza, la premisa más segura sobre la que se puede partir, es que el conocimiento es una construcción social; entonces trabajémoslo así.

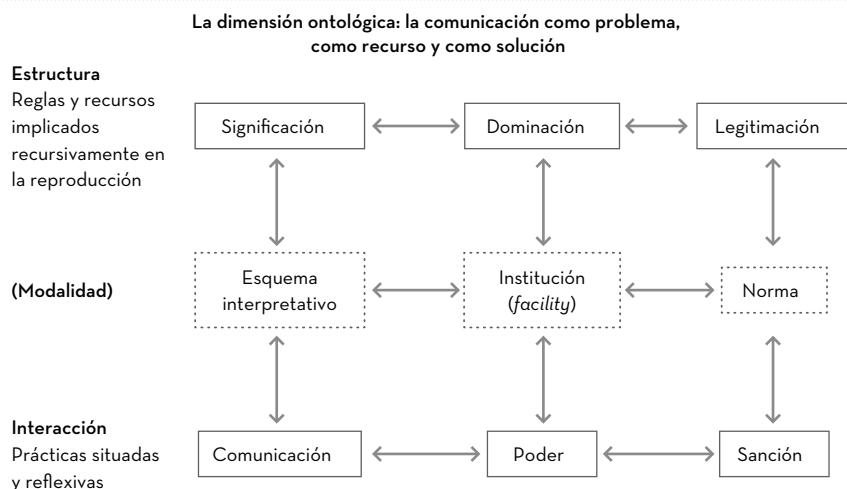
## LA COMUNICACIÓN Y LA ESTRUCTURACIÓN SOCIAL

Dejo una última referencia para articular hacia adelante: la figura 1.5 presenta un esquema básico de la estructuración social de Anthony Giddens (1984), que hemos adoptado —y que hace falta hacerlo más sistemática y más críticamente— como uno de los ingredientes referenciales de la perspectiva sociocultural de la comunicación. Giddens, en 1984, ubica a la comunicación como una forma de la interacción social; es decir, como una práctica cotidiana relacionada —en esta *dualidad de la estructura*— con las estructuras de significación, o culturales, mediadas por esquemas culturales, o interpretativos, inseparables en el análisis de las estructuras de dominación y legitimación; es decir, de las interacciones de ejercicio del poder y de la legitimación, de la sanción moral de las prácticas sociales.

Parece necesario profundizar en esta franja “intermedia” en el esquema, a la que llama Giddens *modalidades* —término bastante oscuro, que quisiera entender como *mediaciones*— entre el plano de la interacción micro, situada y concreta donde están los sujetos actuando, y el plano de las estructuras, que son reglas y recursos sociales. Creo que esta propuesta de la teoría de la estructuración, y específicamente la cuestión de la dualidad de la estructura, es central para el desarrollo de algunas de las propuestas, visiones, perspectivas, que retomaré más adelante, para subrayar ese potencial lugar central de la comunicación. Hay que revisar cómo se entiende, cómo se define, en la constitución de la sociedad, la constitución de la realidad social entendida como sentido, de una manera inseparable de las otras dimensiones de la estructuración: la dimensión moral, y la dimensión política y económica.



**FIGURA 1.5**



**La dualidad de la estructura (Giddens, 1984, p.29).**

Espero que en todo ese largo desarrollo de la sesión haya podido exponer algo interesante, algo estimulante, como para seguir tejiendo. Al trabajar con estos textos otra vez, me fui encontrando pistas interesantes que no tenía. Espero que para ustedes suceda algo similar, en el acercamiento que cada uno le vaya dando a estas cuestiones, descubiertas en estos textos, incluyendo el texto oral mío. Ahora, conversemos, se los agradeceré mucho.

## CONVERSACIÓN CON LOS PARTICIPANTES

**Esteban Contreras, egresado de la Maestría en Comunicación del ITESO:** Pensando en mapas para agrupar o entender las teorías de la comunicación como se han venido manejando, ¿qué tan útil es conservar las agrupaciones por escuelas? No llegué a entender bien cómo estaban

las agrupaciones; generalmente hablamos de la perspectiva estadounidense y la *Mass Media Research*, o la perspectiva crítica, o la perspectiva sociocultural... Mi pregunta es ¿qué tan útil es seguir pensando en estos registros? y ¿qué otro tipo de registros o formas de organización podemos imaginar para agrupar las teorías?

**Raúl Fuentes Navarro (RFN):** Esa es una pregunta a la que habrá que regresar más adelante. Habrá que conservarla como pregunta, no tratar de responderla sino mantenerla como problema. En un sistema de categorías tendríamos que incluir sistemáticamente lo más que se pudiera y, por lo tanto, excluir sistemáticamente lo que no es “teoría de la comunicación”. Anderson dice que hay una regla procedimental rigurosa para hacer eso, que revisaremos en las siguientes dos sesiones. Cuando él hizo eso, le costó mucho trabajo identificar algo que quedara en pie, porque su lógica es una trituradora. No tiene mucho sentido llegar a la conclusión de que no hay teorías de la comunicación, pero entonces hay que trabajar con lo que hay, porque lo que hay tiene efectos como si fuera teoría, aunque no lo sea. Es una cuestión de método y de rigor, pero también es un problema práctico fundamental.

¿Qué es una teoría de la comunicación? Es relativamente fácil definirlo, pero poner un ejemplo y decir cómo esa propuesta cumple todas las normas que postulaste, no es algo que se haga con facilidad. Esa misma pregunta te regresa al sentido de la pregunta, según como la entiendo ¿y para qué? Depende de para qué, ¿qué sería útil? depende de para qué y para quién. Pero en ese terreno creo que también tenemos obstáculos culturales; cargamos una herencia muy identificable en la noción de que la teoría es una autoridad incuestionable, de la cual no te puedes escapar, y si te escapabas eres un traidor: no es cierto. La teoría no es eso, en términos de su función en la producción de conocimiento, en ningún campo científico. ¿Por qué tenemos esa noción fantasmal en la cabeza? Hay razones para explicarlo, pero ¿cómo salir de ahí? Esta pregunta de ¿cómo sería más útil? hay que completarla con ¿más útil para qué y para quién? ¿desde dónde? ¿cuándo? ¿con qué alcances?, y

probemos, hagamos el mapa. Pero ese mapa ya sabemos que no es *El Mapa*; si sirve lo usamos, y al usarlo lo vamos haciendo más útil hasta que lo desechemos. Por decir este tipo de cosas, a Thomas Kuhn, Karl Popper y sus seguidores en la filosofía de la ciencia lo quisieron *quemar en leña verde* y no lo lograron, solo lo acusaron de “relativista”. ¿Útil para qué? Si nos salimos de la referencia a Kuhn y ponemos una referencia pragmaticista en una interpretación *peirciana*, podemos decir que *no hay de otra*, esa es la única manera posible de construir teoría. No es la abstracción sobre abstracciones en la Torre de Marfil, es algo que tenemos que hacer en la vida real. Subrayo, quedémonos con la pregunta por la utilidad de los mapas y el uso de los mapas de teorías. Coincide mucho con lo que quiero seguir trabajando después.

**Christopher Estrada, profesor del ITESO, egresado de la Maestría en Comunicación:** Al ver el mapa de propuestas, de autores, los modelos, las referencias, las bibliografías que nos planteas, pareciera que el asunto de la discusión ontológica que rescatas de Anderson condujera a un caos. De lo que yo conozco de tu obra, creo que tú no opinas lo mismo. De lo que nos has presentado, me llama la atención que esta fragmentación ontológica no implica improductividad teórica sino que nos mueve a todos a preguntarnos, desde esta fragmentación ontológica, sobre el asunto de la comunicación, ¿desde ahí, dónde me voy yo a poner a teorizar? ¿dónde me voy a poner a construir yo conocimientos científicos sobre este asunto, en el cual no hay un acuerdo? Es interesante —en mi caso particular— que tu planteamiento de la ontología de la comunicación me conduce automáticamente a una deontología de la comunicación, porque es un *deber ser*; yo tengo la obligación de hacer opciones y a partir de esas opciones, producir, y lo producido se somete a examen, se somete a debate, se somete a revisión de todo mundo. Ese es un punto.

El otro punto, y volviendo al asunto ontológico, a mí me inquieta que la comunicación es algo que *sucede*. En todo caso, si nos ponemos muy radicalmente griegos —haciendo preguntas tan esenciales—,

la comunicación es algo que *ocurre* en muchos aspectos, ocurre en nuestra vida social, pero también ocurre en otros planos que quizá son hasta metafísicos. De esa certeza, de que la comunicación ocurre, se pueden derivar otras ideas: que la comunicación es una práctica, que la comunicación es una acción, que la comunicación es un instrumento y, por lo tanto, en su carácter instrumental se manifiesta en términos de medios, de herramientas, de técnicas, de tecnologías, y ahí van todas las derivaciones a partir de las cuales se pueden hacer los propios mapas sobre el ejercicio teórico. Y bueno, es algo que no lo estoy planteando como una conclusión, es nada más una salida que yo encuentro al mapa de la dispersión ontológica que hay sobre qué es la comunicación. Y luego pareciera que leemos a uno y nos convence, y luego leemos a otro y también, y luego leemos a otro y decimos *no, esto está mejor*. Es un problema el que se plantea.

**RFN:** Es un problema, claro. Me refiero al trabajo de Manuel Martín Serrano. Con Martín Serrano en persona es relativamente difícil discutir porque es un personaje investido de autoridad científica —merecida, se la ha ganado. Ha trabajado consistentemente en su línea durante más de treinta años. Me acuerdo de haber oído a Manuel —cuando nos dio un seminario aquí sobre epistemología de la comunicación, creo que en 1984— los primeros avances formulados ya muy sistemáticamente de lo que está publicado en el libro de 2007; es lo mismo, pero treinta años de trabajo después. Es lo mismo y no es lo mismo.

¿Cuál es el eje de esa consistencia? Su pregunta fundacional de la teoría de la comunicación: “¿Cómo es (a veces) posible que la comunicación sea posible?”. Respuesta al final del libro, que cito textualmente: “La respuesta teórica es: es a veces posible la comunicación cuando las actuaciones se hacen indicativas”. Hay una gran consistencia lógica entre pregunta y respuesta, trabajadas durante tres décadas, y con muchas cosas en medio. ¿Qué es lo que está proponiendo? una manera muy sistemática de entender la comunicación y de hacer ese trabajo rigurosamente. ¿Es absolutamente consistente? No, no existe

ninguna teoría absolutamente consistente. ¿Es seguible? Mientras más lo trabajas es más difícil seguirlo. Pero, ¿qué quiere decir eso? que nos dice cómo interpretar esa respuesta, si le damos el crédito que creo que se merece por todo el trabajo que le ha invertido, trabajo de ultra especialización. La comunicación se tiene que entender —desde ese punto de vista— como uno de los dos subsistemas de la teoría de la acción, que es parte de la teoría de la conducta, y que tiene sus fundamentos en la ontogénesis y en la paleontología, en la física. Los dos subsistemas son: el sistema de la acción ejecutiva y el de la acción expresiva. Solo es comunicación lo que tiene en el centro el formato de la acción expresiva, no la acción ejecutiva; la acción ejecutiva no es comunicación. ¿Qué utilidad tiene eso? ¿Para quién, para qué, cuándo?

Hay un hecho que quiero subrayar, usando el ejemplo, y abusando del afecto que le tengo a Manuel —el respeto no solo intelectual que le tengo, porque lo conocí cuando yo era muy joven y él era más joven que ahora; es un personaje que tiene 70 años actualmente y sigue produciendo. A lo que voy es a que él tiene clarísimo —y desde hace muchos años— que su aporte es ese. Lo que no sé, y me parece una pregunta inquietante es ¿y por qué muy pocos le hacen caso, como discípulos? No tengo respuesta, yo quisiera hacerle más caso del que le hago, pero no puedo; le puedo tener personal y académicamente un enorme respeto, admiración —lo que quieras—, y afecto personal, pero no puedo seguirlo, no me es útil, no hay manera de que yo me convierta en un *martínserraniano*. Pónganle el nombre que quieran; para mí el ejemplo de Martín Serrano es muy significativo personalmente. Quizá se pueda uno salir por la fórmula de decir que el sentido está en el cultivo de la pregunta, porque la respuesta, cuando se toma como la última respuesta, te deja sin pregunta, y te deja sin ese impulso de trabajo, de cuestionamiento, de problematización, que es esencial para el trabajo académico.

El punto de partida es que esta dimensión llamada ontológica no es separable de las otras, que ya revisaremos en las siguientes sesiones; las propuestas no se han acabado, la historia no se ha acabado. Para

algunos apenas va comenzando, y seguirá empezando. Para otros ya se acabó, porque ya se murieron, y dejaron lo que pudieron producir. Finalmente, sí quiero subrayarlo porque estaba también implícito en tu pregunta-comentario. Todo esto es una opción, yo no diría que deontológica sino axiológica o ética, para no complicarnos más. ¿Cuál es el sentido del trabajo académico? Anderson lo dice en su obra y Manuel Martín Serrano tiene un texto pequeño, reconstruido de su alocución al final de un curso de teoría de la comunicación en Madrid, que es extremadamente interesante. Hay muchas otras fuentes disponibles, y todo eso hay que someterlo a discusión; pero no es una discusión metafísica —podría ser, pero yo no quiero que sea metafísica.

**Adriana Rodríguez, profesora de la Universidad Javeriana, estudiante del Doctorado en Estudios Científico Sociales del ITESO:** Raúl, yo sé que tú también tienes un documento al respecto, pero no sé si resulta pertinente que pudieras ampliar un poco más —en el marco de esta cátedra—, qué significa asumir el estudio de la comunicación desde una perspectiva sociocultural. ¿Por qué asumir esa postura? Pregunto un poco por la genealogía misma de la postura sociocultural, las disputas o los debates sobre los que se ha sustentado, o sobre los que se sustenta.

**RFN:** Me salgo del terreno ontológico para responderte. La perspectiva sociocultural en el ITESO es una apuesta colectiva hecha en un momento dado, en un proceso largo en el tiempo, muy situada y muy concreta. La anécdota es que en 1996, en un proceso de redepartamentalización académica del ITESO, propusimos y conseguimos que el Departamento de Comunicación dejara de llamarse así y se empezara a llamar Departamento de Estudios Socioculturales. Ya ganada la apuesta —el Departamento se sigue llamando así—, entonces ¿ahora qué hacemos? ¿qué es eso? Para mí es una pregunta exactamente paralela a la que personalmente —perdón por hacer referencias anecdóticas personales, pero creo que ayudan a descomplicar un poco estas marañas interpretativas—, enfrenté en 1970 cuando decidí estudiar Ciencias de

la Comunicación en el ITESO. Casi nadie sabía qué era eso, la pregunta que había que responder siempre, permanentemente, era ¿y qué es eso? Mi respuesta a los 18 años, y que la he sostenido era: “No sé, pero dame tiempo y lo voy trabajando y luego te lo voy platicando”. Es el mismo caso. Salto de 1970 a 1996, ya con una trayectoria de profesor de teoría de la comunicación más o menos larga, y entonces ¿qué es eso de *estudios socioculturales*? No sé, pero dame tiempo y lo trabajamos. Es obvio que ninguna de las dos respuestas puede ser una formulación individual, aislada, caprichosa; tiene que ser algo que corresponda a un mínimo consenso heurístico en un grupo: ¿le queremos dar sustancia —que quiere decir también: le podemos dar sustancia—, contenido a esa expresión? Sí, unos más que otros; a veces sí y a veces no; a veces intensamente, a veces marginalmente. Una comunidad académica trabaja como si eso estuviera perfectamente definido, y entonces se va definiendo; lo que lo define es la práctica recuperada. ¿De verdad lo que hacemos se puede llamar estudios socioculturales? ¿en qué sentido? ¿con qué límites? Esa es un poco la historia.

Yo creo que en esta historia, muy particular, muy situada —que no es solo la mía sino la de una pequeña, o no tan pequeña, comunidad académica—, esa apuesta va dando, poco a poco, algunas claridades suficientes como para decir: “sí, la apuesta hay que mantenerla; no renunciemos a la apuesta, todavía no la perdemos, no aceptamos que sea una apuesta perdida; está bien, vale la pena seguirlo trabajando”. Lo más delicado es que es una apuesta a la cual invitamos a los estudiantes que estén interesados en eso: “quédense con eso y síganle trabajando... si quieren”. También, es obvio que hay muchos que no quieren, que tienen otras prioridades, otros intereses. Esa apuesta se renueva, se socializa, se va modalizando en el terreno de la práctica, no de la teoría. Y esa práctica incluye la responsabilidad de buscar una formulación cada vez más seria, más responsable de qué son y qué implican los estudios socioculturales. Y, con todo eso, te digo que el plantear así esta cátedra tiene centralmente que ver con eso, porque en la práctica cotidiana muchas veces no queda tiempo suficiente y lo discutimos menos de

lo que necesitaríamos para sostener viva, fuerte, sólida y avanzando la apuesta constitutiva. La cátedra es una oportunidad para mí de ponerle, durante un semestre, una atención especial a esa apuesta, que es una práctica, que también es una reflexión, que también es —en algún sentido— una pérdida de tiempo, pero esperemos que sea una pérdida de tiempo productiva, por lo menos para ir teniendo algunas pequeñas certezas relativas de que “por ahí no”; ¿por dónde sí? No sé todavía, dame tiempo, pero por aquí no.

Es un proceso; está pensado, asumido y ejecutado como un proceso interminable en la escala concreta mientras siga teniendo sentido sostener la apuesta. Probablemente suceda lo que sucede con muchas otras cosas de la vida contemporánea. No es que dejemos una apuesta y la cambiemos por otra; lo que pasa es que incorporamos otras apuestas a esa, vamos haciendo un conjunto de apuestas que forman un proyecto cada vez más contradictorio e inconsistente, pues sí. Por ejemplo, para poder seguir mejor la apuesta, hubo un momento en que no nos bastó tener como escenario una licenciatura en ciencias de la comunicación; no se trataba de desecharla sino de ampliarla, y empezamos a trabajar un programa de maestría en comunicación, y luego tampoco ese nos alcanzó, no porque lo hubiéramos agotado —ni mucho menos— sino porque se van agregando apuestas; ahora es un programa formal de investigación y un programa de doctorado, y ojalá después sigan otras apuestas por otros escenarios. Quiero decir, es una manera de asumir el trabajo académico que tiene su historia y que incluye hacer la crítica que sustenta una manera de hacer preguntas. El otro ingrediente es que hay que ser consecuentes con las implicaciones que tiene hacer este tipo de apuestas, porque no son de sentido común; no es lo que conformistamente te hace realizar cierto tipo de proyectos. Es cada vez menos resonante con lo que se hace en muchos otros lados bajo la etiqueta *comunicación*. Pagaremos las consecuencias: eso sí. Es un asunto de responsabilidad: eso también. Ojalá alcance el capital para poder pagar los intereses. Espero que sí. Confío en que sí.



**Alejandro Pérez, egresado de la Maestría en Comunicación del ITESO:**

Solo por el afán de tener más claridad de la presentación; me llamó mucho la atención que varios de los autores de la bibliografía complementaria pertenecen o se acercan a integrar las ciencias cognitivas en el área de la comunicación, y me llamó más la atención cuando usted mencionó que, por ejemplo leer a Peirce, leerlo en libro y leerlo en digital, podía suponer algunos mecanismos cognitivos distintos. Solo por tratar de entender si fue así el sentido, entendiendo la producción social de sentido sobre la producción social de sentido, si entender a Peirce digital es la razón, dadas las oportunidades que da tenerlo en digital, por la que las ciencias cognitivas —probablemente— ocupan en estos autores tal vez un lugar más integrado con la comunicación. Me llama mucho la atención porque varios de los autores están en un departamento de cognición, comunicación y medios.

**RFN:** Los problemas asociados a esta intersección entre ciencias cognitivas y comunicación son enormes; son una relativa novedad, pues antes eran áreas muy separadas y ahora se contaminan una a la otra, en esas tramas que se llaman “interdisciplinariedad” y todo lo demás. Para mí es una serie de enigmas interesantísima, inagotable, que no vamos a acabar nunca, pensando en lo poco que se sabe del funcionamiento del cerebro o de esas relaciones entre cerebro y mente. Hay un hecho más claro, más evidente, más cercano, y lo refiero: Alejandro es biólogo y maestro en comunicación, es un biólogo socioculturalizado. Søren Brier es biólogo. Pero Manuel Martín Serrano —que no es biólogo— y Castells —que lo es menos, todavía— están considerando centralmente estas articulaciones con lo biológico en su planteamiento teórico sobre la comunicación de diferentes maneras. No sé cómo le va a hacer Castells para hacerse cargo de esa apuesta, de meterse a articular la sociedad red —que es sociología— con las redes neuronales y todas estas cuestiones de las ciencias cognitivas; la apuesta está muy interesante y seguramente Castells no la va a trabajar solo. Y dado que él es una figura emblemática, un líder intelectual, me parece muy inte-

resante que lo plantee como lo hace. Muy distinto de cómo lo incorpora Martín Serrano o como lo incorpora Brier. ¿Cuál de estas es la buena, la más útil? Tú decide —biólogo Alejandro, que sabes más que yo de biología— y un día de estos —cuando quieras— nos platicas sobre ese aspecto de articulación de mundos que estaban separados, académica y cognitivamente y que se pueden entender relacionados.

Uso los dos minutos que quedan para agradecerles, no su atención —esa ahí está, ustedes son muy atentos— sino el interés que puede estar detrás —y que puede ser distinto para cada quien— de seguir con esta propuesta de conversación. Esta primera sesión tenía tres imperativos: se tenía que hacer una presentación del programa, se tenía que plantear el primer recorte, y eso tenía que servir como introducción al resto de las sesiones. Para las siguientes sesiones espero que la proporción entre mi exposición y la conversación vaya equilibrándose. Les ofrezco y también les pido que en este proceso semestral vayamos apostando por esa composición más equilibrada de los patrones comunicativos empleados para hablar sobre la comunicación. Y eso quiere decir, finalmente: muchas gracias.



## ***La dimensión epistemológica: la comunicación como objeto de conocimiento***

Como una nota inicial les cuento que después de la primera sesión de esta cátedra —por una de esas casualidades que suceden cotidianamente— encontré un libro de Stephen Hawking (2010), bastante reciente, escrito con otro autor de apellido difícil de pronunciar, Leonard Mlodinow, titulado *El gran diseño*. Es uno de esos libros de divulgación que tan bien le han caído a Stephen Hawking; seguramente tiene muchos más lectores, como yo, de sus libros de divulgación que de sus obras científicas. Lo leí rápidamente; está muy bien escrito, de hecho está escrito para leerse rápidamente como un buen libro de divulgación científica, y solo lamenté haberlo encontrado después de la sesión anterior, y no antes, porque algunas cuestiones, especialmente en el capítulo tres, “¿Qué es la realidad?”, me resultan muy útiles porque el autor sin duda sabe de qué habla, y porque aunque él no hable de comunicación, me da algunas pistas para plantear en esta sesión la necesaria y doble relación entre la dimensión ontológica y la dimensión epistemológica.

Decía al principio, de esta aventura de cátedra, que tenemos crónicamente muchos problemas para discutir, porque muy fácilmente se confunden los niveles de referencia de la discusión. Trato de mantener ese cuidado con respecto a no confundir los niveles, pero evidentemente sí respetar la absoluta necesidad de relacionarlos. Una cosa es no confundir niveles y otra considerarlos como dimensiones que no se tocan. Al contrario, creo que una clave está en cómo articularlos en una revisión y en una construcción que puede tener —debe tener— consecuencias de rigor y de pertinencia para el trabajo de investiga-

ción, y la comprensión que eso pueda traer. Resumo en un esquema la exposición preparada para hoy (véase la figura 2.1).

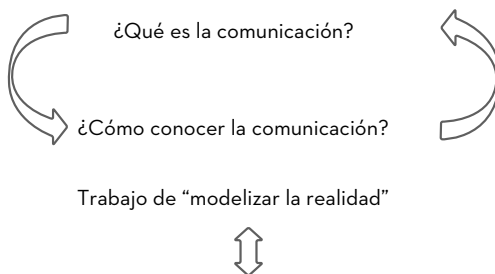
El esquema representa básicamente la relación entre la pregunta genérica ¿qué es la comunicación? —pregunta situada en la dimensión ontológica— y la pregunta ¿cómo conocer la comunicación? la pregunta de la dimensión epistemológica. Lo que propongo como postulado de entrada es que no solo tendría que relacionarse esta dimensión ontológica con la epistemológica en términos deductivos —hacer depender la consistencia de la pregunta epistemológica de la definición ontológica— sino también viceversa. No es que acabe de descubrir esta recursividad, pero la lectura del libro de Hawking me refuerza la intención de proponerla como postulado de entrada.

El trabajo que hay que hacer en esta reflexión, en esta revisión, en esta búsqueda de consistencia en el conocimiento sobre la comunicación, implica que la comunicación como objeto de conocimiento —que es el tema de la sesión— es resultado de un trabajo de *modelizar la realidad*, de imponer algún modelo a la realidad para poderla reconocer como tal. Hay dificultades interesantes con este objeto “comunicación”, pero también las hay con casi cualquier otro. Lo que quiero subrayar es el trabajo específico que hay que invertir para hacer esa modelización de la realidad: seleccionar y, por lo tanto, construir esa realidad en unos términos determinados por nuestra forma de conocer, y no por la “realidad objetiva” en sí misma, que no podemos conocer como tal sin esa mediación. Esto me permite poner en juego una definición o concepto central de comunicación, a manera de punto de partida pero también de llegada: “producción social de sentido”. Este concepto de comunicación, definido desde una perspectiva sociocultural, implica a su vez que *el estudio de la comunicación es la producción social de sentido sobre la producción social de sentido*.

Este punto de partida es una manera, entre otras, de ubicar, de entender, de contextualizar el objeto de conocimiento, pero también en su relación con el sujeto de conocimiento; una manera de no dejar el objeto flotando en el aire como si fuera una definición totalmente arbi-

**FIGURA 2.1**

**La dimensión epistemológica: la comunicación como objeto de conocimiento**



**La dimensión epistemológica de la comunicación (síntesis).**

traria. Este procedimiento es una actualización de ese proceso central de la “doble hermenéutica” que según Anthony Giddens (1984) y otros, caracteriza esencialmente a la ciencia social. Es decir, el trabajo de modelizar la realidad es el trabajo de interpretar hechos ya interpretados: *interpretar interpretaciones*. Al formular el estudio de la comunicación en términos de producción social de sentido sobre la producción social de sentido, la clave fundamental —en sus dos niveles articulados— es entonces un trabajo de interpretación que se ubica al mismo tiempo en relación con la *agencia*, otro de los conceptos centrales de Giddens. Es decir, el nuestro es un trabajo de interpretación que no se limita o implica como resultado solo una comprensión de un aspecto de la realidad sino que también influye sobre la realidad de ese objeto, la realidad referida por ese objeto; es decir, también sirve, ineludiblemente, para *hacerle cosas* a esa realidad. Ese es el resumen, el mapa de entrada de esta exposición.

Los textos complementarios de referencia para esta sesión son, en principio, tres: de James Anderson (1996), el último capítulo de su libro sobre los fundamentos epistemológicos de la teoría de la comunica-

ción, donde hace una revisión de lo que se reconoce como “teorías de la comunicación” en la literatura de investigación en Estados Unidos, y llega a la conclusión —que matiza muy bien— de que no hay teoría de la comunicación; eso que se pone como teoría de la comunicación en la investigación, en realidad no es lo que debería de reconocerse como teoría de la comunicación. Aunque eso no quiere decir que no sirva para nada. Esa es la primera referencia. Otra, que es probablemente la que me parece más útil en este momento, es la del famoso pero poco trabajado texto de Robert Craig (1999), que considera a la teoría de la comunicación como un campo. Este es un artículo publicado originalmente en 1999 y luego republicado por el mismo autor en un libro de 2007, en el que arma una antología de textos sobre las “siete tradiciones” que presenta.

Y hay también un texto mío (Fuentes, 2003), que viene de la exposición inicial que me invitaron a dar a fines de 2002 en un seminario de la *Compós*,<sup>1</sup> en São Paulo, donde hubo otros 18 participantes —todos brasileños, yo era el único extranjero— y que se publicó en un libro titulado *Epistemología de la comunicación*, coordinado como el propio seminario por Maria Immacolata Vassallo de Lopes. Como se podrán imaginar, académicos de muy buen nivel, gente muy destacada y brillante, presentaron sus lecturas y propuestas sobre epistemología de la comunicación. Y en el seminario y en el libro, en consecuencia, hay por lo menos tantos modelos, posturas, modos de tratamiento del problema, como autores. Se encuentran muy pocas coincidencias en los referentes, en los puntos de partida, en las premisas adoptadas por cada quien. Ese seminario fue una interesantísima *torre de Babel*, que sirve —me parece y por eso lo retomo— para compensar la idea de que lo que hay que procurar es estar todos de acuerdo con una sola visión, de que la “epistemología de la comunicación” es una, y nada más, mientras no se demuestre lo contrario.

1. Compós: Associação Nacional dos Programas de Pós-graduação em Comunicação.

Es mucho más frecuente, y probablemente mucho más productivo, que haya muy diversas posturas con respecto al tema. Algunos dicen que esas posturas tienen que estar en competencia; otros dicen que no necesariamente, y es la postura que yo adopto. Creo que lo más interesante y productivo depende de la capacidad de dialogarlas, de confrontarlas unas con otras, de ir las haciendo evolucionar, o ir las desarrollando unas con respecto a las otras; clarificar muy bien cuáles son las implicaciones de adoptar una de esas visiones, o cambiarla por otra. Entonces, mi punto de partida es que ese seminario brasileño fue un ejemplo muy claro de lo que sucede en el campo de la comunicación, en el que cada quien tiene su propio modelo en la cabeza, y desde ahí construye, desde ahí saca implicaciones, y desde ahí actúa; desde ahí enseña a sus estudiantes, y desde ahí... etcétera. Es decir, es una situación en la cual no se da solamente una divergencia de universos intelectuales abstractos sino que esa divergencia tiene efectos prácticos, no todos los cuales son negativos; tiene muchos aspectos positivos, pero sí es un elemento de reflexión necesaria y de explicitación de postura. Los ejemplos clásicos al respecto son estadounidenses, aunque, por supuesto, también los hay en otras latitudes, pero me parece interesante ver un ejemplo brasileño dado que no tengo a la mano un buen ejemplo correspondiente a México o a otros países latinoamericanos. No es que no los haya sino que no me parecen tan claros. Por eso elegí ese texto y, obviamente, porque ahí —hace ya algunos años— presentaba yo una propuesta de discusión que tiene mucho que ver con la actual. No es exactamente la misma porque sí he trabajado en los años que han pasado, pero tiene la misma ubicación y la misma lógica.

## EL REALISMO DEPENDIENTE DEL MODELO

Les comparto un par de citas textuales tomadas del capítulo tres, que se llama “¿Qué es la realidad?” del libro *El gran diseño* de Hawking y Mlodinow (2010). Insisto en que el libro es una obra de divulgación científica, un buen candidato a *bestseller*, porque argumenta que para



comprender el universo no hace falta introducir la variable dios. Esta declaración tan fresca, tan tranquila, de la racionalidad científica —en pleno siglo XXI— supone también, dejando la teología para los teólogos, una representación de lo que es la ciencia en el mundo contemporáneo, trabajada desde dos puntos de vista privilegiados. Uno, desde la física teórica; si hay alguna ciencia que se merezca la mayúscula, es esa especialidad. Y otro, desde una cátedra de Cambridge, que goza de reconocimiento como la vanguardia en el mundo. La premisa, que no es nueva pero que la plantean muy fuertemente Hawking y su coautor en este libro, es esto que se llama “realismo dependiente del modelo”. Lo más interesante no es esa declaración sino las consecuencias que van desprendiendo para sus argumentos sobre el desarrollo de la física teórica, o de la ciencia natural en su escala más amplia, y lo que eso significa —dado que es un libro de divulgación— para la cultura cotidiana de la gente que tiene que considerar, de alguna manera, como pueda, que dentro del universo cultural en el que vive hay una cosa que se llama “ciencia”. La cita dice que:

No hay imagen —ni teoría— independiente del concepto de realidad. Así, adoptaremos una perspectiva que denominaremos *realismo dependiente del modelo*; la idea de que una teoría física o una imagen del mundo es un modelo (generalmente de naturaleza matemática) y un conjunto de reglas que relacionan los elementos del modelo con las observaciones. Ello proporciona un marco en el cual interpretar la ciencia moderna (Hawking & Mlodinow, 2010, pp. 51-52).

Ustedes saben que Stephen Hawking tiene serias dificultades desde hace muchos años en su *hardware* biológico, exceptuando el cerebro, como víctima extraordinaria que es de esa enfermedad llamada Esclerosis Lateral Amiotrófica (ALS por sus siglas en inglés); son necesarios procesos de mucho mérito y complejidad tecnológica para traducir en textos, incluso orales, lo que piensa. Quizá habría que plantear la duda ontológica de que lo que le atribuimos sea tal cual como lo piensa, así

como lo tienen que decir otros, porque su capacidad de expresión es muy limitada. Es muy ilustrativo, además, que el contexto del trabajo de Hawking en muchos años —además de la dedicación a la divulgación científica— ha sido la búsqueda de la “teoría de todo”. ¿Qué quiere decir eso? Quiere decir, nada menos, que desde principios del siglo XX la física se escindió en dos modelos —“inconmensurables”, hubiera dicho Thomas Kuhn (1970), porque no se podrían comparar con la misma medida—: la física relativista, einsteiniana, la física de “lo macro” por un lado; y la física de “lo micro”, la física cuántica, por el otro. La tentación para los científicos de unificar la física para unificar la ciencia, ha sido un desafío permanente. Se dice que Hawking, después de 20 o 30 años de intentar hacer ese trabajo de unificación, ya se dio por vencido y ahora tiene otra salida, que está narrada en este libro. Fuera de las anécdotas, hay una tendencia histórica muy bien representada en esta apuesta científica, por elaborar la “teoría de todo”; hay buenos documentales de divulgación, que no solo Hawking sino también otros científicos han aprovechado para hablar de la *teoría de todo* en términos simples. Cuando uno se atreve a hacer la pregunta sobre una teoría unificada de la comunicación, tiene que reconocer con humildad que la teoría de la comunicación, por más ambiciosa que parezca, no es comparable con la *teoría de todo*.

La otra cita que saco de este libro es que “el realismo dependiente del modelo corresponde a la manera como percibimos los objetos” (Hawking & Mlodinow, 2010, p.55). Lo que quiere decir es que esa construcción de la realidad depende de los procedimientos de validación de lo que Kuhn llamaba “la comunidad científica”; ¿quiénes son los sujetos calificados, quiénes son los que están legitimados para ejercer esa agencia de validación de una construcción, que no es arbitraria pero que tampoco es difusa? La respuesta más aceptada pondría el concepto de conocimiento científico dentro del campo de estudio de la comunicación, pero no es por ahí por donde quiero seguir por ahora. Ya habrá oportunidad de volver, después.

## INCERTIDUMBRE E HISTORIZACIÓN DE LA CIENCIA SOCIAL

Otro autor, también muy reconocido, aunque en el campo de la ciencia social, Immanuel Wallerstein (2004), resume en un libro titulado *Las incertidumbres del conocimiento* sus reflexiones de muchos años a partir del trabajo que lo hizo famoso, sobre el “Sistema-Mundo”, para propugnar por la reestructuración de la ciencia social a partir de su historia. Él hace mucho énfasis —en esta obra y en varios de sus textos de los años noventa— en incorporar en la ciencia social dos elementos que son muy característicamente científicos. Uno, cómo trabajar con la incertidumbre, cómo producir conocimiento sobre lo que no sabemos —y que no lo sabemos no solo porque seamos ignorantes sino porque los objetos de conocimiento, y nuestra relación con los objetos de conocimiento, está sujeta a condiciones de *incertidumbre*. Segundo, muy específicamente para las ciencias sociales, la premisa de *historizar* los conocimientos.

Wallerstein reconstruye magistralmente la polémica generada por la fórmula de C.P. Snow (2000) de la división entre “las dos culturas”, una cuestión muy propia de los años cincuenta del siglo XX, según la cual hay una barrera casi siempre infranqueable —que no debería ser así— entre el pensamiento filosófico y las humanidades, por una parte, y por otro lado, las ciencias naturales y el pensamiento científico “propiamente dicho”. Wallerstein retoma ese argumento, ese lugar común, y dice que sí se puede reconocer históricamente esa escisión entre el pensamiento filosófico y humanístico, en las tradiciones occidentales al menos, contra las cuales aparece la ciencia moderna como ruptura, y crea dos mundos del conocimiento, en medio de los cuales emergen en el siglo XIX las ciencias sociales. Las ciencias sociales son un resultado de la escisión entre filosofía y ciencia, y ese es el punto de partida de la dificultad o de la condición para su desarrollo, que históricamente hay que ir siguiendo para ver cómo superarla, porque...

Entramos al siglo XXI con considerable incertidumbre sobre la validez de las fronteras disciplinarias dentro de la ciencia social, y un cuestionamiento real, por primera vez en dos siglos, sobre la legitimidad de la división epistemológica entre “las dos culturas” y por lo tanto de la tripartición del conocimiento entre las supercategorías de las ciencias naturales, las humanidades, y las intermedias ciencias sociales. Esta incertidumbre ha surgido en medio de un periodo de transición mayor de la universidad como institución educativa (Wallerstein, 2004, p.23).

Algo que rescato también de Wallerstein es su insistencia en que todas las acciones, que tengan que ver con la reestructuración de las ciencias sociales, tienen que partir y darle una consideración muy importante a las condiciones organizacionales de la producción intelectual; es decir, que no se puede trabajar solo con las grandes abstracciones sino que al contrario, hay que trabajar desde las condiciones materiales y muy concretas en donde se produce el conocimiento. Es decir, hay que trabajar con el trabajo y los trabajadores.

Por otra parte, el modelo de explicación histórica de Wallerstein remite a la oposición entre las epistemologías *nomotéticas* —los proyectos que suponen que el conocimiento tiene que derivar en leyes universales— según el modelo clásico y predominante de las ciencias naturales, y las epistemologías *idiográficas*, propias de la filosofía y las humanidades —que tienen que trabajar los fenómenos en su particularidad. Wallerstein afirma que las ciencias sociales, que siguen las dos influencias, suelen ocultar estas tradiciones epistemológicas subyacentes en las disputas por los espacios académicos, espacios de trabajo donde se van distinguiendo en la práctica las disciplinas. Su historia incluye no solo la definición de estas “guerras del conocimiento” en la historia sino también las contra-tendencias que se van detectando. Dice que ese modelo dual ya se rompió y que gracias a la emergencia de las *ciencias de la complejidad* entre las ciencias naturales

y de los *estudios culturales* entre las humanidades, hay oportunidades ventajosas que las ciencias sociales tienen que aprovechar para reconstituirse.

Pero Wallerstein propone una tarea más amplia aún en su reflexión, que tiene que ver con cuestionar si se puede y si vale la pena pensar en una *convergencia epistemológica*, científica, general, que incluya a los tres grandes campos de las humanidades, de las ciencias naturales y de las ciencias sociales. Y dice que si eso fuera posible, habría que poner en el centro el concepto de incertidumbre. Hace cuatro preguntas (Wallerstein, 2004, pp. 26–27): ¿Cómo sería posible que construyéramos una percepción amplia, universal, de la realidad, más allá de lo que interactuamos inmediatamente? Segundo: ¿Cómo medimos —y esa es la pregunta central, me parece— es decir, cómo le ponemos control cognitivo al impacto del observador sobre la observación, del perceptor sobre la percepción? Si la realidad es lo que construimos, entonces ¿cómo sabemos qué tanto depende de lo que le pone el observador, o el perceptor, o el constructor, a lo construido? Tercero: ¿cuáles serían los criterios para decidir entre qué se parece y qué no se parece, qué es similar y qué es diferente? ¿cómo elaboramos categorías? Y cuarto: ¿cuáles serían las unidades significativas de análisis que pudieran servir para esto? Son grandes preguntas, para las cuales no hay respuestas, por supuesto; hay muchos posibles acercamientos, pero no hay ninguna respuesta. El mérito está en ir formulando las preguntas y no dejarlas de lado.

## EPISTEMOLOGÍAS DE LA COMUNICACIÓN

Hablemos ahora de comunicación y sus epistemologías. En este contexto hago referencia a un libro publicado hace pocos años por un grupo de investigadores estadounidenses de la comunicación (Shepherd, St. John & Striphas, 2006) que dijeron algo como que: “con la discusión directa de posturas no vamos a avanzar más, y mientras más lo discutimos más se dispersa y más se fragmenta nuestro conocimiento sobre la comunicación; demos un paso para atrás, y hagamos una encuesta a los

profesores, no para que nos den clases sino para que nos digan, desde el fondo de su corazón, qué es lo que les hace sentido para estudiar comunicación”. Hicieron esa encuesta y en la academia estadounidense —donde hay una competencia bastante intensa, pero también un fuerte espíritu de colaboración para ir conservando y mejorando las posiciones—, 27 profesores, casi todos ellos muy reconocidos, dijeron qué era “en el fondo de su corazón” lo que consideraban que le daba sentido al estudio de la comunicación; es decir, qué es la comunicación en términos subjetivos. Y los investigadores ordenaron estas contribuciones y editaron un libro con las declaraciones, que no tienen citas bibliográficas.

Encontraron cinco grandes categorías de estos conceptos: la comunicación es algo que tiene que ver con el *hacer*, con *materializar*, con *contextualizar*, con *politizar* y con *cuestionar*. La propia terminología y las preguntas y las respuestas están muy metidas todavía en ese ambiente posmoderno de poner por delante, y casi exclusivamente, el discurso. No es, por supuesto, una reconstrucción completa sino algo más o menos arbitrario, una muestra arbitraria de cómo se representa la comunicación, no en abstracto sino en algunos agentes concretos. El libro es muy divertido, pero también muy desalentador; es una Torre de Babel, bien documentada, de veintisiete voces discordantes entre sí. El conjunto se puede representar en un cuadro como el de la figura 2.2.

Hay otros esfuerzos para enfrentar esa situación. Por ejemplo el de Craig (1999); este es un trabajo académico mucho menos basado en la arbitrariedad subjetiva de los agentes, es un trabajo más racional, elaborado con base en análisis de la producción y no en la recopilación de opiniones, y una reconstrucción histórica con un modelo muy claro. Esto viene del artículo de Robert Craig publicado en 1999, donde dice cómo podemos hacer un mapa histórico de qué es lo que está vigente en los estudios de comunicación. Hay siete representaciones, siete *tradiciones académicas* que están presentes con fuerza, y que pueden explicar una buena parte del conocimiento disponible sobre comunicación y que remiten a orígenes muy diferentes y con lógicas

**FIGURA 2.2**

**La dimensión epistemológica: la comunicación como objeto de conocimiento**

La comunicación como...

Hacer	Materializar	Contextualizar	Politizar	Cuestionar
Relacionalidad	Memoria colectiva	Diálogo	Participación política	Diseminación
Ritual	Visión	Autoetnografía	Deliberación	Articulación
Trascendencia	Incorporación	Narración	Difusión	Traducción
Constructiva	Racionalidad	Organización compleja	Influencia social	Comunicabilidad
Una práctica	Identidad social	Estructuración	Argumentación racional	Fracaso
	Techné		Contrapúblico	

**27 representaciones de la comunicación (Shepherd, St.John & Striphas, 2006).**

muy diferentes en términos teóricos, metodológicos, epistemológicos, etcétera. Reconoce que si la comunicación se entiende, por ejemplo, como práctica del discurso persuasivo, hay que recurrir a las tradiciones retóricas, que se remontan hasta los griegos pre-socráticos y que incluyen polémicas que no se han resuelto y que siguen produciendo sentido como parte de las tradiciones occidentales. En la figura 2.3 se presentan las siete representaciones, que forman un *campo de la teoría*, y que en el libro editado en 2007, Craig ilustra con una antología de textos representativos.

Nada más señalo cómo ubica Craig las tradiciones “socioculturales”. La comunicación se concibe en función de *la producción y reproducción del orden social*; es decir, en términos de *la construcción social de la realidad*, o de otras de estas fórmulas cercanas y compatibles. Por supuesto que Craig no lo reconoce, pero al leerlo uno puede decir que “la producción social de sentido” es una formulación ubicable en

**FIGURA 2.3**

**La dimensión epistemológica: la comunicación como objeto de conocimiento**

La comunicación teorizada como:	Modelos teóricos, “tradiciones”
Arte práctico del discurso persuasivo	Retóricos
Mediación intersubjetiva por signos	Semióticos
Experiencia de la otredad: diálogo	Fenomenológicos
Intercambio o procesamiento de información	Cibernéticos
Expresión, interacción e influencia	Sociopsicológicos
(Re) producción del orden social	Socioculturales
Reflexión discursiva (histórica)	Teórico-críticos
(Concepciones emergentes)	Feministas. estéticos Económicos, espirituales...

***El campo de la teoría de la comunicación y sus tradiciones (Craig, 1999).***

esa tradición sociocultural, y ahí hay un elemento mínimo inicial de reconocimiento de que lo que estamos haciendo aquí no tiene por qué eliminar elementos y aportes que vengan de cualquiera de las otras tradiciones, así reconocidas y llamadas por Craig, pero sí mantener en el centro esa característica que la identifica como un desarrollo dentro de una tradición más amplia, que no empieza ni termina con una obra. Craig mismo, que lleva unos 30 años trabajando sobre estas cuestiones, dice que, primero, de lo que se trata no es de unificar —aunque se pudiera, no valdría la pena, porque eso sería empobrecer el campo—; lo que sí hay que hacer es incentivar el diálogo entre los representantes de las tradiciones; porque esas tradiciones en sí mismas no son más que abstracciones, o en todo caso son conocimiento objetivado en obras, en las bibliotecas; son recursos, pero no son prácticas. Lo que hace falta es que los que adoptan cada una de esas variantes dentro de esas tradiciones, abran su práctica a la discusión y a la confrontación con otros.



Lo que está sucediendo con los estudios de comunicación es que se están fragmentando de tal manera las especialidades —no las siete tradiciones sino sus derivados— que se van convirtiendo en mundos pequeños, muy particulares, en comunidades muy esotéricas, muy referidas solo a sus propias opciones, sin tomar en cuenta a los otros, y nadie tendría por qué suponer que tiene *la opción buena*. Dice Craig: Yo identifico estas siete tradiciones pero habría que abrir los ojos para ver si hay otras. Y sí, siempre se pueden construir otras, pero de las otras, no interesan las clásicas, interesan las *emergentes*. Los estudios feministas, por ejemplo, podrían convertirse en una tradición intelectual en los estudios de comunicación.

Creo que este es un aporte muy útil, muy interesante, muy bien sustentado, que hace sentido.

Pero un colega brasileño, Luiz Martino (2007), publicó un pequeño libro que es como una ironía, en el que retomó dos artículos, uno de Craig y otro de Charles Berger —otro estudioso estadounidense del campo—, los tradujo al portugués y escribió una introducción donde los ubica y dice que es una desgracia que ni siquiera seamos capaces de diagnosticar acertadamente si hay muchas o pocas teorías de la comunicación. Sin embargo, al poner juntos estos dos textos, el de Berger que enfatiza el trabajo que cuesta identificar una teoría de la comunicación en sentido estricto, ante lo que la pregunta es *¿y por qué no hay?*, y el de Craig que se pregunta *¿por qué hay tantas?*, resulta que los planteamientos están bastante cercanos, como puede verse en la figura 2.9: tanto a Berger como a Craig les preocupa la tendencia a la fragmentación. Entre otros argumentos, señalan que seguimos teniendo un campo de estudios *multidisciplinarios*, no interdisciplinarios, aunque el problema no es ese, esa es la riqueza; el problema es que la investigación que se ha hecho —multidisciplinariamente— ha sido mucho más investigación aplicada que investigación básica, y eso se debe a que los estudios de la comunicación cayeron en manos de periodistas y artistas y estudiosos del lenguaje y terapeutas y otros que necesitan recursos de comunicación aplicados. Y todo eso no está mal,

lo malo es que la investigación no cayó, suficientemente, en manos de investigadores científicos básicos, que preguntaran qué es la comunicación y no simplemente para qué sirve, en una fórmula muy sintética. El problema es que se confunden las hipótesis, las elaboraciones que hay que probar, o las ideas y hasta las ocurrencias, con teorías; las grandes declaraciones de otro tipo se toman como si fueran teorías. No, las teorías no son eso. Y eso es muy importante porque es el marco en el cual se forman los investigadores en los posgrados de comunicación. Preocupación de 1991, en la que Craig insiste, ya desde entonces, en la falta de un diálogo interdisciplinario, entre las tradiciones intelectuales representadas en los estudios de la comunicación.

Traigo, entonces, este libro a colación para insistir en que si hay muchas o pocas teorías es lo de menos, pues Berger y Craig comparten básicamente la preocupación por la *fragmentación*, que no es lo mismo que la diversificación o que la especialización. Martino saca la conclusión de que esto es un desastre y que hay que ponernos a trabajar con todo rigor filosófico en la definición epistemológica, sobre todo, del “fundamento último” del campo, postura que evidentemente no comparto. Pero esta publicación me sirve para retomar la cuestión de cómo pasar de la dimensión epistemológica a la ontológica.

## CONVERGENCIAS Y DIVERGENCIAS EPISTEMOLÓGICAS

Nuestros autores de los textos básicos, ¿qué dicen? En sus libros —en unos más que en otros— hay argumentos muy importantes con respecto a algunas de estas cuestiones, pero difiere ampliamente lo que van derivando de ahí en cuanto a la relación entre la ontología y la epistemología. Me pregunto dónde ubican sus propuestas, en qué escala, con respecto al universo de lo *real*, con todos los objetos de conocimiento que se pueden construir ahí. Trato de esquematizarlo en la figura 2.5.

Søren Brier parece adherirse a la “teoría del todo”; podemos encontrar en su obra el concepto de información en todos los niveles, desde los subatómicos hasta los macro en tiempo y espacio, y al mismo

FIGURA 2.4

La dimensión epistemológica: la comunicación como objeto de conocimiento

De la dimensión epistemológica a la dimensión ontológica

<p>¿Porqué hay tan pocas teorías de la comunicación?</p> <p>Fragmentación</p> <ul style="list-style-type: none"><li>● Multidisciplinariedad (la comunicación como ciencia social aplicada).</li><li>● Investigaciones prácticas (periodismo, lenguaje), no básicas-teóricas.</li><li>● Confusión de hipótesis o ideas con teorías.</li><li>● Indefinición científica de los posgrados.</li></ul> <p>Berger, C. R. (1991). "Communication theories and other curios". <i>Communication Monographs</i>, 58, 101-113.</p>	<p>¿Porqué hay tantas teorías de la comunicación?</p> <p>Fragmentación</p> <ul style="list-style-type: none"><li>● Borramiento de las fronteras teóricas entre las ciencias sociales y las humanidades.</li><li>● Predominio de una epistemología que privilegia la función <i>constitutiva</i> sobre la <i>explicativa</i> en la teoría social.</li><li>● Falta de diálogo interdisciplinario.</li></ul> <p>Craig R.T. (1993): "Why are there so many communication theories?" <i>Journal of Communication</i> Vol.43 No.3.</p>
--	--

Martino, Luiz C. (2007): *Teorías da Comunicação muitas ou poucas?* Cotia SP: Ateliê

La fragmentación entre las teorías de la comunicación (Martino, 2007).

FIGURA 2.5

La dimensión epistemológica: la comunicación como objeto de conocimiento

Comunicación / real	Brier	Castells	Jensen	Martin	Scolari	Wolton
Socio-cultura global	Información / semiosis / institución	Información / semiosis / institución	Información / semiosis / institución	Información / semiosis / institución	Información / semiosis / institución	Información / semiosis / institución
Socio-cultura local						
Conocimiento / historia						
Vida / humanidad						
Vida / evolución						
Bio-química						
Física-química						
Física macro						
Física sub-atómica						

De la dimensión epistemológica a la dimensión ontológica.

tiempo sus derivaciones para la ciencia de la información, en términos de las bibliotecas, del diseño y la gestión de los procesos de administración del conocimiento. Es un libro de un alcance enorme, mucho mayor que el de Martín-Serrano, que relaciona la comunicación con la vida, empezando desde el origen de la vida; no más atrás, pero sí desde el origen de la vida. Los otros autores se limitan a considerar la comunicación en el ámbito de la realidad social; la realidad social histórica desde sus distintas escalas, pero nada más eso; no involucrando las otras dimensiones de la existencia física o biológica. ¿Dónde hay que poner el alcance epistemológico de la pregunta por la comunicación? Manuel Martín-Serrano tiene una argumentación muy explícita, muy sistemática, muy dura y muy consistente para decir por qué no hay que referir a la cultura lo que se puede explicar biológicamente, evolutivamente. Los otros autores no tienen una argumentación de ese tipo, pero implícitamente están adoptando un recorte de proyecto de construcción que tiene condiciones.

Por mi parte, encuentro en los seis libros seleccionados como básicos para esta cátedra, además de todas las diferencias, tres elementos comunes, trabajados diferentemente: uno es el concepto de *información*, otro el de *semiosis* y otro el de *institución*, referidos en las respectivas escalas y con los enfoques y las perspectivas que cada uno de ellos propone para el estudio de la comunicación, y para la definición, implícita en la mayor parte de los casos de qué es la comunicación. Decir qué es la comunicación es un resultado de cómo se propone estudiarlo y cómo se aborda su problematización y su desarrollo conceptual.

### TRES CONCEPTOS CENTRALES, ENTENDIDOS COMO PROCESOS

Hipotéticamente yo encuentro, entonces, esos tres conceptos en común. Pero mi lectura no quiere decir que sea la misma concepción; quiere decir que hay una concepción de *información* en cada uno de ellos, una de *semiosis* —aunque el término no sea tan común— y una

de *institución*. La comunicación tiene que ver, en estas perspectivas, cuando menos con procesos de información, procesos de *semiosis* —o de significación, en todo caso—, y procesos de institucionalización. Habrá que ver a dónde remiten estos tres conceptos, que ya no son “tradiciones intelectuales” sino conceptos centrales, definidos y ubicados teóricamente de distintas maneras. Lo que yo subrayo, y que me va a ser muy útil para lo que sigue, es que son procesos, no cosas; no son objetos de conocimiento que remitan a situaciones estáticas sino a procesos. Procesos en un sentido muy amplio, más amplio por ejemplo que el empleado por David Berlo (1969), que en 1960 causó un gran impacto en los estudios de comunicación con la edición original de su libro *El proceso de la comunicación* en el que definía “proceso” como algo que empieza y termina, algo que transcurre o fluye. Para Berlo, que era un reconocido conductista, era indispensable postular una concatenación de actos en el tiempo; pero para la ciencia contemporánea esa noción del devenir de la conducta no basta. La comunicación involucra procesos que no necesariamente tienen principio y fin observables; es decir, no es una ocurrencia eventual de proceso, es el proceso completo, permanente, constitutivo, universal, de la realidad del mundo en sus múltiples e intrincadísimas dimensiones, de las cuales seleccionamos algunas para conocerlas sistemáticamente.

El concepto de información viene de la segunda Ley de la termodinámica, y tiene que ver con la *entropía*; es decir, tiene que ver con la dinámica de los gases, cuyas moléculas se entienden sujetas a variables como temperatura y presión. El concepto de información es un hito central, reconocido por prácticamente todo el mundo en la historia de las teorías de la comunicación, que fue sacado de su contexto teórico original, y extrapolado entre otros dominios al del diseño de sistemas en la ingeniería de telecomunicaciones por Claude Shannon (1949). Shannon publicó en 1948, como ingeniero de la *Bell Telephone Company*, un artículo revolucionario en el que proponía seis axiomas matemáticos para el diseño de los sistemas telefónicos que permitieran hacerlos más eficientes. La premisa era controlar la interferencia de

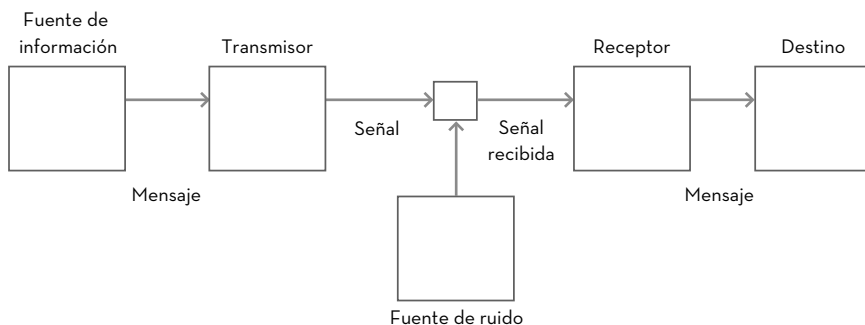
las señales, el ruido en los canales, y sus axiomas permitirían medir y controlar que la información que sale de la fuente se parezca lo más posible a la que llega al destino a través del canal.

La *Teoría Matemática de la Comunicación* de Shannon —así le puso él— es entonces un conjunto de seis axiomas matemáticos para eficientar la telefonía de mediados del siglo pasado. En 1949, en la forma de un libro con el mismo título, Shannon juntó su aporte a la ingeniería de las telecomunicaciones con una reflexión ensayística de Warren Weaver, donde este comienza a sugerir extrapolaciones de la nueva teoría. Cabe hacer notar que el esquema de “sistema de comunicación” que se reproduce en la figura 2.6, y que muchas veces se ha confundido con la teoría, es una ilustración de la introducción del artículo y del libro, y nada más.

Pero hay una gran distancia entre el aporte técnico-matemático de Claude Shannon a su campo especializado de la ingeniería y lo que generó su lectura “extrapolada” a la construcción del campo de la comunicación, que sin duda de ahí viene. Pero el concepto de información y su acepción como sinónimo de comunicación, vienen también del trabajo de otro matemático estadounidense, Norbert Wiener (1948), que el mismo año publicó su célebre libro *Cibernética, o control y comunicación en el animal y la máquina*, escrito en *lenguaje* matemático. Wiener, profesor del Tecnológico de Massachusetts, tenía un espíritu de especulación filosófica mucho más amplio y creativo que el de Shannon y Weaver, y divulgó muy pronto sus propias extrapolaciones, que llegaron a la discusión de las implicaciones religiosas de la Cibernética, en un libro popular titulado *El uso humano de los seres humanos* (Wiener, 1950). Es muy interesante contrastar la influencia directa y central de Shannon en los estudios de comunicación con la más indirecta y marginal de Wiener, quizá porque este último no representó gráficamente en sus obras un modelo lineal del proceso de comunicación.

El segundo de los conceptos que rescato es el de *semiosis*, que tiene su origen en la semiótica y refiere a la bellísima fórmula de Ferdinand

**FIGURA 2.6**



**Esquema de un sistema de comunicación (Shannon & Weaver, 1949, p. 7 y 34).**

de Saussure (1945) —aunque la conceptualización no es la de él— del “estudio de la vida de los signos en el seno de la vida social”. El estudio de la significación como proceso, de la producción de significados, y luego de sentido, en la práctica social, se llama “semiótica”, mejor que semiología (Verón, 1987). Porque la tradición que usa el concepto de *semiosis* como central es la peirciana, no la saussureana, y está asociada con la lógica y la filosofía pragmática estadounidense. Pero como el de Saussure, el aporte de Charles Sanders Peirce se hubiera olvidado si no hubiera sido por sus respectivos discípulos. Charles Morris (1985) retomó, en los años treinta, la semiótica de Peirce en el contexto del proyecto de la unificación de la ciencia, del Círculo de Viena, y con una fuerte influencia del conductismo. Ahora no es esta la única vía por la cual se trabajan estas cuestiones, ni mucho menos, pero la del conductismo de Morris fue la fuente a partir de la cual se empezó a trabajar la *semiosis* en los estudios de la comunicación. Hay que subrayar que este concepto recupera lo que Shannon explícitamente negaba: el significado de las transmisiones, “la dimensión semántica de la comunicación —decía— es irrelevante para los problemas de la ingeniería”.

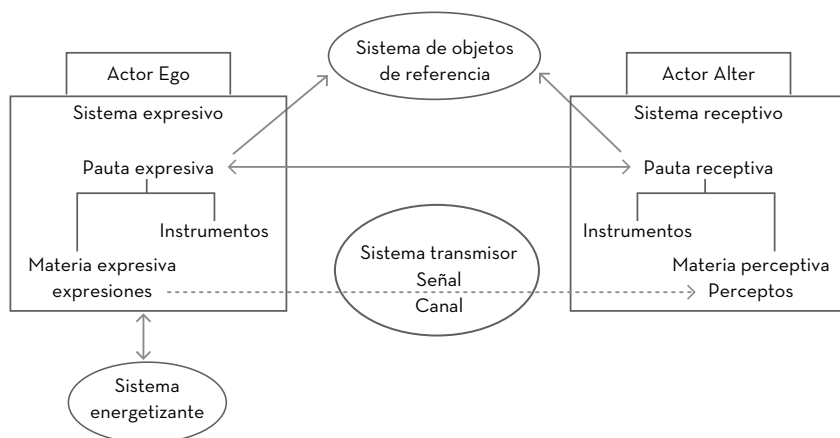
Finalmente, el concepto de *institución* viene del Derecho, y antes de Talcott Parsons, pero muy claramente con Parsons, se convirtió en un concepto central de la sociología. Me limito, por lo pronto, a recuperar el sentido en que maneja Giddens (1984) este concepto, ya en términos muy legítimamente sociológicos: la institución no como objeto estático sino como proceso de institucionalización, referido a la conjunción de reglas y recursos crónicamente reproducidos en la sociedad; es decir, como cristalización de las interacciones sociales, algunas de las cuales se institucionalizan, se convierten en instituciones, que por lo tanto no son solo, por ejemplo, las instituciones clásicas del Estado sino que hay una gama enorme de instituciones, especialmente para nuestro caso, las instituciones comunicativas, que no son, ni mucho menos, solamente los medios, como empresas reconocidas. Hay mucho de institucionalización en el juego social de la comunicación.

Para cerrar, extraigo y expongo como figura 2.7, uno de los muchos esquemas incluidos en el libro de Manuel Martín-Serrano (2007). El proceso de comunicación puede reconocerse como una versión refinada, y reformulada en todos sus fundamentos, de un modelo lineal de intercambio de información, de flujo de información a través de canales codificados en la relación entre *Ego* y *Alter*, los actores de la comunicación. Es un modelo donde el concepto y el proceso de información son centrales.

En cambio, a partir de Jensen (2010), en el modelo básico de la producción de sentido, de la *semiosis* en su esquematización más simple, reproducido en la figura 2.8, los signos son relaciones triádicas que remiten a las *primeridades*, *segundidades* y *terceridades* de Peirce, y se reconocen como *signos*, *objetos* e *interpretantes*. Más que los signos, lo que importa es la *semiosis*; es decir, el proceso por el cual se usan los signos y se actualizan esas articulaciones triádicas encadenadas. Lo que resuelve el significado de un signo —de los que hay muchas variedades— es el interpretante, pero el interpretante es otro signo, lo que desencadena otra relación triádica, hasta un cierto



**FIGURA 2.7**



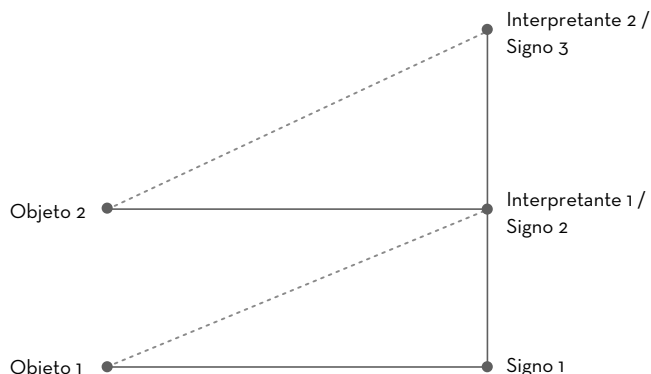
**Sistemas que intervienen en la comunicación (Martín-Serrano, 2007, p.154).**

punto en el que los intérpretes, que son los sujetos humanos, deciden que hasta ahí conviene continuar la *semiosis*.

Estas cadenas de significación, es decir, de relaciones más o menos reguladas entre algo que está presente y algo que está ausente —eso es la significación— sirven para una cantidad enorme de posibles fines. Ese concepto de comunicación —formulado como *semiosis*, como significación— es completamente diferente del proceso lineal de la información, aunque tiene algunos elementos similares de conceptualización, pero son representaciones, esquemas, modelos, radicalmente diferentes.

Uno de los problemas tradicionales para estudiar comunicación es entender la relación entre procesos de información y procesos de significación. Jensen (2010) lo propone así: en la misma estructura triádica que toma de Peirce, “información” es un proceso que puede represen-

**FIGURA 2.8**

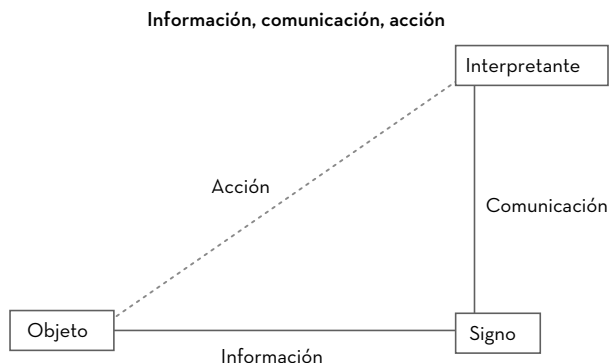


***El proceso semiótico de producción de sentido (Jensen, 2010).***

tar muy bien la relación que hay entre signos y objetos; la “comunicación” entre signos e interpretantes, lo cual implica el tercer término; y la “acción” esa relación triádica entre objeto e interpretante, lo que implica a su vez a los signos. Esta propuesta de Jensen, representada en la figura 2.9, en proceso de construcción, recupera elementos de la semiótica de Peirce, los articula con un conjunto amplio de referencias de las tradiciones de investigación de la comunicación, y los enriquece apoyándose en una reformulación que propone de la teoría de la estructuración de Giddens. Es una propuesta inacabada, pero sistemática y promisoría, a mi manera de ver.

Vuelvo al principio, para concluir esta sesión: si lo que hacemos es *producción social de sentido sobre la producción social de sentido*, entonces es doblemente importante tener un concepto, una representación, una propuesta sólida y clara, de qué es, cómo es, por qué es, dónde es y hasta dónde, la producción social de sentido. La próxima sesión trataré de continuar el argumento, desde una dimensión praxeológica. Pero, hoy, conversemos.

**FIGURA 2.9**



***Información, significación y acción como estructuración (Jensen, 2010).***

## CONVERSACIÓN CON LOS PARTICIPANTES

**Alejandro Pérez, egresado de la Maestría en Comunicación del ITESO:**

Me llamaron mucho la atención las posibles explicaciones o tendencias que refería de los autores, respecto a la fragmentación de los estudios de comunicación, y me interesa mucho conocer si en los estudios que ha hecho sobre la producción de investigación en el campo de la comunicación usted, por un lado, nota también esta fragmentación y si la atribuye, sobre todo en los estudios latinoamericanos, a algunas de las posibles explicaciones que refieren los autores, o si considera que se deba probablemente a que existe poca capacidad de los nuevos productores, o una poca producción; es decir, creo que esta fragmentación puede deberse a que hay poca producción como tal o a que hay una escasa capacidad de *hilar* las teorías o las tradiciones más sólidas con las nuevas producciones. En concreto, si esta fragmentación también se nota en los estudios que ha hecho particularmente usted en el campo de comunicación en Latinoamérica.

**Raúl Fuentes Navarro (RFN):** Sí. Creo que es una especie de constante universal. Matiz: así se puede interpretar; es decir, se hace un recuento, se toma una muestra y se clasifica. Primer problema: ¿cómo le haces para establecer una muestra válida, representativa? Sáltate ese problema, haces lo que puedes. Segundo problema: ¿cómo categorizas, cuál es el sistema de categorías que permite hacer eso de la manera más consistente? También sálatelo, haz lo mejor que puedas. Tercero: ¿cómo interpretas esa diversidad? ¿es diversidad temática? Entonces eso habría que interpretarlo muy positivamente porque hay montones de temas y de aspectos de la cotidianidad que vale la pena estudiar, y entre otros, estudiarse como comunicación, eso no es tanto problema. Pero si interpretas que esa diversidad es más bien de planteamientos teórico-metodológicos o epistemológicos, ya no es necesariamente tan positivo, porque esta cuestión de la consistencia teórica es una tensión en debate desde hace mucho —que para cada tipo de objetos o para cada comunidad de investigación, proporciona un marco de certidumbre relativa para trabajar y para avanzar y para acumular, contra la flexibilidad, la diversidad, la pluralidad teórico-metodológica, que también tiene otras ventajas, pero no tantas como la ortodoxia. En realidad, en la práctica no podemos ser ni totalmente ortodoxos ni totalmente heterodoxos; estamos metidos en esa tensión como comunidades de practicantes. Entonces, ¿cómo interpretas la diversidad de propuestas teórico-metodológicas de base? más como un problema que como una virtud o como una ventaja, pero no totalmente —hay quien lo absolutiza, yo no.

¿Cuál es el problema principal? Porque también hay, por ejemplo, diversidad de clientes: ¿para quién haces la investigación? Esa pregunta es para la siguiente sesión, ahora nada más la menciono. ¿Cómo interpretar esa diversidad? La puedes intentar meter al modelo “productivo”, es decir, al que supone que conforme se va avanzando se va especializando la investigación. Ese es un patrón muy positivo de la evolución de la ciencia, de la práctica científica; pero implica que cada especialidad mantenga algún nexo reconocible, explícito, con el tronco del que

es una rama —para poner la analogía—, y eso no siempre se da. Es más, depende de dónde, pero los analistas empíricos de estas cuestiones —como Craig, como Anderson, como otros, en Estados Unidos—, dicen que no hay esa referencia, lo que queda en común entre lo que se hace en estas comunidades de especialistas y lo que se hace en estas otras, es el nombre “comunicación” y la adscripción institucional, si acaso. Un ejemplo paradigmático es el de las comunidades de economistas políticos y las comunidades de estudios culturales —son plurales y diversas cada una, más o menos reconocibles como campos. Para lo único que se relacionaban era para descalificarse mutuamente; nada extraño. Se puede decir lo que sea con respecto a los competidores —sobre todo los que no son *nosotros*, los que son *ellos*—, pero con alguna argumentación un poco más sólida. No siempre hay esto, porque por principio, aquellos adversarios, aquella otra tribu, aquellos otros, no me interesa saber qué hacen, porque ya tengo la respuesta: *lo que hacen no sirve para nada*. Caricaturizo, pero a veces las prácticas son más caricaturescas que la caricatura: son más burdas las descalificaciones. Esta es una práctica social perfectamente explicable, y no tendría por qué considerarse que es otra cosa, que la ciencia es algo extraordinario, fuera de este mundo; esa creencia ya pasó.

¿Cómo explicar la diversificación, cuando tendencialmente se separan las comunidades y no hablan entre ellas? Tengo que dar un ejemplo concreto, cercano: en México se empezó a hacer investigación de la comunicación en los años setenta, siguiendo los modelos que había, es decir, los modelos tradicionales del funcionalismo estadounidense de los años cincuenta y sesenta. Había que hacer cosas tan *relevantes* socialmente como medir los efectos de la violencia en la televisión sobre los niños, etcétera. Algunos sujetos en ese tránsito de estudiantes de licenciatura en comunicación a profesores con disposición para hacer investigación, sabían lo que había que hacer: irse a estudiar un posgrado —una maestría, pero ya que estabas allá, de una vez el doctorado— en los centros de mayor prestigio en ese momento en Estados Unidos. ¿Qué se aprendía en esos doctorados? Estadística, teoría social,

técnicas de encuestas, etcétera. Muy bien. Entonces, venían de regreso y empezaban a hacer proyectos de investigación científica sobre la comunicación, para medir efectos de la violencia en televisión en los niños y ese tipo de cosas. Cosas muy interesantes y útiles; por ejemplo, estudiar la adopción de los patrones de conducta que llevaban a la drogadicción, o proyectos enmarcados en la búsqueda de principios comunicacionales para salir del subdesarrollo nacional.

Por ahí se empezó, de hecho, pero muy pronto aparecieron otros modelos. *Eso es hacerle el juego al imperialismo; eso es una práctica social que tiene consecuencias terribles, para reforzar la dependencia de estos países sojuzgados; lo que se necesita es un trabajo académico que libere al pueblo.* Se empezaron a hacer proyectos de investigación con otro sentido, con otro modelo, con otros recursos, en otros entornos, con otros propósitos, opuestos a los primeros. Y parte de la misión de los agentes de la segunda fundación de nuestro campo, era acabar para siempre con los *malditos agentes del imperialismo que están entre nosotros*. Lo consiguieron. Desterraron para siempre a los “empiristas” del campo de la investigación académica de la comunicación: ganó un bando. Luego, ese bando se dio cuenta de que no *era para tanto*; que era muy importante radicalizar el modelo para ganar la batalla por los espacios, pero que tampoco *era tan así*, y empezaron a abrirse a otro tipo de posiciones. Pero se perdió casi irremediablemente —porque ya pasaron 40 años—, el ingrediente de rigor metodológico en la investigación social empírica y cuantitativa. La mayoría de los investigadores mexicanos de la comunicación ni sabemos ni nos interesa mucho saber estadística, o lógica de investigación que incluya medición de variables en interacción para explicar algo. Eso no sucedió en otros países: en este, sí. ¿Dónde hay estudios empíricos rigurosos hechos en México que puedan comprarse con los que se hacen en Estados Unidos o en otros países? No hay, prácticamente. El crecimiento y la diversificación han ido excluyendo algunas cosas tan importantes como esa.

Todavía, de repente aparecen analistas inteligentes y de buena voluntad, que dicen: si somos objetivos, hay una pobreza metodológica

impresionante, y eso acaba teniendo consecuencias gravísimas porque lo que hacemos no lo podemos vender, no lo podemos ofrecer, no lo podemos aplicar, no lo podemos enseñar... responsablemente. ¿Qué consecuencias tiene una interpretación más crítica de esta diversificación? Primero, detectar lo que desaparece, lo que queda excluido, que son muchas cosas, y segundo, que la estructura de campo, las condiciones que permitan o que obliguen a la discusión entre las distintas *tribus*, es muy variada. Podemos ver, por ejemplo, un libro colectivo publicado en México, en el que cada capítulo es una historia diferente, pero no se tocan unas con otras, a pesar de ser capítulos del mismo libro. Y una vez publicado el libro, los autores —que se conocen y puede ser que hasta sean amigos—, por principio de supervivencia en el campo, prefieren *quitarse de problemas* y ni siquiera leer lo que escriben sus colegas, para no sentir el peso de la responsabilidad de tenerle que decir: oye, tu capítulo tiene faltas de ortografía —no digamos otra cosa—. Otra vez caricaturizo, pero no demasiado.

Más seriamente: ¿Qué quiere decir “fragmentación” en los análisis? Quiere decir que cada fragmento se va por su cuenta, y mientras más se desarrolla, menos posibilidades genera de interactuar con los otros fragmentos. Y esa es una desgracia del conjunto, que no tiene nada de positivo. En distintas situaciones, por ejemplo, para diagnosticar el estado de la investigación en comunicación en Estados Unidos —que es enorme—, muchos de los analistas interpretan así algunos de los datos que producen. Son datos sustentables, pero hay que interpretarlos y la interpretación es la que significa. Esta es una especie de preocupación compartida por muchos —no por todos, porque también la meta-investigación sufre de fragmentación, y de las mismas dinámicas de campo, de descalificación mutua, porque al fin y al cabo también es investigación. Es como una instancia de alerta interesante, que también en otras latitudes se encuentra, para caracterizar otras comunidades y otras instituciones de investigación de la comunicación. Y no hay ninguna que yo conozca, en el mundo —por ahí tendremos una sesión para hacer esas comparaciones de cómo se ha institucionalizado la in-

vestigación en distintos países— que niegue esa condición de fragmentación en los estudios de comunicación. Unos le ponen más énfasis a la preocupación que otros, pero en todos está. Es un rasgo obvio, y tiene raíces de todo tipo, como las que cité de Craig y Berger, por ejemplo. Paradójicamente, es más fácil poner juntos estos diagnósticos de distintos lugares en un plano internacional, que en los planos nacionales respectivos; sí, claro, porque están más lejos de la práctica cotidiana y de los factores de campo, que hacen que cada agente esté obligado a defender su posición, no por razones abstractas sino por las razones más concretas del mundo.

La duda que surge, y es una duda muy razonable, es si no estamos cayendo también en un vicio de fragmentación al poner tanto énfasis en eso. ¿Cómo es esa situación en otras especialidades —cercanas o lejanas? Resulta muy probable que los patrones sean los mismos, y si las condiciones sociales, concretas, en donde se hace esa investigación son las mismas, entonces hay una necesidad obvia de enterarte de que hay muchas diferencias, pero hay que saber cuáles y con respecto a qué. Otra vez, ¿cuál es la clave de interpretación que se busca en una pregunta de investigación? “fragmentación” es una buena pista, pero hay que ver que no es ni el único rasgo ni la única clave para interpretar, ni lo único que podría generar algún problema práctico. Sí, corresponde abordar esta cuestión con estudios empíricos, claros, concretos, hechos metodológicamente lo mejor posible, sí.

**Jorge Thamer, egresado de la Maestría en Comunicación del ITESO:**

Manuel Martín-Serrano, en la introducción de su libro, dice que ha escuchado comentarios en torno a los estudios de la comunicación, que *después de tantos años se han agotado*, y ha escuchado comentarios en torno a que *entonces no se puede hacer nada*, no se puede descubrir ni el campo ni el objeto ni llegar a un punto de convergencia, como decíamos. Pero también dice: al contrario, yo creo que estamos, precisamente, en el punto de, ahora sí, empezar a hacer teoría de la comunicación. De ahí parto para mi pregunta porque me genera la duda;



entiendo que estamos en transiciones de marcos epistemológicos. Este marco epistemológico que la ciencia física nos otorgó, o que tomamos desde Shannon por ejemplo, del aspecto ingenieril, y nos ha llevado a otro. Martín-Serrano precisamente dice —junto con otros autores, como Martín Aguado— que ha estado dándose una transición a un marco epistemológico ahora a partir de lo biológico, y me llama la atención esto porque entonces digo, ¿cómo enfrentar —esa es mi pregunta— la transición de un marco de este tipo ahora a otro —como el que plantea Manuel Martín-Serrano—, cómo enfrentarlo conceptualmente, cómo cambiar la visión de si antes la comunicación podía ser explicada, precisamente, con elementos lineales, por ejemplo, físicos, cómo pasar ahora al campo desde este marco —que dice Martín-Serrano, y que lo plantea en su libro, y que choca porque tenemos un marco distinto—, cómo tener herramientas, actitud, para ahora ver ese nuevo —no nuevo necesariamente—, o este marco distinto? Decía que si antes nos habíamos enfocado mucho desde el punto de vista ontológico para estudiar la comunicación, ¿debemos movernos a otro lado, no al objeto sino a la relación, o de qué manera? Esa es mi pregunta.

**RFN:** Está buena la pregunta, Jorge, hay que meterla al catálogo e irla trabajando. Una fórmula: a Manuel Martín-Serrano le oí —en el ITESO, hace muchos años— una frase, una sentencia, que me impactó mucho: “En comunicación sabemos mucho pero comprendemos poco”. Ergo —por lo tanto— justificación suya perfecta para dedicarle 30 años a la formulación de esta teoría de la comunicación, que es un desarrollo sobre todo epistemológico; hay que leerlo. Toda la argumentación gira, se construye, se desarrolla, alrededor de la pregunta ¿cómo es (a veces) posible que la comunicación sea posible? Ese no es el punto de partida de la indagación, ahí no empezó Manuel; es una construcción lógica que le permite armar su propuesta en términos —como él dice— “verificables”. Dice, con toda frescura, que “en el campo de la comunicación no hay teorías verificables, esta es la primera”. Está bien, gracias. Gracias, porque por lo menos te deja la provocación de

pensar si de verdad no hay otras teorías verificables en este sentido positivo, fuerte, riguroso, científico. Prefiero quedarme con la otra fórmula —Manuel tiene muchas fórmulas, es un hacedor de fórmulas muy competente. ¿Qué quiere decir cuando afirma que en comunicación sabemos muchas cosas pero comprendemos pocas? quiere decir que tenemos experiencia de distintos tipos, no solo académica —sobre todo, no académica—, en el *desarrollo de procesos de comunicación para...* en muchísimos ámbitos, pero no un principio más abstracto, más general, que permita explicarlos con una sola lógica. Por eso él construye su propuesta. El supuesto es que con una teoría de la comunicación no solo puedes saber sino también comprender. Me quedo con esa premisa, aunque no me quede con el producto —tal cual— de esa construcción.

Y la pregunta entonces sigue vigente; no la resuelve ese caso ni ningún otro. Porque al hacer la pregunta queda la posibilidad de considerar ¿por qué no?, a la Bachelard. Me refiero, por ejemplo, a mi texto complementario de hoy —esa conferencia en Brasil—, que empiezo diciendo entre otras cosas que adopto la pregunta epistemológica desde este plano de la práctica, que no me interesa desarrollarla en términos filosóficos, rechazando al mismo tiempo la jerarquía implícita que dice que las respuestas y el método de la filosofía son mejores que los de una ciencia social desbaratada —como la sociología— o de una pseudo-disciplina marginal como la comunicación. No, de entrada no me auto-descalifico, de entrada trato de ponerme en donde puedo formular la cuestión, tratando de no cometer la ingenuidad de confundir ese desarrollo, esa manera de preguntar, con lo que pueda hacer un filósofo del conocimiento o de la ciencia.

Esa misma opción fue la que tuve que tomar cuando hacía mi tesis de doctorado porque —me ayudaron a verlo rápidamente— no iba a poder meterme al campo de la filosofía del conocimiento o de la filosofía de la ciencia; no tenía tiempo ni competencia para hacer eso, y asumí lo que me recomendaron: “entonces acota, declara desde donde no estás hablando, y desde donde sí, y eso hazlo lo más competentemente posible”.

Mi tesis no está armada en términos de comunicación —aunque luego traté de que sí estuviera— sino de sociología del conocimiento, en una de sus vertientes. ¿Es una tesis de comunicación? ¿En qué sentido? Igual en sociología del conocimiento, ¿cuál sociología del conocimiento? Y me quedé con ese recurso, con ese argumento de tratar de leer lo que hacen otros *lentes* sobre algo que probablemente sea el mismo referente; pero como son otros lentes, entonces seguramente no es el mismo referente. Lo que los psiquiatras llaman “comunicación” no tiene por qué ser lo mismo que lo que los filósofos de la ciencia llaman “comunicación” o lo que los lingüistas o los sociólogos llaman “comunicación”. Hay que conservar la pregunta, Jorge, seguirla explorando. Si creemos que el grado de incertidumbre es muy alto, entonces con más razón en esa proporción hay que apreciar las preguntas agudas y no las respuestas tajantes.

**Adriana Rodríguez, profesora de la Universidad Javeriana y estudiante del Doctorado en Estudios Científico Sociales del ITESO:** Dos preguntas: en el artículo que tú has mencionado, en la parte final planteas que la formación de agentes académicos competentes en los posgrados es fundamental para promover una producción social de sentido sobre la producción social de sentido, y es fundamental para avanzar en la legitimación del campo y en la redistribución social del conocimiento. Diez años después —o un poco menos— ¿qué piensas del impacto de los posgrados en ese proceso? Y la segunda pregunta —también en ese mismo sentido— es que en ese artículo mencionas la importancia de las reconstrucciones históricas y hay unos esfuerzos interesantes en esas reconstrucciones históricas, aunque creo que no tantos como podrían existir. Desde tu punto de vista, ¿cuál ha sido el impacto dentro del campo de esos procesos y, en algunos casos, intentos de reconstrucción histórica?

**RFN:** La primera es una propuesta de sentido, es una apuesta. Tiene un argumento muy simple: si los que hacemos investigación de la comunicación, que somos reconocidos como tales, no estamos conformes con

lo que hacemos en conjunto —a lo mejor sí estamos muy contentos con lo que hacemos cada quien, pero no con el conjunto— ni con los referentes sociales, múltiples, a los que se supone que respondemos; si no estamos conformes, contentos, ni satisfechos —y eso es un rasgo del *ethos* científico— ¿qué podemos hacer para que algunos de los problemas que nos preocupan, mejoren? ¿hay que denunciar la pobreza en la que nos tiene sometido el neoliberalismo? pues a lo mejor sí. ¿Hay que tratar de eliminar a los competidores de otros campos para que nos dejen más espacio? a lo mejor sí. Etcétera, vuelvo a las caricaturas. Pero también habría que ver no solo cómo nos reciclamos nosotros —los que ya estamos en el campo— sino sobre todo pensemos en quién va a seguir después; ¿dónde se reproduce el campo? En los posgrados, obviamente. ¿O para qué son los posgrados? Si pones en un nivel de prioridad el propósito de no solo transmitir lo que ya hay —la experiencia acumulada de las generaciones— sino también, junto con eso, lo que no hay, y lo que debería de haber, puedes hacer la apuesta de que en el futuro, con más y mejores agentes, el campo va a mejorar. Así de simple, es como de sentido común, es un buen argumento de justificación. Pero ¿cómo funciona eso en la práctica? de todas las maneras que se puede esperar; en algunos casos funciona mucho más allá de lo esperado, en otros casos funciona mucho menos; hay que poner esa línea para evaluar formalmente, es una cuestión que está inserta en la dimensión institucional. Está bien. No es una lógica burocrática —la lógica burocrática es más fácil de ejecutar—, es una lógica académica de apuesta por el sentido. Trabajar para saber si es cierto o no es cierto, una vez planteado el asunto; ese es el sentido.

Yo me declaro muy satisfecho de los resultados prácticos y concretos de esa apuesta, que no es una apuesta personal sino institucional y colectiva en este caso, no porque haya resuelto todo sino porque avanza en el sentido señalado. Me parece muy afortunado, porque tendría uno que ser suficientemente honesto como para que si viera otra cosa, fuera capaz de decir *esta apuesta está perdida; apaga y vámonos, y volvamos a empezar*. No es tan fácil hacer eso, pero se tiene que hacer

cuando es así. Recorro a casos, a ejemplos trágicos de cortes drásticos en procesos de proyección educativa o de formación académica, y a ejemplos muy lamentables de inercias instaladas en donde a nadie le importa qué pase, ni para dónde vaya el proyecto. Lo cual es una condición perfectamente consistente con cualquier otra dimensión de la vida social, que no tiene por qué ser imaginada tan consistente ni tan lineal. No sé si por ahí te digo algo útil. Desde el punto de vista de un participante que dice esas cosas y las cree, sí, mi balance sigue siendo satisfactorio; sí, es una buena apuesta, sigo creyéndolo, porque hay alguna capacidad de evaluarla. Pero también en otra escala tiene que ser una evaluación de otros, no solo de los participantes, porque la apuesta es institucional. Y también la evaluación externa es positiva. Por eso sí creo que hay que seguir refrendando la apuesta.

Sobre la historia. Yo creo que se puede decir que la historización es un recurso elemental para no seguir inventando *hilos negros*. Cada vez que se presenta un anteproyecto de tesis de posgrado, como a lo que hay que llegar es a un “aporte original al conocimiento”, el factor *hilo negro* está presente, necesariamente, en mayor o menor proporción, y esa proporción depende de la ignorancia de quien lo propone. Por aquí —y no en todos lados— como contraparte de esa tendencia, suelen predominar los proyectos ambiciosísimos. Como la investigación es un proceso de interacción y de discusión, eso se va ajustando, y parte de ese ajuste es ponerlo en su historia, en su propia historia: ¿cuál es la propia historia de ese proyecto, de esa propuesta? Como se le va a invertir mucho trabajo, más vale hacerlo menos ingenuamente. Igual con la historia del campo: ¿cuál es la historia de los estudios socioculturales como perspectiva para estudiar comunicación? Es, en algún sentido, un *hilo negro* reinventado, a menos que se le otorgue especificidad al aporte concreto. Este sentido de historia tiene que ver con las características de la construcción de los objetos que necesitamos construir, y consistentemente con esta cuestión de que lo que hacemos para construirlos, eso mismo es lo que buscamos en los objetos —es un meta-proceso. También se implica que para poder his-

torizar los objetos de investigación tenemos que historizar nuestros procesos de formulación, y saber qué conviene y qué no conviene, qué procede y qué no procede, qué preferimos y qué no preferimos, para poder hacer eso colectivamente; no es una cuestión individual, es una cuestión colectiva. Suceden cosas, como la que contaba hace rato, de la historia de la investigación en comunicación en México, que *una vez desterrados de este paraíso los agentes del mal, es muy difícil que regresen*. Hay una razón histórica, y también una responsabilidad, para evitar que volvamos, recurrentemente, a repetir la historia negada de casi cualquier referencia que usemos.

Tenemos que saber qué ha pasado antes en los terrenos en los que nos metemos. Por ejemplo, cuando adoptamos, por desconocimiento de la historia, una perspectiva ya negada, y a veces negada por su propio autor. Yo hago lo posible por traer al presente ejemplos de honestidad intelectual, científica y académica, de autores que no sigo: el caso de Everett Rogers, el caso de David Berlo, que fueron capaces, habiendo ganado prestigio y fama internacional como pioneros fundadores de ciertas tendencias, de decir públicamente: *perdón, pero ya no creo lo que publiqué hace 20 años y que me hizo famoso; creo que hay que volver a empezar, por esto, y por esto, y por esto*. Mis respetos. Alguien diría, “Pero eso ya pasó, Rogers y Berlo ya murieron”. Con más razón, mis respetos. Ejemplos, ojalá conociéramos más ejemplos de ese tipo, *vidas ejemplares*, independientemente de nuestra empatía con sus propuestas. Contextualizar para aprender y enriquecer nuestras propias propuestas, o para acabar de enterrar a los fantasmas. Por lo menos para eso, para esos fines prácticos, creo que la historización es indispensable. En América Latina somos muy malos para hacer eso, no nos alcanza el tiempo y luego, cuando se hacen reconstrucciones históricas, se hacen demasiado sesgadas. Alguna “historia de la investigación de la comunicación en América Latina” o del “pensamiento latinoamericano sobre la comunicación” parece más bien una historia oficial. Perdón, a propósito, ¿alguien sabe qué es Latinoamérica? Con eso cerramos por hoy. Muchas gracias.



## ***La dimensión praxeológica: la comunicación como práctica, como profesión y como política***

Una rápida recapitulación de dónde estamos: esta es la sesión 3, titulada *La dimensión praxeológica: la comunicación como práctica, como profesión y como política*. Venimos de una primera sesión, “La dimensión ontológica: la comunicación como problema, como recurso y como solución”, y de una segunda, “La dimensión epistemológica: la comunicación como objeto de conocimiento”. Introduje esta dimensión praxeológica antes de la siguiente sesión que se llama “La dimensión metodológica: la construcción de objetos de investigación”. Creo que hay una serie de elementos muy importantes que considerar desde esta llamada dimensión praxeológica, que después habrá que conectar con sus implicaciones metodológicas para desarrollar investigación sistemática sobre objetos contruidos de una manera mucho más compleja que la regla metodológica que se pueda utilizar. Es una invitación para, en la próxima sesión, ver cómo funciona este esquema —que no es demasiado original, pero sí se repensó para las primeras cuatro sesiones de esta cátedra. A ver si alcanza a dar una lógica reconocible, suficientemente interesante.

El otro eje que tiene que ver con esta distinción de cuatro dimensiones es la perspectiva sociocultural. Sería imposible discutir o retomar estas dimensiones como si fueran autónomas, como si tuvieran una lógica universal autónoma. Poco a poco he ido tratando de introducir las condiciones que impone una perspectiva sociocultural, aunque no las haya especificado totalmente —cosa que deliberadamente no haré. Probablemente hacia el final podamos tener algunas cuestiones

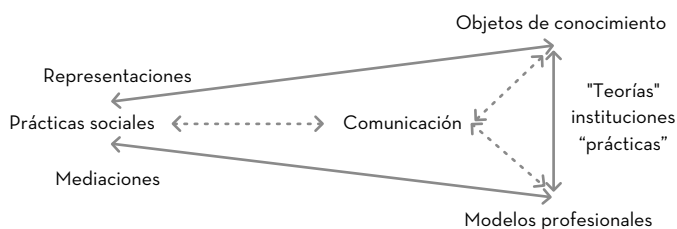


más claras, pero no se trata de cerrar los esquemas sino de abrirlos: ese es precisamente el propósito. Con esa recapitulación breve, les propongo comenzar como ha sido costumbre en las otras sesiones: con un esquema de lo que tengo preparado para esta sesión (véase la figura 3.1).

La *dimensión praxeológica* refiere al estudio de la *praxis*, de esa noción de origen clara y puntualmente marxista, que trata de sintetizar la integración entre teoría y práctica. “Teoría y práctica”, por cierto, es una dicotomía muy perniciosa. De entrada, hay muchos intentos que se pueden hacer para no oponer —aunque sí distinguir— los planos teóricos, conceptuales, generales, abstractos, y los planos de las prácticas, que con esas dicotomías acaban convirtiéndose en *aplicaciones* de los modelos abstractos. Creo que es al revés: es mucho más pertinente para el estudio de la comunicación, desde una perspectiva sociocultural, reconocer cómo se puede trabajar teóricamente, cómo se pueden elaborar abstracciones sistemáticas para el reconocimiento de las prácticas de comunicación, precisamente a partir de las prácticas, y el argumento principal es que esa teorización no se puede hacer más que como una práctica de comunicación: no hay otra manera lógica posible para hacer eso. Sí se puede ver de otra manera, pero precisamente ahí es donde entran las condiciones de la perspectiva, del punto de vista desde el cual se trata de construir y reconstruir lo que sabemos y lo que hacemos en comunicación.

En este esquema inicial trato de establecer una primera relación, una relación de entrada entre esos tres términos: “prácticas sociales”, que se refiere tanto a las que van a ser objeto de trabajo, de reconocimiento y de intervención como a las mismas prácticas sociales en que consiste ese trabajo. El trabajo científico, el trabajo de investigación, el trabajo profesional —ese es el otro término que voy a introducir— son prácticas sociales también. Esta relación, que semióticamente se podría trabajar en términos de discursos y metadiscursos, prefiero por ahora plantearla así.

**FIGURA 3.1**



De la dimensión epistemológica a la ontológica  
 De la dimensión praxeológica a la epistemológica  
 De la doble hermenéutica a la *praxis comunicativa*  
 Lewin: "No hay nada más práctico que una buena teoría"

**La dimensión praxeológica: la comunicación como práctica, como profesión y como política (síntesis).**

Tenemos un esquema en donde la comunicación articula, de entrada —hay que desarrollarlo después— prácticas sociales, objetos de conocimiento sobre esas prácticas sociales y modelos profesionales de ejercicio de esas prácticas sociales en un plano especializado, que consisten en una articulación entre *representaciones* —nociones sociales, no individuales— y *mediaciones*. Es decir, incluyendo las representaciones, también otro tipo de intervenciones hasta llegar a la gama de las instituciones, que permiten hacer fluir en las prácticas sociales estas representaciones y estas acciones, estas intervenciones.

En el esquema pongo también en juego el concepto de *institución*, que en la sesión anterior lo señalaba como un concepto que hay que trabajar en términos de proceso. Más que las instituciones como cosas, como referentes objetivos, conviene concebirlas como procesos sociales, en los que entran las normas más amplias de la constitución del Estado, del mercado, de todas estas grandes instituciones, pero también las más elementales, básicas, como, por ejemplo el lenguaje

como una institución social, en ese sentido todavía poco trabajado en términos conceptuales, pero como una noción que permite acercarse a ello. Desde ahí, desde esa noción de instituciones, lo que propongo es volver a pensar a qué le llamamos teoría y a qué le llamamos práctica.

El movimiento sigue el ya iniciado en la sesión anterior, rompiendo deliberadamente una costumbre, una institución de pensamiento que nos orilla a pensar siempre en términos deductivos. Como es más general la pregunta ontológica “qué es la comunicación”, entonces de eso dependerá —después de resolverla— cómo la conocemos. La propuesta que he hecho es al revés: “qué es la comunicación” depende de cómo la definimos, de cómo la enunciamos, de cómo la trabajamos. Voy a seguir con ese razonamiento para sugerir esta vía —también en ese sentido opuesta al sentido común— que es pasar de esta dimensión praxeológica —de la *práctica social reflexiva*— a través de la reflexión precisamente, a la definición epistemológica: conocemos porque hacemos. No podemos conocer sin hacer. Esa es la lógica que quiero mantener durante todo este tiempo. Habrá que moverse de la noción de la doble hermenéutica —definida por Anthony Giddens como una condición fundamental de la ciencia social—, por la que tenemos que trabajar interpretativamente sobre interpretaciones y no sobre hechos puros, neutrales, objetivos.

El lema que puede estar detrás de esta elaboración es esa famosa fórmula de Kurt Lewin de la que Klaus Bruhn Jensen ha señalado la referencia precisa en su libro más reciente: “Nada es más práctico que una buena teoría” (Lewin, 1945, p.129). El juego con esta afirmación es que hay que saber qué es “una buena teoría”, y no solo qué es una teoría. En el mismo texto de Lewin, retomado por Jensen, hay una interpretación del sentido de esta fórmula, que remite precisamente a la práctica: una buena teoría lo es en la medida en que tiene sentido para la práctica, en la práctica, desde la práctica, hacia la práctica. Esa postura “pragmaticista” —aunque no puedo decir que la tengo totalmente trabajada, ni mucho menos— la adopto como un punto de inspiración o de guía para lo que sigue.

Dos de los autores de los textos complementarios que están en el programa para esta sesión son también autores de textos básicos de esta cátedra: Jensen (2002) y Carlos Scolari (2009), aunque son publicaciones distintas, y agrego un pequeño artículo, muy bueno, de Penny O'Donnell (2008), incluido en la *Enciclopedia Internacional de la Comunicación*. O'Donnell es una profesora-investigadora australiana que regresó a Australia hace unos años después de una larga peregrinación por América Latina; trabajó en Nicaragua, en la Escuela de Periodismo de la Universidad Centroamericana de Managua, en plena época de la revolución sandinista, relacionando la formación de periodistas con ese entorno social revolucionario, y después, con esa experiencia, hizo su Maestría en Comunicación en la Iberoamericana. A mí me tocó la suerte de ser uno de los sinodales de su examen de Maestría, cuando estaba allá Guillermo Orozco. Él dirigió la tesis y nos invitó a Raúl Mora y a mí como sinodales. Fue una tesis muy interesante, después publicada como libro por la propia Ibero (O'Donnell, 1995). Eso fue hace como 20 años, y me dio mucho gusto encontrarme este texto de ella, ya fuera de los *aires revolucionarios* de los años ochenta, en la *Enciclopedia Internacional de la Comunicación*. Creo que tiene algunos méritos interesantes que luego retomaré.

## LOS DIVERSOS TIPOS DE “TEORÍAS”

Empiezo con un rastreo sobre una de las muchas pistas que trabaja Jensen (2002) en su *Handbook of Media and Communication Research. Qualitative and Quantitative Methodologies*, que es una cita de Denis McQuail (2000), para definir “qué entendemos por teoría”. McQuail, el autor más famoso de libros de texto sobre teorías de la comunicación desde hace 30 años, dice que hay cuatro tipos de teorías de la comunicación, todos revueltos, y que eso es gran parte del problema para distinguir qué es “teórico” en el sentido duro, y qué lo es en los muchos sentidos blandos en los que se usa en este campo. Para él hay teorías *científicas*, es decir, elaboraciones sistemáticas que siguen las

normas de la ciencia y que proveen de explicaciones especializadas, recortadas, acotadas, de las causas y las consecuencias de sus objetos. Hay algunas teorías científicas de la comunicación, pero no son la mayoría, y se confunden y se revuelven fácilmente con las teorías *normativas*; es decir, no las que tratan de elaborar conocimiento sobre por qué y cómo y para qué es lo que es sino cómo debe ser. Por ejemplo, las *teorías* que establecen que *los medios de comunicación deben estar orientados al servicio público, deben fomentar la cultura y la educación*. El modelo de la opinión pública en la democracia deliberativa de Jürgen Habermas es un ejemplo clarísimo de una teoría normativa. De ahí deduce Habermas la teoría de la acción comunicativa, que es uno de los ingredientes más desarrollados, más fuertes y más influyentes para el conocimiento de la comunicación en los últimos 30 años. Hay elaboraciones ideales que se proponen para imponerlas —si se puede— o para ponerlas en interacción con el desarrollo institucional de las prácticas que regulan y no hay que confundir los ingredientes científicos, explicativos, con los ingredientes normativos en los discursos teóricos sobre comunicación.

Pero también hay, del lado del quehacer especializado, teorías *operativas*: lo que se ha sistematizado a partir de las prácticas, lo que se sabe hacer; es la *teoría* que viene sobre todo de los ámbitos profesionales. Históricamente, el campo de estudios de la comunicación no nació de elaboraciones filosóficas abstractas; nació de la necesidad de sistematizar y de legitimar intervenciones sociales prácticas, muy concretas. Cuando se institucionalizó en Estados Unidos este campo no se alojó en los institutos de filosofía, de sociología o de ciencia política sino en los departamentos de periodismo, de artes liberales, de teatro, de lo que se llama allá “*speech*”: oratoria, discurso, pero mucho más amplio. Una buena cantidad de los ingredientes que nos sirven para reconocer qué es comunicación, en lugar de teorías formales, tienen su origen en teorías operativas sobre cómo se hace el periodismo, cómo se hace la propaganda, cómo se hace la educación, etcétera. También hay teorías *cotidianas*, que no son especializadas; esto tiene que ver con todo lo

que sabemos los seres humanos de estos ámbitos de la modernidad —más avanzada o más atrasada, no importa. Nos comunicamos intensivamente y tenemos necesariamente una serie de nociones sobre lo que es la comunicación que funcionan como representaciones teóricas, aunque no cumplen ninguna de las condiciones para ser teorías legítimas, ni en términos científicos ni en términos normativos, y ni siquiera en términos operativos. Es pura y simplemente el sentido común.

Para la edición de 2005 de su libro, McQuail agregó un quinto tipo de “teoría de la comunicación”. Como la obra de Jensen, de 2002, cita la edición de McQuail de 2000, obviamente no incluye lo que este agregó en 2005: el tipo de teoría *cultural*. Es interesante esto porque McQuail retoma la oposición o distinción entre las teorías científicas y las teorías culturales o interpretativas, que no necesariamente son científicas porque no necesariamente proveen de explicaciones especializadas de causas y consecuencias sino que dan otro tipo de marcos para interpretar, quizá sistemáticamente pero con otra epistemología, los procesos de comunicación. Es muy relevante incluir también eso que McQuail llama “teorías culturales”. Para lo que me sirve finalmente esta referencia de Jensen y de McQuail es, precisamente, para poder seguir a Jensen, que parte de esta tipología de teorías para elaborar una serie de consecuencias muy complejas y muy interesantes, pero también muy sistemáticas; de ahí tomo algunas de ellas.

Primero, para Jensen (2002, pp. 276–278), el contexto que hace que estas distinciones entre tipos de teorías sean relevantes es la identificación cada vez más clara del proceso de *mediatización* de las sociedades modernas, donde la experiencia de los sujetos y la incorporación de los sujetos al mundo institucional y al mundo de sentido, no es directa —y cada vez lo es menos—; es decir, ese proceso tiene que estar mediado y hay instituciones de mediación especializadas. Pero no es lo mismo *mediación* que *mediatización*. Manuel Martín-Serrano tiene una elaboración muy interesante del concepto de la mediación social, que tiene alguna relación con lo que se conoce como mediatización, y desarrolla las consecuencias de la especialización de ciertas institucio-

nes sociales para hacer ese trabajo de mediación, que es un trabajo de control social. El desarrollo del concepto de mediatización, posterior, tiene que ver con la pregunta sobre por qué y cómo actúan los medios, en ese sentido perverso, para controlar el desarrollo multidimensional de las sociedades contemporáneas y qué consecuencias tiene eso. Ese contexto me parece que es un aspecto clave, de la mayor pertinencia, para el estudio de la comunicación y para la discusión de sus dimensiones, y para, en último término, responder a la pregunta de en qué sentido la comunicación es central y en qué sentido marginal. Pero subrayo la necesidad de situar históricamente este tipo de sociedades modernas. En otros tipos de sociedades, en otras épocas, en otros lugares, el esquema de entrada podría ser otro.

Ese contexto de las sociedades modernas contemporáneas —sobre el que hay una serie enorme de discusiones— está cruzado por la lógica general de la relación entre Estado y Mercado. En ese contexto, que resumo en esa frase, pero que es objeto de muchísima discusión, Jensen afirma que la tarea académica central es “diferenciar y fortalecer las bases sociales —no las bases académicas— para el razonamiento, la argumentación y la acción con respecto a los medios”; es decir, el trabajo que articula el trabajo académico y científico con los fines culturales y políticos de la sociedad en la que se inserta, para elaborar una comprensión, una manera más activa de interactuar con ese contexto, representado centralmente por eso a lo que se le llama *los medios*. Esto hace que quede muy claramente justificado por qué ese aparente retroceso de *estudiar la comunicación no es estudiar los medios*, a sí, sí es *estudiar los medios*, porque los medios acaban siendo las instituciones centrales, determinantes, de la comunicación en estas sociedades. Por eso ahora Jensen y otros hablan del campo de los *communication and media studies*, estudios de comunicación y de los medios.

Resulta que, especialmente cuando vemos nuestro trabajo con esta lente praxeológica, es clarísimo cómo la investigación y las teorías de la comunicación —lo que sabemos sobre comunicación— se han desarrollado en una encrucijada de múltiples representaciones y mediacio-

nes; hay una serie de discursos cruzados, revueltos, que cuesta mucho trabajo saber de dónde salieron y para dónde van, porque se originan en muy distintas fuentes de conocimiento, por ejemplo, de los cuatro o cinco tipos de teorías de la comunicación que Jensen retoma de McQuail. Si adoptamos esta perspectiva praxeológica, es todavía más complejo desembrollar lo que tenemos disponible como recursos.

Otra manera para tratar de enfrentar esta cuestión es la hipótesis, bastante obvia pero que puede servir para dar un paso más, de que los procesos de estructuración académica —de campos académicos, disciplinas y profesiones— están directamente relacionados con las maneras como se han representado y han evolucionado los procesos de institucionalización de los medios, los sistemas y las políticas de comunicación en determinados países. Esto implicaría un regreso, porque en el origen de los estudios de comunicación, la descripción y la comprensión de los medios, los sistemas y las políticas para intervenir en ellos eran centrales, pero después se fueron relegando, porque *lo que importa es la comunicación, y no los medios*. Ahora hay que recuperar, al menos, la noción de que lo que tenemos enfrente viene de una serie de relaciones construidas, muy compleja y contradictoriamente, en referencia a esos medios, a esa esfera de la mediatización de las sociedades contemporáneas.

Hay un ángulo poco trabajado en esta relación entre la comunicación como campo académico y la comunicación como referente social, ambos en procesos de institucionalización, que es la comparación internacional de los sistemas de medios y las políticas y las prácticas que se desprenden de ellas en distintos países de esta modernidad. La referencia al libro *Comparing Media Systems*, de Daniel Hallin y Paolo Mancini (2004), es un intento, primero, por salir de los marcos normativos sobre cómo deben ser los medios —que es lo que más se ha discutido— y tratar de describir, analizar, cómo se han estructurado históricamente los sistemas de medios en distintas sociedades. Hallin y Mancini, con un diseño comparativo internacional muy inicial porque hay pocos antecedentes, hacen un acercamiento a la comparación de



ocho casos europeos y de Estados Unidos, que es la “madre patria” de todos los sistemas de medios en la práctica, aunque conceptualmente todos tienen su origen en dos o tres países europeos.

La dimensión menos trabajada todavía es la metodológica, y es importante para superar la condición de que lo que se puede decir a propósito de los medios en las sociedades contemporáneas está muy sesgado por los sistemas que se han estudiado más, durante más años y con mucho más detalle y rigor, que son los medios estadounidenses. Coincidentemente, los modelos desarrollados en Estados Unidos son los que han influido la institucionalización de los medios y del estudio de los medios en todas partes. El modelo del sistema estadounidense se ha ido internacionalizando y volviéndose la única opción de desarrollo de los medios, con todas sus virtudes y todos sus vicios. Este proceso, que los cultivadores de la economía política de los medios han seguido de una manera muy interesante, pero todavía poco establecida a pesar de décadas de investigación, confluye con el hecho de que en muchos países hay debates sociales —ya no solamente debates académicos— sobre el sistema de medios con el que se interactúa y que está, casi por definición, en rápida evolución. En México hay actualmente —otra vez— una especie de debate social sobre los medios. Por supuesto, también sujeto a la mediatización; es un debate social en donde los medios tienen un doble o triple papel: son objeto de discusión, son los mediadores, y son también actores políticos y económicos de tal peso que sesgan inevitablemente el debate, por su mera presencia —como en la teoría de la relatividad de Einstein: por la masa que tienen, curvan el espacio.

## LOS FINES DE LA COMUNICACIÓN Y DE LOS MEDIOS

Este es un ingrediente que me parece central para pensar praxeológicamente; no podemos despegar la discusión o la reflexión sobre las prácticas de comunicación de las prácticas de los medios. Es una línea que ha trabajado Jensen desde hace ya muchos años, y que ha ido re-

finando de una manera muy sistemática. De ahí esta propuesta —que tampoco es totalmente original de él, pero que ha desarrollado mucho: “Para poder entender los medios tenemos que saber cuáles son los fines” —un poco de juego de palabras—, saber *qué median los medios*. Los medios median fines sociales, proyectos sociales en pugna sobre los cuales intervienen sesgándolos, haciendo pesar su masa para curvar el espacio social —siguiendo la ligera metáfora relativista—, en una determinada dirección.

Una de las cuestiones que más me llaman la atención en esta elaboración de Jensen es el paralelismo que establece entre la investigación académica, considerándola también a su vez —lo cual es bastante razonable— una práctica de producción de sentido, con las prácticas de comunicación que se estudian. Lo que va a definir esta perspectiva, que algunos llaman el “giro pragmatista” de los estudios de comunicación —y más allá—, es la consideración de que a pesar de lo que se diga, y mientras más se niegue, más central se vuelve la comunicación como mecanismo de definición de que la comunicación es marginal. El efecto práctico del esfuerzo para negar que la comunicación es el proceso social fundamental —como decía Wilbur Schramm (1966) hace muchos años— es que mientras más se invierta esfuerzo en negarlo, más se demuestra que es así. Me parece necesario saber cómo interactuar con esa aparente paradoja.

Asociada a esto, menciono también una referencia histórica que me parece muy importante de recuperar a propósito de la dimensión praxeológica. En los inicios del campo académico de la comunicación, en 1941, hubo una propuesta de Paul Lazarsfeld —desde el célebre “Bureau” u oficina de ciencias sociales de Columbia— para integrar lo que él bautizó como la “investigación administrativa” y la “investigación crítica” en un solo proyecto. La anécdota es muy simple: Lazarsfeld era un exiliado austriaco —ya bien establecido en Estados Unidos— y se había convertido en “El Metodólogo” con mayúsculas, con todo el apoyo del *establishment* estadounidense para hacer lo que él quería hacer: entender los procesos sociales complejos del entorno de “en-

treguerras” y sistematizarlo científicamente. Invitó, según su propio relato, a su compatriota Theodor Adorno —epígono de la teoría crítica de la Escuela de Fráncfort, exiliado en Estados Unidos— a que le añadiera sentido crítico y profundo al trabajo práctico, aplicado, que estaban haciendo Lazarsfeld y su equipo; es decir, que le incorporara una dimensión reflexiva de fondo, crítica, filosófica, al significado histórico y social que podía tener el desarrollo de los medios que estaban describiendo y orientando. En el discurso de Lazarsfeld (1941) suena muy racional el proyecto, pero es la reconstrucción de Lazarsfeld del episodio una vez que esa propuesta fracasó, porque Adorno nunca aceptó negociar sus principios, revolverlos con el comercialismo y la manipulación política que estaban detrás de la llamada “investigación administrativa”: la investigación hecha para resolver problemas concretos, por encargo, y con financiamiento generoso de las empresas o de las instituciones gubernamentales.

Aunque no conozco la versión de Adorno o de los *adornianos*, la verdad es que ese proyecto, quizá fantaseado por Lazarsfeld, no funcionó. Pero la fórmula que creó para integrar la investigación aplicada con la investigación crítica, no solo no se concretó sino que se convirtió en una dicotomía que segregó, desde hace 70 años, el campo descriptivo, metodológicamente riguroso, aplicado, útil, financiable, del campo de la reflexión crítica, histórico-social, de la comunicación. El efecto es extremadamente negativo porque los estudios de comunicación que se estaban fundando entonces se institucionalizaron y desarrollaron con esa dicotomía como fundamento. Eso ha tenido también, en la lectura de las historias del campo en Estados Unidos —tanto las *críticas* como las más *integradas*—, unas consecuencias metodológicas indudables, pero sobre todo consecuencias éticas y políticas en el desarrollo de lo que sabemos sobre la comunicación, y que por esos años ya estaba en proceso de internacionalización (Rogers, 1993).

Lo que heredamos de la *Mass Communication Research* de los años cuarenta en Estados Unidos, se consolidó en todo el mundo, con esa marca de que una cosa es usar los recursos de conocimiento sobre la

comunicación para conseguir fines inmediatos, y otra cosa, opuesta, es la reflexión crítica sobre ella. Esto debería de servir para entender mejor por qué —no solo en México— los estudios universitarios para la formación de profesionales de la comunicación no tienen que ver —a no ser como oposición— con las industrias de la comunicación. Parece estar en “los genes” de los saberes académicos sobre la comunicación esa oposición, a pesar de que el imaginario de la mayoría de los estudiantes sigue operando en contrario. Superar esa contradicción es sumamente difícil, con una serie de consecuencias éticas y políticas que es necesario seguir discutiendo.

## LOS PROBLEMAS DE LA “DESARTICULACIÓN MÚLTIPLE”

Disculpen que ahora me cite a mí mismo. Como parte del trabajo de fundamentación de mi tesis de doctorado —terminada en 1996, publicada en 1998— construí como “primer modelo heurístico” de ese proyecto un esquema que sirve bastante bien, todavía, para representar mis sesgos, y que reproduzco en la figura 3.2. En lo esencial, aquella sigue siendo la concepción que mejor me sirve para formular estas cuestiones de la dimensión praxeológica de la comunicación. Inventé este modelo heurístico —es decir, desechable— en función de lo que me preguntaba por la constitución del campo académico de la comunicación, y ubicaba su centro en algo denominado “matriz disciplinaria” —ya no “paradigma” pero todavía kuhniano— y proponía tres referentes en donde habría que buscar confluencias y divergencias.

Uno, mi principal objeto de indagación es la investigación académica como práctica relacionada con el desarrollo teórico y la relación que tiene ese “*subcampo científico*” con el “*subcampo educativo*” —en el que nunca he dejado de estar. Pero la gran incógnita, lo que me parece ahora más interesante, es el otro vértice del triángulo, el “*subcampo profesional*”. La de comunicación es claramente una carrera para formar profesionales, y eso tiene su historia y su lógica y su lugar; los medios no son solo objetos de contemplación académica. En todo caso,

**FIGURA 3.2**

Los modos y grados de articulación del campo académico (entre las prácticas de “investigación”, “profesionales” y de “formación de profesionistas”, que a su vez se estructuran en subcampos científicos, profesionales y educativos), sirven como parámetros de contrastación externa de la estructuración consistente del campo académico, al proporcionar indicios de su “ajuste” a las condiciones de desarrollo de las prácticas (y las agencias) sociales que toma como objetos, y en consecuencia, al otorgar reconocimiento y legitimidad en grados variables a las prácticas académicas diferencialmente institucionalizadas.

Fuentes (1998: 68-71)



**Modelo heurístico de las estructuras del campo académico de la comunicación (Fuentes, 1998, pp. 68-71).**

los esfuerzos de desarrollo más abstracto, teórico, tienen que estar relacionados con los objetos de intervención práctica, porque la carrera se fundó para eso. Si se hubiera fundado de otra manera, a lo mejor estaríamos disfrutando en alguna torre de marfil, especulando sobre las meta-codificaciones de algo, y ya, sin más preocupación. Pero de hecho esta carrera —en Estados Unidos, en México, y en todas partes—, existe en función de la formación universitaria de profesionales. Traigo a cuento esta auto-cita, porque este vértice de la profesión y su relación con la formación universitaria y la investigación académica lo sigo viendo, y me preocupa cada vez más, totalmente descuidado; no tenemos ni idea de qué sucede en ese vértice en términos de las prácticas profesionales, así llamadas, en comunicación.

Me encuentro el texto de O'Donnell (2008) del que ya hablaba, y su lectura me refuerza la preocupación. Empieza diciendo que estas relaciones entre las profesiones y la investigación académica casi no se han investigado; hay poquísimo desarrollado (p.797) en una revisión bastante buena que hizo del estado de la cuestión. Queda clarísimo: las profesiones y la investigación de la comunicación son mundos aparte. Ella centra el asunto en el periodismo; es decir, el “profesional de la comunicación” es sobre todo el periodista. Sigue trabajando actualmente en las condiciones y las orientaciones de la formación de periodistas en las universidades, en Australia, como lo hizo en Nicaragua hace 25 años, pero lo está haciendo en otro nivel. Por algo es ella quien escribe la entrada respectiva en la *Enciclopedia Internacional de Comunicación*.

La premisa, entonces, es que no se puede ignorar la historia de estos problemas; estos problemas empezaron —y no se han resuelto jamás sino al contrario— cuando se decidió *meter* a los periodistas a la universidad: a fines del siglo XIX en Estados Unidos, en los años cuarenta en México y en otros países latinoamericanos. ¿Por y para qué meter a los periodistas a la universidad? Es la gran pregunta, que sigue vigente, pues no hay respuestas suficientes. Se ha trabajado conceptualmente esa situación desde su historia, y una de las referencias del texto de O'Donnell me hizo mucho sentido: otra vez Carey, a quien ya había mencionado con respecto a las visiones tradicionales de la comunicación como transmisión y como ritual, pero que tuvo siempre el papel de líder intelectual en la formación de periodistas, desde la Universidad de Columbia, la “catedral” original de la formación de periodistas en Estados Unidos. Carey propuso —en 1969— que “el comunicador profesional es un gestor simbólico” —no un técnico, no un burócrata— que hace trabajo de mediación en dos ejes: en el *vertical*, entre las élites que tienen la información y la generan, y las masas, las audiencias generales; el comunicador es un divulgador de lo que producen las élites, pero también, en el eje *horizontal*, es un integrador de la información y las prácticas de las diversas comunidades que componen las audiencias.

¿Qué hay detrás de esto? un esquema lineal, aunque doble, de comunicación como circulación de información. Esto sigue siendo perfectamente vigente, aunque no se puede considerar, ni histórica ni conceptualmente, como lo único, porque afuera y adentro de las universidades hay muchas otras dimensiones de esa gestión simbólica que no se pueden reducir a una operación de intervención sobre la circulación social de la información. Y si alguna vez lo que hicieron los medios fue solamente difundir información —quién sabe si alguna vez hicieron solo eso—, es un hecho que es de lo menos importante que hacen en la actualidad.

Conectan aquí, como problemas ontológicos y epistemológicos, pero sobre todo praxeológicos —y luego veremos qué consecuencias tienen metodológicamente— los procesos de formación profesional de periodistas y comunicadores en las universidades; vieja cuestión constitutiva del campo, que si no hubiera sucedido, no estaríamos aquí. La pregunta central es: ¿por qué tienen que pasar por la universidad los periodistas, los comunicadores? Se puede hacer un enorme catálogo de respuestas inválidas, pero ¿dónde habría alguna respuesta válida, vigente, que uno pudiera aceptar tranquilamente? No sé. Creo que es una pregunta pertinente y creo que uno de los muchos problemas para contestar ese tipo de preguntas es la dicotomía heredada de la teoría y la práctica. Claro, los periodistas tienen irremediablemente un horizonte práctico, y desde antes de que hubiera “nuevos medios”: de todos modos el periódico de hoy es el que mañana se convierte en historia pasada, y lo que sigue es el periódico del día siguiente; la inmediatez, que luego los periodistas de radio y de televisión descubrieron que tenían apoyo tecnológico para resolverla: la cobertura en vivo. Viejos cuentos...

La dicotomía de la teoría y la práctica tiene que ver, en su versión más benigna, con esta inmediatez: *es que no hay tiempo para pensar*. Otra versión, un poco más sofisticada es que *se tiene que pensar a ese ritmo*, pero entonces lo que se alcanza a pensar es lo que está determinado por ese ritmo de la inmediatez. Y la investigación ¿qué función

tiene en ese marco? Es un marco que se ha movido mucho pero que sigue imponiendo esas condiciones en la práctica. Desde la inmediatez ¿qué es la investigación? Algo que sirve, no para complicar las elaboraciones teóricas sobre lo que se hace sino que sirva prácticamente para mejorar la función social del periodista. El periodismo y la “comunicación pública” tienen sus decálogos, todas sus fórmulas ya muy consagradas, respetables en algunos puntos y muy demagógicas en muchos otros: las profesiones tienen sus códigos. ¿Cuál es la función de la investigación? Frecuentemente, lo que acaba resultando es una técnica para hacer entrevistas o para hacer reportajes, que de todos modos van a salir publicados, si no mañana o quizá hoy mismo, la semana siguiente. Ahí hay una serie de fenómenos que podemos reconocer, pero en los que no me quiero meter ahora porque me interesa más reconstruir el problema en términos más abstractos.

Alcanzo a ver ahí tres referencias de las que solo puedo por ahora seguir una —las otras me siguen quedando como pendientes: es la cuestión del “giro pragmático” que mencionaba antes, de cómo se está proponiendo problematizar estas preguntas en el campo académico de la comunicación. Eso me regresa a otro texto más de Robert Craig —uno de mis interlocutores favoritos, parece—, un texto de 1989 que tenía un poco olvidado. Los otros dos son estudios —que ubico pero que no he revisado— sobre la cuestión de cómo se discute con la responsabilidad social en el centro; me parece que eso es sumamente importante y es típico de los discursos de los profesionales: la responsabilidad social es la clave de todo (Tumber, 2000). El otro es un libro editado por Jeremy Tunstall (2000), en el que refiere cómo se están gestando nuevas figuras de poder entre los “comunicadores” de los medios, no solo entre los periodistas. Es una pista que ahora resulta todavía más pertinente: ¿cómo se dotan de autoridad, o de un creciente poder social, los personajes contruidos que aparecen en la televisión, o en los medios más en general? Los “opinadores” y los “estrellas” mediáticos ¿son profesionales de la comunicación? Sí, sin duda, aunque no hayan estudiado ciencias de la comunicación.



## EL RECONOCIMIENTO DE *OBJETOS SOCIOPROFESIONALES*

Una referencia local para explorar este mundo del tercer vértice de mi esquema, el vértice de las profesiones de la comunicación como escenario privilegiado de las prácticas sociales de comunicación, la extraigo de un documento de Carlos Luna, colega profesor del Departamento de Estudios Socioculturales, que en 2003 era el Director General Académico del ITESO. Es una de las propuestas de trabajo que *bajaron* de esa dirección hacia otros niveles jerárquicos en la institución para orientar los procesos de evaluación y reformulación curricular de todas las carreras: así como hay *objetos de conocimiento* que se pueden construir y reconstruir y reconocer como centro de las propuestas académicas —no se puede hacer un proyecto de investigación sin construir el objeto de esa investigación— así, por analogía, está también esta propuesta para construir las hipótesis de la formación profesional en términos de *objetos socio-profesionales*; un concepto bastante sencillo en su formulación, y muy complicado en su desarrollo.

¿Qué es un “objeto socio-profesional”? Primero, “es un modelo, una representación, un patrón de desempeños en situación” —en términos de Luna, que dejo textuales, con todo respeto— es el esquema de la práctica que se prefigura en una carrera universitaria. Segundo: es una intención. Es decir, una formulación del *para qué*, los fines sociales, diría Jensen. Tercero: una respuesta a qué se necesita saber para hacer eso. Aunque está formulado en términos de diseño de planes de estudio para formar profesionales universitarios, tiene muy claramente el sentido de un proyecto —una apuesta—, algo que hay que poner en práctica en su propio proceso de construcción. Es una *prefiguración*, es una hipótesis, un modelo heurístico, que abre otro nivel de discusión —en el cual en esta cátedra no me voy a meter porque es mucho más complejo: ¿cuáles o qué son los procesos educativos y en qué condiciones suceden en las universidades? Ese es otro problema muy relevante, porque para formar profesionales en las universidades, en general, con todas sus diferencias, se sabe muy poco sobre las

condiciones de esas prefiguraciones: ¿cómo son esos objetos socio-profesionales? y especialmente, ¿cómo van a ser dentro de cuatro o cinco años, cuando estos sujetos salgan titulados?

Pero la información acumulada en los múltiples mercados de desarrollo profesional, los múltiples campos sociales en donde están actuando los comunicadores —“gestores simbólicos”, profesionales de la comunicación, legítimos e ilegítimos revueltos— es indispensable para poder reconocer qué es lo que está sucediendo, para elaborar una mejor comprensión de cuáles son los procesos determinantes y las composiciones de fuerzas que operan en los sistemas de los cuales somos clientes, víctimas, beneficiarios, todos los ciudadanos, incluyendo a los académicos de la comunicación.

Subo un poco más de nivel de abstracción y refiero a dos sociólogos estadounidenses muy distinguidos por su trabajo: de Immanuel Wallerstein (2004), una obra que ya había citado, *Las incertidumbres del conocimiento*; y de Andrew Abbott (2001), un libro divertidísimo que se titula *El caos de las disciplinas*. En estos dos autores fundamento una ocurrencia provocadora: nos distraemos en falso, desde hace muchos años, discutiendo sobre la “interdisciplinariedad”, cuando estamos situados en campos que no son disciplinarios, al menos en el sentido clásico, es decir, en sentido estricto. Esas discusiones sobre quién tiene la mejor y más compleja interpretación de Humberto Maturana o de Edgar Morin... discusiones interminables... ya pasé por ahí y me cansé. La interdisciplinariedad, creo, o la buscamos adentro de nuestras prácticas o no tiene sentido. Y desde un punto de vista praxeológico, en todo caso, lo que deberíamos discutir es algo que se podría llamar la “interprofesionalidad”: ¿cómo interactúan los periodistas con los políticos, o los periodistas con sus compañeros de escuela que manejan los boletines en las oficinas de comunicación social de las dependencias que son las fuentes de los medios? Ese tipo de cuestiones. Y también ¿cómo interactúan los comunicadores con los abogados, los ingenieros, etcétera?

Recurso a la reflexión histórica de Wallerstein sobre las disciplinas y al trabajo de Abbott (1988, 2001), que ha estudiado tanto disciplinas como profesiones. Ambos distinguen “dimensiones” como estas: que las disciplinas como categorías intelectuales, son sistemas de representación de saberes definidos, especializados, diferentes de otros. También, como estructuras institucionales, las disciplinas son departamentos, revistas, asociaciones, que distinguen las identidades. Pero sobre todo, lo más interesante es que las disciplinas son culturas: los ingenieros, por ser ingenieros, no solo tienen roles profesionales de ingenieros sino también visiones del mundo práctico de ingenieros, distintas de las de los médicos, y de los abogados, etcétera. Las disciplinas son culturas, y al ser culturas, son identidades. Si lo ponemos en términos de Pierre Bourdieu, son *campos* específicos y especializados, correspondientes a *habitus* muy diferenciados en la medida en que van consolidándose esas instituciones llamadas culturas o ideologías profesionales (Abbott, 2001).

Tomo de Abbott una propuesta muy interesante: las disciplinas y las profesiones son distintas entre sí, pero ambas son modalidades de “campos sociales de interacción”, concepto bourdieano. Si tanto las disciplinas como las profesiones establecen pautas de referencia sobre sus objetos de especialización y valores compartidos; es decir, los *para qué* sociales a los que tiene que responder el desarrollo de esas culturas y esas identidades especializadas, para ambas categorías, entendidas como campos, son esenciales los procesos de conformación de los *habitus*. Es decir, los periodistas se comportan como periodistas, y cuando se comportan como publicistas o políticos, empiezan a ser sospechosos de traición al gremio, o corruptos, u otra cosa. Esta es una pista que puede tener muchas consecuencias. Habría que seguirla.

## LA COMUNICACIÓN COMO “DISCIPLINA PRÁCTICA”

Pero antes les decía que regresé a releer un texto de Craig (1989), “La comunicación como una disciplina práctica”, que está incluido en un

libro que hay que releer completo, titulado *Rethinking Communication*, en el que hay capítulos sobre cuestiones que se estaban empezando a discutir entonces y que no se han acabado de discutir, incluyendo un texto de Giddens (1989) sobre “el consenso ortodoxo y la síntesis emergente”. Ahí formula Craig la idea, que ha defendido muy consistentemente desde entonces, de considerar a la comunicación como una “disciplina práctica”. Parece contradictorio, porque las disciplinas suelen reconocerse como teóricas, pero él refiere a otro esquema muy recurrido, el de los “intereses del conocimiento” de Habermas, que son tipos ideales según los cuales se trabaja el conocimiento para explicar, predecir y controlar a la naturaleza, o para comprender el mundo y la existencia en él, o para impulsar la emancipación humana. Estos tipos ideales sirven para entrar al análisis de la historia, por una parte de ese modelo de ciencia creado en el siglo XVII por la *Royal Society*, cuyo proyecto es el dominio de la naturaleza por el hombre mediante el control, la predicción, el descubrimiento, la formulación de las leyes del mundo; y por otra del proyecto muchísimo más antiguo, que es el proyecto de las humanidades, de la filosofía y de sus herederas, para el que el conocimiento es para comprender este mundo, y comprenderlo empáticamente, en su bondad y en su belleza.

Wallerstein ya nos había enseñado que *en medio* de esos dos proyectos típicos, el de la ciencia natural y el de las humanidades, emergen las ciencias sociales en el siglo XIX, en plena modernidad occidental, con intereses tanto explicativos como contemplativos, pero también con el interés de emancipar al hombre y transformar el mundo. La definición más contundente y más famosa sigue siendo la de Karl Marx. En ese contexto discursivo, Craig dice que la tarea del campo de la comunicación es “cultivar la praxis comunicativa, el arte práctico mediante el estudio crítico. Todo nuestro trabajo persigue, o debe perseguir, este propósito” (Craig, 1989, pp. 97–98). En ese texto, Craig dedica muchas páginas a exponer “ejemplares” —que son un poco más que ejemplos, en el sentido kuhniano— analiza la retórica, un arte práctico muy antiguo y discute sobre la metodología, que es un arte más reciente

y menos prestigiado que la retórica. De ahí voy a tomar un hilo conductor para la siguiente sesión, porque esta discusión de Craig sobre metodología —en este contexto de la discusión de la praxis comunicativa— me parece muy consistente con lo que está proponiendo, y muy interesante para todos.

Saco de aquí, por lo pronto, dos cuestiones para repensar: ¿qué tienen que hacer los profesionales de la comunicación en la universidad o qué tiene que hacer la universidad con esos profesionales en formación? y ¿cómo entender la articulación político-económico-cultural de los medios y su trabajo de constitución de audiencias? Con eso dejo por ahora esta propuesta de Craig de entender la comunicación como una disciplina práctica, para revisar otros problemas. No sabemos qué condiciones de desarrollo tienen los periodistas como comunicadores, según el modelo clásico de las prácticas profesionales. Pero esas prácticas, como la distribución horizontal o vertical de información, ubicadas en objetos socioprofesionales periodísticos, son una cuestión a lo mejor todavía predominante, pero ya no única; hay indicios de cambio radical en ellas y la emergencia de prácticas muy distintas. El asunto crucial es poder pensar de aquí en adelante. Lo que estamos presenciando es una multiplicación desconocida de figuras profesionales, de mediadores comunicativos en un entorno que ya no es el de los medios tradicionales, pero que tampoco es una multiplicación de entidades similares a ellos. Palabra mágica de los últimos años: “convergencias”, que evidentemente hay que complementar con “divergencias”. Resulta muy interesante problematizar estos términos y los procesos a los que aluden. Veamos desde este ángulo las propuestas de nuestra bibliografía básica.

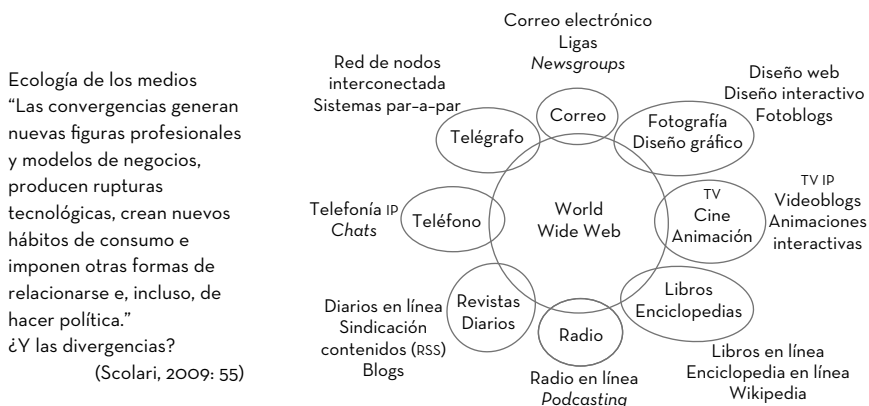
## CONVERGENCIAS Y TRASFORMACIÓN DE PRÁCTICAS COMUNICATIVAS

En los modelos de “ecología de los medios”, como el que presenta Carlos Scolari (2009) y que reproduzco en la figura 3.3, se muestra

cómo, —tendencialmente— sin que desaparezcan las estructuras institucionales de los medios llamados *tradicionales*, hay procesos de convergencia múltiple alrededor de una revolución tecnológica —que es la revolución digital— para impulsar el proceso de la “remediación”, como le llaman algunos. Es decir, para poner en evidencia la premisa de Marshall McLuhan de los años sesenta, de que los medios no desaparecen sino que se van modificando y se van integrando unos adentro de otros. Marshall McLuhan murió en 1980 y no conoció la Internet; pero nosotros, que todavía no morimos, tampoco conocemos la Internet. Hay que ponerle más atención a estos procesos de convergencia en estructuras *hipermediáticas*, que no son ni totalmente nuevas ni totalmente familiares y reconocidas, porque en ellos los problemas se multiplican. Por ejemplo: hay una multiplicación de mediaciones comunicativas y de praxis comunicativas, asociadas a estas convergencias mediáticas. ¿Y cuáles de esas mediaciones implican a profesionales de la comunicación? No importa si son titulados o no de las universidades. Otro ejemplo: en las redes de *Twitter*, ¿dónde hay una instancia de responsabilidad social, representada por un mediador profesional, al cual se le pueda exigir que dé cuenta de su actuación, aunque no se le pague? ¿dónde está la instancia de mediación? No está. Sí está, muy claramente, la parte de mega-control empresarial y comercial; *Twitter* no es gratuito, aunque el usuario no lo pague en efectivo cada vez que lo usa, pero ¿dónde queda el lugar, la instancia de responsabilidad social de la operación de esos medios? Probablemente esté en las interconexiones con otros...

Preguntémosle al caso *Wikileaks*, que es extremadamente interesante, sobre todo porque parece que hay un necesario retroceso estratégico de la radicalidad de la difusión sin control, sin límites, de documentos secretos y del “valor democrático” (entre comillas) que puede haber en eso; se decidió hacer la difusión de los documentos sustraídos del Departamento de Estado no desde el sitio de *Wikileaks* en directo sino a través de cinco periódicos del mayor prestigio mundial, que tienen sus códigos y sus normas deontológicas y sus lugares de rendición de

**FIGURA 3.3**



**Ecología de los Medios (Scolari, 2008, p.108; 2009).**

cuentas de responsabilidad social como *gatekeepers* legitimados. Las discusiones normativas del siglo XIX sobre la opinión pública quedan rebasadas, pero ¿qué sigue, cómo entender estos problemas? Insisto: antes de pensar si a esos mediadores hay que formarlos en la universidad, o no, habría que resolver cuáles son las figuras profesionales que cambian y las que permanecen, cuáles son las que desaparecen y cuáles las que emergen. ¿Se puede reditar el viejo modelo de Raymond Williams para identificar las prácticas culturales? Siempre se pueden identificar las prácticas *recesivas*, que se quedaron ahí desde hace muchos años, pero ya no impulsan la dinámica cultural; las prácticas *predominantes*, que son las que están *marcando la línea*; y las prácticas *emergentes*, las que todavía no tienen poder de imponer sus patrones, pero tienden a tenerlo. ¿Dónde hay acercamientos sistemáticos, racionales, discutibles, sobre estas cuestiones?

Craig decía en 1989 que lo que tenemos que hacer es un proceso de reconstrucción metodológica —no teórica, no epistemológica, no

ontológica—, para tratar de contrarrestar esa ola de “tecnologicismo” que nos invade. Porque todo el discurso —o la mayor parte del discurso más convincente— pone en el centro las tecnologías, con fórmulas tan sin sentido como las “nuevas tecnologías de información y comunicación”. ¿Las “nuevas” son las mismas que las de hace 30 años, o quizá un poco más, cuando se empezó a usar esa expresión? ¿Por qué el plural “tecnologías”? Todavía creo que conviene decir en plural “comunicaciones”, “culturas”, “sociedades”, pero, ¿tecnologías? Es ese tecnologicismo que está invadiendo todo, y no inocentemente, porque es evidentemente el discurso de la industria que se está convirtiendo, si no es que se convirtió ya, en el sector industrial central en la economía global contemporánea.

Leo la propuesta de las *hipermediaciones* de Scolari con esta clave, y coincido en que hay algunas preguntas a las que hay que ponerles más atención, como esta de las nuevas figuras profesionales que emergen del entorno de las convergencias y de la reestructuración de la ecología de los medios. Pero también habría que meter ahí, por ejemplo, la crítica a la demagogia de la *libertad de los usuarios*, el problema de la fragmentación de las audiencias, y el de la recontextualización de los términos del problema de la responsabilidad social, el problema ético de las prácticas; si uno adopta una perspectiva práctica, no puede eludir la ética, la responsabilidad social.

Reviso también la obra de Dominique Wolton (2006), la cual hasta ahora no había mencionado en las sesiones anteriores. Su libro prácticamente no tiene nada que ver directamente con la epistemología o con la ontología, pero sí con esta preocupación ética, urgente para él. Wolton hace su recuento —y sería interesante ver cómo coincide y cómo difiere de otros de los muchísimos disponibles— de las contradicciones de esta *sociedad de la información*. Él subraya cinco. Uno, ¿quién paga, quién financia? Nada es gratuito. Dos, el reforzamiento del individualismo y la segmentación. Tres, la necesidad de intermediarios humanos. Cuatro, la *trazabilidad* (libertad vs. control). Cinco, *demasiada información mata la información*. Subrayo el punto tres, la



necesidad de intermediarios humanos, porque es un elemental punto de confrontación de ese *tecnologicismo* que nos invade. Es tan elemental como que los sistemas tecnológicos no funcionan solos; están diseñados para meternos como sujetos a esa lógica de operación: a veces como opinadores, a veces —casi siempre— como clientes, consumidores, a veces como votantes, a veces como fieles potenciales de una nueva secta, etcétera. Es decir, el sujeto está, por supuesto, incorporado instrumentalmente en el diseño de los sistemas de operación. Pero ¿qué consecuencias tiene la proliferación de maneras de estar conectados? La “trazabilidad”, punto cuatro de Wolton —y tema del libro más reciente de Armand Mattelart (2009): *Un mundo vigilado*— es un asunto sobre el que hace falta todavía mucha claridad.

Y desde ahí hay que pasar rápidamente a *El poder de la comunicación* de Castells (2009), especialmente a su noción de la “auto-comunicación de masas”, modelo de la constitución del sujeto social como sujeto conectado. Encuentro mucha agudeza en el empleo de la idea de *gatekeeping*, es decir, de las instancias de mediación social con respecto a los flujos en la red. Creo que esa es una pista que se tiene que seguir, sobre todo para no leer maniqueamente su propuesta de tensión entre el poder de la *programación* —que concentra poder en unas pocas manos— y el poder de *reprogramación* de los movimientos alternos en la misma sociedad red, con los mismos recursos y algunas de las mismas condiciones de práctica de la comunicación, de la praxis comunicativa. La diferencia entre la práctica de comunicación y la praxis comunicativa estaría en la reflexión incrustada, o incorporada —como diría Bourdieu— en esa práctica.

Reservo para más adelante una revisión más fina de lo que propone Wolton sobre los viejos y los nuevos oficios de los comunicadores, en términos de cómo se están imponiendo necesariamente redefiniciones de las responsabilidades. No me interesan las formulaciones de las *competencias* profesionales que permiten una mejor integración en los mercados laborales, porque ese es otro tema. Me interesa ahora qué lugar va teniendo, y qué procedimientos se pueden utilizar,

para redefinir las responsabilidades sociales de los profesionales de la comunicación. Creo que Wolton (2006) aporta un énfasis interesante. Del texto de Scolari (2008), las relaciones que va elaborando sobre los nuevos oficios, buscando su teoría de las hipermediaciones, que por cierto termina, enigmáticamente, en el poder, pero sin desarrollarlo. Así como es monumental la capacidad de Castells de documentar exhaustivamente, la capacidad de Scolari de metaforizar muy agudamente me parece también ejemplar, y me intriga esa promesa de rematar su obra con el asunto del poder, por una vía bastante diferente a la de Castells (2009).

Además de su capacidad de documentación y de construir hipótesis muy atrevidas, pero con mucha capacidad para sostenerlas, Castells abre la cuestión de cómo pasar, en términos giddensianos, del análisis de las estructuras de la sociedad red a la agencia en la sociedad red, y de ahí sale su teoría del poder comunicacional, en la que necesariamente tiene que incorporar dos cosas: una —que no es novedad para él— que es el proceso de ciudadanización activa y participativa en la sociedad red; y la otra —que sí es novedad para él— que es una cuestión cognitiva. Dice que no se puede entender la sociedad red sin entender las redes neuronales, y por ello le dedica un capítulo entero a su incursión en las ciencias cognitivas. Esa es una novedad para un líder de la sociología, pues hasta donde dan mis referentes, los sociólogos han preferido siempre dejarles ese problema a los psicólogos.

Finalmente, me refiero a un texto que todavía no se publica, que me pasó el autor, Guillermo Orozco (2011), y que será parte de un libro sobre la recepción en América Latina que está en proceso de edición. El texto se titula “La condición comunicacional contemporánea” y hace una reflexión más o menos equivalente —en sus términos y con sus referentes— a la que he hecho hoy, referida a las tradiciones de estudio de la recepción de medios en América Latina, en lo que él ha sido protagonista desde hace muchos años. Para Orozco, ante estos procesos de transformación y no-transformación de la comunicación, ya no tiene mucho sentido hablar solo de recepción; la revolución

de enfatizar la recepción en lugar de la emisión ya pasó, y ahora hay que acabar de romper el esquema, porque *emisión* y *recepción* son términos de un proceso lineal que ya no es sostenible, sobre todo para estudiar los procesos de comunicación en las pantallas múltiples, todas interconectadas. Lo que Guillermo está proponiendo —y que no están proponiendo ni Wolton ni Scolari ni Castells— es que ahora sí hay que llamarle a las cosas por su nombre: los procesos de *recepción* tienen que convertirse en los procesos de “interacción comunicativa”, y los receptores —activos o pasivos— esos sujetos ciudadanos, son los *comunicantes*, son los ciudadanos en su rol de comunicantes.

A lo mejor esta recomplicación praxeológica, en términos de proceso de repensar, a lo que nos lleva es al redescubrimiento de esquemas y figuras conceptuales mucho más sencillas como tales, pero mucho más centrales para entender los procesos sociales; por lo menos los que ya no conviene identificar como procesos de producción, circulación y consumo de mensajes, o de bienes culturales, o de representaciones simbólicas, o de ideologías, sino como procesos de participación de sujetos sociales en procesos de producción de sentido, que es, como decía la geometría euclidiana, lo que queríamos demostrar. Punto. Tiempo de conversar.

## CONVERSACIÓN CON LOS PARTICIPANTES

**Christopher Estrada, profesor del ITESO, egresado de la Maestría en Comunicación:** Me refiero al trabajo de un autor que se llama Rafael Capurro y que al hacer un rastreo de los usos epistemológicos de la información para explicar nuestra interacción social, descubre un círculo que se está cerrando: de la visión objetivo-subjetiva de los antiguos filósofos griegos a una visión más subjetiva, creada por el entorno moderno —la información es algo que existe esté o no representada en un material, es un asunto con el que reducimos incertidumbre, etcétera—, a un discurso hipertecnologizado en nuestros días, que tiene que ver con la vuelta a lo objetivo. Él establece este círculo que finalmente pa-

recería que tiene atrapado al asunto de la comunicación. En ese sentido me gusta mucho el planteamiento de la praxis de Craig; me recuerda un libro de texto de un jesuita, Antonio González, que en su intento por hacer una apuesta profesional por la filosofía, intentaba enseñar la praxis de la filosofía, y su libro se llama en efecto *Introducción a la praxis filosófica*; eso aporta una visión bastante diferente del asunto, en que cabe lo instrumental, pero que requiere la intelección de la instrumentación, que es una cuestión que menciona de manera —me parece a mí— bastante interesante, O'Donnell.

**Raúl Fuentes Navarro (RFN):** Ese es un asunto, sí. Y la referencia de la praxis filosófica me parece que le agrega un poco más; es muy importante recuperar este uso concreto de recursos instrumentales para otra cosa. “La ciencia y la técnica como ideología”, para ponerlo en términos habermasianos. Es indispensable, y por eso entre otras razones seguiré insistiendo en que en la formación universitaria lo indispensable es el ejercicio de hablar, escribir, leer y escuchar, y si no queda tiempo para más, no importa; éstos son los instrumentos básicos, las instituciones sociales fundamentales sin las cuales la calidad, significación, trascendencia —lo que quieras— de la comunicación, se pierden. Es un proceso que nunca se acaba; uno no acaba nunca de aprender a leer y menos de aprender a escuchar, etcétera. Por ahí, *por el lado de abajo*, creo que hay toda una cuestión fundamentalmente importante, pero también por el otro lado, *por el lado de arriba*, y eso me lo dice muy claramente tu referencia a la filosofía como praxis, es que no es en lugar de la erudición, del conocimiento de la historia, del pensamiento más abstracto, sino al contrario: no puedes, en una perspectiva de praxis, inventar el *agua tibia* cada vez que abres la boca. La insistencia por historizar, por reconstruir las conexiones entre datos y los cambios de datos, es un proceso indispensable para esa concepción de práctica, igual que el dominio de los instrumentos. Por ahí a lo mejor sí hay un sentido muy preciso y muy claro en la formación universitaria —no

solo de comunicadores—, y entonces hay que evaluar lo que hacemos, porque la tendencia predominante parece que va en sentido contrario.

**Esteban Contreras, egresado de la Maestría en Comunicación del**

**ITESO:** Primero, muchas gracias y felicidades por la cátedra, por esta sesión en especial; me gustó mucho. Me llamó la atención cómo se va transformando el oficio del comunicador y qué tipo de responsabilidades lleva ahora aparejada esta profesión. Según como lo veo, si el comunicador quiere participar en Internet, debe de aprender un poco —me quedaría en la parte de *instálale un servidor, aprende cómo se hace una página web, aprende a integrar aplicaciones, y véndelo, aprende a venderlo*— hacer el *networking* que le llaman. Ligado a esto, situar a un sujeto o una institución que brinde criterios éticos en las redes, ahí sí tratarlo con cuidado. El primero que me viene a la mente es Richard Stallman y la fundación del software libre, que es uno de los actores importantes sobre todo en la infraestructura de la Internet, y de ahí sus libertades, que son cuatro puntos, y aquí me gustaría pensar el software como un mensaje. La primera libertad que él dice es “ejecutar un programa con cualquier finalidad”; que podría trasladarla a “la libertad para difundir un mensaje con cualquier finalidad”. Después, “la libertad para estudiar cómo funciona ese mensaje” o ese programa. Aquí implica tener los recursos necesarios, tener accesibles los recursos para estudiar cómo difundir un mensaje y difundirlo, y al recibir un mensaje también tener lo necesario para aprender cómo funciona un mensaje recibido, o qué implicaciones tienen los mensajes recibidos. La tercera es “tener la libertad para modificar un programa” o tener la libertad para modificar un mensaje recibido. La última es “la libertad para redistribuir ese programa y hacer públicas las aportaciones que haces”; aquí sería redistribuir un mensaje y hacer accesible a quienes lo reciben los elementos necesarios para que comprendan qué hiciste. Sobre el tecnologicismo, hay un autor que se llama Christopher Kelty, que hace la relación entre sistemas operativos y sistemas sociales. Es muy interesante porque por el informacionalismo, o este

culto a la tecnología, muchos se van a la discusión de si la máquina, o los sistemas operativos, pero hay que relacionarlo con qué instituciones están detrás de esos productos y cómo condicionan la forma en que los usuarios o los ciudadanos o —como quedó— los comunicantes, usan ese sistema y cómo condicionan las relaciones que pueden establecer entre sí.

**RFN:** Hay una enorme cantidad de cuestiones en esto; son preguntas y asuntos que hay que resolver y que están sujetos a múltiples contradicciones. Es decir, son asuntos clave de debate y, generalmente, los debates los gana el que tiene el poder, no el que tiene la razón. Me parece que hay, por ejemplo, una reconstrucción muy plausible, muy interesante de Castells en su obra monumental anterior, *La era de la información*, en que asocia esta cuestión de la construcción de la sociedad red al anarquismo de los setenta; pero lo que no hace es asociar ese anarquismo, esa cultura californiana de los años setenta, con sus antecedentes de la creación social, inspirada por la libertad y la contrapropuesta a la opresión de los sistemas sociales. Es muy significativa esta figura contradictoria que se va creando cuando el anarquista, sin cambiar de discurso, cambia de posición social y se convierte en *el empresario* más poderoso del mundo —se llame Bill Gates o como se llame—. Creo que este principio —cómo se decía en los años setenta, la “capacidad de recuperación del sistema”— tiene que ver con estos procesos de reestructuración permanente de la sociedad que van siendo acotados conforme avanzan, y a la Giddens, siempre hay que analizar las consecuencias no esperadas. De regreso a estas propuestas, están en tensión con otras y eso es lo que produce más. Estas cuatro libertades que citabas de Stallman son un buen ejemplo porque están en tensión con otras propuestas, y les han ganado mucho espacio. Son propuestas que tienen empíricamente sentido como para que no sean vistas como la locura de un profeta incomprendido y se metan a la dinámica central de constitución del mundo contemporáneo. Yo he planteado muchas veces mis reservas, por ejemplo, con la *Wikipedia*,

que es una idea innovadora, provocadora, difícil de asimilar, y que ya ha tenido consecuencias. Ya no se puede borrar ese modo de construir repertorios dinámicos de conocimiento enciclopédico. ¿Cómo entender que siga habiendo sentido en los usos de la *Enciclopedia Británica* y de *Wikipedia*, que tienen lógicas contrarias en muchos sentidos pero que son proyectos equivalentes en otros? ¿Cómo entender estas tensiones, estas interacciones y estos cambios que se van incorporando a través de los usos? Los usos van consolidando y diferenciando los sectores para los cuales tienen sentido, y pueden polarizar o despolarizar —da igual—; se va incorporando históricamente a las dinámicas macro-sociales, para lo cual también hay que tener una cierta perspectiva de poner las cosas en distintas escalas.

Es decir, hay mucho que reconocer, mucho que reconstruir en cuanto a estas tensiones; y eso no es ninguna novedad, no es una cuestión que venga de las nuevas tecnologías ni de los procesos de globalización ni de la sociedad red: es algo más viejo, aunque a lo mejor es algo menos espectacular ahora. Una mirada tecnologicista diciendo que esta es *la revolución*; es *la revolución del mes para los vendedores de ipad...* Este procedimiento de relativizar a la perspectiva puede ayudar a hacer otras preguntas, que de otra manera no son tan obvias. ¿Vale la pena hacer estas preguntas? Me acuerdo de una cita de un astrofísico y filósofo de la ciencia, del más alto nivel, Sir Arthur Eddington, que decía que la clave está en hacerte preguntas, no porque las preguntas nos conduzcan a las respuestas sino porque nos ponen a trabajar. Gracias a todos.

## ***La dimensión metodológica: la construcción de objetos de investigación***

Para empezar esta cuarta sesión, recordemos que el programa tiene dos grandes partes temáticas, aunque espero que haya flujo de contenidos entre ellas, y con esta sesión sobre la *dimensión metodológica* concluye la exposición de las cuatro llamadas *dimensiones*. Las anteriores fueron la ontológica, la epistemológica, y la praxeológica. Había dicho desde el principio que era importante distinguir estas dimensiones para ordenar las discusiones, pero al ordenarlas también es claro que no solo hay que distinguirlas sino también articularlas entre sí porque no son universos separables, autonomizables, sino, precisamente, dimensiones de un solo enfoque. En la figura 4.1 está el resumen de lo preparado para la exposición.

En contra de la concepción más tradicional, lo que Anthony Giddens (1989) llamó el “consenso ortodoxo”, la metodología se entiende con mayor independencia de esa lógica normativa, deductiva, que constituye el llamado “Método Científico” —con mayúsculas positivistas—. Hay que cuestionar desde el principio esta representación del método científico, para buscar cómo se puede rescatar y conservar un sentido lógico en la reconstrucción, pero liberar esta búsqueda de la rigidez de la lógica deductiva, que está suficientemente refutada en términos filosóficos aunque sigue presente —mucho más de lo que a veces nos imaginamos— en el mundo de la producción de la ciencia y de la producción de representaciones sobre el trabajo científico. Lo que propongo es, en síntesis, una conceptualización de la metodología como lógica, pero como una lógica de producción de sentido, no como una



**FIGURA 4.1**

“Metodología” como lógica de producción de sentido  
Jensen (2010) “Diferentes metodologías plantean y responden  
diferentes preguntas, a veces con un propósito común”

De la dimensión epistemológica a la ontológica

De la dimensión praxeológica a la epistemológica

De la dimensión metodológica a la teórico / práctica

De la doble hermenéutica a la *praxis comunicativa*

*Los fines sociales de la comunicación y la investigación*  
*Reflexividad (cultura/ética) en la práctica de investigación*  
*Vigilancia epistemológica por el investigador y la comunidad*  
*interpretativa (científica)*

**La dimensión metodológica: la construcción de objetos de investigación (síntesis).**

lógica para el descubrimiento de “la verdad”. Declarar eso de entrada es útil porque, finalmente, uno no puede escaparse totalmente de esa determinación en el pensamiento contemporáneo, pero sí puede hacer el esfuerzo por relativizarla.

Tomo una cita de la obra *Convergencia...* de Klaus Bruhn Jensen (2010, p.145), que dice textualmente que “diferentes metodologías plantean y responden diferentes preguntas, a veces, con un propósito común”. A veces, para buscar el conocimiento sobre los mismos objetos de referencia, las metodologías se convierten en alternativas de qué preguntar, cómo preguntar y, por lo tanto, qué responder con respecto a estos objetos. En consecuencia, construyen objetos de conocimiento diferentes; no es lo mismo la comunicación nombrada y conceptualizada desde una perspectiva que desde otra. Con eso sigo el mismo movimiento —que ya había empleado en las sesiones anteriores— de pasar de una lógica deductiva, que nos obligaría a ir *avanzando* de las

dimensiones más abstractas a las más concretas, a una que va buscando otras articulaciones, no necesariamente las opuestas.

En la segunda sesión propuse pasar de la dimensión epistemológica a la ontológica, es decir, abordar cómo desde el trabajo de producción de conocimiento se selecciona y se define lo que se considera la naturaleza de los fenómenos sobre los que se conoce. En la sesión anterior hice un movimiento análogo para pasar de la dimensión praxeológica a la epistemológica, porque no conocemos *en neutral* sino que conocemos y trabajamos para producir conocimiento sobre algún aspecto del mundo que tenemos razones extra-científicas para conocer. Hay que hacer el trabajo de elaboración para algo, y ese algo generalmente es una determinación social. Ahora sigo esa misma lógica para tratar de pasar de la dimensión metodológica a la dimensión teórica, que no tiene como tal una sesión en el programa pero sí está anotada como una dimensión teórico-práctica o teórico-metodológica, por la lógica de producción de sentido que trataré de argumentar. Retomo también, de la sesión anterior, la propuesta de fundamentar este concepto de praxis comunicativa en la *doble hermenéutica* como característica constitutiva de la ciencia social.

Los tres argumentos centrales, retomados sobre todo del trabajo de Jensen, que voy a tratar de elaborar son: uno, los fines sociales, tanto en el plano de los de la comunicación como de los fines sociales de la investigación de la comunicación. Si la doble hermenéutica nos obliga a reconocer cómo el trabajo de investigación consiste en interpretar hechos ya interpretados por los agentes, entonces esa interpretación doble tiene que ver, estratégicamente, con cuáles son los fines de esos agentes cuando hacen eso que nosotros tomamos como interpretación, y como interpretación de la interpretación.

Dos: eso está directa y duramente relacionado con un concepto de reflexividad. ¿Cómo remiten la práctica de investigación y la práctica comunicacional a estas dimensiones de referencia sobre sí mismas, de monitoreo de la actividad, y —en un sentido mucho más preciso que como suele usarse el término— de *retroalimentación* del sistema

cuando se reinsertan los resultados de la práctica en la continuidad de la propia práctica? Esa reflexividad tiene dos dimensiones principales a su vez: una dimensión cultural por la que esa reflexividad inserta el reconocimiento del conocimiento en la práctica, en los marcos comunitarios de la producción de sentido, en un lugar determinado y en una época determinada, y también los elementos de cultura incorporada, de *habitus*, que los investigadores invierten para ver eso. Con lo que también se podría formular en términos de cómo la práctica científica es en alguna medida indeterminada, una práctica ideológica. Entonces, se pueden cuestionar las dimensiones éticas de esta actuación, de esta práctica, puesto que si se le considera como una práctica social, necesariamente tiene que surgir la pregunta por la responsabilidad en ese nivel.

Finalmente, la tercera argumentación que hay que desprender de aquí es que, desde esta perspectiva, la epistemología no es una reflexión externa a las prácticas —eso es un asunto para los filósofos, y lo seguirán desarrollando en la medida en que puedan, pero no en el sentido principal en el que se retoma esta cuestión acá— sino en términos *bachelardianos*, una instancia de *vigilancia epistemológica*, una parte específica del proceso de reflexividad en la práctica. Esto tiene a su vez dos dimensiones importantes: una es la vigilancia epistemológica *individualizada*, es decir, la que corresponde a la responsabilidad individual del investigador, y otra la social, la comunitaria, que tiene que ver con la referencia de las valoraciones y de los juicios sobre el conocimiento producido en la comunidad interpretativa que es una comunidad científica especializada.

Esos son los argumentos en resumen. Voy a desdoblarlos haciendo referencia a los tres textos complementarios que estaban señalados en el programa desde el principio: uno mío, escrito para el primer número de una revista argentina (Fuentes, 2002); uno de Jesús Martín-Barbero (2010), en el que él mismo reinterpreta sus aportes fundamentales de *De los medios a las mediaciones*, —y que confieso desde ahora que no alcancé a articular como hubiera querido, como lo veremos al final—; y

un texto que se ha hecho una referencia muy común en el campo de los estudios latinoamericanos de la comunicación, de Maria Immacolata Vassallo de Lopes (1999), su “modelo metodológico”.

Por supuesto, agregué otros textos, por lo menos tres —ya verán que son más. El de Robert Craig (1989) ya citado en la sesión anterior, que viene del contexto de discusión iniciado a partir de la publicación —en 1983— de *Ferment in the Field*, el número especial del *Journal of Communication*, que después desembocó en la publicación del 93 que se llamó *The Future of the Field*, y que en esa década intermedia dejó un buen número de textos de discusión. Para nosotros, que no estamos en el *mainstream* de los estudios de comunicación, creo que es conveniente recuperar esas referencias. Este texto, en donde Craig planteó muy sistemáticamente su concepto de que la comunicación debía ser entendida como una *disciplina práctica*, tiene elementos pertinentes de recuperarse ahora, y tiene mucha consistencia con lo que él ha trabajado después. Ya había comenzado, en la sesión anterior, a referirme a este texto, pero hay más que aprovechar. También hay otro capítulo, diferente del que ya había retomado, del *Handbook...* de Jensen (2002), en donde me parece que da los elementos para cerrar un debate que llevaba muchos años abierto, sobre la oposición entre la investigación cuantitativa y la cualitativa. Y tercero —inevitable hacer referencia a uno de nuestros autores favoritos y de nuestros textos más trabajados— este famoso capítulo de *Ideología y cultura moderna* sobre la metodología de la interpretación, de John Thompson (1993), publicado originalmente hace más de 20 años.

## METODOLOGÍA PARA ESTUDIAR LA METODOLOGÍA

Retomo del texto de Craig (1989) algunas cuestiones que me parecen muy interesantes en su concepción de la comunicación como disciplina práctica, propuesta que tiene una definición bastante precisa: “el propósito de los estudios de comunicación —es decir, de la disciplina llamada comunicación— es cultivar la praxis comunicativa mediante

el estudio crítico”. Eso es lo que Craig propone y desarrolla. Voy a retomar algunos de los elementos que fundamentan esa propuesta, comenzando por una pregunta que me parece clave, así como está formulada —recordando que diferentes preguntas construyen de manera diferente y dan lugar a diferentes respuestas— “¿cuál es una buena metodología para estudiar una metodología?” Craig responde en la práctica —también relacionada con aquella frase de Kurt Lewin de que “no hay nada más práctico que una buena teoría”; aunque acá se trata de buscar una *buena metodología*— al plantear un concepto de metodología que no es el que estaba en el sentido común en los años ochenta —cuando él escribe— y que tampoco es el que prevalece en el sentido común ahora, al menos entre nosotros: “la metodología no son los métodos, la metodología es el estudio de los métodos”. Ese estudio tiene una fase descriptiva, una fase explicativa y una fase justificativa de los métodos. ¿Cuáles son los métodos que se utilizan en la investigación, y cuál es la reflexión metodológica que se puede hacer al respecto? Los métodos tampoco son tecnologías o recursos mecánicos para hacer investigación; son, dice Craig, principios de rango medio para la indagación sólida. Ni son las técnicas específicas ni son los supuestos fundamentales; no son premisas epistemológicas ni tampoco son las herramientas. Los métodos son recursos lógicos para construir los objetos y, a partir de preguntas formuladas de una cierta manera, producir respuestas consistentes.

En este plano de reflexión de la metodología, como teoría de la investigación, el método de la metodología debe ser reconstruir prácticas científicas. ¿Qué es la metodología? es la lógica que usan los investigadores cuando investigan. Es una definición tautológica, pero que tiene un sentido muy preciso y unas implicaciones muy complejas. Esta concepción, que Craig retoma de un psicólogo pragmatista estadounidense llamado Abraham Kaplan (1964) —que publicó un manual de investigación titulado *The Conduct of Inquiry*— apunta a la determinación de las características del estilo cognitivo de los investigadores y a la “lógica en uso”, es decir, a cómo se estructura y se desarrolla un

procedimiento de “*inquiry*”, de búsqueda, de indagación, desde el sujeto que lo realiza. Eso, por supuesto, a través del concepto de “estilo cognitivo” hay que entenderlo en términos comunitarios o sociales, no meramente individuales. Esta concepción de reconstrucción de qué es lo que hacen los investigadores cuando investigan, lleva a abstraer para buscar cuáles son los procedimientos de uso que tienen mayor productividad, que tienen mejores resultados. La metodología, desde este punto de vista, no es solo la lógica en uso en la práctica concreta de investigación sino también lo que se puede extraer de ahí, esta *lógica reconstruida* —esta idealización, dicen Craig y Kaplan— de lo que se ha juzgado en la comunidad interpretativa pertinente que es la mejor práctica científica. Eso es la metodología, una lógica reconstruida que da marcos para referir la práctica, y regresar a revisar cómo se está realizando.

Esta concepción tiene, entonces, una función normativa, pero no como la que viene de la lógica deductiva —que dice cómo deben hacerse las operaciones— pues su función no es gobernar o constreñir la práctica de la ciencia sino *empoderar* —perdón por la horrible palabra— a los investigadores para que puedan desbloquear los caminos de la indagación. Es decir, es el recurso central con el que cuentan los investigadores para hacer su trabajo como tales, para construir sus objetos y para formular sus preguntas y darles respuesta en términos consistentes. Hay que respetar ciertas normas, que vienen de la misma práctica, que son normas convencionales y no deductivas.

La metodología sigue siendo una lógica, que si se le considera así, entonces es también una disciplina práctica de segundo orden, según el mismo esquema, exactamente, de la doble hermenéutica. La metodología es un campo de reflexión —perteneciente a este segundo orden de la *doble hermenéutica*— que da normas para reconocer la lógica que se está utilizando para interpretar las interpretaciones de los sujetos legos. La consecuencia mayor de esto es que la “teoría de la comunicación” no sería una teoría en el sentido positivista sino una metodología; es decir, una lógica que permite ar-

ticular —en un sentido vertical— prácticas concretas con reconstrucciones de principios y, en un sentido horizontal, interpretaciones de unos investigadores con las interpretaciones que se van cristalizando en una comunidad de investigación.

De aquí salen muchas implicaciones interesantes. Es una discusión abierta —no sería consistente tomar esto como norma inflexible y adoptarla como si fuera una ley de la cual hay que deducir las consecuencias. Salen por lo menos dos implicaciones, que rescato como las más pertinentes. Primero, la metodología implica una relación dialéctica, una relación de mutua determinación entre lo que conocemos como *teoría* —es decir, las conceptualizaciones que nos permiten abstraer sobre los fenómenos— y las *prácticas* —es decir, la *praxis*, eso que ya estaba inventado desde los griegos. Segundo, queda muy evidente la necesidad de problematizar esta relación entre los fines de la práctica y los medios técnicos que se usan para realizarla; si es una práctica de comunicación, entonces es —tal cual— una problematización de la relación entre medios de comunicación y fines sociales; si se refiere a las prácticas de investigación, igualmente es la cuestión de la ubicación social —o sociocultural— del trabajo de investigación y los recursos con los que se realiza; es decir, los recursos metodológicos, principalmente.

Esta discusión tiene claras implicaciones para la reconstrucción de las ciencias humanas y conecta también con otras discusiones —que vienen de otros lados— sobre la cuestión de cómo identificar los principios de disciplinarización o de *desdisciplinarización* de los estudios de comunicación, en el contexto de la reestructuración disciplinaria de las ciencias sociales, de las humanidades, y de todos los demás campos de conocimiento. Por eso Craig acaba planteando que concebir a la comunicación como una disciplina práctica es una hipótesis que hay que confrontar, tanto con otros discursos como con las posibilidades concretas del establecimiento de la hipótesis.

## LA PRÁCTICA DE LA INVESTIGACIÓN COMO ESTRUCTURA Y COMO PROCESO

Cambio de autor, para recuperar algunos de los planteamientos coincidentes del texto de Immacolata Vassallo de Lopes (1999), que también incluye una lectura de Kaplan (1964) entre sus fuentes. Esta versión es una ponencia presentada en 1999 en un seminario muy interesante realizado en la Universidad Católica del Perú, pero en ella Immacolata retoma el modelo de su tesis doctoral, terminada en 1988. No solo encuentro un paralelismo en la recurrencia, por ejemplo a Kaplan, entre los textos de Immacolata y de Craig sino que hay una coincidencia de tiempo; mientras Craig trabajaba en Colorado, en Estados Unidos, Immacolata lo hacía en São Paulo, en Brasil, en esta concepción de la metodología de la investigación en el campo de la comunicación en su doble acepción. Ella lo formula como la metodología *de* la investigación y la metodología *en* la investigación (Lopes, 1999, pp. 16-17). Para su propuesta, es mucho más interesante la metodología *en* la investigación, es decir, como una instancia del trabajo científico de investigación en la comunicación.

La metodología en esta dimensión —el mismo concepto de Kaplan, puesto en una formulación diferente que la de Craig— es ese proceso de toma de decisiones y opciones que estructuran la investigación en niveles y en fases que se realizan en un espacio determinado, que es el espacio epistémico. La metodología no es una tecnología, no es un procedimiento algorítmico que genera resultados —con toda la flexibilidad que se puede introducir en un sistema tecnológico— no es rígido; es una lógica que involucra, centralmente, al sujeto que construye las opciones y que toma las decisiones, y que las puede referir a una comunidad interpretativa.

La investigación es una práctica científica —es una práctica social— cuyas condiciones de producción pueden resumirse en tres grandes contextos: hay un contexto *discursivo* de esas prácticas, que es referido a la historia del campo científico; hay un contexto *institucional*, que

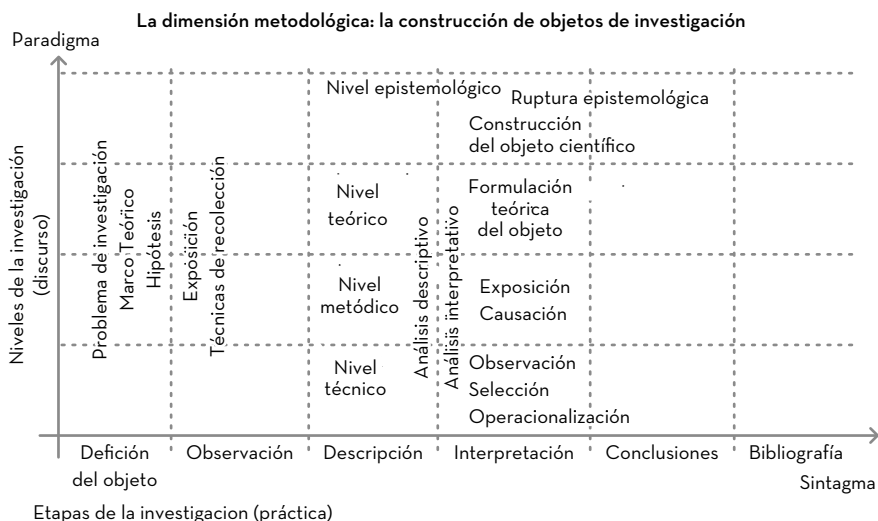


remite a la estructura del campo científico; y hay un contexto *histórico-cultural*, en el cual los criterios de juicio sobre la pertinencia de estudiar ciertas cosas de cierta manera son variables. En 1999, Immacolata señalaba cómo en el entorno contemporáneo estudiar la comunicación se consideraba central, se consideraba una cuestión muy relevante, en sus muy diversas acepciones: estudiar comunicaciones es estudiar la política a través de los medios, es estudiar las posibilidades del diálogo interpersonal, etcétera. En términos generales, en el contexto histórico-cultural desde Brasil, ya había estos elementos de centralidad.

A diferencia de Craig, Immacolata trabaja, entre otros ingredientes, con bibliografía francesa, especialmente con epistemología *bachelardiana* y con el concepto de campo científico de Pierre Bourdieu; esto hace una diferencia clara en la formulación de la metodología. Ella dice que el campo de la investigación es al mismo tiempo una estructura, en tanto que se organiza como discurso científico, y un proceso, en tanto que se realiza como práctica científica relativamente autónoma —esto es muy claramente *bourdieano*— y de ahí sale su famoso modelo de los niveles y las etapas de la investigación como ejercicio práctico, que represento en la figura 4.2.

Ella relaciona este modelo con los esquemas de la lingüística, en que la relación entre discurso y práctica es una relación entre *paradigma* y *sintagma*, y formula cuatro niveles articulados entre sí: el nivel técnico, el nivel metódico —el nivel de los métodos—, el nivel teórico y el nivel epistemológico, con sus operaciones centrales en cada uno. En el eje horizontal, las seis fases principales de la práctica de la investigación son: la definición del objeto —lo primero y lo central—, la fase de observación, la fase de descripción, la fase de interpretación, la elaboración de conclusiones y la bibliografía. ¿Cómo es que la bibliografía es una fase y no un recurso? es un recurso, pero es lo que permite regresar, a través de las referencias, a la definición del objeto y a la ubicación del objeto en un estado de la cuestión; no se construye conocimiento a partir de cero, se construye conocimiento a partir de lo que se sabe,

**FIGURA 4.2**



**Modelo metodológico de investigación de la comunicación (Lopes, 1999, pp. 18-20).**

reconstruido en la forma de una bibliografía. Y no me detengo más aquí, este es un referente que el uso de los últimos 20 años ha permitido saber cuáles son sus alcances y límites, para hacer dos cosas: uno, para formular proyectos de investigación, y el otro —que me parece que es el más útil—, para analizar productos de investigación. De ahí se pueden aprender algunas cosas.

## LAS METODOLOGÍAS CUANTITATIVAS Y CUALITATIVAS

Klaus Bruhn Jensen tiene otra formulación, equivalente, de estos niveles que están presentes en la práctica de la investigación empírica, mostrados en la figura 4.3. En esta otra versión, Jensen hace una relación que me parece también muy interesante y que no está presente

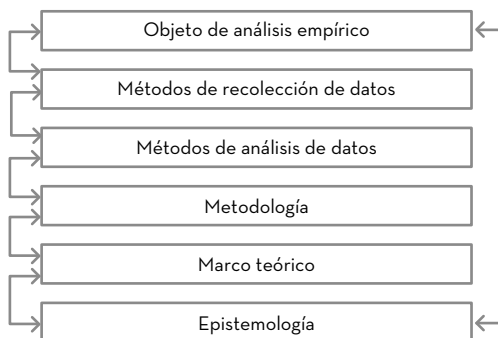
en los otros autores, entre la ubicación del objeto de análisis empírico y la epistemología. El objeto de conocimiento lo construye un sujeto —individual o colectivo, o individual y colectivo—, y lo que está en medio, el uso de métodos para recolectar datos, para analizarlos, y conceptos para enmarcar y operar metodológicamente el proceso de investigación, depende de esa relación básica, del sujeto con el objeto; del investigador con las normas epistemológicas incorporadas, y el objeto de análisis empírico del que se trata.

Jensen muestra en este texto —el *Handbook* de 2002, y después, con algunas diferencias, en el libro *Convergencias*, de 2010— algunos movimientos muy interesantes. En los años noventa comenzó a hacer este trabajo de reflexión sobre la investigación de la comunicación de una manera relativamente ortodoxa —siguiendo sobre todo las pistas de la semiótica de Charles Sanders Peirce— pero como el propósito era, desde entonces, problematizar el conocimiento predominante o hegemónico en el campo de investigación de la comunicación —que no tenía nada que ver con la semiótica de Peirce— al poner en discusión una manera de reformular o reinterpretar semióticamente los otros distintos modos de reconocer, de nombrar, y de dirigir la investigación en el campo, el resultado ha sido que la fuerza del modelo *peirceano* se ha ido debilitando en el trabajo de Jensen y ha ido incorporando otros elementos. Lo que rescato aquí es cómo, desde su planteamiento, interroga y cuestiona y critica y reformula y reinterpreta y reintroduce en su modelo, elementos que vienen de otras lógicas muy diferentes. Creo que ya en este documento hay elementos suficientes como para aceptar el argumento de que la diferencia entre las metodologías cuantitativas y cualitativas para el estudio de la comunicación es un problema metodológico que puede quedar resuelto en sus términos más generales, como se esquematiza en la figura 4.4.

Jensen parte de una serie de oposiciones que se pueden reconstruir a partir del paradigma de lo cuantitativo y el paradigma de lo cualitativo; donde los fenómenos son recurrentes u ocurrentes; se trabajan a través de experimentos o de análisis de las experiencias; hay que buscar cómo

**FIGURA 4.3**

**La dimensión metodológica: la construcción de objetos de investigación**



**Seis niveles de la investigación empírica (Jensen, 2002, p.258).**

hacer medibles los fenómenos, o hacer una exégesis del significado de estos fenómenos; poniendo énfasis en los productos objetivos de los procesos, o en los procesos que producen esos productos. Esta oposición se puede desdoblar y discutir de muchas maneras; esta síntesis me parece muy buena, porque según la lógica que usa Jensen, del lado “cuanti” predomina una conceptualización externa de los fenómenos —hay una distancia, como dicen los cánones positivistas: el investigador se separa del objeto al construirlo, y desde una perspectiva externa, lo que puede identificar y objetivar son procesos de información—; a diferencia de los procedimientos “cuali”, que no hacen ese movimiento de separación entre el sujeto y el objeto sino de reconocimiento de la condición del sujeto como parte del objeto —lo cual es un problema filosófico espeluznante.

El asunto central no es la información, no es la objetividad de la información, es la subjetividad de la significación. El trabajo de investigación se mueve en esta tensión entre la objetivación y la subjetivación. Definir la comunicación como producción social de sentido es cargar

**FIGURA 4.4**

**La dimensión metodológica: la construcción de objetos de investigación**

Recurrencia	Ocurrencia
Experimento	Experiencia
Medición	Exégesis ( <i>interpretación</i> )
Producto	Proceso

Cuanti

Cuali

Perspectivas externas (información)

vs

Perspectivas internas (significación)

Objetivación

vs

Subjetivación

*La metodología, y no la teoría, distingue la investigación cuantitativa y cualitativa*

*Vínculo de un “microcosmos” empírico selecto con un “macrocosmos” teórico*

*Metodología: plan de acción teóricamente informado,*

*relacionado con un campo empírico de investigación*

**Oposiciones paradigmáticas en metodología (Jensen, 2002, pp. 255-258).**

el énfasis hacia el polo de la subjetivación, o de la inter-subjetivación, lo cual tiene otras consecuencias claras al contrastar —o al complementar— esta lógica de investigación con la otra, lo cual tampoco es tan simple ni tan mecánico.

La discusión de Jensen —a lo largo de varias obras, a lo largo de 20 años, sobre todo porque ha entretejido reflexión metodológica con investigación empírica— me parece un aporte muy interesante para ver cómo ha ido enfrentando, problematizando y desproblematicando algunas cuestiones centrales para el entendimiento del campo de la investigación de la comunicación, en términos internacionales. No necesita uno estar, necesariamente, de acuerdo con cada uno de sus resultados sino enfatizar sobre todo —desde una visión muy cualitativa— el proceso, y no el producto.

Dice Jensen —y eso me parece clave— que la oposición entre investigación cuantitativa y cualitativa es una distinción metodológica y no

teórica, lo cual parece bastante razonable pero no es sentido común; seguimos cayendo en la tentación de pensar que hay *teorías cuantitativas* y *teorías cualitativas*, o teorías que, reducidas al aspecto metodológico, caen en esa distinción. Eso es un error. Hay una lógica para la clasificación de teorías que también Jensen retoma de una manera muy aguda, pero que ya cae en el campo filosófico, que es la distinción que se puede reconocer en los términos *habermasianos* de los *intereses del conocimiento*, es decir, la lógica que impulsa a las ciencias naturales, paradigmáticamente, a explicar; a las humanidades a comprender; y a las ciencias sociales a emancipar.

Para cerrar esta discusión sobre lo *cuanti* y lo *cuali*, Jensen aporta esta otra cuestión: se puede reconocer la creación de un vínculo entre un “microcosmos empírico”, es decir, entre las pequeñas cosas que se pueden acotar en la vida cotidiana, y un “macrocosmos teórico”, que permite nombrar y reconocer en términos más abstractos esa práctica social. Entonces la metodología es un plan de acción, teóricamente informado, relacionado con un campo empírico de investigación.

Para darle un poco más de atención a esta cuestión que —insisto— sirve para cerrar por lo pronto una discusión larga, Jensen dice que si la distinción entre lo *cuali* y lo *cuanti* hay que mantenerla como una distinción metodológica, entonces lo que sigue es determinar cómo combinamos los elementos que vienen de ambos enfoques. Dice que hay tres grandes estrategias: una es lo que llama “facilitación”, término problemático en español porque viene de *facility*, es decir, hacer un proyecto de investigación que tenga etapas cuantitativas y cualitativas. Hay un ejemplo de esto en el manual de investigación de Isadore Newman y Carolyn Benz (1998), que reproduzco en la figura 4.5. Al contrario de lo que dice Jensen, ellas dicen que hay que partir de dos teorías, una “teoría cuantitativa” y una “teoría cualitativa”. Entonces comienza una fase cuantitativa de revisión de literatura y la formulación de una hipótesis en términos medibles de relación entre variables, para generar datos, que se someten a un proceso de interpretación que se va desarrollando en las dos lógicas, hasta llegar a ciertas conclusio-

nes cuantitativas que dan pie a una nueva hipótesis, y a una hipótesis cualitativa, de la cual se sacan las conclusiones definitivas, referidas a los dos marcos teóricos planteados. Este es un ejemplo de cómo hacer investigación cuantitativa y cualitativa, articuladas.

Pero hay otras estrategias. La más común es la de la triangulación, que tiene tres modalidades generales —referidas por Jensen al manual clásico de Norman Denzin (1989). La operación de triangular se puede hacer para buscar la relación entre diferentes conjuntos de datos, entre la perspectiva de distintos investigadores, o entre diversas metodologías. Y también hay una estrategia de complementariedad. Un buen ejemplo es la propuesta de la *hermenéutica profunda* de Thompson (1993, p.408), que está totalmente despreocupado por la oposición entre los métodos cuantitativos y cualitativos; él lo que está planteando es una estrategia hermenéutica —una estrategia de interpretación y de construcción de objetos— que parte del sentido común —la *doxa*— que hay que ir interpretando, pero contextualizada con análisis socio-histórico y análisis formal o discursivo. Se pueden usar los métodos de investigación que sean; lo que importa es cómo recuperar, en la interpretación / reinterpretación, el sentido del objeto que se está trabajando. No me meto más en esto, que es bastante conocido entre nosotros y que cito simplemente como una ejemplificación de cómo se discuten y cómo se formulan de distintas maneras este tipo de problemas, según los autores a los que uno recurra.

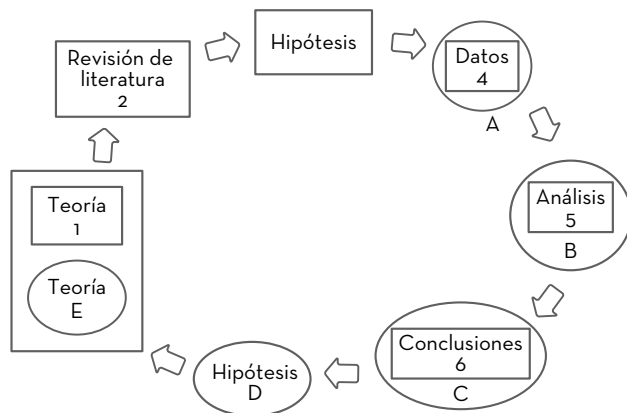
## LAS MEDIACIONES Y LOS OBJETOS DE INVESTIGACIÓN

Como la dimensión metodológica es la determinante para la construcción de los objetos de investigación en esta relación compleja con el sujeto investigador, entonces hay que voltear a ver cuáles son los repertorios lógicos, reconstruidos, de objetos de investigación que, siguiendo una lógica abductiva —otro asunto que trabaja Jensen bastante bien a partir de Peirce, con lo cual no me quise meter específicamente hoy—, una lógica hipotética, ejemplificando con la propuesta

**FIGURA 4.5**

**La dimensión metodológica: la construcción de objetos de investigación**

Newman & Benz (1998): “Exploring the interactive continuum”



**El continuum interactivo (Newman & Benz, 1998).**

del “nuevo” mapa de mediaciones de Jesús Martín-Barbero (2010), retomado en la figura 4.6.

Traigo ahora esta referencia, que les decía al principio que no acabé de justificar bien por qué la había puesto aquí. Dado que *De los medios a las mediaciones* es un texto que tiene gran importancia en sí mismo, considerémoslo, aunque quede rebasada su relación con la metodología. No sería demasiado polémico afirmar que el autor más influyente en la investigación de la comunicación en América Latina, en los últimos veinte años, es Jesús Martín-Barbero. ¿Y qué es lo que propone el autor más influyente en América Latina? muchas cosas, en muchos niveles, no siempre claramente distinguidos, pero hay una potencia impulsora en su trabajo que tiene consecuencias muy claras en muchos lados.



**FIGURA 4.6**



**“Nuevo” mapa de mediaciones (Martín-Barbero, 1998, 2010).**

La propuesta de 1987, pasar “de los medios a las mediaciones”, fue y sigue siendo interpretada de todas las maneras posibles: hay unas seis o siete explicitaciones de Jesús en sus textos a lo largo del tiempo, que tienen una lógica reconocible en común, pero que apuntan a distintas argumentaciones, y en la sexta edición de *De los medios a las mediaciones*, que se publicó en 2010, explica por qué se ha negado a definir *mediaciones*. Ya concedió una clave hermenéutica sobre la referencia que usó desde la edición original a la construcción de un “mapa nocturno”, que no es a Walter Benjamin sino a Saint-Exupéry, que lo necesitaba para “descubrir a los hombres en el territorio” que sobrevolaba a oscuras. Traigo eso a colación porque la lógica de trabajo de Jesús está impulsada hacia ciertas formas de operación que no se dejan reducir metodológicamente, ni siquiera en un sentido flexible y relativo, como este del que estamos hablando.

Para ilustrar las mediaciones —no para definir las—, en la edición de 1998, Martín-Barbero le puso narración en palabras, “pistas para entrever”, a su esquema de las mediaciones y lo repitió en esta nueva edición de 2010, textualmente, así como el texto completo del libro no ha cambiado ni una sola coma desde la primera edición. Las mediaciones “estratégicas” son la *institucionalidad*, la *tecnicidad*, la *socialidad* y la *ritualidad*, que tienen entre sí una relación lógica. Pero ¿son mediaciones de qué? Son mediaciones de los procesos históricos que nos obligan, al construir y reconstruir los objetos de investigación, a meter la comunicación en la cultura y la cultura en la política; eso sí es bastante claro, desde el principio, en la propuesta teórica, epistemológica, praxeológica, histórica, política, ideológica, académica, de Jesús.

Si se trata de hacer coincidir en el mapa de mediaciones los principales temas u objetos de estudio anotados en el mismo texto, algunos corresponden muy bien y otros no tanto, como puede verse en la figura 4.7; hay una buena cantidad de los mencionados en ese prefacio, y en el prólogo de 2010, como temas o conjuntos de objetos que sería estratégico investigar desde este modelo de las mediaciones.

Hay algunos temas / objeto que son transversales y eso me parece lo más interesante de todo: “cambios en la articulación entre movimientos sociales y discursos públicos” me parece que es el eje clave del trabajo de Jesús en los últimos años. Eso es lo que más le interesa; cómo interactuar con los cambios en esas articulaciones complejas entre movimientos sociales y discursos públicos. Hay otros objetos o conjuntos de objetos que son verdaderos campos temáticos para reconocer cuál es la investigación de la comunicación que vale la pena impulsar, y discutir en América Latina y en otras partes. Hasta ahí llego con este texto, porque me parece que es bastante fácil reconocer que me rompe la lógica de la exposición; está puesto en otro plano. Habrá que seguirlo trabajando.

**FIGURA 4.7**



**Mediaciones y objetos de investigación (Martín-Barbero, 1998, 2010).**

## ARTICULACIONES METODOLÓGICAS SOCIOCULTURALES

Finalmente, retomo dos textos míos, uno de los cuales (Fuentes, 2000) tiene su origen en los años noventa y está basado más o menos en la misma pregunta que orienta actualmente el trabajo de Jensen: ¿qué hacemos con lo que sabemos de comunicación frente a los *nuevos* medios? La historia de este texto está articulada con una circunstancia docente en el ITESO que fue un Seminario de Telemática que impartí durante ocho semestres consecutivos, de 1994 a 1998, en uno de los cuales nos tocó que nos *estallara en la cara* la Internet, en 1995. ¿Qué es eso? ¿Cómo entenderlo? ¿La Internet es un nuevo medio de comunicación emisor-mensaje-receptor? Parece que no, aunque los pocos

artículos disponibles entonces decían que sí. Ante ese cambio, desde el principio espectacular, en la estructura de los objetos de estudio y el consecuente cambio en los esquemas subjetivos para interactuar con ellos, como ciudadanos comunicantes y como investigadores, elaboré un esquema de tres “goznes” o articulaciones metodológicas para hacer investigación sobre este tipo de procesos “nuevos” —entre comillas— de comunicación, que tiene que reconocerse independientemente de la novedad del medio.

Retomo aquí ese esquema porque creo que hay que volver a pensar, otra vez, esta cuestión de cómo ubicar los procesos-objeto por lo menos con estos tres ingredientes: primero, ubicarlos en la vida cotidiana, en el entorno inmediato de los sujetos, que es donde sucede la comunicación; segundo, identificar las competencias discursivas cuando se usan los medios y cómo se pone en juego ese tipo de capacidades discursivas para interactuar a través de ellas; y tercero, explorar cómo la interacción mediada —comunicacional— nos hace idénticos y diferentes de otros; es decir, cómo esa participación nos va constituyendo las identidades y las alteridades sociales.

Hay un trabajo pendiente de discusión y de desarrollo a partir del aporte teórico-filosófico de Jürgen Habermas (1989) en su *Teoría de la acción comunicativa* —porque si hay una teoría de la comunicación, en sentido estricto, es la de Habermas— con la cual hay que seguir tratando de interactuar; no es fácil, porque él la elabora a partir precisamente de esta interacción en la vida cotidiana, en el *mundo de la vida*. Hay también una presencia fuerte en toda esta consideración del trabajo de Giddens (1984), de su concepción de la sociedad, y es difícil escaparse ya —a estas alturas— de la fuerza de algunos de sus conceptos centrales, como *doble hermenéutica*, o como la *dualidad de la estructura*, es decir, la mutua determinación entre interacciones y estructuras, que no son cosas sino estados de objetivación social de las interacciones. O como *conciencia práctica*: hacemos muchísimas cosas sin poder decir cómo o porqué las hacemos, pero las hacemos, comunicacionalmente. O como los *esquemas interpretativos*, que son

estructuras que median entre la cognición en los sujetos y las comunidades en donde esa cognición significa algo; o como *agencia*...

Creo que hay, ya abriendo la puerta para las cuatro sesiones siguientes, por lo menos tres implicaciones que hay que seguir discutiendo. Uno, la cuestión de la *reflexividad* como una condición epistemológica y metodológica al mismo tiempo. Es decir, algo que tiene consecuencias constitutivas en el proceso de la reflexión: cómo conocemos, y también en las maneras como operamos esas representaciones, esos saberes, ese conocimiento, en prácticas. Dos, la cuestión de que si la comunicación es producción social de sentido, entonces ¿cómo se relaciona con los usos que los sujetos hacen de los medios? —no necesariamente de los medios masivos o de los medios digitales— sino de todos los medios. Y tres, —ya apuntando directamente hacia adelante— ¿qué quiere decir este autor citado por “reconstrucción post-disciplinaria del campo académico”?

Extraigo también, de este proceso de relecturas, una pista de formulación que creo que es importante rescatar y poner al frente, para ver por dónde va la argumentación. En el trabajo de constitución del Departamento de Estudios Socioculturales del ITESO —no en cualquier otro lado— nos preguntaron alguna vez a cada uno de los profesores de planta qué entendíamos por *lo sociocultural*. A mí me gustó especialmente el ejercicio, y sigo creyendo mucho en esta formulación triple de lo que yo entendía en el 2007 —y probablemente también antes— por *lo sociocultural*. Y digo que es una pista para adelante, para las siguientes sesiones, porque hay que poner en discusión estos supuestos subyacentes de nuestras prácticas: digo, primero, que lo sociocultural es una perspectiva, un punto de vista y una manera de ver. Y ¿para qué se adopta una perspectiva? para reconocer dónde estás; para analizar desde ahí la realidad del mundo en distintas escalas, de una manera que las divisiones disciplinarias tradicionales, en la mayor parte de las ciencias sociales y las humanidades, no facilitan; y muy concretamente, para cambiar este tipo de estructuras que ves, por otras.

También, *lo sociocultural* es una opción, es algo que se elige con la mayor racionalidad posible, para construir y estudiar objetos de conocimiento que incluyen en un solo modelo dimensiones analíticas —económicas, políticas, culturales— que de otra manera pueden quedar desarticuladas; es una manera de regresar a una escala de consideración más amplia y más compleja. Y tercero, es una propuesta de producción académica para buscar hacer de una mejor manera lo que de otras maneras no resulta suficientemente satisfactorio. Es una declaración de intenciones para hacer ciertas cosas; pero lo principal que hay que hacer con esas propuestas es discutirlos, y ver si en esa discusión puede encontrarse una mejor formulación, en dos sentidos: en los términos formales de cómo está dicho, y sobre todo, qué tan compartida puede ser esa formulación. De eso se trata esta concepción más o menos bosquejada de la investigación y de la comunicación como praxis, como práctica social. Ahí dejo el tema de hoy, para conversar.

## CONVERSACIÓN CON LOS PARTICIPANTES

**Óscar Bustamante, estudiante del Doctorado en Estudios Científico-Sociales:** ¿Qué implicaciones puede tener actualmente, por ejemplo, una propuesta que parte de la premisa —que retomo de Scolari cuando vino el año pasado— de que hoy no se puede estudiar mono-medialmente, que hay que asumir más bien la premisa del ecosistema comunicativo, de la ecología de medios. ¿Qué implicaciones tiene entonces, metodológicamente, ese punto de partida? y cuando digo “metodológicamente” lo hago en los mismos términos que tú enunciaste a la entrada: como lógica articuladora entre los diferentes niveles que hemos estado explorando acá: eso en primer lugar. Y en segundo lugar, también algo asociado a lo anterior, esta idea de que la metodología es práctica, y además pareciera que estratégicamente práctica, en la medida que cumple esa función articuladora, entre una práctica teórica y una práctica metódica. Esas dos cuestiones. Y una tercera cuestión que quisiera dejar enunciada...

**Raúl Fuentes Navarro (RFN):** Espérame Óscar, se me van a revolver..., quédate con el micrófono para la tercera, y déjame abordar estas dos. Sobre la primera, estamos acostumbrados a pensar la comunicación como proceso, pero suele usarse un concepto muy restringido de proceso, que es el que definió David Berlo (1969) como algo que fluye en el tiempo, que empieza probablemente en las intenciones del emisor y termina probablemente en la comprensión del receptor. Es decir, son procesos no solo lineales y simples sino recortados del flujo de la vida cotidiana. Cuidado con eso. Un equivalente de esa reconsideración es la de Jensen y toda la tradición de investigación sobre recepción de televisión. La recepción de televisión es un proceso, sí, pero no es lo mismo pensar que es un proceso que empieza en la pantalla y termina en la cabeza del televidente, que —como se empezó a considerar y a investigar desde los años noventa— es un proceso mucho más complejo; entonces, mejor que proceso, conviene hablar de *flujos*. En el trabajo de Jensen —y todo el grupo internacional afiliado, incluyendo a Guillermo Orozco— se ha pensado esta relación de flujos múltiples, a distintos niveles; esa dinámica de interacción entre sujetos, con o sin mediaciones tecnológicas, institucionales, etcétera, dentro de un proceso sociocultural mucho más amplio. Ahí el asunto es: sí, proceso, todo tiene que ser concebido como proceso, pero proceso en un sentido más denso, en un sentido más complejo que el que suele reconocerse en términos prácticos: ¿cómo controlar todas esas dimensiones procesuales? es un excelente reto metodológico.

Lo mismo, esa reducción en términos metodológicos: sí, es un proceso de conducción de un sujeto que formula una pregunta y busca responderla en términos lo más consistentes que se pueda al final de una tesis o de un proyecto de investigación. Pero hay que recuperar aquello —pensando en una tesis— que se atribuye a Karel Kosik, de que no es lo mismo el orden de la investigación que el orden de la exposición. En el orden de la exposición, hay que ir presentando el proceso como si hubiera sido lineal, pero el proceso de la investigación no puede ser así; el proceso de articular una pregunta situada y una respuesta situada,

que sean consistentes entre sí —eso es una tesis—, no puede hacerse en ese orden. El orden de la investigación es muy complejo y muy variable, dependiente de quién esté haciendo qué tesis, en dónde, y cómo. Eso es básicamente igual que un proceso de investigación profesional; la única diferencia probablemente sea que la tesis somete ese proceso a más controles externos que la investigación profesional, que también está sometida a controles comunitarios, pero menos exigentes porque el propósito no es demostrar la capacidad sino usarla.

Me regreso a lo que quiero decir. Cuando usamos el modelo de proceso para todo lo que tiene que ver con cualquier objeto sociocultural —no solo de comunicación— tenemos que estar considerando que es un proceso situado, es decir, es un proceso que probablemente sea conveniente reconocer como que comienza y termina, pero que está ubicado en procesos más amplios. Y que el proceso siempre tiene antecedentes y luego tendrá consecuentes, o subsecuentes. Más que una noción mecánica de proceso —de la fuente al destino a la Claude Shannon y Warren Weaver—, hay que considerar otro tipo de procesos históricos, y eso les tiene que servir secundariamente a los diseñadores de sistemas, porque los sistemas se diseñan para ser usados por sujetos sociales. En ese segundo plano es igual diseñar procesos de comunicación que investigarlos, evaluarlos, reconstruirlos. Es un ejercicio muy difícil: ¿cómo acotar y no descontextualizar, no sacar el objeto del conjunto de flujos más amplios en los que ese proceso ocurre? Un esquema, como el de la ecología mediática —que también es una metáfora— tiene mucho sentido porque hay una cantidad indefinida de factores que pueden influir sobre el proceso acotado de comunicación, y que no son parte de los sistemas de comunicación, en el sentido más estricto del término pero que influyen porque sí son parte del conjunto de elementos que constituyen la existencia en el *mundo de la vida*. Hay una complejidad ahí bastante alta.

Operativamente era mucho más sencillo, en una versión funcionalista, decir: *para empezar solo vamos a tomar en cuenta lo que podemos observar, y segundo, solo vamos a tomar en cuenta lo que consideramos*



*a priori que es relevante*. No se trataba de decir que la realidad fuera así de simple sino de decir que la investigación tenía que tomar esas decisiones metodológicas para poder construir algún tipo de resultado consistente entre la pregunta y la respuesta. El asunto sigue siendo el mismo; probablemente la diferencia sea la ruptura de los modelos reduccionistas como dogma. Si el asunto de la investigación no es aplicar estos principios —por ejemplo, el principio de reducción en la construcción de los objetos— entonces, al concebirlo de otra manera, entran en juego otros factores que estaban deliberadamente y racionalmente puestos fuera. Sí nos convendría, probablemente para algunos casos, para algunos tipos de estudios, recuperar los métodos de reducción válida. ¿Qué es la reducción? es cómo ir pasando de nivel los fenómenos para tratar de explicarlos en los términos más básicos que sea posible. Principio de reducción maravillosamente formulado, el de Manuel Martín-Serrano, que dice que para entender la comunicación humana, no hay razón para tratar de explicar culturalmente lo que se puede explicar evolutivamente; y propone los métodos lógicos para hacer eso, que son catedrales de racionalidad.

Esa es una vertiente que —en estas guerras entre lo cuantitativo y lo cualitativo— hemos ido dejando de lado, pero que tiene una función importante. El riesgo, por ejemplo, de esquematizar y de reducir la oposición entre lo deductivo y lo inductivo como formas diferenciales, e introducir lo abductivo, que es otro tipo de inferencia lógica, es que cualquier cosa puede ser válida; es un mecanismo mucho más difícil de controlar. Abrimos las categorías de “proceso”, de “fenómeno”, de “conocimiento”, de “relación sujeto-objeto”, de “método”, etcétera, y el riesgo es algo que también está en estas propuestas sobre la ecología y la multimedialidad. El riesgo es perder la posibilidad de control de alguien, en algún sentido. ¿Qué garantía hay de que la circulación de una alarma en *Twitter* sea responsable socialmente? Hay otras cuestiones que aparecen cuando se amplía el concepto de proceso, por ejemplo. Es decir, creo que no es un asunto nuevo, es un asunto que tiene su historia. Si hacemos una versión de la historia de la investigación de

la comunicación antes de que se reconociera como tal, empezó siendo una indagación esencialmente cualitativa, esencialmente histórica, esencialmente abierta, esencialmente centrada en la interacción entre sujetos, por ejemplo en la tradición de la Escuela de Chicago; y luego se codificó de otra manera, se trató de convertir en ciencia *responsable*. Después ese modelo se rompió y se volvió a los problemas que ya se conocían y que se había decidido poner entre paréntesis, de una cierta manera, simplificando el asunto. Ahora hay que recuperar ciertas maneras de concebir la comunicación mediada.

Es muy interesante que el autor que hace quince años está tratando de resucitar es Marshall McLuhan. Sí, claro que es muy interesante, pero siempre está la cuestión de saber cómo encontrar los criterios para que estas reconstrucciones puedan tener un cierto control práctico, es decir, cómo nos podemos seguir haciendo responsables de la elaboración sin abrir irresponsablemente la caja de Pandora. De alguna manera hay que reconcebir esta cuestión de la reflexividad social, de cómo se puede hacer cargo responsablemente alguien —especialmente los agentes— de las consecuencias de una cierta manera de interactuar. Hay una serie de dificultades ahí interesantísimas; ese también es un proceso. ¿Y la tercera pregunta, Óscar?

**Óscar Bustamante:** Lo otro que te quería preguntar —y a propósito de metáforas también— es el tema del poder. Y me explico por qué metáfora: porque Castells, cuando echa mano de las ciencias cognitivas para explicar dónde se está produciendo el poder, dónde se está enmarcando, resulta que finalmente se está haciendo a través de metáforas, a través de imágenes que se producen y que se generan en la mente. Dejando eso de lado, y asumiendo también una definición de entrada que él dice que es una capacidad relacional, y asociado nuevamente a esto último que estamos diciendo de los desafíos que se están presentando en el entorno comunicativo objetivado hoy, pareciera ser que desde un punto de vista interaccional, —como dice Thompson— se ha roto una simetría que, por lo menos en los medios electrónicos masivos, existía

entre audiencias y productores, y eso pareciera que está teniendo una serie de consecuencias.

La pregunta es muy amplia, porque si efectivamente uno asume la comunicación como práctica, tiene que irse necesariamente a los contextos de interacción donde eso se pone en juego; si la comunicación se mide por su fin y por sus consecuencias sobre todo, en función de una producción de sentido que, por lo menos Jensen dice —y no queda siempre claro qué es—, el tema del poder, que tampoco es un tema nuevo, y pensando en el último esquema de Martín-Barbero, yo me preguntaba si el tema que tú dices que lo ha preocupado, *comunicación, cultura y poder* implícitamente cada uno dentro del otro, digo ¿qué centralidad entonces está teniendo hoy día esa dimensión del poder, a partir del supuesto de esta ruptura de una simetría que existía en la relación y la interacción con los medios?

**RFN:** No sé. Hay que ponerle, creo, otro ingrediente, es decir: ¿para qué quieres saber eso en concreto? ¿desde dónde? ¿cuál es el sentido de la pregunta? Para saber cuál puede ser el sentido de la respuesta, y el sentido de la pregunta y de la respuesta están en proceso, y son una relación social. Eso creo que es una clave para poder entrarle a esta *espantosa* indeterminación de todo. La pregunta, por ejemplo, por la mediación retórica de la difusión masiva de una propuesta política, electoral, es muy distinta formulada por los políticos o sus estrategas expertos, que por la oposición o por la ciudadanía. Es muy distinto lo que se selecciona para poner en foco desde estos ángulos, y hay métodos diferentes para hacer preguntas diferentes y obtener respuestas diferentes, muy frecuentemente sobre el mismo referente, sobre el mismo asunto. ¿Cuál gana? la que está hecha desde una posición con mayor acumulación de poder; esa es la que gana, esa es la que se impone, no necesariamente solo por su habilidad retórica puesta en práctica. “No sé”, dije que era mi respuesta, pero por ahí hay una relación importante para saber si se puede formular la comunicación como un factor central o marginal. No basta con querer ver todo desde el punto de vista de la comunicación

y armarlo retóricamente. Hay muchas de esas cosas que no se dejan reducir así. O, lo contrario; la comunicación no importa, es accesoria y secundaria. El ingrediente de cómo se interviene, desde dónde, para qué, creo que es clave, por eso no se puede aceptar la posición de que la investigación científica o académica es absolutamente neutral y superior, extra-social. ¿Cuál puede ser el recurso del poder de este tipo de acciones? La capacidad que tenga para convencer a otros de lo que dice, y esa capacidad es, seguramente, muy limitada aquí y ahora, si es que alguna vez fue mayor. Voy y vuelvo, para volver a responder: no sé, pero hay que buscarle por ahí.

Creo que es un asunto de desarrollo estrictamente metodológico, para reducir la cantidad de incertidumbre que generan tantas opciones abiertas; es decir, el abrir las opciones metodológicas tiene un sentido, para poderte escapar de ciertas determinaciones socioculturales que están puestas ahí, formuladas como ideología, como imperialismo cultural, como lo que quieras —hay muchas maneras para formular eso. Y para escapar de esto, primero hay que hacer aceptable, legítima, la apertura, lo cual no es necesariamente un dato, y luego hay que usar esa apertura para darle espacio a cuestiones que no se pueden preguntar si no es abriendo; no hay espacio para esas preguntas en un modelo más cerrado, pero una respuesta de un modelo más cerrado, tiene más posibilidades de circular y ser aceptable más fácilmente.

**Christopher Estrada, profesor del ITESO, egresado de la Maestría en Comunicación:** Ese quiebre raro que nos pusiste con las mediaciones de Martín-Barbero ¿cómo lo relacionas tú con la propuesta de las hipermediaciones de Scolari, que está directamente emparentada con ese concepto en términos metodológicos? Me gustaría saber tu opinión. Y, si me es permitido, en un curso que tuvimos con Jesús Martín-Barbero hace algún tiempo —en el que me acompañó de hecho Óscar— a pregunta expresa hecha a Jesús sobre de dónde había sacado él las mediaciones, obtuvimos una respuesta evasiva, pero al final asumió y dijo más o menos que es innegable el trabajo que hizo antes Manuel

Martín-Serrano, por ahí también hay una clave. Me llama la atención porque finalmente para Martín-Serrano la mediación es una tarea que está un poco en la lógica de explicar por dónde fluye —un poco lo que tú dices— él lo llama así de hecho, “tarea mediadora”, cuando habla de comunicación de masas. Por ahí hay un dato interesante, que cuando veo esta cuestión, yo podría partir a la mitad el esquema de Martín-Serrano y el lado izquierdo correspondería a lo cognitivo y el lado derecho a lo estructural; coincidencias menos, coincidencias más, pero lo entiendo por ahí. Te dejo con la pregunta, que ese era mi interés escuchar tu opinión al respecto.

**RFN:** Hay procesos anecdóticamente muy interesantes ahí involucrados. Carlos Scolari reconoce explícitamente que lo que está proponiendo tiene, en alguna medida importante, lo cual es evidente, influencia de Jesús Martín-Barbero, pero su propuesta y su trabajo y el sentido no son *martínbarberianos*. Igualmente, entre las influencias con las que trabajó Jesús *De los medios a las mediaciones*, indudablemente está presente el trabajo de Manuel Martín-Serrano, porque además Jesús pasó un año en Madrid como profesor visitante, trabajando con Manuel ¿más directo que eso? Yo no sé si Scolari estuvo durante un tiempo largo, en una estancia formal, cerca de Jesús; pero que Jesús estuvo cerca de Manuel, sí lo sé. Ahora, Martín-Barbero no es *martínserraniano* y Scolari no es *martínbarberiano*, pero ¿por qué tendrían que serlo? Cuando alguien trata de elaborar un proyecto de investigación, o un macro-proyecto, un proyecto de vida, una inquietud de fondo a la que le va a dedicar los siguientes 40 años, no puede empezar de cero, necesariamente tiene que construir un estado de la cuestión, y ese estado de la cuestión, al construirlo es evidente que ya es una interpretación de qué se sabe. ¿Por qué tendría que ser tan complicado reconocer las deudas, las influencias? A veces es muy complicado, porque ya avanzado el proceso, tienes a tu maestro *admiradísimo* como competidor en el campo; para crecer tú, tienes que matar al fantasma —ojo: no digo matar al maestro, digo matar al fantasma— tienes que liberarte, tienes

que autonomizarte y reconocer qué es lo que retomas y cómo, y mientras más diferente sea lo que tú retomas de lo de tu maestro, mejor. Clave simple de posicionamiento en el mercado académico, en el campo.

A veces suceden cosas lamentables, aunque casi siempre explicables. Pero para volver a la cadena Scolari–Martín Barbero–Martín–Serrano, y luego de Martín–Serrano hacia atrás, porque el concepto de mediación acaba siendo hegeliano, y más atrás siempre acaba uno en los griegos; unos griegos, otros griegos, y si no hay griegos disponibles, se los inventa y ya. Pero esas reconstrucciones de tradiciones y de trayectorias, de aportes, se hacen para algún fin: se hace historia para el presente y para el futuro, no para el pasado; y estas reconstrucciones, como un estado de la cuestión en la tesis, no se pueden hacer *en neutral*, están determinadas por lo que uno quiere hacer, por lo que uno elige. Muchas de esas elecciones no son de control consciente, pero hay que hacer que la mayor parte de las decisiones, sean conscientemente asumidas.

**Janneth Trejo, estudiante doctoral de El Colegio de México, en estancia académica en el ITESO:** Una intervención en realidad muy breve, y un poco para bajarnos del nivel tan abstracto en el que estamos. Primero el comentario: me parecen fundamentales estas primeras cuatro sesiones, que han entrelazado niveles muy importantes en el quehacer de la investigación en comunicación, y particularmente en lo que tiene que ver con metodología, me parece que nos quedó bastante claro, y de alguna manera reafirmé algunas convicciones y por otra parte me dieron elementos para seguir pensando en esta práctica de la investigación. Pero en un nivel más concreto me gustaría regresar a esta tarea concretísima de recortar el objeto de estudio, es decir, ¿cómo hacemos para que sea un objeto consistente y estas cuatro dimensiones que hemos estado evaluando y reconsiderando en las sesiones, nos hagan construir, precisamente, un objeto de estudio en términos de comunicación, pero que además también sea respaldado en otros ámbitos epistemológicos, teóricos, metodológicos, etcétera, para que a la hora

de presentarlo como un objeto de investigación sea pertinente y sea válido en términos de los esquemas de la investigación social?

**RFN:** ¡Eso es lo que hay que aprender a hacer en un posgrado, exactamente eso! Todo lo demás es secundario o complementario. Hay recetas para ello, pero yo no creo en ellas, aunque sí en algunas pistas. Primero, hay que hacer mucho ejercicio de discusión, porque hay que garantizar dos cosas: uno, una definición que tenga sentido para quien lo va a operar, porque definir eso es definir la mitad de la tesis; pero sobre todo para poderlo hacer reconocible por otros, en primer término los profesores, los que tienen que validarlo. Ahí hay un ejercicio de poder puro: no me convences, a ver cómo le haces, ese es tu problema, tu problema es que no me convences, trabájale más para que me convenzas, y yo haré lo posible para que me convenzas o para que no me convenzas; ese es mi problema. Entonces, ejercicio de formulación en términos negociados, de sentido, que sean pertinentes para mí y para el entorno, para la comunidad interpretativa en la que me sitúo; esa es una cosa. La otra es más técnica, porque es mucho más difícil la tarea en la medida en que ignoro cuáles son las técnicas disponibles —que son enorme cantidad—, o si carezco por ejemplo de las habilidades de manejo del lenguaje. Hay que ejercitar y agudizar esas capacidades y buscar, y buscar, y buscar en los repertorios que hay en las bibliotecas —sean físicas o virtuales—, porque la mayor parte de los *hilos negros* ya existen.

Un buen ejemplo es esta recurrencia paralela de Craig y de Immacolata a un libro de Abraham Kaplan, autor que está fuera del campo de la comunicación. ¿Cómo le hicieron para recurrir a él, para encontrarlo primero y luego cómo se apropian de una parte de esa obra de Kaplan, dándole todo el crédito, con referencias precisas? Sin duda, se lo apropiaron de una manera diferente Craig e Immacolata.

Por otro lado, la creatividad en la formulación de una pregunta de investigación —o de una hipótesis, o de un proyecto— es algo que hay que trabajar mucho para poder demostrar que la ignorancia, con

respecto a lo que hay disponible, es la menor posible; y también acreditar la mayor capacidad posible de precisión en el uso del lenguaje, de manejo adecuado de todos los recursos de lo que hay que hacer; es un trabajo de situar. Primero, construir una trama intertextual lo más sólida posible para poner ahí el punto nuevo, la pregunta siguiente, y que se sostenga bien; ese es el arte. Hay que dedicarle mucho, mucho, mucho trabajo a eso, porque son distintos frentes. No se puede en términos prácticos agotar todo, porque no te puedes quedar ahí indefinidamente; mientras más esfuerzo le inviertas sin tener una salida aceptable, eso se va enviando y se va complicando cada vez más. Arte de saber cómo salir, y arte también de los interlocutores para decir oportunamente: bueno, está bien, no me convences pero sígueme, a ver si en lo que sigue me convences más.

Es un juego muy complicado pero con lógica simple. Lo que hay que encontrar es una formulación densa, que conecte lo más explícitamente posible —sin necesidad de hacer una explicación como la que estoy haciendo de cada cosa— y que se pueda leer y decir —Está clarísimo, muy bien, está clarísimo; yo lo hubiera hecho de otra manera, pero esta está bien, adelante, es la tuya, perfecto. ¿Cómo hacer eso? Hay que meterle mucho trabajo para saberlo; pero no es tampoco algo totalmente indeterminado, porque hay muchas condiciones locales que lo facilitan y que restringen las opciones. Si estás en un entorno donde se cultivan disciplinas muy matematizadas, entonces es mucho más difícil hacer valer una propuesta literario-etnográfico-hermenéutica; ese producto hay que situarlo en otro *mercado* con más afinidades. Ese es el arte, eso es lo que hay que aprender, y no hay otra manera de aprenderlo más que haciéndolo. ¿Se sufre? Sí, se sufre pero se aprende, y al aprender, se goza. Gracias, es todo por hoy.





## ***La emergencia de un campo académico: la organización social de los saberes y la identidad disciplinaria***

Arranquemos esta quinta sesión de la cátedra, con la que se inicia la segunda mitad del programa. Como es bastante evidente, esta segunda parte —que a su vez tiene dos partes— tiene una lógica de abordaje diferente, que espero que sea complementaria con la de la primera, que se puedan aprovechar los elementos revisados en las cuatro primeras sesiones, para en esta y en la siguiente hacer una revisión desde afuera de la práctica de la investigación de la comunicación, especialmente desde afuera de los enfoques más técnicos de la constitución de los estudios de comunicación, y proponer algunos elementos de análisis de los escenarios socioculturales en los que se desarrollan estas actividades. Es una perspectiva sociológica sobre, o alrededor del concepto de *campo académico*, y de lo que esto significa para el desarrollo propiamente académico —o científico, si se quiere— de los estudios de comunicación.

En esta sesión se trata de revisar la emergencia de un campo académico; si resulta un poco excesivo —para esta exposición al menos— el término “emergencia”, se podría decir la *estructuración* del campo académico. Especialmente hoy trabajaré con la noción de campo académico y el caso mexicano, para en la siguiente sesión hacer una revisión de cómo se ha dado esta institucionalización en otros países. Hay estudios difíciles de integrar en una sola lógica, pero que tienen elementos comunes y hay documentación disponible. Yo he estudiado directamente el caso mexicano y hay documentación de otros que han

estudiado más o menos los mismos procesos en otros países. Esa comparación de cómo han sido estos procesos puede resultar interesante también en términos nacionales. No se trata de elaborar una especie de teoría global sobre estas cuestiones, aunque hay algunos elementos más o menos claros. Los términos centrales son: organización social de los saberes e identidad disciplinaria. El sentido de esta frase es que la identidad disciplinaria también depende, en buena medida, de la organización social.

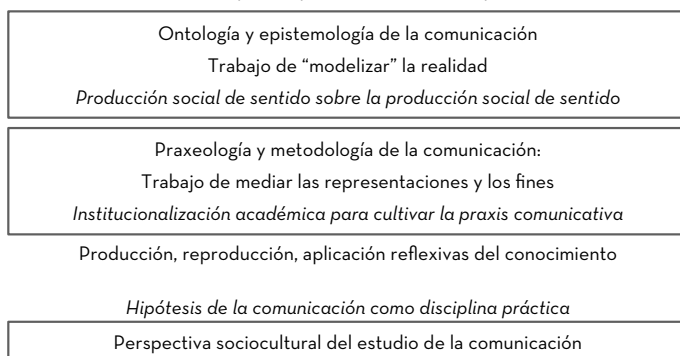
El esquema de la sesión, sintetizado en la figura 5.1, parte de una definición —que ya habíamos revisado— de James Carey: entender la comunicación como “un proceso simbólico en el que la realidad es producida, mantenida, reparada y transformada” (Carey, 1989, p.23). No es la definición más elegante de la que se puede disponer, pero creo que da una buena idea de qué clase de definición de comunicación hay que trabajar cuando se adopta una perspectiva sociocultural. Esta sería un buen ejemplo. Eso quiere decir que no sirve mucho para esta consideración una definición o un concepto de comunicación como proceso de intercambio de mensajes o de difusión de mensajes, que es lo más común desde otras perspectivas. Esa es una de las principales dificultades para los estudios comparativos de campo, porque la noción predominante —también en México, por supuesto— es la visión de transmisión de mensajes o de intercambio de mensajes, y la organización social que responde al estudio de ese tipo de objetos suele ser vista de una manera diferente que desde otra perspectiva; esa es una complicación de la cual habrá que ir dando cuenta. En síntesis: desde las dimensiones ontológica y epistemológica del estudio de la comunicación lo que traté de poner al frente es la idea de trabajar sobre una manera de modelizar la realidad, lo que no quiere decir todavía trasformarla o intervenir sobre ella sino construirla; hacer un modelo, no solo de la realidad de la comunicación sino de la realidad de la comunicación puesta en los escenarios socioculturales en los que sucede.

De ahí la fórmula que he usado desde hace muchos años para decir que el trabajo académico sobre la comunicación se puede sintetizar

**FIGURA 5.1**

**La emergencia de un campo académico:  
la organización social de los saberes y la identidad disciplinaria**

“La comunicación es un proceso simbólico en el que la realidad es producida,  
mantenida, reparada y transformada” (Carey, 1989: 23)



**La organización social de los saberes y la identidad disciplinaria de la comunicación (síntesis).**

en que se trata de *producir socialmente sentido sobre la producción social de sentido*. Lo que revisamos de las dimensiones *praxeológica* y *metodológica*, sobre esa misma línea de concepción, tiene la idea más concreta de apuntar hacia el trabajo de mediar las representaciones y los fines. Es decir, esa modelización de la realidad de la comunicación, que tiene unas dimensiones más abstractas, tiene implicaciones en las dimensiones más concretas, que exigen trabajar con las representaciones —los modelos de la realidad con los que se trabaja— y con los fines para los cuales se hace ese trabajo. Por ello es importante partir de ahí para concretar —analítica o empíricamente— los referentes de esta discusión sobre si la comunicación puede ser —o es considerada y desde qué perspectivas— como central o como marginal; entonces, lo que hay que revisar son estos procesos de institucionalización académica, que según Craig tienen la misión de cultivar la praxis comunicativa. Estamos ya adoptando directamente este doble nivel, en que a través

de procesos de comunicación se trabaja sobre la comprensión de los procesos de comunicación; la investigación de la comunicación es una meta-comunicación.

El eje tendrá que ser el de las condiciones para la producción, la reproducción y la aplicación reflexivas del conocimiento sobre la comunicación. Estos tres términos —“producción”, “reproducción” y “aplicación”— son poco satisfactorios, pero no he logrado desarrollar otros menos insatisfactorios todavía. Especialmente la idea de la *aplicación* del conocimiento es muy aversiva; es muy difícil de sostener en términos estrictos. La *reproducción* del conocimiento, que remite sobre todo a los procesos educativos universitarios, no es tan problemática y la *producción* del conocimiento es una metáfora que sigue teniendo cierta utilidad. Pero más allá de los términos, lo que quiero subrayar es la posibilidad de que esos procesos —de producción, reproducción y aplicación del conocimiento— sean concebidos como reflexivos, que tengan ingredientes fuertes de auto-recurrencia y de claridad conceptual en lo que se hace —por parte de los agentes— y no solo como tareas mecánicas.

Hay otra fórmula que me hace mucho sentido y es que estos procesos, calificados como reflexivos, construyen un adversario que es el que hay que combatir cotidianamente: la *burocracia*. No la burocracia como una clase de agentes sino como una tendencia de los sistemas institucionales a mecanizar sus relaciones internas y generar rutinas que impiden —casi por definición funcional—precisamente, la reflexividad de los procesos. Esa burocracia, ese poder encarnado en las oficinas y no en los agentes, es el adversario principal para desarrollar procesos reflexivos, y ese adversario todos lo llevamos dentro; no es que sean otros los enemigos sino que contrarrestar las tendencias de burocratización del trabajo es parte de la misma constitución de los agentes. Ese es el esquema de hoy.

Los textos complementarios señalados en el programa son: el artículo de Robert Craig (2008a) que está en la *Enciclopedia Internacional de la Comunicación*, muy buena síntesis de estudios sobre campo y

disciplina de la comunicación; un trabajo mío terminado el año pasado (Fuentes, 2011), que también sintetiza varias de las cuestiones trabajadas anteriormente, parte de un libro que armamos Enrique Sánchez Ruiz, Raúl Trejo y yo; y finalmente otro texto de Maria Immacolata Vassallo de Lopes (2001), que está en un libro que coordinamos ella y yo hace ya diez años, en donde plantea algunas cuestiones conceptuales y referenciales sobre el campo en Brasil, que creo que sigue siendo muy útil.

Pero hay además otros cuatro textos. Un artículo que apareció hace muy poco en la revista *Communication Theory*, de los colegas alemanes Maria Löblich y Andreas Matthias Scheu (2011), que es una reconstrucción de cómo se puede hacer la historia de los estudios de comunicación; es decir, no solo como una cronología sino una interpretación histórica de los estudios de comunicación. También un libro que ya había mencionado, de Andrew Abbott (2001) *El caos de las disciplinas*. Abbott es un especialista en el estudio de las disciplinas y de las profesiones como campos de interacción social; tiene un enfoque bastante parecido —análogo pero diferente— al trabajo de Pierre Bourdieu. Y la referencia a Bourdieu (2000) es inevitable. Hay una utilidad bastante clara de leer, por lo menos, este libro que en español se llama *Los usos sociales de la ciencia*, compuesto por dos trabajos de distintas épocas de Bourdieu: el clásico sobre el campo científico, de 1976, y luego una consideración más reciente de los años noventa. Y finalmente otro trabajo más de Craig (2008b), un autor que —insisto— me ha sido muy útil. Es el texto con el que se inauguró el *Russian Journal of Communication*, aparecido en 2008.

## PROFESIONES, DISCIPLINAS Y CAMPOS

Me refiero a estas nociones centrales. Ya había mencionado en una sesión anterior el trabajo de Abbott, que enmarca tanto el estudio de las profesiones como el de las disciplinas como “ecologías articuladas” y esa es una parte central de su discusión conceptual o teórica con

Bourdieu, porque él trata de concebir el estudio de estos campos profesionales y disciplinarios que analiza empíricamente, con una perspectiva de historización bastante fuerte y rigurosa. Lo que para Bourdieu al estudiar campos sociales es una estrategia metodológica —tratar de definir cuál es la autonomía relativa de esos campos en el conjunto social— para Abbott es un poco lo contrario, es ver no solo cómo definen los campos su autonomía relativa con respecto al entorno en el que viven sino precisamente cómo se relacionan con el entorno. Me parece sumamente interesante —y muy poco común en la literatura que conozco— esta intención tan clara de encontrar las articulaciones productivas entre campos o estructuras sociales de diferente índole; especialmente la relación entre disciplinas académicas y profesiones.

Con este concepto de “ecologías”, que —dice Abbott— incluyen un conjunto de actores, un conjunto de posiciones, y la relación entre ellos, él busca las estrategias de los actores para salirse de una ecología y meterse a otra; ha identificado, para el caso de algunas profesiones y disciplinas —no necesariamente parecidas a las de los estudios de comunicación, tampoco con referentes parecidos a los mexicanos porque son estudios referidos a estas estructuras en Estados Unidos— dos tipos de estrategias: unas, a las que llama “goznes”, que son las estrategias que se usan simultáneamente en una disciplina y en una profesión, articuladas. Es decir, hay constantes, por ejemplo en algunas especialidades médicas, para trabajar con ciertas estrategias la estructuración y el desarrollo —el control, digamos— comunitario de las disciplinas y las profesiones con una lógica común. Y hay otras estrategias, que él llama “avatares” —en el mismo sentido que se usa el término en el *ciberspacio*: una representación que está en lugar de una persona, que hace su papel en otro escenario— sobre todo cuando los campos profesionales intervienen, invaden, colonizan, ponen a sus agentes en un campo disciplinario para favorecer un cierto tipo de desarrollo que corresponde más a la lógica de desarrollo de la profesión que de la disciplina. Esa me parece que sería una hipótesis interesante, en términos del campo de la comunicación, que habría que trabajar, especialmente

en Estados Unidos, porque la forma de la constitución disciplinaria de los estudios de comunicación allá ha estado muy intervenida históricamente por otros agentes, digamos profesionales, pero institucionales en otro sentido. Habría que ver si esos agentes eran profesionales de la comunicación o eran agentes de otro tipo de campos: del campo político, del campo económico, etcétera.

Por otro lado, la noción de *campo académico* es una derivación por analogía. Bourdieu nunca trabajó, estrictamente, “campos académicos”; trabajó campo científico y trabajó campo universitario, que no es exactamente lo mismo que “campos académicos”. Su estudio clásico del campo universitario, *Homo Academicus* (Bourdieu, 1988), es un estudio de la composición social del profesorado francés y sus posiciones políticas en 1968. Bourdieu lo publicó muchos años después, para denunciar la correspondencia entre el carácter de clase de los profesores y sus posiciones políticas con respecto a la transformación de la universidad, y de la sociedad a través de ella, que constituyó el 68 francés. Esta noción de campo académico yo la he tratado de mantener en diálogo a partir de los estudios de Bourdieu sobre el campo científico y del *Homo Academicus*, para referirla a esta constitución como un término mejor que *disciplina* porque me parece que es una noción mucho más adecuada para trabajar casos nacionales como el de México, y casos de especialidad, como el de la comunicación.

Una cuestión que, entre otras, me parece especialmente importante del trabajo de Bourdieu es la consideración de que las luchas que constituyen el campo científico son inseparablemente científicas y políticas. Textualmente, que “de una definición rigurosa del campo científico como espacio objetivo de un juego donde se encuentran comprometidas posiciones científicas se deduce que es inútil distinguir determinaciones propiamente científicas y determinaciones propiamente sociales de prácticas esencialmente *sobredeterminadas* (Bourdieu, 2000, p.15). Si no hay manera de separar el carácter político de la posición epistemológica —o científica en términos más generales— se desprende que la lucha por la legitimidad científica “depende de la estructura del campo,



es decir, de la estructura de la distribución del capital específico de reconocimiento científico entre los participantes en la lucha” (Bourdieu, 2000, p.31). Cuando Bourdieu propuso esto en los años setenta, hizo muchísimo ruido porque todavía estaba muy fuerte la noción *mer-toniana* de que hacer ciencia era una tarea desinteresada en la que los intereses mundanos por el poder, por el dinero, por la fama, estaban totalmente alejados de la constitución del *ethos* científico.

Craig (2008b), por su parte, habla de “disciplina” —y no de campo— y define las disciplinas como *formaciones discursivas*; es decir, lo que enfoca es la constitución de comunidades interpretativas que tienen intereses comunes y posiciones en disputa, y que conversan entre ellos, y lo que conversan es lo que constituye la dinámica de la disciplina. Para hacer eso, los agentes de una disciplina —en este proceso histórico de legitimación— recurren a tres tipos de fuentes retóricas, provenientes de contextos intelectuales, institucionales y socioculturales. Para Craig son muy importantes —en el caso de la disciplina de la comunicación, vista desde Estados Unidos— los factores de legitimación disciplinaria que vienen de esta tercera dimensión, la dimensión sociocultural, especialmente en términos de la representación generalizada de que la comunicación es algo muy importante para la sociedad y, por lo tanto, es muy importante que haya especialistas que se dediquen a cultivarla.

En el planteamiento de Craig la orientación práctica —la orientación hacia el análisis y el estudio de esa comunicación reconocida comúnmente, por mucha gente en la sociedad— es el vector principal para entender por qué la disciplina se ha desarrollado de una cierta manera y no de otras. Y afirma que “la coherencia disciplinaria absoluta no es ni posible ni deseable; los fundamentos disciplinarios son reconstrucciones recursivas de prácticas disciplinarias dentro de un círculo hermenéutico de interpretación y acción” (Craig, 2008b, p.14). En otras palabras, las perspectivas que tienden a buscar la consistencia total son en realidad ingenuidades, porque ya hace muchísimos años que en matemáticas se demostró axiomáticamente la imposibilidad de la existencia de sistemas totalmente consistentes, no digamos en lo sociocultural.

Pero tampoco sería deseable que todo el mundo tuviera los mismos referentes básicos, porque ese acuerdo implicaría el cierre de las conversaciones, el cierre de las discusiones, y de hecho, en ninguna de las ciencias se puede reconocer un cierre de la discusión sobre los principios básicos, a no ser que se haga ordenadamente. No es que haya que discutir siempre, desde el fondo, todas las cuestiones sino que hay que reservar un lugar para discutir las y no distraerse con ellas cuando se hace investigación muy concreta.

El asunto es que lo que hay detrás de la fundamentación de una disciplina es una serie de interpretaciones, convertidas o articuladas con acciones, y viceversa; acciones interpretadas de una cierta manera, que se convierten en justificaciones y en propuestas de renovación crítica de las prácticas, cíclicamente, recursivamente.

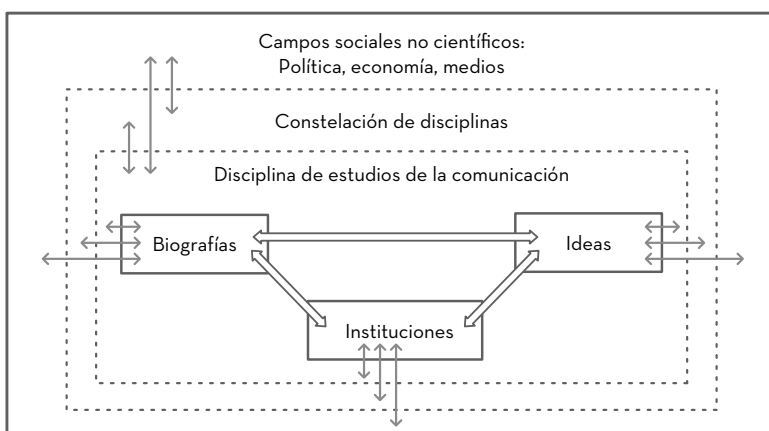
## EL ESTUDIO HISTÓRICO DE LA EMERGENCIA DEL CAMPO ACADÉMICO

El esquema que proponen Löblich y Scheu (2011), retomado en la figura 5.2, está fundamentado en referencias de la sociología de la ciencia y en la propia historia del campo, y sirve según sus autores para reconocer distintas tendencias y enfoques históricos, y para el estudio concreto de algunos episodios de la historia del campo en Alemania, especialmente la desaparición institucional de los espacios para el desarrollo de investigación crítica de la comunicación. Uno suele relacionar muy rápidamente la Escuela de Fráncfort con Fráncfort —y sí, tiene una relación histórica fuerte— pero la “teoría crítica de la Escuela de Fráncfort” se desarrolló, sobre todo, en Estados Unidos. Esas referencias alemanas, críticas, muy influyentes, son referencias que hay que encontrar en el campo disciplinario estadounidense, y no en el alemán, por razones obvias de la historia de Alemania.

Este artículo reconstruye casos de negación institucional de las condiciones mínimas para el desarrollo de ciertos estudios críticos, que

**FIGURA 5.2**

La emergencia de un campo académico:  
la organización social de los saberes y la identidad disciplinaria



**Modelo para la historia de los estudios de comunicación (Löblich & Scheu, 2011).**

me recordaron la historia del cierre del departamento de Sociología de la Universidad de Birmingham, heredero directo del mítico Centro de Estudios de las Culturas Contemporáneas, cuna institucional de los *estudios culturales británicos* (Webster, 2004).

El esquema es bastante simple. Hay tres tipos de estudios históricos sobre la construcción del campo: los *estudios biográficos*, que tratan de reconstruir la historia siguiendo la vida de personajes significativos; probablemente el ejemplo más conocido y más rico sea el trabajo como historiador del campo de Everett Rogers (1994). Las *historias de las ideas*, donde los libros paradigmáticos serían el de John Durham Peters (1999) *Speaking into the Air* y el de Armand Mattelart (1995) *La invención de la comunicación*. Y las *historias basadas en el análisis de las instituciones*, que son las más comunes. Lo que ellos proponen no

es clasificar los trabajos sino reconocer cómo se articula metodológicamente, desde cualquiera de estas tres perspectivas, la relación con las otras; cómo se refieren desde ahí a su objeto —que es la constitución como disciplina de los estudios de comunicación— y cómo manejan la relación de estos procesos del campo académico de la comunicación con la “constelación” —así le llaman— de disciplinas que están alrededor, en el sistema científico-académico universitario y con los campos sociales no científicos; qué relaciones se pueden encontrar y reconstruir históricamente, en términos de la relación con la política, la economía y los medios. Ese esquema me parece simple, interesante, útil y familiar, pues lamentablemente para mí aparece un poco tarde, cuando lo veo desde lo que yo mismo he hecho en los últimos veinte años.

## LA CONSTITUCIÓN DEL CAMPO ACADÉMICO DE LA COMUNICACIÓN EN MÉXICO

Voy a referirme entonces a mi trabajo sobre el campo académico de la comunicación en México, que tiene ya muchos años de desarrollo, y que sintetizo en la figura 5.3. El concepto de “campo académico” —como ya decía— está retrabajado a partir del “campo científico” y del “campo universitario” de Bourdieu, pero también en función de la teoría de la estructuración de Giddens; el mío no es un modelo conceptual puramente *bourdieano*, lo cual tiene muchas ventajas, pero también tiene la desventaja de que lo descalifican los que quieren ser ortodoxos siguiendo a Bourdieu, lo cual es una contradicción de términos. Se puede ser ortodoxo siguiendo a otros, pero ¿a Bourdieu, cómo? Las cuestiones empíricas, observables, que hay que investigar son las manifestaciones de prácticas situadas de los sujetos. El “campo académico” es una categoría; como tal no existe materialmente, es una manera de explicar una serie de relaciones que se pueden observar y analizar a través de prácticas, y vuelvo al esquema del inicio: prácticas de producción, de reproducción y de aplicación de conocimiento,

es decir, de representaciones que se institucionalizan porque circulan y se consolidan como elementos de proyectos sociales, concretamente situados y concretamente referidos.

Uno de los puntos de partida para hacer el análisis de la institucionalización de los estudios de comunicación en México fue algo trabajado con Enrique Sánchez Ruiz hace más de 20 años, el modelo de la “triple marginalidad”, que en resumen sostiene que la investigación de la comunicación es marginal dentro de las ciencias sociales; la investigación de las ciencias sociales es marginal dentro de la investigación científica en general; y la investigación científica en general es marginal entre las prioridades del desarrollo nacional (Fuentes & Sánchez, 1989). Y para conseguir la legitimación social de los estudios de comunicación hay que remontar, al menos, esas tres escalas de marginalidad. Jugando con esa fórmula se trata de ver, por ejemplo, en términos del esquema de los alemanes, cómo se relaciona la disciplina del estudio de la comunicación con la “constelación” de las disciplinas de las ciencias sociales, y luego con los campos, los entornos, las ecologías políticas, económicas y culturales que le dan ciertas características y ciertas condiciones al trabajo de los agentes. Esas son las premisas básicas.

Trabajé mi tesis de doctorado durante la primera mitad de los años noventa precisamente sobre esa pregunta: ¿cuáles son los factores que hacían posible la estructuración del campo de la investigación académica de la comunicación en México? Y adopté una perspectiva histórico-estructural; es decir, no solamente traté de ver cómo era el campo en una dimensión sincrónica sino también cómo había llegado a tal punto y cómo podía seguir, en una dimensión diacrónica. Por lo tanto, ahí sí se justificaba utilizar el término “emergencia” en el título del trabajo. Metodológicamente —he contado la anécdota muchas veces— el trabajo se hizo juntando fragmentos y utilizando distintos acercamientos a distintos aspectos, que parecían pertinentes a la pregunta central. Trabajé durante la mayor parte del desarrollo de la tesis sin tener un esquema explícito que me permitiera armar el conjunto. La anécdota es que encontré finalmente ese esquema —y ya

**FIGURA 5.3**

**La emergencia de un campo académico:  
la organización social de los saberes y la identidad disciplinaria**

Fuentes (2010): *El campo y la triple marginalidad en México*

[El concepto de “campo académico”] operado auto-reflexivamente desde su correspondiente *habitus* en un proceso de “objetivación participante” (Bourdieu, 1989), sirve para captar analíticamente las relaciones entre los sistemas de relaciones que subyacen a las prácticas de sujetos empíricos

Estas prácticas, a su vez, constituyen el propio campo como espacio de tensiones entre sujetos, entre sujetos y estructura, y entre la estructura y el entorno sociocultural en que se constituye como campo (Fuentes, 2005: 31).

[En México] la investigación de la comunicación es marginal dentro de las ciencias sociales, éstas dentro de la investigación científica en general, y ésta última a su vez entre las prioridades del desarrollo nacional. (Fuentes y Sánchez, 1989: 12).

**El estudio de la constitución del campo en México (síntesis).**

tuve oportunidad de agradecerse personalmente— en el modelo de la “hermenéutica profunda” de John B. Thompson (1993), que es una propuesta muy potente y al mismo tiempo muy simple. En ella el objeto tiene que estar situado, y por lo tanto, se tiene que partir de la *doxa*, lo que dicen los agentes, analizar las objetivaciones de las prácticas y ubicarlo todo en sus contextos pertinentes para poder reinterpretar lo que constituye esa realidad. Con ese esquema, con la mayor parte de la investigación terminada, pude armar discursivamente la tesis, como una unidad. Y pasó. Sin un recurso así, que permitiera explicar cómo tenían que ver unas partes con otras, quizá todavía tendría el pendiente de obtener el grado.

Pero incluso sin tener esta clave para articular la versión final de la tesis mi plataforma básica fue la elaboración de un estado de la cuestión muy amplio, muy trabajado —en el libro que se publicó a partir de la tesis (Fuentes, 1998), las cien páginas del estado de la cuestión son las que sacrificamos para que se pudiera publicar el resto— y está planteado en términos de una serie de elementos que vienen de espacios académicos-disciplinarios muy diferentes, tratados de leer como

*intertextualidades*. No se llama “estado de la cuestión” ese capítulo, no se llama “justificación del problema” sino “Los fundamentos intertextuales del estudio”. Ese fue, probablemente, el ejercicio más interesante de la tesis: ordenar el marco de los saberes disponibles, de los resultados de investigación, de muchos niveles diferentes —desde discusiones filosóficas hasta series estadísticas sobre muchas cuestiones puestas en cierto orden— para fundamentar el abordaje de la pregunta. El abordaje de la pregunta está sustentado en la elaboración de dos modelos heurísticos; es decir, esquemas que sirven para buscar y luego se pueden desechar. Reproduzco estos dos modelos heurísticos en las figuras 5.4 y 5.5.

El primero de estos modelos heurísticos supone que hay un campo académico de la comunicación en México que se puede considerar constituido por tres subcampos: uno, donde se concentra el trabajo de investigación académica —la *producción*—; otro, donde se concentra el trabajo de formación universitaria —la *reproducción*—; y otro que se refiere al desarrollo profesional —la *aplicación*— en ese campo. La idea central es que desde esos tres vértices de un triángulo, desde esos tres subcampos, se pueden identificar, histórica y socioculturalmente, las articulaciones entre ellos, la llamada “matriz disciplinaria”, que es un término que Thomas Kuhn utilizó en sustitución de “paradigma”, es decir, el conjunto de saberes, creencias y pautas de intervención que comparte una comunidad cuando hace investigación, cuando enseña a otros y cuando eso se convierte en un conjunto de actividades profesionales al exterior de las universidades. Entonces, al centrar el análisis de la investigación académica —del subcampo científico—, no lo puedo separar de los otros constitutivos del campo.

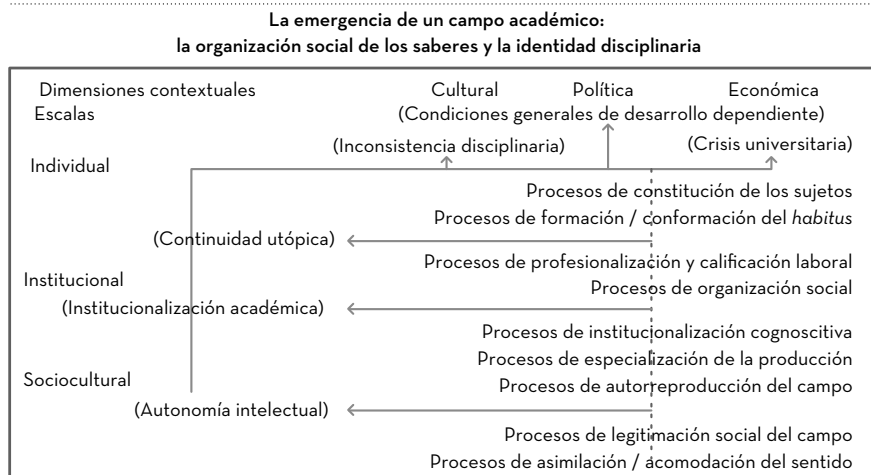
Luego viene el segundo modelo heurístico, un modelo de los procesos de estructuración, que me tiene aún más satisfecho que el otro porque creo que todavía guarda un poder heurístico bastante grande para este tipo de estudios. Hay procesos de escala *individual*, *institucional* o *sociocultural*, situados en un eje continuo; y en el otro eje, hay procesos que suceden sobre todo en contextos culturales, políticos y

**FIGURA 5.4**



**Modelo heurístico de las estructuras del campo académico de la comunicación (Fuentes, 1998).**

**FIGURA 5.5**



**Modelo heurístico de los procesos de estructuración del campo académico de la comunicación (Fuentes, 1998).**



económicos, otro continuo. Hipotéticamente, yo definí que estos contextos se desarrollaban para relacionar tres propuestas o tres elementos de proyecto —la “continuidad utópica”, la “institucionalización académica” y la “autonomía intelectual”— en referencia a tres condiciones impuestas externamente: la dependencia, la inconsistencia disciplinaria y la crisis universitaria. Para interpretar los procesos como agencia de constitución del campo, había que referirlos a estas condiciones.

Ahí acomodo la propuesta de nueve procesos de estructuración del campo académico, que se refieren a distintas escalas y a distintas condiciones, y que son el pie para trabajar observables, para generar datos y para interpretarlos en este contexto. En la escala individual hay que ver los procesos de constitución de los sujetos; hay que ver cómo esos sujetos van conformando su *habitus* —este sistema *bourdieano* de disposiciones— y, finalmente, ver los procesos de profesionalización y de calificación laboral de los sujetos. En este primer conjunto de procesos se ubicaba lo que probablemente hubiera sido la parte más interesante de la tesis, pero que fue el capítulo que nunca hice porque se me acabó el tiempo disponible: el análisis prosopográfico, es decir, el estudio basado en biografías —individuales y colectivas— que explican los factores de incorporación de sujetos en un proyecto generacional, colectivo, que se va constituyendo e institucionalizando como tal.

En un segundo grupo de procesos están —sin que haya entre ellos una frontera demasiado clara— los procesos de institucionalización en sus dos acepciones: los procesos de organización social y los procesos de institucionalización cognitiva; es decir, las ideas y los espacios institucionales para cultivarlas. Esa parte sí la trabajé mucho, con análisis de los programas, las asociaciones y las publicaciones. Esa segunda escala remata con los procesos de especialización de la producción; cuando ya hay un proceso de institucionalización y de consolidación, la producción tiene que irse especializando, no fragmentando, una distinción a la que ya llegaremos.

Finalmente, en la tercera escala, la sociocultural, están los procesos de auto-reproducción del campo: una vez que está institucionalizado

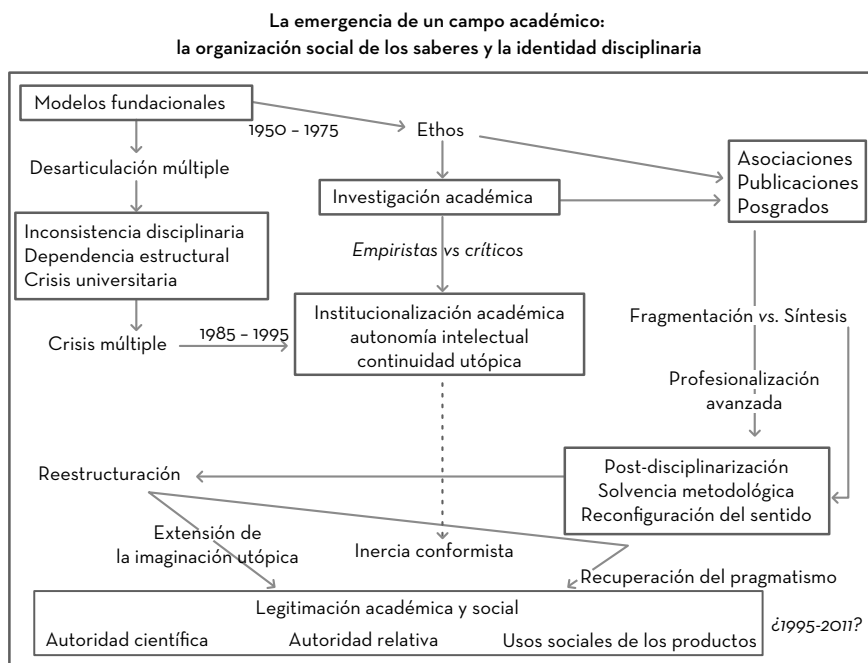
y se cree en él, hay que cautivar a algunos jóvenes para que vengan y se contagien de este tipo de proyectos; y también hay que hacer el trabajo para que el campo se reconozca socialmente, que se legitime. Por último, los procesos que, suponiendo un cierto nivel de legitimación del campo, tienen que ver con cómo se va interactuando con el entorno más amplio, que va cambiando. Esos nueve procesos creo que sirven todavía bastante bien para hacer este tipo de estudios, y de ahí la necesidad de la continua reflexión metodológica, porque para ir concretando la información sobre cada uno de estos procesos hay que recurrir a diferentes métodos, a diferentes recursos.

Me salto ahora 300 páginas de análisis de resultados, que son las que sí quedaron en el libro. La tesis que empezó, entonces, con dos modelos heurísticos, termina con un tercero, que trata de explicar con esa misma lógica de procesos y estructuras —o sea, *procesos de estructuración*— la emergencia del campo de la investigación académica de la comunicación en México. No me detengo demasiado en el modelo, pero sí resalto algunos de sus elementos, siguiendo la figura 5.6.

El punto de partida para ofrecer esta explicación, esta hipótesis interpretativa de algo muy complicado, es lo que llamo *modelos fundacionales*. Digo que los estudios de comunicación en México se fundaron tres veces: la primera bajo un modelo periodístico, en los años cincuenta; una década después, en los años sesenta, con un modelo humanístico; y en los años setenta con un modelo de ciencia social, emancipatoria o “revolucionaria”. Y hasta ahí, porque después de los años setenta no se ha vuelto a elaborar otra manera de fundar y proponer los estudios de comunicación. Lo que se ha hecho ha sido tomar elementos de los tres modelos fundacionales, revolverlos, e incorporarles las novedades que resultaran pertinentes desde algún punto de vista, pero sin volver a pensar el fundamento social de un proyecto académico.

Cuando hacer estudios de comunicación era hacer una cosa rarísima y medio loca, había proyecto; cuando el campo fue creciendo y se fue “normalizando”, los elementos de fundamentación de un proyecto histórico ya no estaban. Eso es la clave, esa es la hipótesis, el supuesto de

**FIGURA 5.6**



**Modelo heurístico de la estructuración del campo académico de la comunicación en México (Fuentes, 1998).**

entrada; lo puedo documentar de muchas maneras, pero si no se comienza por ahí, todo lo demás parece gratuito. Es decir, para el trabajo de interpretación de la constitución del campo, en lo que me centré, más que en el *habitus* —que hubiera sido el capítulo de prosopografía que nunca hice— es en el *ethos*: en el conjunto de creencias y de valores que se pueden identificar en los agentes y que sirven como clave de interpretación de lo que los agentes hacen y de lo que los agentes buscan, qué es lo que los frustra y qué es lo que los satisface, etcétera, en términos generales.

Y esa fue una clave muy interesante, porque entrevistando a los colegas —hice un trabajo de entrevistas bastante amplio; fueron 24 entrevistas en total— me fui encontrando los mismos referentes que remitían a los años setenta como constantes de sentido individual, sin reconocimiento de que eso fuera algo más que individual, pero lo compartían —o lo compartíamos— muchísimos, sin reconocerlo como algo común: generacional, de clase, de la generación post 68, etcétera. Por ahí se empieza a tejer una interpretación que recoge las anécdotas y los hechos que todo el mundo reconoce, en un proceso que se remite a las fundaciones entre los años 1950 y 1975. Las entrevistas las hice entre 1992 y 1993 —hace ya muchos años— a partir de dos grandes preguntas: ¿cómo reconstruyes tu trayectoria como investigador de la comunicación? y ¿cómo ves el campo? Con esos elementos y la información que venía de otras fuentes, como una encuesta, instrumentos proyectivos procesados estadísticamente, y un trabajo de análisis documental extensísimo, pude reinterpretar, a la Thompson, los discursos de los agentes en sus contextos de objetivación.

## CONDICIONES DE LA LEGITIMACIÓN ACADÉMICA Y SOCIAL DEL CAMPO

Al final de la historia, de lo que se trataba centralmente era de conseguir la legitimación académica y social para el campo. Pero en 1995, cuando terminé la tesis, eso estaba todavía en el futuro, y con bastante menos fuerza en las creencias que veinte años antes, aun para los mismos sujetos. Lo que fue un proyecto muy intenso de creencias, la utopía de la investigación de la comunicación como transformación social, se fue diluyendo conforme se fue institucionalizando la actividad. La meta, el “para qué” de la legitimación académica y social, queda cada vez más lejos mientras más se avanza; es más utópico en el sentido negativo, en el sentido de que “eso es imposible” y no en el sentido positivo de reconocer que es algo que no existe, pero que debe existir y hay que trabajar para que exista. Entonces, ni “autonomía científica” —que

sería el indicador más fuerte de esa legitimación— ni “usos sociales de los productos”, al contrario.

Para llegar a eso, interpreté que había tres caminos de llegada. Uno era la *inercia conformista*, que a mediados de los noventa estaba claramente establecida como tendencia mayoritaria. Había dos opciones ante ella, que se podían identificar en el discurso de los agentes: una era la “recuperación o renovación del pragmatismo” y la otra la “extensión de la imaginación utópica”. Eran más o menos equivalentes las dos tendencias en el discurso de los agentes. Por cualquiera de las dos vías se podría llegar —decía yo—, lo importante era no adoptar la inercia conformista. Eso sonó muy bien, quedó muy bien documentado y argumentado, hasta aquella fecha. En marzo de 1996, cuando presenté mi examen, y fui muy bien calificado y felicitado, sonaba muy bien. Pero ya pasaron quince años, y ahora la pregunta es: ¿y ahora qué?

En otro de los textos propuestos como complementarios para hoy (Fuentes, 2011) hago esa revisión, siguiendo más o menos los mismos recursos metodológicos, para revisar los indicadores de la *triple marginalidad*. Se encuentra una cosa muy contradictoria, que no parecían tan contradictorias 20 años antes. Primero: sí, la triple marginalidad sigue ahí; no se puede decir que ahora los estudios de comunicación sean menos marginales, porque las condiciones estructurales han empeorado. Lo más benigno que se puede decir con base en estadísticas oficiales es que hay un “crecimiento estancado”. El campo de la investigación académica de la comunicación en México no se ha desarrollado en los últimos 20 años, y eso se ve muy claramente, por ejemplo, comparándolo con lo que ha sucedido en Brasil, que es algo que he hecho durante 20 años también. En Brasil sí ha habido políticas de impulso al desarrollo académico, sí ha habido recursos no solo invertidos sino evaluados, bajo las mismas condiciones que en cualquier otro país del mundo —de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE), del Banco Mundial; es el mismo neoliberalismo— pero que en algunos países, como Brasil, han tenido un cierto modo de desarrollo y en México otro. Puesto en simple: a finales

de los años ochenta, la investigación que se hacía en comunicación en México y la que se hacía en Brasil eran comparables, y la que se hacía en España también. Pero Brasil y España —y otros países— *despegaron* y México se quedó estancado; ahora las respectivas producciones de investigación ya no son comparables. Es otra escala en la que se mueven los brasileños y los españoles.

Segundo: el campo, en sus dimensiones de base, creció mucho más desbocadamente que antes; el *boom* de las escuelas de comunicación empezó a principios de los años ochenta —no es ninguna novedad— pero se desbocó. También en Brasil —en donde hay más programas y escuelas de comunicación que en México, y hay miles más de estudiantes de comunicación, y quién sabe en términos profesionales qué diferencias haya. Allá tuvieron el cuidado de no revolver el trabajo universitario serio y científico con la educación superior de desahogo de la presión social; estratificaron —sin revolverlos— los tipos de instituciones universitarias; hicieron crecer prudentemente las universidades públicas, tratando de mantener un estatus de calidad, y abrieron un mercado de oferta mercantil de servicios educativos superiores, al que le pusieron controles, es decir, un conjunto de mínimos que cada empresa tiene que cubrir para poder seguir funcionando.

En México, el crecimiento de la educación superior es espectacular; en 1970 había 250 mil estudiantes en el país y hoy hay dos millones y medio, o poco más. La recomposición institucional de ese sistema tiene dimensiones escalofrantes; hace dos años había 1,006 programas de licenciatura en comunicación en México —según María Antonieta Rebeil, Jorge Hidalgo y Luis Alberto Luna (2010)— de los cuales no más de 20 o 30 tienen alguna capacidad de hacer trabajo serio de formación profesional en comunicación; los otros son básicamente negocios. El otro dato es que lo que se trató de impulsar, y se impulsó muy fuertemente desde hace muchos años, fue la acreditación; no el control institucional sino la acreditación, que es trabajo de pares. Pero de los 1,006 programas, no llegan a 30 los que tienen acreditación. La ola sigue hacia los posgrados; ya hay más de ochenta programas de maestría en

comunicación en México y en los posgrados la acreditación es más reconocible y rigurosa, sobre todo porque lleva asociado apoyo y dinero por parte del estado. Hay ocho programas de maestría acreditados por el Padrón Nacional de Posgrado. Y en 2011 hay un solo programa de doctorado en comunicación; uno, no acreditado y no acreditable, mientras no se modifique su diseño institucional básico. Las condiciones estructurales se mantienen. Hay que volver a pensar la disyuntiva entre *la imaginación utópica y la recuperación del pragmatismo*, y lo digo en términos crudos porque no gana ninguna de las dos; ganó *la inercia conformista*. Lo que no quería reconocer hace quince años, ganó. Hace más sentido interpretar así, que de otra manera.

Todavía hace ocho o diez años había indicadores que hacían creer que el asunto era diferente, que había que pensarlo en otros términos, que había indicadores optimistas, y me refiero a dos de ellos. El número uno es que, finalmente, hay investigadores jóvenes formados y ubicados, con producción estable, otra generación y no solo esos de la historia anterior que son —somos— la generación post 68 —venerables profesores de alrededor de 55 a 65 años de edad, actualmente; por fin hay otra generación, lo cual es muy alentador. Número dos, las instancias oficiales de reconocimiento pueden complicar el asunto de la triple marginalidad: entre 17,500 miembros del Sistema Nacional de Investigadores (SNI), ya hay 177 investigadores de la comunicación —según datos de 2011—, con una distribución por niveles bastante interesante que expongo en la figura 5.7.

La parte más preocupante es que solo hay 23 personas (13 %) como candidatos; la renovación generacional tiene dificultades enormes. No todos los 23 candidatos son realmente jóvenes, pero sí son novatos; alrededor de la mitad todavía no cumplen 40 años. El mayor porcentaje, casi 60%, están en el Nivel 1; como en todo el SNI, la mayor parte de los investigadores está en el Nivel 1 y la mayoría ahí se va a quedar; por las condiciones de su trabajo son investigadores que cumplen con los parámetros de producción de Nivel 1, pero no tienen manera, ni individual ni institucional, de ser promovidos a Nivel 2. Las características de

**FIGURA 5.7**

**La emergencia de un campo académico:  
la organización social de los saberes y la identidad disciplinaria**

Miembros del SNI, 2011, por nivel y disciplina, que hacen investigación de la comunicación

Disciplina	Investigadores		Candidato	Nivel I	Nivel II	Nivel III	Emérito
Área IV: Humanidades	36	20%	1	18	12	4	1
Antropología		11	1	6	2	1	1
Historia		10	0	4	5	1	0
Linguística		10	0	3	5	2	0
Pedagogía		4	0	4	0	0	0
Psicología		1	0	1	0	0	0
Área V:							
Ciencias sociales	141	80%	22	85	21	13	0
Económicas		2	0	2	0	0	0
Jurídicas		5	1	1	2	1	0
Políticas		18	0	12	4	2	0
Sociología		116	21	70	15	10	0
Total		177	23 (13%)	103 (59%)	33 (18%)	17 (9%)	1 (1%)

46 instituciones de adscripción: 32 UNAM, 27 UAM, 22 UdeG, 10 ITESM= (51.4%)

**Miembros del SNI, 2011, que hacen investigación de la comunicación.**

su producción pueden mantenerse, pero no es fácil modificarlas para conseguir el acceso a otro perfil, de Nivel 2 o 3.

177 investigadores de la comunicación en el SNI son muchos, comparados con los siete que había en 1990; en 20 años el número se multiplicó por 25, que es una tasa de crecimiento bastante mayor que la del SNI en su conjunto; y el total es 1% de los miembros del sistema, lo cual no está mal para una disciplina que ni siquiera es reconocida por su nombre. Pero decía que mi diagnóstico sintético para el estado actual de la investigación académica es de estancamiento concentrado, a pesar de cifras como estas, que aparentemente son de crecimiento rápido. Esos 177 investigadores están adscritos a 46 instituciones diferentes, pero más de la mitad se concentra en cuatro instituciones: en la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) —en distintas



dependencias— hay 32; en la Universidad Autónoma de México (UAM) —de Iztapalapa, de Azcapotzalco, de Xochimilco y de Cuajimalpa— 27; en la Universidad de Guadalajara —en los diversos centros universitarios— 22; en el Tec —en todo el país— 10; 51.4% en cuatro instituciones. El Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente (ITESO) cuenta con tres.

En contraposición, no hay que preocuparse demasiado por la discriminación de género: hay una mayoría de mujeres, pero no una mayoría abrumadora; la proporción es bastante equilibrada. Este ha sido un campo académico sin demasiados problemas de distribución por género, aunque, ciertamente, para llegar al Nivel 3 en el SNI hay bastantes más posibilidades para hombres que para mujeres —actualmente el 80%— pero también hay mujeres, con más mérito estructural por lo mismo.

Este es un cuadro de datos que uso, cerrando la sesión de hoy, para decir varias cosas. Uno: necesitamos tener datos para poder interpretar un objeto complejo como este, donde hay muchos aspectos de diferente escala y de diferente dimensión involucrados, y —todavía— un predominio muy claro de los factores del *ethos* en los agentes, y también en los externos. Hay creencias muy sólidas y muy fuertes que sirven como armas de lucha —es un campo *bourdieano* que tiene, relativamente, pocos ingredientes de racionalidad. Las creencias, en general, mueven las acciones de los sujetos, y los cierran a otras formas de interpretar datos, cuando hay datos. Los datos son un recurso muy escaso en este país y quien produce datos tiene mucho más recursos y capital para sustentar interpretaciones más fundadas. Es muy importante tener interpretaciones amplias, pero más o menos ordenadas, para saber lo que se hace; si el campo de la comunicación es una disciplina práctica, entonces lo que vayamos creyendo y diciendo al respecto, va teniendo efectos. Esa es una cuestión.

Segunda y última cuestión: ahora, en 2011, hay algunos aspectos bastante claros sobre la institucionalización de nuestro campo, que

creo que se pueden rescatar de todo el proceso histórico, pero sin que cambien las condiciones estructurales y las condiciones internas del campo. Se han agregado otros factores que antes no había, y que ahora complejizan más el asunto. Por ejemplo, los asuntos de la inconsistencia disciplinaria y los problemas epistemológicos han estado formulados en términos tales en que no ha sido posible clarificarlos: al contrario, se ha ido perdiendo claridad. Wolfgang Donsbach, el editor de la *Enciclopedia Internacional de Comunicación*, le llama “erosión epistemológica”, un término muy elegante, a esta condición central. Pero además de ese proceso, están las nuevas cosas que están sucediendo y ahí hay por lo menos dos que son fundamentalmente importantes: una, la avalancha de novedades tecnológicas, que mientras se sigan trabajando nada más como novedades tecnológicas, harán más difícil entender que son sistemas de comunicación nuevos que tienden a no verse así, más que en su sentido publicitario. Dos, que algunas de las consecuencias de esos cambios que están ahí, están también adentro de las universidades; no hay barreras infranqueables en las universidades contra esas cuestiones que vienen asociadas a otros procesos. El asunto se complica porque una propuesta basada en prácticas reflexivas tiene que poner mucho más atención que antes en las condiciones de la reflexividad; ahí hay preocupaciones más de fondo que habrá que seguir trabajando.

En la siguiente sesión le daré *otra vuelta a esta tuerca* al tratar de poner alguna perspectiva comparativa con otros países. El tono general internacional parece ser muy optimista, y el caso mexicano también tiene sus tintes de optimismo. Lo digo así porque no me gusta que cuando planteo estas cuestiones parezca que lo hago con pesimismo. Si fuera pesimista no estaría diciéndolo aquí, estaría dedicado a otra cosa. Pero no es una cuestión de optimismo o pesimismo sino de cómo se puede compartir una interpretación lo mejor fundada posible. Es posible que, como estrategia práctica, la comparación internacional nos dé otros elementos que no están tan claramente presentes en la

consideración nacional. Mientras tanto, entremos a nuestra sección de conversación.

## CONVERSACIÓN CON LOS PARTICIPANTES

**Janneth Trejo, estudiante doctoral de El Colegio de México, en estancia de investigación:** Son dos cosas que de hecho ya más o menos tocaste al final. La primera es en cuanto a los tres niveles de marginalidad —y que ya habías mencionado que pueden ser más— pero me parece importante destacar una posible marginalidad dentro del mismo campo académico de la investigación en comunicación. Me parece que hay temas que son muy estudiados, o más o menos bien posicionados dentro del campo académico y hay otros temas que no son centrales o todavía no están posicionados, y me parece que la meta-investigación de la comunicación es uno de esos temas que están marginados, y que podría ser otro nivel de marginación dentro del mismo campo académico de investigación. Revisando tus textos, por ejemplo, el que tiene un catálogo de los trabajos hechos de 1995 a 2001, realmente no hay investigación de la investigación. Eso me gustaría que lo comentaras un poco. Y la segunda es —ya comentaste el final, pero a lo mejor un poco más de profundización— sobre en qué nivel estamos en el proceso de reproducción del conocimiento dentro del campo, qué está pasando actualmente, cómo ves el panorama, y cómo se ve la emergencia de nuevos agentes en este campo académico, porque de pronto —al ver este tipo de textos— hay muchos autores que son los de siempre y hay unos autores que son nuevos. ¿Qué está pasando con esta reproducción del conocimiento y cuál es el panorama que vislumbras actualmente?

**Raúl Fuentes Navarro (RFN):** Sí, la meta-investigación es una práctica rara todavía, pero menos rara que antes. Yo empecé a hacerla prácticamente desde que empecé a trabajar en la academia hace 33 años y se ha ido haciendo una trayectoria. Hace 25 años, prácticamente no

había nadie más. Ahora, de distintas maneras, hay grupos y personas con ubicaciones muy interesantes porque suelen ser ubicaciones trans-institucionales. Hay un par de libros, quizá tres libros recientes, que se llaman “El campo académico de la comunicación en México...” y en ninguno aparezco como autor. Sí aparezco citado y discutido, lo cual me da un enorme gusto. No es, por supuesto, de los temas más comunes, pero veo que esa es una característica internacional. Comentando con Carlos Vidales sobre su tesis, decía: es que estos autores que estamos discutiendo y usando como referencia, como Robert Craig, son los mismos y se citan entre ellos —es un pequeño *colegio invisible*— porque son una minoría marginal especializada. Por ejemplo, el terreno de la historia de la comunicación, que tiene por lo menos tres grandes ramas especializadas de cultivo de investigación. Una es la historia del campo-disciplina, en la que hay investigadores bien reconocidos internacionalmente y luego un *circulito* de interesados, como en cualquier otra especialidad de investigación. Lo que me preocupa, en todo caso —y que tiene que ver con la marginalidad que tú señalas— es que a nadie de las otras especialidades parece importarle.

Una de las muchas cosas que he hecho en los últimos años, es análisis de citas; y llegué a la conclusión —pero después de hacerlo— de que la bibliometría tiene muy poco qué ofrecer en este campo y es difícilísimo hacerlo porque no tenemos las bases de datos sobre las cuales se pueda hacer en serio. Hay que hacer primero las bases de datos y luego hacer los análisis bibliométricos. Pero dice muy poco. Doy un dato egoísta: ¿dónde me citan a mí? Es un patrón muy interesante. Tengo un número de citas intermedio; ni muchas ni pocas, ni soy ignorado en México, entre los investigadores de la comunicación, ni soy de los favoritos, por supuesto —no tendría por qué—. Una tendencia muy fuerte, y muy explicable, y muy práctica de la investigación, en cualquier área, es concentrarte en tu línea y no distraerte, entonces la meta-investigación puede aportar un poco para ubicar esa línea y desarrollarla, generar aportes y meterlos a su estado de la cuestión;

esa es la visión progresiva de la investigación científica. Y está bien. El lugar de la meta-investigación creo que es ese: es un lugar marginal, que puede ser útil para el desarrollo de las líneas que puedan ser más progresivas. La meta-investigación puede servir como infraestructura. Eso creo, y las evidencias más o menos lo respaldan.

La otra pregunta, sobre las generaciones. Veo y comparto esa visión con otros colegas de la misma generación, que en realidad no fuimos los primeros, pero los primeros no se pudieron o no se quisieron quedar en el campo académico, nuestros profesores; los que nos quedamos fuimos la segunda ola generacional. Hubo una coyuntura por el crecimiento del sistema nacional de educación superior, en que hacían falta profesores y así nos “pescaron” a muchos; después, cuando esta generación comenzó a tener alumnos formados —cosa que tardó mucho tiempo— ellos típicamente tuvieron dificultades también coyunturales: ya no había plazas, el crecimiento del sistema se detuvo en los ochenta, y además de eso, había que pelear contra nosotros por los espacios. Pasó más o menos una década y media, hasta los noventa, para que pudiera empezar el proceso para que los más jóvenes pudieran encontrar un espacio de incorporación. Yo creo que ese proceso ya se cumplió; nos da mucho gusto a todos porque estábamos muy presionados los *viejos* porque no había más que los mismos. Y los jóvenes ya están ahora, me parece, suficientemente bien establecidos, y con una actitud no tan beligerante sino creo que hasta excesivamente benevolente hacia los *viejos*: esa ha sido una estrategia que han usado y les ha funcionado.

Una anécdota: en 2009, la AMIC, la Asociación Mexicana de Investigadores de la Comunicación, cumplió 30 años y el presidente —que es uno de estos jóvenes que van también envejeciendo rápidamente— me invitó a dar la conferencia inaugural del encuentro nacional. Entonces decía yo, enfocado sobre todo en el proyecto fundacional de la AMIC, que 30 años después sigue siendo válido, que hay que recuperar ese discurso porque puede ser que ahora haya mejores condiciones para

desarrollarlo; y, probablemente en el contexto del país, es más importante que lo hagamos ahora que hace 30 años. Esa creo que es la estrategia más adecuada en estos tiempos de estancamiento y de acoso externo, y supone no solo adecuar el proyecto a las circunstancias sino renovarlo, y preocuparse ya por la siguiente generación, porque el proceso de renovación tiene que ser permanente. Cierro esa anécdota; me oyeron, me aplaudieron, y nunca he vuelto a ver en dos años que alguien recuerde o mencione lo que dije.

Pero eso tiene que ver con lo que he trabajado, de hecho, bastante más, y en lo que creo mucho más de fondo: más que el discurso o el análisis, el trabajo cotidiano de abrir y fortalecer espacios concretos de formación, que me he dedicado —con otros colegas— durante muchos años a gestionar, no solo la apertura de posgrados sino el desarrollo de esos posgrados con unas ciertas características. Eso creo que es una contribución; aunque tiene el riesgo de ser una apuesta que no tiene garantía, hay que ir viendo qué resultados da. Y termino la respuesta con otro análisis. Yo creo, desde hace unos quince años, que el mejor diseño para la formación de un investigador de la comunicación, o un profesional avanzado —no necesariamente un investigador— tiene que ser fuera de las constricciones de una eventual disciplina de la comunicación; tiene que ser mucho más amplia.

Actualmente en México hay un solo doctorado en comunicación, el Doctorado en Comunicación Aplicada de la Universidad Anáhuac del Norte, pero no es el único programa en donde se forman investigadores de la comunicación. Estadísticamente, de los miembros del SNI, de los jóvenes, es decir, los que tienen menos de 45 años, más o menos la mitad son egresados del doctorado nacional, por supuesto muchos del doctorado de la UNAM y de otros —incluyendo el del ITESO— y la otra mitad son egresados de universidades extranjeras. Afortunadamente hay apoyo del Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (Conacyt) para las dos opciones de formación: o en los doctorados mexicanos en ciencias sociales del Programa Nacional de Posgrado

de Calidad (PNPC), o en los doctorados en comunicación en otro país. Más o menos mitad y mitad, esa también es una proporción favorable, equivalente a la de la generación más vieja. Pero sí hay alguna diferencia en el tiempo: las opciones para estudiar fuera en los años setenta, ochenta, noventa, y todavía hoy, eran Estados Unidos, Francia, Inglaterra, y eventualmente Canadá o Alemania. Ahora esas opciones siguen vigentes, pero la mayor parte de la gente se quiere ir a España o a Cuba, donde ni siquiera tienen que aprender otro idioma. Quitándole esas cualificaciones diferentes, los patrones de formación más o menos se mantienen, y creo que son buenos patrones porque permiten una cierta diversidad y pluralidad en las cualificaciones académicas de los sujetos, más todas las diferencias individuales de la historia de cada persona.

Para un proyecto iberoamericano estoy preparando —con la colaboración de Óscar Bustamante— una revisión de los posgrados en comunicación en México, Centroamérica y El Caribe. Traigo a cuento esto, porque como la reunión es en Brasil y la iniciativa es entre brasileña y española, hay que llevar un argumento para decir por qué a pesar de que no hay doctorados en comunicación en México, sí hay formación de investigadores de buen nivel. Por distintas circunstancias institucionales en la UNAM, en la UAM, en la Universidad de Guadalajara, en el ITESO, en el Tec, se optó en distintos momentos por integrar los procesos de formación de investigadores de la comunicación en doctorados en ciencias sociales. Para preparar eso, les escribí a cuatro colegas que han estado involucrados en estos posgrados y les pregunté su opinión actual. Me sorprendió que ninguno de ellos está viendo otra cosa más que las microhistorias internas institucionales. Estoy muy desconcertado con respecto a eso, porque yo sigo creyendo que es más conveniente la formación de investigadores en comunicación en el contexto de un programa más amplio, que en uno restringido a la comunicación.

En un texto del que no hice mención, pero que estaba en el trasfondo de la bibliografía complementaria de hoy, Maria Immacolata decía hace

más o menos quince años que el modelo brasileño era institucionalizar los doctorados en comunicación y fortalecerlos, con la aparente paradoja de que la formación era transdisciplinaria. Por ahí está la tensión, ¿qué quiere decir eso de la transdisciplinarización, y cuál es el escenario curricular que mejor conviene para cultivarlo? Hay ahí una cuestión interesante, que estoy revisando por esos compromisos circunstanciales, para poder discutir con los españoles y brasileños, sobre todo, donde se han consolidado muchos programas doctorales en comunicación, y con los otros latinoamericanos, donde no se ha consolidado ninguno. Y con eso terminamos por hoy, gracias.





## ***La institucionalización de la investigación académica de la comunicación: descripción comparativa internacional***

Empecemos, si les parece, esta sexta sesión de la cátedra, a propósito de “La institucionalización de la investigación académica de la comunicación: descripción comparativa internacional”. En complemento de la sesión anterior, en donde presenté una propuesta ya trabajada sobre el caso mexicano, bajo el título “La emergencia de un campo académico: la organización social de los saberes y la identidad disciplinaria”, hoy se trata de contextualizar más esa visión y ponerla en una perspectiva de proyecto de desarrollo futuro, casi en términos de un estado de la cuestión o de un bosquejo. Esa es una escala de consideración muy incómoda, muy difícil de manejar para cualquiera —ahora veremos más o menos por qué— y que ha sido, en realidad, muy poco trabajada. Es uno de los intereses de desarrollo en los que estoy trabajando; a ver hasta dónde se puede llegar, tampoco es una novedad. Lo que sigue es, pues, el estado de la cuestión desde esta perspectiva.

Parte de la bibliografía complementaria que propuse en el programa está formada por un conjunto de pequeños textos incluidos en la *Enciclopedia Internacional de la Comunicación* que tienen el mismo título y el mismo propósito: describir, muy brevemente, cómo es la comunicación, como un campo académico, en diez diferentes regiones o países del mundo. Hay de todo, incluyendo subregiones mínimas, como por ejemplo la división en dos capítulos diferentes sobre el campo académico de la comunicación en el Medio Oriente: un capítulo sobre los países árabes, y otro sobre Israel. Israel, un país de

ese tamaño tan pequeño pero con esa importancia, incluso también en el campo académico de la comunicación, se llevó un capítulo solo. Cosa que no hizo ni siquiera Estados Unidos, que está en el mismo capítulo que Canadá... Son, entonces, diez textos cortos incluidos en la *Enciclopedia...* (Adoni & First, 2008; Ayish, 2008; DeBeer, 2008; Eadie, 2008; Jirák & Köpplová, 2008; Kim, Chen, Mirayahara, 2008; Martín-Barbero, 2008; McKenna, 2008; McQuail, 2008; Thomas, 2008), de donde extraje también dos entradas con síntesis de la “historia de los estudios de la comunicación y los medios”, antes y después de 1968 (Simonson & Peters, 2008; Parcell, 2008). En tercer lugar, un artículo publicado en la *Nordicom Review* por Juha Herkman (2008), que refiere a los resultados de un proyecto coordinado desde Finlandia para analizar el desarrollo del campo académico de la investigación de la comunicación en distintos países. El problema es hacer la comparación internacional, no tanto hacer análisis nacionales, y este texto de Herkman creo que lo presenta de una manera muy clara.

Agregué otros textos —como siempre— y en este caso regreso al texto de Robert Craig (2008a) que me ha servido como guía para estos asuntos. Es el que está publicado como entrada base para los otros diez en la *Enciclopedia* y se llama “La comunicación como campo y como disciplina”. Y un par de libros más o menos recientes que no tratan estrictamente del campo académico de la comunicación, pero que son ejemplos de proyectos comparativos internacionales que tienen interés principalmente metodológico. El primero es un libro publicado en 2004, del cual sé que hay edición en español, más reciente, pero nunca la he visto; es un libro importante, innovador en este terreno, del que ya había hablado un poco en alguna sesión anterior, y que se llama *Comparando sistemas de medios* y plantea el desarrollo de tres modelos de relación entre los medios y la política. Es un libro trabajado en colaboración entre un investigador italiano, Paolo Mancini y uno estadounidense, Daniel Hallin (2004), que antes había publicado por lo menos un par de artículos, importantes también, comparando casos de medios y política en países latinoamericanos. En uno de esos artículos,

muy citado, compara los casos de México, Brasil y Colombia alrededor del eje del clientelismo político (Hallin & Papathanassopoulos, 2002). Pero en el libro de 2004 no hay ningún país latinoamericano incluido.

Está también otro libro, coordinado por Hélió Trinidad (2007), un académico y funcionario académico brasileño muy reconocido. Es un estudio muy interesante sobre *Las ciencias sociales en América Latina, en perspectiva comparada* y trabaja sobre cinco países de esta región. De ahí también tomo algunas cuestiones, sobre todo, metodológicas. Por supuesto, no dice nada sobre los estudios de comunicación; el estudio está centrado en la antropología, la sociología y la ciencia política, y en cinco países, no en América Latina como conjunto; ya daré algunos datos más precisos.

## INSTITUCIONALIZACIÓN E INTERNACIONALIZACIÓN

En esta ocasión, en lugar de hacer un esquema del plan de exposición, preferí tomar tres citas casi textuales —no tienen comillas porque son paráfrasis— de tres elementos de análisis que me parecen importantes para el caso, sacados de tres de los textos específicos de la sesión de hoy. Uno es de Craig (2008a), que plantea en un par de párrafos de una manera muy sintética esta dimensión analítica de la internacionalización de la institucionalización del campo:

La internacionalización, que comenzó con importaciones europeas a Estados Unidos y siguió con la exportación de modelos de Estados Unidos al resto del mundo, generó una creciente diversificación de enfoques, que tienden a confluir desde una amplia diversidad de historias. Prevalece una gran diversidad de métodos, teorías y objetos de estudio, cobijada por un término común. El campo se caracteriza por su crecimiento, su inconsistencia, y la internacionalización.

En realidad cuando se dice “institucionalización” se dicen varias cosas al mismo tiempo —como ya en la sesión anterior traté de plantear—

y se dice también algo que no está tan implícito en el concepto pero que viene junto, que es la *profesionalización*, especialmente lo que se conoce como “profesionalización avanzada” de los agentes de esa institucionalización. Es decir, en términos llanos: los procesos de formación de investigadores en programas de posgrado y centros de investigación, son una parte muy importante de la institucionalización.

Lo que constata Craig, en el contexto de la *Enciclopedia Internacional de la Comunicación*, es que hay casos diversos en cada vez más países del mundo, con características y condiciones diversísimas. La primera consecuencia, entonces, es que elaborar un método comparativo que permita relacionar lo que sucede en las historias nacionales, es algo muy difícil; no conseguido hasta ahora. Por supuesto, la diversificación de enfoques, de métodos, de teorías, de objetos, de formas organizacionales, etcétera, es un punto de partida indispensable que hay que empezar a trabajar metodológicamente, para ver cómo respetar lo más posible esa diversidad, y sin embargo que se pueda avanzar en detectar algunos rasgos comunes. Dice Craig que hay tres características comunes, generales, antes de ver caso por caso cómo se analizan y cómo se explican.

Uno es el *crecimiento*: los estudios de comunicación han estado creciendo durante distintos periodos de tiempo —en Estados Unidos llevan más o menos un siglo, en México 50 años, en países africanos apenas cinco. Y no hay casos en los que los procesos de institucionalización se hayan revertido o marginado. El crecimiento es una característica general, fuerte. Segundo, la *inconsistencia*, lo cual tampoco es ninguna sorpresa: en todas partes el campo es inconsistente e incluso hay inconsistencia en la inconsistencia. En tercer lugar, la necesidad de *internacionalización* —que se puede explicar en términos simples por los procesos de *globalización*— a partir de muy diferentes estructuras nacionales. Aunque tampoco es que se vaya a comenzar a internacionalizar porque, en algún sentido, el desarrollo del campo en todas partes ha sido influido por factores internacionales, sobre todo por la influencia estadounidense, importada de distintas maneras en casi todos los países.

Tenemos así tres *pistas de entrada*, que sirven para empezar a pensar cómo abordar analíticamente estos procesos.

Luego, desde el punto de vista de la historia de los estudios de la comunicación, Peter Simonson y John Durham Peters (2008) parten de afirmar que:

La historia internacional de los estudios de comunicación y medios es un proyecto para el futuro, que está por empezarse a hacer; no hay, prácticamente, puntos de partida sobre los cuales trabajar. Hasta ahora lo que hay son historias nacionales, y no todas muy desarrolladas.

En América Latina eso es claro: es bastante pobre el conjunto de recursos que hay, en términos de explicación de los casos nacionales, no digamos de lo internacional, a pesar de que hay toda una literatura que habla de la “investigación latinoamericana”, que es algo así como un marco general, pero de más difícil referencia mientras más tiempo pasa. Hablar de la “investigación latinoamericana” o de la “Escuela Latinoamericana” de investigación de la comunicación, creo que fue muy útil en los años ochenta, pero lo es cada vez menos. En síntesis, hay un problema: no hay historias, hay que comenzar a hacerlas. Lisa Mulikin Parcell (2008) por su parte, en el texto que analiza la historia del campo entre 1968 y 2008, dice:

Esta institucionalización, que a partir de los años ochenta se puede reconocer cada vez más claramente bajo el término “comunicación”, tiene sus implicaciones negativas, especialmente al perderse las conexiones múltiples que los estudios de comunicación mantienen, han mantenido siempre y tendrán que seguir manteniendo con las ciencias sociales.

Ahí hay otra *pista de salida* para intentar resolver esta relación, sobre todo metodológica, entre las historias de los estudios de comunicación y las de los campos académicos de las ciencias sociales.

## UN BUEN ANTECEDENTE DE “MAPEO” INTERNACIONAL DEL CAMPO

Hablo un poco de este proyecto finlandés, llamado *Mapping Media and Communication Research*, del que surge el texto de Juha Herkman (2008). Es un proyecto que cuenta con el financiamiento de una fundación más o menos filantrópica, la *Helsingin Sonomat Foundation*, que lo encargó primero, a partir de 2004, al Centro de Investigación de la Comunicación de la Universidad de Helsinki, y luego incorporó también a otras instituciones universitarias finlandesas. El proyecto está muy bien documentado en la Internet. En el sitio del proyecto (<http://www.valt.helsinki.fi/blogs/crc/en/mapping.htm>) están publicados completos los informes de investigación de cada uno de los países incluidos; curiosamente menos el de Finlandia, del que hay solo un *abstract*, probablemente por algún conflicto de intereses entre los investigadores y los financiadores, pero eso es especulación mía.

La selección de los casos para hacer este estudio, que tenía ya propósitos comparativos internacionales sobre el campo académico, estuvo muy marcado por los intereses de la fundación, en términos de cuáles son los países relevantes para el desarrollo de mercados para las industrias finlandesas —no solo Nokia— pues también hay otras fuertes empresas interesadas en el desarrollo de la comunicación y de su investigación en el mundo. Eligieron estudiar, por supuesto, Finlandia, Estonia, que es su vecino en la frontera con la ex Unión Soviética, y los grandes países como Alemania, Francia, Estados Unidos y Japón, además de Australia, que es un caso sumamente interesante.

Una vez cumplida la meta —en 2007 o 2008— de hacer los estudios nacionales, todos dirigidos por finlandeses, siguieron con otros casos: hay otros cuatro estudios publicados, dos de ellos hechos por el mis-

mo equipo de la Universidad de Helsinki y los otros dos por otra universidad, correspondientes a Corea del Sur, Gran Bretaña, Holanda y Bélgica. Tenemos así once países analizados, ninguno de los cuales nos queda cerca, pues el estudio sobre Estados Unidos es indispensable, desde cualquier mirada. Pero América Latina y África no existen en absoluto, lamentablemente, para la mirada de los finlandeses en este proyecto, que es casi único, hasta ahora; lo rescato porque me parece excelente, con sus límites. El diseño parte de cuatro preguntas de investigación: ¿qué tipos de investigación se realizan en cada país y quién la hace? ¿cómo se relacionan entre sí los diferentes acercamientos? ¿qué relación hay entre la investigación y las industrias mediáticas? y ¿en qué dirección futura se orienta la investigación? Los estudios se trabajaron mediante documentación secundaria, investigación documental y entrevistas de campo con agentes nacionales de todas las esferas, no solo académicos. El diseño parece muy claro y muy simple, pero a la hora de desarrollarlo metodológicamente se encontraron con problemas fundamentales, problemas básicos que resolvieron como pudieron, y que pusieron a discusión posterior; eso es lo que me parece más interesante y está resumido en el texto de Herkman (2008).

En primer lugar: *investigación* —sea académica o no—, *comunicación*, e incluso *medios*, no son categorías universales; en cada país quieren decir cosas diferentes: más restringidas, más amplias, acomodadas en un lugar o en otro. De qué estemos hablando, depende de sobre cuál caso estemos hablando. Segundo: los contextos académicos donde se hace la investigación y los contextos industriales donde también se hace la investigación, son totalmente diferentes; son específicos de cada país. No hay constantes muy claras; la pregunta sobre cómo se relacionan los medios con la academia es una pregunta muy difícil de responder en términos que vayan más allá de cada caso. Tercero: me sonó muy familiar que como trabajan con fuentes secundarias, entonces las estadísticas oficiales son fundamentales, pero no hay comparabilidad por la forma de llevar las estadísticas nacionales en los distintos países.



Hay más problemas, pero esos tres son sustanciales. Sin embargo, los investigadores los resuelven, siguen trabajando y presentan los informes de estos once países en términos que resultan un poco forzados porque la mirada es única, es una mirada finlandesa y no una mirada *internacional*. El esquema de la exposición es el de las cuatro preguntas en cada caso, y los informes van dando los resultados encontrados en cada país en estos mismos términos. Y hay algunas cuestiones que resultan comunes, pero en un nivel de generalidad tan abstracto, tan amplio, que es engañoso; lo que se puede decir como respuesta a las preguntas de investigación, necesita una gran cantidad de matices para ajustarse al caso, lo que pone en duda si realmente se está comparando un país con otro en términos que sean estrictamente comparables.

Hablando sobre los medios: sí, está claro que los procesos de digitalización de los *viejos* medios y los procesos de extensión rápida de los *nuevos* —la Internet y los medios móviles— son importantísimos en todos los países, y la descripción misma de esta reconfiguración de los *paisajes mediáticos* está muy centrada en los factores tecnológicos. Creo que en ese sentido es muy plausible el enfoque; sí, está sucediendo algo muy complejo y muy rápido en la configuración de los medios, en todas partes, pero hasta ahí. En todas partes se constatan también procesos de concentración empresarial y de transnacionalización oligopólica; tampoco es ninguna novedad. Lo interesante es la constatación nacional, vista desde una perspectiva internacional, de cómo están sucediendo, en estos once países, estos procesos de concentración empresarial: eso sucede en todas partes, y sucede también en la escala global. Son los mismos actores que van teniendo distintos avances en la competencia por los mercados globales, lo cual hace, también, mucho más difícil la detección de la pregunta por la academia, que no tiene ritmos tan rápidos como los ritmos empresariales. Y luego, por parte de los estados hay, generalmente, procesos muy claros de liberalización y regulación, pero no en todas partes; es muy claro cómo en los casos de Francia y de Japón los estados nacionales van contra la

corriente; están todavía tratando de mantener un control sobre estos procesos. Y en todos los demás, ya no.

En cuanto a la investigación, hay igualmente algunos hallazgos más o menos comunes: en todos los países hay investigación académica y no académica; es decir, se hace investigación de la comunicación en las universidades y centros académicos, y también en las industrias, el gobierno, o en organizaciones de la sociedad civil: investigación no académica. Nada más que la proporción y la relación entre los dos tipos de investigación es diversísima, y también dentro de cada país va cambiando, va fluctuando; son relaciones políticas las que van determinando si pesa más o menos el aporte de una o de otra, y depende también de los temas y de muchas otras cuestiones. Ahí hay otra maraña de variables muy difíciles de desentrañar.

El financiamiento para la investigación social y humanística es marginal — ¡qué novedad! — en todas partes. La “triple marginalidad” es una constante en muchos países. Especialmente en el campo de la comunicación es explicable, porque para los que tienen dinero para invertir, no solo los Estados, las preguntas más inquietantes están basadas en perspectivas económicas, en tecnología, y en asuntos políticos, en el sentido amplio, y sobre todo de política pública en el sentido más restringido. Hacer investigaciones humanísticas o culturales o sociales es poco prioritario, aunque sea de comunicación. Hay una deficiente definición disciplinaria del área en todas partes, pero se enfatiza el desastre institucional que son, para la investigación de la comunicación, el caso francés y el caso alemán; dos de los polos principales de desarrollo intelectual del campo, que no han logrado, hasta la fecha, resolver un modelo de institucionalización académica para los estudios de comunicación. La brecha entre la academia y la investigación industrial se mantiene, esa no tiende a decrecer. Hay recelos muy bien fundados —no solo subjetivos— entre un sector y el otro; hay algo más que competencia de los dos lados que da lugar a *esquizofrenias* compartidas en todas partes; es muy difícil colaborar entre investigación académica e investigación no académica, sea comercial o no, y ese es el

otro matiz. Se puede generalizar que hay tres enfoques predominantes en la investigación de la comunicación, pero los matices y los análisis están en la escala nacional. El problema es que no se pueden *trasnacionalizar* esas tendencias: hay investigación sobre cuestiones políticas y sociales, hay investigación sobre aspectos culturales, y también sobre dimensiones tecnológicas de la comunicación y los medios, en distintas proporciones, y con articulaciones muy diferentes en cada caso.

## DESAFÍOS PARA EL FUTURO DE LA INVESTIGACIÓN

Termina Herkman (2008) por definir cinco conclusiones, cinco tareas pendientes, cinco preguntas nuevas, a partir de estos estudios. Primero: hay que enfrentar el desafío del cambiante entorno mediático, que va a seguir cambiando; estos referentes de la mayor parte de la investigación de la comunicación, que son los medios y sus operaciones sociales, socioculturales, van a seguir cambiando, y los procesos de convergencia tecnológica, económica y cultural, van a seguir complejizándose. De eso no hay duda. Cómo investigar eso, es un desafío urgente, prioritario, número uno; si no, el polo investigación académica o no académica de la comunicación va a quedar en el vacío. Número uno, cómo enfrentar ese desafío.

Número dos: está bien planteada, sobre todo a partir de las entrevistas con los agentes, la tensión entre la orientación nacional y la orientación internacional de la investigación. Por un lado, los objetos están ya *trasnacionalizados*, los mercados mediáticos están abiertos a la competencia internacional desde hace buen tiempo, y las preguntas viejas sobre el “imperialismo cultural” de los medios de Estados Unidos ahí siguen, pero compartiendo la atención con muchas otras tendencias de exportación global de muchos otros países. Es muy difícil mantener el estudio de esas realidades o de esos fenómenos que desbordan, desde hace tiempo, las fronteras nacionales y, al mismo tiempo, seguir manteniendo la —se podría decir casi en caricatura— “soberanía nacional”, o la referencia central nacional; el compromiso

con el país en donde se trabaja, que tiene muchos aspectos, y el principal probablemente sea el lingüístico. Eso es notable en Europa: los franceses seguirán pensando estos problemas en francés, los alemanes los seguirán pensando en alemán, los británicos los seguirán pensando en inglés, resistiéndose a incorporar la literatura que viene de otros idiomas, pero eso cada vez se puede sostener menos.

La publicación de los resultados es una tensión cada vez más fuerte; los franceses y los alemanes y los italianos y los españoles y los portugueses y los griegos, etcétera, necesariamente tienen que aceptar publicar en inglés: no solo leer en inglés sino escribir en inglés. Los latinoamericanos estamos lejos todavía de poder aceptar eso y los mexicanos con más razón. Es una tensión fuertísima: si no se publica en inglés no se puede entrar a los circuitos “internacionales”, porque ahí nadie lee en otro idioma que no sea inglés, y quedar restringido a las fronteras culturales o lingüísticas propias es cada vez más costoso. La otra tensión importante es la de las políticas nacionales, que tienden a priorizar los proyectos de investigación de relevancia nacional, no los de relevancia internacional. Esa tensión múltiple, entre lo nacional y lo transnacional, es otro factor terriblemente complicado para la práctica y el desarrollo de la investigación, como para casi cualquier otra cosa, pero hay actividades que están claramente orientadas o hacia lo internacional o hacia lo nacional. La investigación de la comunicación está atrapada, en todas partes, en ese dilema.

Para los nórdicos —que son quienes están diciendo estas cosas— esa tensión ha sido muy bien manejada desde hace muchos años. En los países nórdicos —y en Japón y China, ahora— parece no haber ningún problema: se produce en inglés para entrar en las tendencias internacionales, para evitar la marginación a pesar de ser países muy pequeños, pero muy desarrollados —dicen que Finlandia es el mejor país del mundo para vivir— y al mismo tiempo, a partir de ahí, de trabajar en inglés, rescatan su trabajo en finlandés, en sueco, en noruego. He visto situaciones que son interesantes, por ejemplo al estar platicando una vez con Thomas Tufte —un investigador sueco— en una mezcla de

español y portugués, en *portuñol* diríamos, y entonces pasa un colega finlandés que le habla en un idioma que no es ni español ni portugués ni inglés ni sueco. Entre un sueco y un finlandés, educados y acostumbrados a ello, es perfectamente posible entenderse mutuamente sin dejar sus propios idiomas, como —con un poco de práctica— se puede hacer entre mexicanos y brasileños. Las escalas de población de los países nórdicos no son comparables con las de América Latina, pero el fenómeno es el mismo. El contraste que quiero subrayar, sin embargo, es cómo ellos han resuelto hasta donde se puede esa tensión de no renunciar a sus idiomas y a sus culturas sino compartirlos y abrirlos, y trabajar al mismo tiempo en inglés, o platicar con los latinoamericanos en *portuñol*, en una perspectiva trasnacional clarísima. Pero hay un problema fuerte ahí con las políticas nacionales.

Tercero: el reto de la calidad de la investigación. Hay que conseguir más dinero porque el que hay es insuficiente, y para eso hay que negociar en términos muy difíciles, en todas partes. Hay una tensión ahí muy difícil de resolver, por eso está entre los desafíos para el futuro, que es el alcance espacio-temporal de los proyectos. Los proyectos más financiados son los proyectos a corto plazo, y con resultados constatables rápidamente. Sea para la industria, sea para el gobierno, sea para las organizaciones no gubernamentales (ONG), se necesitan resultados casi inmediatos, de corto plazo, porque los procesos van a tal velocidad que hacer “historia cultural” de los procesos es muy poco atractivo para quienes financian, y la investigación académica de la comunicación tiene una tendencia hacia los proyectos de más largo plazo. Esa es otra tensión muy fuerte, bastante común. Y sigue estando vigente la necesidad de afirmar el “estatuto institucional” de la disciplina, que es el cuarto desafío señalado por Herkman. El problema principal está adentro del campo, no afuera; no es la culpa de los burócratas o la culpa de los sociólogos, es sobre todo la incapacidad de los investigadores de la comunicación para encontrar o construir acuerdos. Esa debilidad institucional es una amenaza para el pluralismo teórico-metodológico

que prevalece, lo cual tiene sus puntos positivos y negativos; hay que renunciar a eso, en alguna medida, para poder adquirir mayor legitimidad. Desafío fuerte, en todas partes.

Y por último, la parte realmente difícil de enfrentar: mejorar las relaciones entre la academia y la industria; esa es realmente la dificultad fundamental, en las otras se puede ir avanzando. Lo realmente difícil es qué ofrecerle a la industria, en qué términos, y viceversa: qué le puede ofrecer la industria a la academia que sea de beneficio mutuo, y que como esto está hecho desde una perspectiva académica, no ponga en riesgo el potencial crítico de la investigación académica.

Me salgo ahora de la referencia al proyecto finlandés, y recuerdo uno de los esquemas de la sesión anterior, el modelo para la historia de los estudios de comunicación que viene de Alemania (Löblich & Scheu, 2011) (véase figura 6.1), que no es todavía pero podría ser adoptable para estos estudios comparativos internacionales sobre el campo de la comunicación; aquí están los mismos factores, pero puestos en otros términos. Es decir, están ahí las preguntas, en este caso muy específicamente, sobre las tres perspectivas para la historia del campo académico de la comunicación, pero que se pueden extender también a los estudios de estructura: los estudios sobre agentes, los estudios sobre conceptos y los estudios sobre instituciones, en estas relaciones, como procesos de constitución de un campo disciplinario de estudios de la comunicación, relacionado y articulado con otras disciplinas, y esos a su vez, relacionados y articulados con los marcos políticos, económicos y mediáticos. Es, más o menos, lo mismo que hay en los estudios finlandeses, pero puesto en otros términos; se podría hacer el intento de conciliar ambos esquemas.

## APROPIACIÓN Y APROVECHAMIENTO DE OTRAS EXPERIENCIAS

En la figura 6.1 rescato otro esquema, proveniente del texto de Hallin y Mancini (2004), que hace la comparación entre el desarrollo y los

**FIGURA 6.1**

**La institucionalización de la investigación académica de la comunicación:  
descripción comparativa internacional**



	Pluralista Polarizado	Corporativista Democrático	Liberal
	"Mediterráneo"	"Norte / Centro europeo"	"Atlántico Norte"
Dimensiones para comparación	Francia, Grecia, Italia, Portugal, España	Austria, Bélgica, Dinamarca, Finlandia, Alemania, Holanda, Noruega, Suecia, Suiza	Gran Bretaña, Estados Unidos, Canadá, Irlanda
Desarrollo de prensa masiva	Bajo	Alto	Alto
Paralelismo político	Alto	Alto	Bajo
Profesionalización	Bajo	Alto	Alto
Intervención estatal	Alto	Alto	Bajo

**Tres modelos de relación Medios / Política (Hallin & Mancini, 2004).**

procesos institucionales de los medios en los sistemas de los 18 países que trabajaron ellos.

Hallin y Mancini partieron de un modelo de investigación que reconocía las dificultades de entrada para hacer una comparación entre sistemas de comunicación, y la selección de los casos también tuvo que ver con eso y con las facilidades relativas para tener documentación y acceso a información. Este es uno de los resultados sintéticos de ese libro. Es un libro que termina —como todo buen trabajo de investigación académica— con muchas más preguntas que con las que empezó, incluyendo el cuestionamiento de los cuatro factores elegidos de entrada para hacer la comparación. Hallin y Mancini se preguntaron, a propósito de los sistemas de medios en cada país, sobre el desarrollo de la prensa masiva, sobre el “paralelismo político”, sobre la profesionalización de los periodistas o de los agentes de los medios, y sobre la intervención estatal. Todo eso está operacionalizado

y desglosado maravillosamente en un capítulo completo, al principio de la obra —aquí nada más menciono las etiquetas.

El resultado del análisis es que hay tres modelos claramente diferentes de cómo se organiza el sistema de medios, pero que todo parece indicar que hay un proceso de confluencia de todos hacia el modelo *liberal*. El modelo *mediterráneo, pluralista-polarizado*, el que quizá podría ser más deseable visto desde América Latina, es el que va de salida, es el que ya en Francia, Grecia, Italia, Portugal, España está moviéndose cada vez más rápidamente hacia el modelo liberal estadounidense. El modelo intermedio, *corporativista democrático, norte y centro europeo*, es el que tiene la mayor cantidad de casos estudiados y también está desplazándose hacia el liberal, aunque es más *sólido* que el pluralista-polarizado. ¿Qué características tiene ese modelo? las que se pueden reconocer más fácilmente como tendencias en los medios en todo el mundo como factores de concentración, transnacionalización, comercialización, convergencias económicas, tecnológicas, políticas, etcétera. La diversidad hace 40 años o 50 años era mucho mayor que ahora. Entonces la siguiente pregunta es: ¿y los sistemas de medios en América Latina? Hipotéticamente tendrían que estar siguiendo también ese tipo de procesos, pero además de las preguntas pendientes —porque la investigación sobre esos sistemas es muy escasa—, habría que incorporarle las nuevas preguntas de Hallin y Mancini y de otros investigadores, ya que casi no hay investigación comparativa en la región latinoamericana tampoco. Veamos uno de los estudios que sí hay en América Latina, sobre las ciencias sociales, aunque no incluya a los sistemas de medios o a su estudio, representado en la figura 6.2.

El estudio coordinado por Hélió Trinidad (2007) sobre la institucionalización y la profesionalización de las ciencias sociales en Argentina, Brasil, Chile, México y Uruguay incluye casi solamente a la sociología y la ciencia política, pues la antropología es tratada apenas marginalmente. No obstante, es muy interesante porque es un estudio ya del siglo XXI, que trata de reconstruir las historias nacionales en una



perspectiva comparada. La hipótesis es que los procesos político-sociales de la región han constituido el objeto principal de las ciencias sociales y han moldeado su trabajo. Es decir, el trabajo de las ciencias sociales se ha desarrollado en ese contexto, que a su vez ha sido el objeto de estudio de esas ciencias sociales, cuya significación ellas han contribuido a definir y han influido en sus dinámicas y en parte en sus resultados. Me parece muy buen punto de partida, muy general, muy preciso. Para organizar eso, los autores proponen un esquema general de tres fases históricas en el siglo XX: primero una etapa de *fundación* de las ciencias sociales, luego una fase de *crisis*, de ruptura con las dictaduras militares, y finalmente una fase de *reconstrucción*.

Los estudios sobre Argentina, sobre Brasil, sobre Chile y sobre Uruguay se organizan muy claramente de esa manera, pero el estudio sobre México no puede hacerlo. Primera razón: el desarrollo de las ciencias sociales en México empezó mucho antes que el de estos otros cuatro países. Segundo: ¿dónde poner la crisis? la crisis de las ciencias sociales mexicanas se tiene que poner en todo el periodo y no es una crisis de ruptura por dictadura militar. José Luis Reyna, el autor del capítulo sobre México, le da la vuelta al esquema y escribe un texto muy interesante de desarrollo histórico centrado en las instituciones, que comienza en 1916 con la fundación del Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH) partiendo de que en México es imposible reconstruir la historia de las ciencias sociales sin atender a ese origen, aunque otros investigadores ubican el principio en los años treinta, cuando se funda la sociología en la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). Pero es claro que el esquema necesario para explicar la institucionalización de las ciencias sociales en México dificulta su homologación con otros países latinoamericanos. No me voy a meter demasiado en este asunto, pero sí me parece que este es otro ejemplo de la dificultad de establecer un esquema básico, de entrada, para organizar información y poder comparar procesos en un país y en otro; no sé cómo se podría pensar el caso colombiano, por ejemplo, o el costarricense, en el esquema del estudio coordinado por Trinidad. Ahí hay

**FIGURA 6.2**

**La institucionalización de la investigación académica de la comunicación:  
descripción comparativa internacional**

Trinidad et.al. (2007): Institucionalización y profesionalización de las ciencias sociales  
en Argentina, Brasil, Chile, México y Uruguay  
Antropología – Sociología – Ciencia política

3 periodos:	Argentina	Brasil	Chile	México	Uruguay
Fase fundacional	1955-1966	1934-1964	1950-1973	1916-	1958-1973
Ruptura crisis	1966-1983	1965-1983	1973-1989		1973-1984
Resurgimiento	1983-2003	1984-2003	1990-2003	-2005	1984-2004

Hipótesis: Los procesos políticos-sociales de la región han constituido el objeto principal de las ciencias sociales y han moldeado su trabajo. A su vez, ellas han contribuido a definir su significación y han influido en sus dinámicas y, en parte, en sus resultados (Trinidad et. al, 2007, p.44)

**Fases de la institucionalización y profesionalización de las ciencias sociales en América Latina (Trinidad, 2007).**

otro insumo para la gran cantidad de desafíos metodológicos —todos son metodológicos— para emprender una tarea así: construir esquemas para estudios comparativos.

## PARA UNA CRONOLOGÍA COMPARATIVA DE LA INSTITUCIONALIZACIÓN

Con la información que hay en los dos capítulos de historia del campo de la investigación en la *Enciclopedia Internacional de Comunicación* (Simonson & Peters, 2008; Parcell, 2008), traté de construir un esquema cronológico muy básico, y hay algunos buenos datos que pueden surgir de ahí, según puede verse en las figuras 6.3 y 6.4. Por un lado, sobre la fundación de estos estudios, en Estados Unidos muchos años antes que en el resto del mundo: la primera escuela de periodismo en Estados Unidos se abrió en 1908 y la primera en América Latina en 1935. En la tercera columna del esquema construido pueden verse los insumos que importó Estados Unidos de Europa para esa fundación y

**FIGURA 6.3**

**La institucionalización de la investigación académica de la comunicación:  
descripción comparativa internacional**

Simonson & Peters (2008): Institucionalización desde la prehistoria (1870) hasta 1968

	Norteamérica	América Latina	Europa	Asia y Oceanía	África
1870 -1913	1908 Escuelas de periodismo (EU)  1912 Asociaciones profesionales (EU)		Economía política de la prensa (ALE-FRA) Estudios de cine (ITA-ALE)		
1914-1918 Primera guerra mundial					
1920	Inv. Histórica del periodismo Inv. <i>Speech</i> (EU)		Inv. Publicística (ALE) Esc. de Periodismo (FIN) Crítica literaria (GB)	Inv. <i>Agitprop</i> (RUS) Esc. de Periodismo (CHI-JAP)	
1930	Inv. Admin. (EU)	1935 Esc. de Periodismo (BRA-ARG)	Fráncfort Inst. (ALE)		1939 Instituto (EGIP)
1940	1939-1945 Segunda guerra mundial				UNESCO
1950	1948 Institutos (EU) Inv. Medios (CAN) 1950 NSSC - ICA (EU)	1942 Esc. de Periodismo (CUB) 1943 Esc. de Periodismo (MEX) 1945 Esc. de Periodismo (PER-ECU) 1945 Esc. de Periodismo (VEN)	1947 Cátedra Per. (FIN) 1948 Instituto (HOL) 1947 Demoscopia (ALE) 1947 Información (FRA)	1947 Instituto OP (USR) 1949 Instituto (JAP) 1954 Esc. de Periodismo (COR)	
		1959 CIESPAL (ECU)	1957 IAMCR / AIERI 1960 CECMAS (FRA) 1964 Birmingham (GB)	1965 Instituto (IND) 1965 Esc. de Periodismo (H. Kong) 60s Esc. de Periodismo (AUS)	1965 Instituto (ISR)
1960					

**Cronología internacional comparada de la institucionalización (1870-1968) (Simonson & Peters, 2008).**

muchas otras, porque no sería pensable la fundación de las primeras escuelas de periodismo, o de las ciencias sociales, o de la universidad estadounidense de investigación, sin los insumos alemanes y franceses y británicos del siglo XIX. Los estudios modernos de la comunicación más antiguos están en la economía política de la prensa, desarrollada de un modo en Alemania y de otro modo en Francia, y los estudios de cine, desarrollados de un modo en Italia y de otro modo en Alemania, a partir del siglo XIX.

Pero hay otras fundaciones. De la Ciencia del Periodismo alemana, *Zeitungswissenschaft*, que viene del siglo XIX, es de donde salen los antecedentes para las escuelas de periodismo —aunque se hicieran en Estados Unidos— y luego, entre las dos guerras, la *Publicística* también en Alemania, representa otra de las fundaciones cortadas por el contexto más amplio y después recuperadas, aunque ya no con las características originales, para no hablar otra vez de la “Escuela de Fráncfort”. Por otra parte, antes de 1935 en América Latina realmente no hay nada que tenga que ver con el estudio de la comunicación; los inicios son relativamente tardíos y, además, muy débiles. Las *fundaciones* brasileña y argentina en los años treinta son adelantos de lo que en realidad se empezó a trabajar en los años cincuenta y sesenta de una manera considerable. Y en el plano “regional latinoamericano” la historia del campo académico de la comunicación en América Latina comienza a partir de la fundación del Centro Internacional de Estudios Superiores de Comunicación para América Latina (CIESPAL) en 1959; ahí se empezó a pensar el periodismo y la comunicación en términos latinoamericanos, desarrollando un proyecto que venía de la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (Unesco) y que trajo las novedades —ya muy desarrolladas— que había en Europa y en Estados Unidos, para diseminarlas por toda América Latina. Ahí empezó el proceso fuerte de institucionalización del campo en la región latinoamericana, aunque haya procesos de escala nacional anteriores.

Otra cuestión es que en África apenas está comenzando la historia. Cuando se ve en el esquema la columna que se llama “Europa”, hay muchísimas diferencias y matices detectadas y documentadas, al igual que en la columna de “América Latina”, o en la de “Asia y Oceanía”, en la que caben desde China hasta Australia. Pero “África” parece ser solo dos polos: el polo árabe, sobre todo Egipto, y el polo sudafricano. Pero al mismo tiempo, en la parte más reciente de la cronología reconstructiva, las columnas deben empezar a *borrarse*, y a sustituirse por caracterizaciones *globales*, ya ni siquiera regionales en este sentido

**FIGURA 6.4**

**La institucionalización de la investigación académica de la comunicación:  
descripción comparativa internacional**

	Norteamérica	América Latina	Europa	Asia y Oceanía	África
1970	"Comunicación"	1978 ALAIC 1981 FELAFACS	Establecimiento de programas de enseñanza	Establecimiento de programas (COR)	Establecimiento de programas (Región árabe)
1980	Predominio e integración de la sociología crítica y la metodología cualitativa: Institucionalización internacional con fuerte influencia del modelo estadounidense				
	1983: <i>Fement in the Field</i> (búsqueda de unidad en la diversidad disciplinaria)				
	Internacionalización	Crecimiento sin desarrollo crítico	Diversidad - UE 1989 Muro de Berlín	Establecimiento de programas (CHI) Establecimiento de programas de investigación (RUS)	Impulso de programas (ACCE)
1990					
	1993: <i>The future of the field</i> (no hay consenso: tendencia a la fragmentación)				
2000	Reconocimiento 2005 Disciplina académica NSF (EU)			"Occidentalización" "Poscolonización"	
	2006: 955 bachelors 132 PhD (EU) 51 bachelors (CAN)	2500 programas CONFIBERCOM	2005 ECREA	60 Universid. (COR) 200 Universid. (IND) 2003 Inst (Sri Lanka) 30 Universid. (AUS)	70 universidades árabes 18 en Israel Solo Sudáfrica
	2008: <i>International Encyclopedia of Communication</i> (interdisciplinariedad, aplicabilidad)				

**Cronología internacional comparada de la institucionalización (1970-2000) (Parcell, 2008).**

amplísimo. Ahí se me rompió el esquema en el que estaba tratando de acomodar datos, porque dejé de encontrar datos en mis fuentes; o cambió el carácter de los datos, y empezó a haber juicios en su lugar. Saco de ahí tres asuntos que subrayar.

Uno: en lugar de los hitos que dividen las épocas de la primera y de la segunda guerra mundial, acá pongo los debates estadounidenses: el publicado en 1983 en *Fement in the Field*, y el de 1993 en *The Future of the Field*, números especiales del *Journal of Communication*, la revista de la *International Communication Association* (ICA), hasta entonces

muy poco “internacional”. Esos debates estuvieron fundamentalmente centrados en la institucionalización del campo académico, pero con la particularidad de que —pues sí— en el contexto de Estados Unidos es donde se empezó a pensar la internacionalización, y la *Enciclopedia Internacional de la Comunicación* de 2008, aunque esté coordinada por un alemán, es también un producto del proceso de institucionalización estadounidense. Parece no haber otro polo, ni ahora ni nunca antes, que permita pensar la institucionalización internacional del campo académico de la comunicación, que no sea el proceso de los Estados Unidos, que ha sido un proceso, al mismo tiempo nacional e internacional desde siempre.

Digo que la institucionalización estadounidense del campo ha sido nacional e internacional desde siempre porque siempre ha estado abierto a importar, sobre todo de Europa, no solo las ideas sino también a los autores y, muy tempranamente, sobre todo después de la segunda guerra mundial, a exportar al mundo entero el resultado, y a concebir como escenario de investigación de la comunicación al mundo entero, aunque con diferencias, siguiendo las acepciones de *internacionalización* que han estado siempre presentes en la academia estadounidense. Lo que hay que reconocer en ese esquema es cómo esta academia ha sido capaz de incorporar, cada vez más —pero desde siempre en realidad— los aportes originados en otros lados. Es muy interesante verificar cómo está incorporada la producción originada en Alemania, en Francia, en Europa en general, y luego también la producción latinoamericana, la producción asiática, y estará por manifestarse la producción africana, en la academia estadounidense. No son solo las ideas o los modelos, que son reprocesados para ser parte del “*American Way of Scholarship*” sino también los sujetos; una buena parte de las fundaciones de instituciones en el resto del mundo están apoyadas en distintas versiones y distintas cuestiones —a veces en dinero, a veces en proyectos disidentes, a veces en imperialismo bruto, etcétera— en fuentes estadounidenses. Aunque en los últimos años ya no tan claramente estadounidenses solamente sino combinadas con británicas,

europas, etcétera. Creo que ahí hay una pista interesante —que es casi un límite metodológico— de esta serie de preguntas: la dificultad de entender el proceso internacional sin partir de Estados Unidos. Es un asunto que quiero subrayar.

Otra cosa que quiero subrayar es algo que me causó una sorpresa enorme, y que tengo que revisar mejor: apenas en 2005 los estudios de comunicación fueron reconocidos oficialmente por el *National Science Council*, la agencia del gobierno federal estadounidense que los reconoce como una disciplina autónoma, con estatuto propio. Apenas en 2005 se puede hablar, oficialmente, de la existencia de un campo disciplinario de estudios de la comunicación en Estados Unidos. En Francia o en Alemania o en otros lugares del mundo, eso todavía no se consigue; se han alcanzado reconocimientos oficiales menores, pero no la legitimación principal de que dentro del sistema académico-científico nacional, haya un sector dedicado al estudio específico de la comunicación. En Estados Unidos ya lo hay, a partir solo de 2005. En Brasil consiguieron antes ese estatuto; aunque ahí hay una ambivalencia porque la categoría que está consagrada es “Ciencias Sociales Aplicadas I”, que contiene Ciencias de la Comunicación y Ciencias de la Información, es decir, Biblioteconomía y áreas similares, que está a su vez en el proceso de *independizarse* de Comunicación.

Un último aspecto que quiero subrayar aquí: se puede calcular que en América Latina hay unos 2,500 programas académicos de comunicación como mínimo; es un cálculo aventurado porque o no hay estadísticas o las que hay son poco confiables y agregables. Y ya está operando la Confederación Iberoamericana de Asociaciones Científicas y Académicas de Comunicación (CONFIBERCOM), un proyecto retóricamente fundado en un acuerdo que se llama la Carta de Guadalajara, firmada por los presidentes de casi todas esas asociaciones iberoamericanas en un encuentro que hubo aquí en 2007. El número de programas, en proceso de próximo recuento, es el tercer aspecto que quería señalar. Se puede saber muy poco sobre cómo son esos progra-

mas, pero hay algunos acercamientos que permitirán quizá avanzar en eso en el futuro próximo.

Termino con la mención de dos actividades que siguen, muy cercanas en el tiempo y en las que estoy involucrado. Uno es el *Primer Congreso Mundial de la Comunicación Iberoamericana*, convocado por la CONFIBERCOM. Nótese la formulación: congreso “mundial” de la comunicación “iberoamericana”. No es latinoamericano, no es iberoamericano: es mundial, pero de la investigación académica de la comunicación que se hace en español y en portugués. Esto va a suceder en São Paulo a principios de agosto de este 2011, y estoy involucrado en lo que será el *Primer Fórum Iberoamericano de Pos-Graduación en Comunicación*, que va a durar un solo día y en el que habrá un informe de cómo está el posgrado y sus contextos en Brasil, otro sobre España, otro sobre Portugal, otro sobre México, Centroamérica y El Caribe — soy responsable de este informe con el apoyo de Óscar Bustamante— y otro más sobre el resto de Sudamérica. Está repartida la tarea desde hace meses, un esquema para recabar información, y vamos a presentar informes, esperando que haya algunos elementos viables de comparación o de agregación. En la figura 6.5 recupero cómo va el recuento de posgrados en comunicación en esta región compuesta por México, Centroamérica y El Caribe.

En México hasta ahora van detectados 77 programas de maestría, de los cuales solo siete están reconocidos por el Padrón Nacional de Posgrado (PNP) y dos programas de doctorado en comunicación, ninguno de los cuales está reconocido por el PNP, pero hay otros seis en donde —como en el Doctorado en Estudios Científicos Sociales, del Instituto Tecnológico de Estudios Superiores de Occidente (ITESO)— se hace trabajo de formación de investigadores en comunicación dentro de un área más amplia, ciencias sociales, políticas o educación. Así es que hay un total de 85 programas de posgrado en comunicación en México, con estos matices de recuento. En Brasil, para comparar, hay 35 programas de maestría acreditados en el equivalente del PNP, que es la Coordinación de Perfeccionamiento del Personal de Nivel Superior



**FIGURA 6.5**

La institucionalización de la investigación académica de la comunicación:  
descripción comparativa internacional

Posgrados 2011	Maestría	Doctorado	Total
México	77 (7 PNP)	(2) 8 (6 PNP)	(79) 85 (13 PNP)
Guatemala	5	1	6
Costa Rica	4	0	4
El Salvador	1	0	1
Honduras	1	1	2
Panamá	8	0	8
Puerto Rico	7	0	7
R. Dominicana	3	0	3
Cuba	1	1	2
Región "Norte" A.L.	107	11	118
(Brasil)	(35 capes)	(13 capes)	(48 capes)

**Programas de posgrado en comunicación en el norte de América Latina (Confibercom, 2011).**

(CAPES), y ni siquiera cuentan cuántos hay fuera de ese esquema, y trece de doctorado. Todos los programas de doctorado tienen además un programa de maestría, y hay programas de maestría donde no hay doctorado, por eso la diferencia. Son programas independientes, sometidos a acreditación muy rigurosa. Ahí hay 48 posgrados en comunicación, en comparación con los trece mexicanos.

En otros países, independientemente de la acreditación —la acreditación es un rasgo posterior— va habiendo datos: en Guatemala hay cinco maestrías y un doctorado, en Costa Rica cuatro maestrías, en El Salvador una maestría, en Honduras una maestría y un doctorado, en Panamá ocho maestrías, en Puerto Rico siete maestrías, en República Dominicana tres maestrías, y en Cuba una maestría y un doctorado. Nada en Nicaragua. Me falta todavía la información sobre Sudaméri-

ca, que está levantando otro equipo, y la de España y Portugal, que se sumarán en el Foro de São Paulo, donde veremos qué hacer con este recuento, que a pesar de limitarse a la sistematización de datos elementales, ha sido difícilísimo de hacer.

Otro proyecto, también de próxima referencia local: ya está firmado el “Convenio Interinstitucional Internacional para el Doctorado Internacional en Comunicación” por los rectores de la Universidad Autónoma de Barcelona, la Pontificia Universidad Javeriana de Bogotá, la Universidad de Lima, la Ibero del Distrito Federal (DF) y el ITESO, instituciones entre las que hay nexos establecidos previamente en el área de comunicación, desde los años ochenta, sobre todo alrededor de la Federación Latinoamericana de Facultades de Comunicación Social (FELAFACS). El proyecto incluye dos opciones de participación. Una, que es la que tomaron las otras cuatro instituciones, es abrir un programa nuevo de doctorado en comunicación; otra, la que tomó el ITESO, es participar desde un programa que ya está funcionando, el Doctorado en Estudio Científico Sociales, específicamente el área de Comunicación Cultura y Sociedad, y sus soportes en el Departamento de Estudios Socioculturales. La idea académica está basada en reforzar, en términos *martínbarberianos*, “la centralidad estratégica de la comunicación”. No una centralidad factual sino estratégica; es decir, adoptar una perspectiva que ponga en el centro a la comunicación, articulada estratégicamente con la cultura y con la política: ese es el concepto, adoptado por todos como plataforma común. El proyecto está planteado —aunque todavía es solamente discurso sobre papel— para desarrollar seis ejes temáticos, formulados como horizontes de pensamiento e investigación: Comunicación y cultura política; Identidades, diversidad e interculturalidad; Mediaciones tecnológicas de la comunicación; Comunicación, economía y transformaciones sociales; Espacio urbano e interacciones socioculturales; y Sistemas de Medios en Europa y América Latina.

Para la cara institucional que tiene un proyecto así, cada institución participante tiene que elegir cuál o cuáles de esos seis ejes son

los que priorizará. Es muy difícil hacer eso. Están formulados —bastante bien formulados y muy bien articulados unos con otros, me parece— en un documento colectivo que será la base, cuando se abran los otros programas parte de este convenio, para concretar esos seis “ejes temáticos” en proyectos y, eventualmente, líneas compartidas de investigación. Esta es una perspectiva de desarrollo interinstitucional internacional muy concreta, que creo que tiene mucho por verse como condición previa, porque las dificultades para hacer un “doctorado internacional en comunicación” son enormes. Hasta ahora, lo único que está funcionando es el programa del ITESO, porque ya estaba desde antes y estaba pensado en términos que pueden ser confluyentes, pero que son otros. A diferencia de la CONFIBERCOM, y en una proyección mínima a diez años, la apuesta aquí es crear una estructura directamente interinstitucional, de los lugares de producción a los lugares de producción. Es otra estrategia, otro tipo de proyecto que vamos a ver cómo resulta.

Como pudo verse, el planteamiento de esta sesión es un *estado de la cuestión*; es un conjunto de referencias y de elementos reunidos para saber cómo se puede abordar, en términos muy generales, este objeto de investigación que es la institucionalización de la investigación académica de la comunicación en términos comparativos internacionales. Como dijo Simonson (2008), la historia de esto está por escribirse. Finalmente, las próximas dos sesiones serán para tratar de recuperar elementos de lo planteado en estas seis primeras, con dos ingredientes principales: uno, clarificar algunas de las cuestiones más armadas, en distintos términos, con respecto a la *centralidad* o la *marginalidad* de la comunicación; y dos, tratar de hacer, desde ahí, una lectura de los seis textos básicos que, aparentemente, ya se me olvidaron; pero no es así. En las dos siguientes sesiones haré el intento de hacer una lectura de esos aportes desde este marco. Tenemos ahora todavía un rato para conversar sobre algo que a ustedes les interese.

## CONVERSACIÓN CON LOS PARTICIPANTES

**Esteban Contreras, egresado de la Maestría en Comunicación del ITESO:** Quería preguntarte si puedes ampliar un poco más esta visión del doctorado, de este programa de inter-doctorados, y pensado creo desde la visión del ITESO, del doctorado en Estudios Científico-Sociales; había escuchado que también se estaba intentando establecer vínculos con otros doctorados de la región —como el Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social Occidente (CIESAS), como el Colegio de Jalisco (COLJAL), como la Universidad de Guadalajara—, y me quedó también la duda de si ese doctorado en la Universidad Iberoamericana de la Ciudad de México va a ser de comunicación, propiamente. Para allá va la pregunta.

**Raúl Fuentes Navarro (RFN):** Una parte de las razones por las cuales propuse esta cátedra con ese título, “La comunicación desde una perspectiva sociocultural: centralidad vs. marginalidad”, es porque las reflexiones, discusiones, elucubraciones de muchos años a propósito de eso, tienen también referencias muy concretas con el trabajo que hago todos los días, no como una cuestión individual sino como parte de un colectivo. Eso de la *perspectiva sociocultural* es una tarea colectiva, que va lenta pero segura; es decir, es mía en tanto es de un grupo de referencia. A propósito de la participación en este proyecto de doctorado internacional en comunicación, y a propósito de la participación en la reunión de posgrados en comunicación en América Latina de la CONFIBERCOM, son tareas muy concretas de plazo fijo, que implican participar en discusiones con otros, desde alguna posición lo más clara que se pueda, para que tenga sentido práctico; es, digamos el plano práctico y político de la academia. Desde ese contexto muy inmediato —de esos compromisos, o de esas tareas— me interesó focalizar más el trabajo en la cátedra. Me encuentro, especialmente con respecto al proyecto de doctorado, en una especie de disyuntiva para la cual

todavía no tengo salida: ¿qué es mejor, qué conviene más, qué tiene más futuro, qué tiene menos inconveniencias, fortalecer la idea de un doctorado en comunicación o fortalecer la idea de la formación de investigadores en comunicación en un doctorado en ciencias sociales? Así de clara tengo esa disyuntiva.

¿Y por qué estamos haciendo lo segundo, en la práctica en el ITESO? Porque no había alternativa, así de simple. Cuando se empezaron a reunir los recursos y orientarlos hacia un doctorado, no había posibilidad de hacer uno que no fuera como el Doctorado en Estudios Científico-Sociales. Es decir, había que hacer una conjunción de recursos académicos, especialmente de equipos de investigadores, agrupados por una idea de interdisciplinariedad en ciencias sociales, porque ninguno de los ingredientes daba para sostener un buen programa de doctorado por sí mismo. Ahí cuento la anécdota: el primer intento de crear este doctorado fue exitoso porque fue aprobado y registrado ante la Secretaría de Educación Pública. Se llamó Doctorado en Estudios Socioculturales y tenía los mismos componentes que tiene el Doctorado en Estudios Científico-Sociales (DECS); pero los profesores del Departamento de Estudios Socioculturales ganamos el término de denominación del programa interdepartamental sin acabar de convencer a los otros colegas, que no tuvieron una propuesta mejor. Ese programa se diseñó, se aprobó, se registró ante la Secretaría de Educación Pública (SEP), pero no se abrió; y no se abrió porque en el equipo gestor nos dimos cuenta de que la meta no era conseguir la aprobación y el registro, que la meta era poder tener una base que realmente pudiera funcionar con el proyecto académico. Entonces, le dijimos a las autoridades que mientras no se resolviera una lista de condiciones, no lo abríamos porque no queríamos trabajar en un proyecto de calidad dudosa. Y ahí quedó.

Un par de años después, en un segundo intento, se consiguieron los recursos necesarios para abrirlo, pero ya no se llamó el Doctorado en Estudios Socioculturales, se llamó el Doctorado Interdisciplinario en Estudios Científico-Sociales, y luego le tuvimos que quitar lo “Interdisciplinario” del nombre porque sería ridículo otorgar títulos de

“Doctor Interdisciplinario en Estudios Científico– Sociales”, pues en la legislación educativa mexicana el nombre del título es el nombre del programa. Todo lo demás se conservó: es decir, un área de dinámica socioeconómica, no de economía; un área de política y sociedad, no de ciencia política; y un área de comunicación, cultura y sociedad, es decir, comunicación desde una perspectiva sociocultural. Ahí sigue así el programa, desde 2002 cuando se abrió, muy bien. Esta es, por cierto, una historia totalmente distinta de la de la Maestría en Comunicación de la Ciencia y la Cultura, que tiene también un enfoque interdisciplinario desde una perspectiva sociocultural, pero no tiene otras áreas de investigación y de formación.

Vuelvo al dilema del doctorado: una vez comprometidos como equipo a operar y realizar un proyecto así —que para este contexto es un proyecto extremadamente ambicioso, muy demandante, muy desafiante, muy difícil de realizar— entonces, necesariamente, al comprometernos a hacer eso y darnos cuenta de lo difícil que es, queda implícitamente desechada la otra posibilidad: “al hacer este, ya no vamos a hacer un doctorado en comunicación, ni un doctorado en comunicación de la ciencia y la cultura, o algo así, o con cualquier otra definición, porque los recursos están comprometidos en esta línea y no en cualquier otra”. Dice mi colega Carlos Luna que “toda opción implica una renuncia”, pues sí, y la renuncia en este caso fue a hacer un doctorado en comunicación.

Pero esa opción no la tomamos inadvertidamente; en ese mismo tiempo, en el paso de un siglo a otro, ya la UNAM había tomado la decisión —contextualmente diferente por completo, pero coincidente— de no abrir un doctorado en comunicación o en cualquier otra de las especialidades sino al contrario. Los doctorados que había en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales —que eran en todas las disciplinas menos en comunicación— se cerraron y se hizo un Doctorado en Ciencias Políticas y Sociales donde están todos, incluyendo ciencias de la comunicación. Y la misma decisión, en contextos diferentes, tomaron la Universidad Autónoma Metropolitana (UAM)

y la Universidad de Guadalajara; todas universidades públicas bien dotadas de recursos, antes que el ITESO. Eso fue parte determinante del contexto que tomamos muy en cuenta: si instituciones mucho más grandes y mucho más fuertes, y sobre todo, instituciones públicas, con procesos de formulación y de negociación interna muy diferentes, optan por incorporar los procesos de formación de investigadores de la comunicación —explícitamente— dentro de un programa de ciencias sociales, con menos recursos y trayectoria académicos, al ITESO le puede convenir la misma opción.

Ahora, en el contexto de la CONFIBERCOM, se me ocurrió preguntarles a algunos colegas muy cercanos, de mucha confianza, que trabajan en la Universidad de Guadalajara, en la UNAM, en la UAM y en el Tec cómo evaluaban, ahora, esa decisión institucional de hace diez años o más con respecto a un doctorado en comunicación *versus* un doctorado en ciencias sociales que incluye comunicación. Les pedí una reflexión sobre eso y me respondieron, no lo que yo quería sino otras cosas, por ejemplo circunstancias coyunturales —que yo no conocía— de esa decisión, y de otros aspectos de la difícil relación de los investigadores de la comunicación con los de otras ciencias sociales. No, no me dieron elementos como los que yo imaginaba, de una reflexión armada en los términos de mi disyuntiva y sigo entonces con ella. Pero desde un cierto ángulo, tal disyuntiva es solo aparente o formal, porque en los hechos está clara la opción tomada, y esa es la única posible: no hay alternativas. ¿Cuál es la única condición del ITESO para participar en el proyecto del doctorado internacional? Que los otros cuatro equipos nos acepten como participantes no en la opción que están adoptando sino en la nuestra. Lo aceptaron. Entonces, con mucho gusto participamos utilizando el esquema que ya tenemos operando: no solo trabajar comunicación en un contexto más amplio, en ciencias sociales, sino además abierto a otros.

Sí, hay un intercambio académico formalizado interinstitucionalmente mediante convenios vigentes con el Doctorado en Ciencias Sociales de la Universidad de Guadalajara, con el Doctorado en Ciencias

Sociales del CIESAS Occidente y con el Doctorado en Ciencias Sociales de El Colegio de Jalisco, y están en proceso otros, ya no en la Zona Metropolitana de Guadalajara —porque nada más son esos cuatro programas los que están en el PNP— sino también en otros lados. Por otra parte, el proyecto de Doctorado Internacional en Comunicación es el primer convenio que trabajamos desde el DECS, que es solo para un área y no para todo el programa. Eventualmente habrá otros convenios así, de nuestra área y de las otras dos.

Pero independientemente de los concretos, la disyuntiva es cada vez más difícil de sostener. Viendo experiencias ajenas, hay dos casos de doctorados en comunicación *abortados* en México. Y vaya que es difícil aquí que haya programas que se tuvieran que cerrar. Hay otro doctorado en comunicación, nuevo, que está vivo y creo que tendrá condiciones para seguir vivo: el doctorado en Comunicación Aplicada de la Universidad Anáhuac. Y hay intenciones de abrir otros, pero todavía no están; a ver cómo les va, en todo caso. Esta situación es curiosa porque no es una que tenga muchos rasgos en común. Se podría pensar que es el “modelo o la estrategia mexicana”, pero no es así, porque las circunstancias de cada caso han sido muy diferentes; el resultado es el mismo, pero no responde a las mismas causas. La pregunta sigue abierta entonces y puesta en términos positivos es ¿qué se necesita para justificar una inversión de recursos en un doctorado de comunicación, que valga la pena académicamente? y no conozco respuesta suficiente.

En el contexto del convenio internacional en el que estamos comprometidos, hay varios tipos de casos. ¿Qué es lo que va a pasar con este convenio? Como todos serán programas nuevos cuando los abran, menos el del ITESO, esos cuatro programas van a tener que consolidarse en su circunstancia cada uno a su modo, y los contextos son muy distintos; la parte de colaboración conveniada y comprometida va a compensar un poco la divergencia, pero van a ser trayectorias divergentes. Esto es un juicio que yo tenía desde el principio y que me hizo negociar para mantener —de entrada— nuestra divergencia;



no podíamos pensar en algo que no existe, y que se imagina uniforme, cuando eso no parece que sea ni posible ni deseable. Va a ser un proceso todavía más interesante, a la hora que empiecen a operarse estos programas el año próximo —espero que el año próximo, porque si no pasa demasiado tiempo. A la hora de las acciones de intercambio, de la concreción de los proyectos, van a empezar a prevalecer, más allá de la voluntad de convergencia, las necesidades de divergencia; lo cual me parece perfectamente normal. Es más complicado resolver en abstracto si conviene abrir un doctorado en comunicación o un doctorado en ciencias sociales con comunicación adentro. Ahí está el ejemplo de Brasil, el ejemplo de España, no digamos Estados Unidos. Más o menos cercanos, el caso español y el caso brasileño, que en los últimos 20 años consolidaron institucionalmente, en términos nacionales y de una manera bastante fuerte, una oferta amplia de doctorados en comunicación, operando desde hace buen tiempo con toda solidez. Lo cual no resuelve la disyuntiva, porque hay que ver qué características tiene la producción en un esquema y en el otro. Pero esa producción no depende solo del esquema, depende de todos los contextos; es algo bien interesante. Y una disyuntiva imposible de resolver en términos abstractos, en términos teóricos, pero sí muy clara y muy concreta en términos prácticos, que es donde uno se mueve. Para nuevos estudiantes del DECS, creo que vamos a poder enriquecer la oferta ya no solo con los ingredientes del entorno donde se pueden mover y ampliar el horizonte en otros doctorados en ciencias sociales sino también con otros doctorados en comunicación.

**Janneth Trejo, estudiante doctoral de El Colegio de México, en estancia de investigación en el ITESO:** Yo creo que más que una pregunta, también es un poco una preocupación mía, y me gustaría que nos ayudes a reflexionar sobre esto. La semana pasada, en la ciudad de México, se dio un Encuentro Nacional por la Calidad y Probidad de los Medios de Comunicación. Asistí y corroboré de una manera consciente —esta vez— que la gente que hace este tipo de encuentros, que son inves-

tigadores, básicamente de la UNAM, de la UAM, allá en la Ciudad de México, son los mismos de siempre. Me parece tan endogámico, y mi preocupación es en torno a esa dinámica endogámica o autorreferencial ¿no produce algún tipo de disonancia ante la necesidad de una institucionalización de la investigación en comunicación? y ¿qué tanto afecta —para esta institucionalización— no estar en diálogo permanente, no solo con otras personas que también hacen investigación en comunicación y que pueden tener posturas diferentes —porque era evidente que ahí había una postura política—, pero incluso no solo a otras personas que puedan no compartir esa postura política sino con otros académicos de otras áreas de las ciencias sociales, que puedan ayudarnos —tal vez— a girar la mirada hacia la misma problemática pero desde otro punto de vista? No sé, mi preocupación es esa, y mi invitación es que nos ayudes a reflexionar sobre eso.

**RFN:** Sé que esta convocatoria de la Asociación Mexicana de Derecho a la Información (AMEDI) fue especialmente exitosa; todas las noticas que he tenido de distintas personas es que “estuvo muy bien”. Tiene esas características, sí, esas características que llevan 30 años de vigencia y van a tener que seguir otros 30, cuando menos. La cuestión endogámica, la cuestión de “siempre los mismos” es un dato central. ¿Por qué siempre los mismos? Primero, por características individuales de terquedad, de compromiso con una causa, lo que me parece admirable. Segundo, porque siguen moviéndose en la misma conjugación de factores institucionales y en los mismos horizontes, que siguen dándole sentido a eso. No es nada más por tercetos; tercetos somos todos, pero no canalizamos nuestra terquedad a lo mismo; ahí hay una constancia de factores de cultura institucional, o de horizontes, de proyecto institucional, que son muy interesantes. Un objeto de reflexión: estos entornos institucionales académicos en México están estancados desde hace 30 años, en todos los términos, incluyendo los ideológicos. No se mueven, es la inercia de las instituciones. También de la semana pasada, una polémica que me llegó por correo electrónico —y también

por otros medios—, es esta polémica con respecto a la situación de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México; declaraciones fuertes y rarísimas de la rectora, y luego la reacción de los académicos y de los estudiantes de la Universidad diciendo “que qué rectora es esa”, “¿qué le pasa?”, y luego ya empiezan a participar otros. “¿A favor de quién estás?” Lo cual implica que estás absolutamente en contra de... Ni siquiera en una situación tan inédita, como reaccionar desde adentro de una institución a las declaraciones públicas de la rectora; yo no tengo idea de qué diría ella adentro, pero afuera, en los medios, las declaraciones eran muy fuertes. Pero el reacomodo de fuerzas y de orientación de proyectos, acaban imponiéndose en forma de inercias, incluso en un caso así de ruptura, o el caso de la “ley Televisa”, que fue otra coyuntura sorpresiva, inesperada, que rompió, que vino del Congreso, y que acabó reavivando, pero en los mismos términos de siempre, en los términos de la inercia, la interpretación y la respuesta de este sector académico de muchos afectos, pero no necesariamente de coincidencias estratégicas para mí.

La inercia —que es una metáfora que viene de la física más elemental— tiene, en términos sociales, una consecuencia parecida a la que mencionaba yo con respecto a la pregunta de Esteban; es que no hay opciones dadas ciertas circunstancias; la inercia es “que la única posibilidad de no hacer eso es no hacer nada”, es guardar silencio. Y acaba, también coyunturalmente, de recordar Javier Sicilia una fórmula verdaderamente espeluznante, aquella que tomó de Bertold Brecht sobre “no hacer o decir nada hasta que llegas por ti”. No me quiero ir por ahí sino por reconocer la fuerza de las inercias institucionalizadas, de las culturas institucionales. Ya no se trata de la personalidad de los agentes, ni de análisis de coyuntura para saber qué es lo estratégico. No, eso es la operación de las culturas institucionalizadas —igualito en las universidades que en otro tipo de instituciones, especialmente en las instituciones políticas. De repente, dices “¡qué desesperación!” o “¡qué desgracia!”, pero un *pasito* atrás, en términos de reflexión —que

era lo que decías—, yo creo que es una de las caras más duras de la institucionalización, y de la institucionalización académica que tiene sus condiciones muy específicas. Un académico, en casi cualquier sentido, mientras más avanza menos puertas de salida tiene. Un político, un funcionario público, siempre tiene —siempre, y si no la ve, se la ponen enfrente— la salida de la renuncia. Un académico no; es extremadamente improbable una renuncia a la posición. Bueno, entonces, insisto en la hipótesis de la inercia cultural, que incluye otras cosas además de lo ideológico, y además de la necedad, y además de otros rasgos del *habitus* del académico —el *habitus* es social y está institucionalizado, por eso hay *campo*. Por ahí a lo mejor habría alguna manera de desnudar las preguntas, no para cambiar la impresión, pero sí para tratar de explicarla, además. Desde ese razonamiento, yo admiro mucho la tenacidad de algunos, y el oportunismo de otros no lo admiro, me da risa — ¡qué manera de perder el tiempo! Pasan cosas, esas varias cosas que mencionamos ahorita, hace quince días no estaban, y sí estaban, incluyendo a Javier Sicilia, que es otro caso interesante de observar, además de la situación en sí, porque tuvo una significación mediática inmediata. Él mismo decía “no es mi hijo, son 35 mil”. Eso es duro ¿no? Son procesos interesantes, interesantes además de lo importantes que son en sí mismos, interesantes de ver en el sentido más estructural: ¿cómo pueden suceder cosas aparentemente tan raras? Poquito más atrás a lo mejor no son tan raras, o a lo mejor sí. Hay que ver, a lo mejor sí son rupturas de las inercias, y entonces tienen otro valor. No sé qué más responder, que no sea lo mismo de siempre. Vámonos. Muchas gracias.



## ***La comunicación como proyecto de convergencia ante la transformación social***

Sesión siete de ocho. Casi acabamos, en esta aventura —por lo menos para mí— tan interesante. Tal como está implícito en el programa, esta sesión y la siguiente, la última, tienen el propósito general de cerrar algunas de las cuestiones que han sido abiertas durante las sesiones primeras, o todas las sesiones de la cátedra. Acabé separando —y eso también está implícito en la formulación del programa— dos grandes campos sociales de ubicación, de referencia. Uno es este, que tiene que ver con los espacios universitarios, es decir, esos cierres de algunas cuestiones que no quiere decir “responder y olvidar” sino cómo acomodar en un contexto de práctica institucional los problemas y los recursos que hay para enfrentar ese tipo de problemas, para hacer esos cuestionamientos más allá del discurso, en un ámbito universitario. En la siguiente sesión, sin salir de ese ámbito universitario, que es en donde pudiera tener —ojalá— alguna relevancia este tipo de cuestionamientos, quisiera conectar con una perspectiva más amplia y más estratégica, es decir, más orientada hacia el futuro, a partir de lo que en esta sesión de hoy pueda quedar como condiciones para hacerlo. Más o menos esta sería la lógica. El término central elegido para hacer eso es *proyecto de convergencia*, y a esto de la *convergencia* le doy un poco menos de importancia que a *proyecto*.

Los textos complementarios para hoy son: un artículo mío (Fuentes, 2005) que condensó varios textos anteriores y que se publicó en Brasil, en la revista *Comunicación y Sociedad* —la de São Bernardo do Campo, no la de Guadalajara— que edita la Universidad Metodista. Dedicaron un número a la enseñanza de la comunicación y esto fue lo que envié

como colaboración, reuniendo algunas cuestiones que ya había trabajado. Luego, está un libro coordinado por Jesús Martín-Barbero (2009), que se puede bajar directamente de la Internet —está hecho para eso— que plantea la disyuntiva *Entre los saberes desechables y los saberes indispensables* a propósito de la construcción o la recuperación de las agendas de país desde la comunicación, y muy especialmente desde la academia; es un texto bastante crítico, muy interesante. Y finalmente un texto denso, muy erudito, y también muy interesante: en realidad dos capítulos del libro que se titula *Antropológica do espelho*, de Muniz Sodré (2002), que está disponible solo en portugués. Habiendo pasado por la experiencia de traducir al español algún otro texto de Muniz Sodré, recuerdo mis limitaciones y he preferido no intentarlo con este. Bastante difícil, pero muy interesante. Ojalá pudiera discutirse más el trabajo de Muniz aquí y en otras partes, además de lo que se discute en Brasil.

Y agregué, como siempre, otros textos de referencia. Otro libro —diferente de los que ya había citado— de Andrew Abbott (2004), que es un texto de metodología, un libro de *Heurística para las ciencias sociales*, del cual voy a extraer algunas cuestiones. Una conferencia de Manuel Martín-Serrano (2006), “¿Para qué sirve estudiar teoría de la comunicación?”, lo que dijo al terminar un curso de teoría de la comunicación en la Complutense. Supongo que tenía que ver con la presentación en términos de cátedra —él es un catedrático, en el sentido estricto— sobre lo que luego fue publicado en su libro *Teoría de la comunicación*. Y un texto pequeño de Umberto Eco (2004), que es uno de mis autores favoritos, publicado en español bajo el título “Universidad y Mass Media”. Comienzo por revisar este.

Me costó trabajo rescatar, de ese texto de Umberto Eco —que está escrito en el estilo “ligero” de Eco— algo más que una frase y, sobre una cuestión que no desarrolla mucho. El texto fue publicado en 2004 traducido al español, pero no sé exactamente cuándo sería escrito, no parece tan reciente. Eco plantea en él que no hay por qué escandalizarse ni hacer drama ni problematizar demasiado el asunto de la relación

entre la universidad y lo que significa socialmente, con respecto a los medios masivos, y lo que significan éstos socialmente. Él rescata dos cosas. Una: no tienen por qué oponerse, en términos generales, la universidad y los medios como instituciones sociales, como instituciones culturales fundamentales de la sociedad contemporánea, porque son muy diferentes; la universidad seguirá teniendo su espacio para llenar el vacío dejado por los medios, con respecto al conocimiento y la cultura, es decir, ese espacio del conocimiento y la cultura no puede ser llenado por los medios, y la universidad seguirá teniendo esa responsabilidad. Y segundo: es un manejo muy curioso de la temporalidad; el tiempo como diferencia entre la universidad y los medios. Un poco más sofisticada, pero parte de la noción de que los medios trabajan sobre lo inmediato y eso inmediato pasa muy rápidamente, es muy efímero, porque es sustituido inmediatamente por lo que sigue, mientras que la universidad trabaja sobre temporalidades mucho más largas. Eco plantea por ahí casos de que de repente aparecen en los medios, en esta temporalidad inmediatesta, cuestiones que tienen veinte años de haber sido trabajadas en la universidad, que no son ninguna novedad vistas desde la universidad, pero que se presentan así. O al revés, cuestiones que son de importancia inmediata para los medios, la universidad los procesará los próximos 20 años, por supuesto de otra manera.

Los nueve puntos que rescato en la figura 7.1, son en realidad el índice del artículo —que es bastante breve— en donde Eco va tejiendo, en párrafos muy cortos, cuáles podrían ser algunas cuestiones interesantes a problematizar, a partir de evidencias que él tiene —como académico— pero que no le preocupan gran cosa. Sí, hubo algún momento en el que se estudiara a los medios en la universidad era una novedad y un escándalo, pero eso ya pasó; perfecta legitimidad para estudiar a los medios en la universidad, etcétera.

El último punto, el “suicidio de los medios”, tiene que ver con la sospecha de que los medios, por su propia constitución con respecto al conocimiento y la cultura, no tienen la base suficiente como para



**FIGURA 7.1**

**La comunicación como proyecto de convergencia ante la transformación social**

Función vital de la universidad para llenar el vacío dejado por los medios masivos con respecto a conocimientos y cultura. Tiempo.

- La universidad estudia a los medios masivos
- La universidad trabaja para los medios
- Los medios aprovechan el trabajo de la universidad
- La universidad prepara mano de obra para los medios
- La universidad puede usar a los medios
- Los medios influyen en la vida universitaria
- Los medios de comunicación llegan a las cátedras
- La exposición de la información científica
- El suicidio de los medios

**La universidad y los mass media (Eco, 2004).**

poder hacerse cargo de las esferas del desarrollo cultural de la sociedad y, por lo tanto, siempre están en el riesgo de suicidarse por la manera en que están funcionando; con el funcionamiento supeditado al lucro, y todo lo que son las cuestiones menos controvertidas sobre los medios. Parece, cuando uno lee este texto, que no hay ningún problema. Mi pregunta es: eso no puede ser ingenuidad de Umberto Eco, no puedo aceptar eso. Pudiera ser que sea un texto escrito y referido a una época, un espacio temporal, en donde todavía la problematización de la estructura universitaria no acababa de imponerse, aunque sospecho que para 2004 ya estaba claramente establecida. Esta cuestión que desembocó en los planes de Bolonia y que ha modificado la estructura de las universidades europeas en una temporalidad bastante larga. No sé, tengo la sospecha, porque me resisto a pensar que es un texto ingenuo de Umberto Eco, a quien no le queda ese adjetivo. Tampoco creo que sea un texto tan difícil de leer como para pensar que estoy leyendo algo que no dice. Es un poco lo de menos. Lo traigo aquí por contraste con otras propuestas, que son mucho más críticas, sobre lo

que se hace en las universidades con respecto a esta relación múltiple entre la universidad y los medios.

## TEORÍA Y PRÁCTICAS UNIVERSITARIAS

El texto de Manuel Martín-Serrano (2006) es bastante claro al respecto; él cierra su curso de teoría de la comunicación diciendo que es muy importante que en las universidades se trabaje la teoría de la comunicación, porque la comunicación que se trabaja afuera, en los medios, y que está cada vez más adentro de las universidades, es una cuestión muy peligrosa, no solo para la universidad sino también para la sociedad. Textualmente, afirma que:

El enfoque ateorico de la enseñanza de la comunicación empobrece la formación universitaria. Pero sobre todo puede degradar la docencia a un mero programa dedicado a las técnicas de control social. Porque en el ámbito de la comunicación los contenidos instrumentales fácilmente se confunden con los conocimientos que instrumentan. [...] En estos diseños docentes el recurso al término “comunicación” es una apropiación indebida. Sirve en muchos casos para disfrazar la manipulación, legitimada como parte del conocimiento universitario (Martín-Serrano, 2006, pp. 2-3).

Aquí se lee claramente un rechazo de que la comunicación que se hace en los medios sea la comunicación que se enseñe en las universidades, sin más matices; Martín-Serrano lo dice sin ambigüedades, y dedica la mayor parte de su texto a decir qué es esa teoría de la comunicación que serviría universitariamente para contrarrestar el carácter instrumental de la comunicación prevaleciente en la sociedad, e incluso, en las universidades mismas:

Un planteamiento de la comunicación que teoriza, solo se opone a otro que instrumenta. Le desmonta y la relativiza, en la medida en

que la teoría relaciona el uso profesional de los medios y las técnicas de la comunicación, con los fines que persigue esa mediación y con los efectos que genera (Martín-Serrano, 2006, p.7).

Esa es una frase muy sintética de algo que Manuel Martín-Serrano ha sostenido desde que era un principiante en el área. “Principiante” en este caso, quiere decir que ha pasado un buen tiempo, pues Manuel es el primer profesor que obtuvo una Cátedra de Comunicación en España, a mediados de los años setenta.

Un poco más complicado es el planteamiento de este grupo latinoamericano encabezado por Jesús Martín-Barbero (2009), pero coordinado en este libro por Omar Rincón, académico colombiano responsable de una de las oficinas de la Fundación Friedrich Ebert en América Latina que ha estado publicando libros de acceso libre, tanto en papel como en edición digital, sobre aspectos problemáticos de los medios y la comunicación. En este hay un conjunto de posturas distintas pero muy críticas sobre los estudios de comunicación, en capítulos escritos por Rossana Reguillo sobre México, Alicia Entel sobre Argentina, Amparo Marroquín sobre El Salvador, entre otros y, ahora sí, otras. Es un texto colectivo muy desafiante, organizado alrededor de la preocupación —muy típica de Martín-Barbero— de que lo que se hace académicamente sobre la comunicación, tanto en términos de enseñanza como de investigación, se aleja cada vez más —y eso es señal grave de alarma— de las preocupaciones centrales de la gente; es decir, tiene cada vez menos que ver con los problemas del país, y más que del país como entidad política, de la nación como conjunto de la gente.

La hipótesis que enfrenta esto es doble: por un lado, es algo que ya Jesús y otros habían trabajado muy recurrentemente desde años anteriores sobre la pérdida de la capacidad de pensamiento crítico en el trabajo académico sobre comunicación, sobre cultura, sobre todo lo que eso conecta. La otra, muy relacionada con esta, tendría que ver más con una consecuencia epistemológica de esa postura o de esa constatación: cómo poner en el centro a la comunicación —en términos

teóricos— para estudiarla dentro de la cultura y a la cultura dentro de la política, fórmula que viene desde *De los Medios a las mediaciones*, por lo menos, y por otro lado, para incorporar, con un eje comunicativo, el aporte crítico que se puede hacer, o que se debe hacer, desde las universidades hacia la sociedad.

La urgencia por reubicar a la universidad y sus modos de pensar e investigar responde a una realidad social y política cada vez más marcada por el mercado y más lejos de la vida nacional y local. Pero se trata de una urgencia que nada tiene que ver con la prisa nerviosa de la gente ni con la aceleración tecnológica sino más bien con la lentitud, y hasta el estancamiento, de un pensamiento crítico que, enredado en las discusiones internas de la academia y en las inercias ideológicas, resulta incapaz de acompañar de cerca las transformaciones de lo real social y cultural (Martín-Barbero, 2009, p.6).

El cuestionamiento es fuerte. En términos más elaborados, más fraseados, en la reflexión final —que firma Omar Rincón— hay dos cuestiones que me parecen importantes: cómo darle sustancia concreta a esta fórmula de la oposición entre la cultura y el mercado, en la cual ese “ente maligno” llamado mercado —a veces con mayúsculas, El Mercado, algo así como el demonio, el mal en todas sus manifestaciones— se mete en las universidades y las corrompe, no como posibilidad sino como un hecho evidente. Y cómo nos defendemos, si es que todavía se puede —la posición es optimista, dice que todavía podemos defendernos del mercado— en estas universidades que han sido transformadas por ese mismo principio del mal —que se puede referir al Banco Mundial, o a cualquiera de las instancias del “capitalismo perverso” y que instrumentalizan desde adentro— lo que sucede dentro de las universidades y las corrompe —por usar un término más mío que textual.

Ubicar el saber en tensión con los procesos sociales, culturales y políticos, nos ayuda a reubicar el lugar de la Universidad en una

sociedad cuyas incertidumbres generan tendencias fuertemente implosivas o escapistas, pues o se busca mantener a la universidad lo más alejada posible de la velocidad y opacidad de unos cambios que la llenan de confusión, o se busca insertarla directamente, y a cualquier costo, en las lógicas y dinámicas que rigen a esos cambios en términos de rentabilidad (Martín-Barbero, 2009, p.7).

La formulación sintética que resume —creo que bien— lo que hay en el libro es esa última pregunta: “¿Seguiremos formando solo para el mercado: empleados sumisos y que obedezcan?” La propuesta ante eso es: “distinguir entre los saberes rentables y los saberes indispensables”, pero la premisa básica es que “en la agenda de país la educación debe hacerse cargo de las identidades profesionales, la producción de la dignidad y autoestima del sujeto y la formación de ciudadanos” (Martín-Barbero, 2009, p.166).

Opinión mía “a pie de página”: me parece que la forma de frasear estas cuestiones —que son muy importantes y muy fuertes— regresa la discusión a los términos más maniqueos. Aunque me parece que es una postura muy entendible, en el otro extremo de una postura como la que se puede reconocer en el texto de Eco citado antes. Con todo mi respeto tanto a Umberto Eco como a Omar Rincón, creo que el asunto de las relaciones entre la universidad y los medios no puede quedar en términos tan armónicos, aproblemáticos, o en términos tan maniqueos de militancia por una causa lineal en contra de un enemigo universal y absoluto. Cierro el pie de página ahí. Creo que es un texto que plantea cosas muy importantes, a pesar de que algunas de las maneras de formularlo son un poco irritantes.

## TEORÍA DE LA COMUNICACIÓN, EPISTEMOLOGÍA Y ÉTICA

Me cambio de texto y remito a la lectura de dos capítulos de este libro del brasileño Muniz Sodré (2002), *Antropológica do espelho* —Antropológica del espejo—, dos largos y densos capítulos. El libro tiene la

pretensión de ser una propuesta teórica sobre la comunicación en la sociedad contemporánea, y de estos dos capítulos, uno desarrolla la dimensión ética y el otro la cuestión epistemológica. Tiene muchas cosas interesantes este trabajo, y en general la obra de Muniz Sodré; el carácter ético de la práctica comunicacional en cualquiera de sus dimensiones y escalas y manifestaciones está fundamentado de una manera muy erudita. También trabaja sobre un esquema de oposiciones —la comunicación contra, la comunicación es lo contrario de— pero con una serie de matices mucho más agudos, más trabajados, que cualquiera de los autores antes citados.

El campo comunicacional, donde se evidencian nuevas estrategias de gestión de la vida social y donde el actor social ya no es el *performer* del “teatro social” como en la sociología clásica, y sí de una máquina semiótica simuladora del mundo, se ofrece como plataforma para un nuevo tipo de reflexión sobre el hombre y sobre la organización social. Es verdad que este campo se asemeja al de todas las otras instituciones sociales, que se desarrollan dentro de la misma realidad que ayudan a crear y a administrar, pero con una diferencia: los medios viven del discurso que hacen sobre su propia simulación de las otras realidades (Sodré, 2002, p.236).

Una de las cosas que a lo largo del tiempo me han intrigado más en la forma de argumentar de Sodré, es su afirmación de que el campo de la comunicación debe ser autónomo, en todos sus aspectos, en todas sus dimensiones; tiene que ser autónomo en términos intelectuales, en términos institucionales y en términos políticos. Voy tratando de descubrir los argumentos centrales de Muniz a propósito de esto, y es que lo que él está proponiendo creo que no es el campo de la comunicación como existe sino un proyecto de construcción de ese campo de la comunicación, autónomo y sólido, sobre otras bases, sobre bases de elaboración histórica, política, intelectual —universitaria, académica, científica—, nuevas. Para lo cual hace más o menos lo mismo que

Klaus Bruhn Jensen, pero en un registro totalmente diferente: reformula conceptual y metodológicamente la comunicación y su relación con los medios y con todo lo demás; elabora conceptos propios para esa nueva manera de concebir teóricamente la comunicación y la refiere al contexto de la civilización occidental y sus contradicciones en el capitalismo contemporáneo; el telón de fondo acaba siendo exactamente el mismo que el de otros autores, armado con una serie de recursos intelectuales muy europeos —están muy fuertemente presentes en la superficie del discurso de Sodré los debates más contemporáneos y más clásicos del pensamiento europeo— pero también de otras partes, y acaba siendo el suyo un pensamiento muy brasileño.

Una ciencia de la comunicación humana se impone a sí misma la tarea de producción de conocimiento específico sobre la sociabilización en proceso de esa nueva realidad histórica, con el objetivo de buscar perspectivas críticas y orientaciones prácticas para las nuevas formas de vida. Estas emergen de hecho en el horizonte de la Historia contemporánea, marcada por la crisis de los mecanismos sociales de identificación y de los intercambios intersubjetivos (Sodré, 2002, p.239).

El de Sodré es, pues, un trabajo que yo no acabo todavía de asimilar; es una propuesta densa, difícil de incorporar —probablemente por el idioma, pero no solo por eso— que tiene reformulaciones y posturas bastante claras sobre casi todos los autores más influyentes en este campo; a todos esos hay que volverlos a leer y reacomodar de otra manera. No me detengo mucho más en eso, porque aquí hay una *pista de salida* que no tengo suficientemente apropiada, pero que sí tengo evidencia de que vale la pena seguirla trabajando.

## LA FORMACIÓN UNIVERSITARIA COMO UN PROYECTO SOCIAL

Les propongo ahora mi propia formulación de algunas de estas cuestiones; no están tan directamente influidas ni por Umberto Eco ni por Muniz Sodré ni por Omar Rincón, probablemente un poco más por Jesús Martín-Barbero y en menor medida por Manuel Martín-Serrano y por otros que ya he mencionado varias veces. De uno de ellos, John Durham Peters (1999), es esta frase, que me impresionó mucho desde la primera vez que la leí: “Comprender la comunicación es comprender mucho más”, es comprender el mundo contemporáneo. Esa es una promesa fuerte, el problema es ¿qué hacemos para comprender la comunicación? Es decir, tenemos una clave de entrada para mucho más, pero una clave difícil de manejar, dicho por Peters y dicho por mí.

Tomo entonces esa frase, y es prácticamente una cita textual de mi artículo de 2005, porque esa creo que es la veta central de la problematización epistemológica para la investigación y enseñanza universitaria de la comunicación. Y la cita recuerda el título de un texto clásico de Antonio Pasquali, *Comprender la comunicación* (1978), lo cual es una buena tarea, vamos a ver qué hacemos al respecto. Pero aquí me pongo más en la postura de la profesión académica que del contenido de la tarea: ¿bajo qué condiciones, de qué manera, será capaz la institución para actuar al mismo tiempo como un agente político —que tiene que hacerlo como una institución social— y como un espacio reflexivo donde sea posible la formación de ciudadanos-profesionales o profesionales-ciudadanos que incidan en la transformación estructural de la sociedad? Esta es una pregunta un poco retórica, pero no totalmente, espero. ¿Cuál es la manera? Porque uno supone que sí hay alguna manera de enfatizar el desarrollo de “saberes indispensables” —usando los términos del libro de Rincón y Martín-Barbero que revisamos hace un rato— por encima de los “desechables”. Aunque ese es un juicio difícil de hacer: ¿dónde empieza y dónde termina lo indispensable y se separa de lo desechable? Creo que esa cuestión



remite, muy prácticamente, a ¿cuál es el proyecto?, es decir, ¿cuál es la perspectiva en el tiempo y en el espacio de lo que hay que hacer para ir desarrollando esa distinción sin caer en un maniqueísmo que lo limite, que es lo más probable? Cuando se plantean estas disyuntivas lo más probable es tomar una posición que implique cerrar las opciones y caer en una postura maniquea: acá los buenos, y todos los demás son los malos; hay que acabar con el mal: ¡ilisto!

Rescato entonces tres preguntas: ¿Qué características y condiciones tienen los proyectos sociales subyacentes en la formación de comunicadores —e investigadores— universitarios? Hace más de 30 años sucedió en el Instituto Tecnológico de Estudios Superiores de Occidente (ITESO) y ha sucedido también en otros lugares; cuando la carrera de Ciencias de la Comunicación cumplió diez años, se hizo una reunión general bajo el lema “comunicadores ¿para qué?” Esa era la pregunta, clarísima. Segundo: ¿Qué tipo de transformaciones sociales se proponen como objetivos y cómo se prefiguran y conforman las competencias indispensables para poner esos objetivos en práctica? Sí, el lenguaje de las competencias se puede considerar desechable y perjudicial, perverso, impuesto, ajeno, reductivo, instrumentalista, pero no basta con exorcizarlo; hay que trabajar con ese tipo de cosas también. Tercero: ¿Qué representaciones y qué formas de ejercicio democrático mediado por la comunicación están presentes en la formación universitaria? Estas son preguntas que no esperan una respuesta inmediata, que remiten a una reflexión sobre la práctica institucionalizada cotidiana.

Mi salida en aquel momento (Fuentes, 2005) estaba formulada a partir de Immanuel Wallerstein (2004), su propuesta de sentido en *Incertidumbres del conocimiento* que, aunque él no lo formula así, me da la pauta para articular una concepción de comunicación: si las incertidumbres del conocimiento son una condición histórica general, que sirve para interpretar el estado presente del proceso histórico del sistema-mundo, entonces probablemente convenga poner en ese contexto un concepto de comunicación que pueda interactuar conceptualmente con esta caracterización de la incertidumbre del conocimiento.

Lo articulo a través del trabajo de Jensen (1995): ¿cómo relacionar *semiosis*, como proceso social, con el marco de *incertidumbres del conocimiento*, que es un planteamiento mucho más complejo? A partir de la convicción de que en las universidades —y quizá en ningún otro lado— se puede trabajar en la clarificación de “opciones históricas” para las sociedades contemporáneas, interviniendo sobre la semiosis para transformar articuladamente *los discursos, las instituciones y las prácticas* comunicativas, alrededor del ejercicio creciente de los *derechos comunicativos* de los sujetos sociales, paulatinamente reconocidos y reivindicados. Ahí está la propuesta de trabajo, no tengo una formulación mejor que esa —hasta ahora—, y creo que sigue teniendo algún sentido. Hasta ahí puedo señalarlo.

#### CUATRO COMPETENCIAS COMUNICATIVAS BÁSICAS

Luego, en esta interacción que trata de no ser maniquea con el lenguaje tecnocrático de la planeación universitaria —que no educativa sino institucional—, hay un modelo un poco más viejo que en este contexto creo que sí logró dar un paso adicional en la definición de competencias: ¿cuáles son las competencias básicas, específicas, generales, particulares, de la formación universitaria en comunicación? Yo digo que hay por lo menos cuatro, planteadas en estos términos: La primera, genéricamente *dominar el lenguaje*, se resume simplemente en decir que “un comunicador o un universitario en general que no sea capaz de hablar, escribir, leer y escuchar, es decir, de tener dominio del lenguaje en ese sentido, o de la comunicación en ese sentido, en un nivel superior al estándar, no tiene nada que hacer”. ¿Qué hacemos para que la gente aprenda a hacer esas cosas en un nivel competente? Hay un buen trabajo por ahí porque no se puede suponer que todos los profesores tengan el dominio de esas competencias y los métodos para transferirlo a los estudiantes. Hay un buen conjunto de problemas prácticos ahí.

Segundo, hay que desarrollar la capacidad de *controlar la información*, es decir, de usar ese lenguaje, esas capacidades comunicativas básicas, para generar configuraciones, organizaciones, informaciones, con las que se pueda hacer algo, con las que se pueda ir más allá; no es hablar por hablar, leer por leer, sino leer para tener un control, el término no es accidental, es decir, responsabilidad, saber lo que se hace, hacerlo responsablemente, para poner en circulación o reconocer la circulación social de estas propuestas, configuradas de una cierta manera. No son las noticias sino algo mucho más allá de las noticias, que son estas organizaciones significativas que hay que interpretar. Hasta ahí es una cuestión más o menos mecánica e instrumental; saber hacer esas cosas y hacerlas en un buen nivel puede poner a los comunicadores profesionales en una escala de competencia suficientemente reconocible para el trabajo. El problema es que, de hecho, esa formación instrumental básica se hace muy mal; sigue teniendo que ser atendida antes que nada, porque si no se puede dominar ese conjunto de competencias, de habilidades, lo que sigue es muy difícil, incluso, de concebir.

Luego están las otras dos competencias, que ya tienen un sentido de distinción con respecto al proyecto social implícito. Este conjunto se resume en la capacidad de *relacionar los medios con los fines*, la capacidad de hacerse responsable de las acciones; tal cual, de darle respuestas concretas a la pregunta ¿y esta comunicación para qué? ¿hacia qué fines y propósitos pretende contribuir? Y luego hay que ver si de verdad sucedió eso o sucedió otra cosa; lo cual no es una tarea fácil o que se pueda reducir a fórmulas. Y finalmente lo que —a reserva de una mejor formulación— entiendo como *operar educativamente la comunicación*, que podría también decirse *operar comunicativamente la comunicación*, porque tiene que ver con el papel de mediación de un proyecto social en y mediante la producción social de sentido. Es decir, no es cómo se difunde la “buena nueva”, el evangelio, la verdad ya formulada, y se hace llegar a “todos los confines de la tierra” —esa es una visión predominante, hegemónica de comunicación social— sino

cómo se convoca a los ciudadanos para que reconozcan y desarrollen y se apropien de esa posibilidad de proyecto social puesto en práctica, no solo incorporando los referentes o los contenidos de la propuesta sino los métodos, porque si no se comunican, si no se hacen comunes los métodos de acercamiento a la producción de sentido, entonces solo se comparten referentes y no procesos sociales.

Ya con eso —no hace falta desarrollarlo más— queda clarísima la dificultad práctica y concreta de desarrollar programas y prácticas de formación profesional en el área de la comunicación, pero no tendría por qué ser o más difícil o más utópica que la formación de médicos, o de abogados o de matemáticos. Empíricamente quién sabe si se pueda evaluar de la misma manera cómo se forma a los profesionales que sean y a los comunicadores. Habría que estudiar empíricamente si esto tiene algún sentido práctico también; puede tener un sentido imaginario que está dentro de las prácticas como un esquema que organiza ciertas intervenciones sobre ese proceso, pero puede no tener nada que ver con los resultados de esa práctica, que es evidentemente mucho más compleja. Y me salgo de ahí, porque no tengo más elaboración que esa, hasta ahora, y la remito al texto publicado en 2005. No tengo más qué decir al respecto en esos términos, pero sí me encontré algo que aparentemente es de otro tema, de otro recorte, y que me parece que tiene una relación interesante al respecto. Hace un par de sesiones solté la provocación de que el problema de la comunicación no habría que ubicarlo tanto en el aspecto teórico, como en la dimensión metodológica; el desarrollo del conocimiento sobre la comunicación tendría más que ver con una metodología de la comunicación, que con una teoría de la comunicación: otra manera de ver lo mismo, pero con un énfasis diferente.

## HEURÍSTICAS DE LA COMUNICACIÓN

Entonces busqué más pistas en el libro titulado *Métodos del descubrimiento. Heurísticas para las ciencias sociales*, de Andrew Abbott (2004) —a quien ya había mencionado como autor de estudios sobre

las profesiones y sobre las disciplinas— un texto que está puesto, explícitamente, en una coyuntura que me parece muy relevante: la experiencia reflexiva de un investigador académico puesta enfrente de las obligaciones educativas de ese sujeto investigador, como profesor, como formador de estudiantes de sus especialidades —sociología en este caso. Y como el profesor Abbott tiene un espíritu muy crítico y muy irreverente, formula esta cuestión en términos casi de humor negro; cosas tan reconocibles como lo siguiente: La práctica de la investigación se puede ver de muchas maneras y se suele enseñar —al menos en ciencias sociales, vistas desde la Universidad de Chicago— de las peores maneras posibles. Ese es el punto de partida. No es que lo que está ejemplificado en los manuales de investigación no sea cierto; es, en algún sentido, cierto. Pero está claro que eso no resuelve nada, es decir, no hay manera de hacer ciencia, de generar conocimiento, siguiendo las recomendaciones de un libro de texto. No hay manera, de plano, eso no es un descubrimiento nuevo, es una condición muy conocida y muy vieja, y la cultura institucional académica hace que se siga manteniendo la referencia de los manuales de investigación, de los textos prescriptivos de cómo se debe hacer la investigación, y además la práctica educativa para la formación de investigadores, que mientras más avanzada menos importancia tiene con respecto a esos códigos de conducta, bastante rígidos por cierto.

Abbott elabora algunas pistas muy elocuentes de por qué sucede eso y qué consecuencias tiene. El hecho es que él se propone —y lo ubica después de haber terminado su libro sobre *El caos de las disciplinas*— responder a la petición de su editor para que escribiera un libro sobre metodología, desde su propia perspectiva: este es. Lo que él elige es la propuesta complementaria a lo que está en los manuales, en los libros de texto, en las reglas del arte para hacer investigación social. El planteamiento es muy simple: sigue aquellas recetas maniqueas del Círculo de Viena, pero poniéndolas al revés. Hay un “contexto del descubrimiento”, que es cómo se le ocurre a alguien inventar una pregunta de investigación, y un “contexto de la justificación”, que es

lo verdaderamente científico; una vez que se tiene una pregunta empieza la ciencia; todo lo anterior es sentido común. Lo que vale es solo lo que está contenido en el contexto de la justificación, que es donde opera el método, y no en el contexto del descubrimiento. Eso ha dado lugar a un debate muy viejo y muy complicado. Abbott dice que lo que interesa en realidad no es hacer desaparecer nada sino recuperar el sentido del descubrimiento; es decir, rescatar y trabajar con los estudiantes y con los investigadores la parte creativa, inventiva, intuitiva de la investigación científica y no solo la parte mecánica, codificada, rígida del método científico.

Abbott elabora la propuesta en varias etapas, de las cuales rescato dos o tres, alrededor del concepto de *heurística*, término que viene del griego y que quiere decir “búsqueda” o “encuentro”. Cuando se encuentra algo después de buscarlo, es el síndrome de *Eureka*: ya sé, lo encontré, que en su equivalente en latín es *invención* y cuenta con una tradición de formulación tan vieja como las culturas grecolatinas, que por más de 25 siglos han sido y siguen siendo la base de nuestra concepción de la cultura, y de la civilización, y del trabajo, y de muchas otras cosas. *Heurística* es entonces el arte de inventar, de buscar y de encontrar, es el ingenio, la parte no codificable, la parte creativa del trabajo científico, la forma *abductiva* —que no se opone sino que complementa las formas inductiva y deductiva de la inferencia lógica—, como lo diría Charles Sanders Peirce. Abbott no menciona en absoluto a los estudios de comunicación entre las ciencias sociales. Afortunadamente, porque le deja a uno el trabajo de averiguar si esto que está planteando sobre las ciencias sociales tiene algún sentido interesante para los procesos de formación en investigación, que tienen que ver con comunicación en doble sentido, es decir, investigar sobre la comunicación, pero también la propia propuesta de formulación del problema de investigación, ¿qué tan comunicacionalmente se podría entender?

De un rápido repaso a lo que incluye Abbott en este libro, saco tres aportes que me parecieron muy pertinentes. Uno: se trata de reconocer

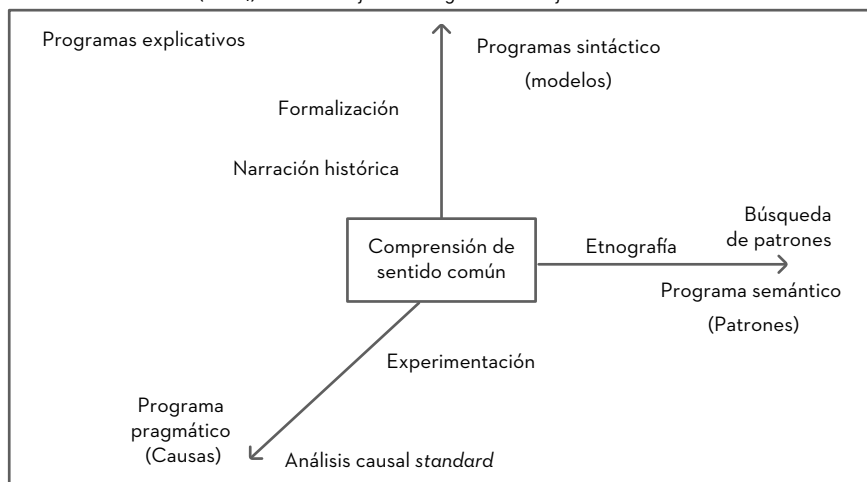
métodos, no cualquier otra cosa; este es un trabajo serio, de un académico reconocido que reflexiona sobre su práctica como investigador y sobre su práctica como formador de investigadores, que dice qué son los métodos, cómo organizamos los métodos, porque hay cientos de tipologías de métodos y muchas versiones sobre cómo distinguir los *criterios de demarcación*, es decir, lo que es una operación científica y una operación no científica. De entre varios posibles recursos para imaginar esto, Abbott inventa el esquema que reproduzco en la figura 7.2, de que hay por lo menos tres tipos de “programas explicativos” que operan en las ciencias sociales, que concibe bajo la terminología y el modelo conceptual de la semiótica de Charles Morris (1985): hay programas “sintácticos”, “semánticos” y “pragmáticos”, definidos en el mismo sentido que Morris. Cualquier programa explicativo parte del sentido común, y la tarea científica es irse alejando, sistemáticamente, del sentido común, lo cual ya es una condición importante para distinguir a la ciencia, porque alejarse del sentido común implica construir otro tipo de representaciones sobre lo que existe y lo que sucede en el mundo, lo que es significativo, y hay por lo menos dos movimientos de construcción: uno que es concreto, y otro que es más abstracto.

Dice Abbott que, por ejemplo, si se sigue un programa sintáctico, es decir, un programa que diría Morris que tiene que ver con la relación de los signos entre sí para la construcción de modelos de los objetos de estudio, entonces una representación concreta, ya alejada del sentido común, es la “narración histórica”, pero luego eso se puede elaborar de otra manera formalizándolo en “modelos”, incluso matemáticos. Esta es una forma de buscar explicación de los fenómenos o “enigmas” distinta, y en algún sentido, “inconmensurable” —hubiera dicho Thomas Kuhn (1970)— con otra forma que siga un “programa semántico”, que lo que busca no es hacer “modelos” sino reconocer “patrones”. Es la vía que concretamente se puede reconocer en la etnografía, y luego en los métodos que ayudan a buscar y formular los patrones de las cosas, y eso a su vez es una ruta diferente a la del pro-

**FIGURA 7.2**

**La comunicación como proyecto de convergencia ante la transformación social**

Abbott (2004): *Methods of Discovery. Heuristics for the Social Sciences*



**Programas explicativos de las ciencias sociales (Abbott, 2004, p.29).**

grama “pragmático”, el programa que busca establecer las causas de los fenómenos, de los objetos, de las cosas, del mundo, que es la visión predominante en la ciencia en general y la visión predominante también en la ciencia social y que tiene el efecto nocivo de hacer creer que es la única válida como procedimiento científico. Primera cuestión: la investigación científica no tiene por qué, necesaria ni exclusivamente, buscar las causas de los fenómenos; eso ya no está nada cerca del sentido común académico. Todo el libro de Abbott está lleno de ejemplos y de argumentos y de humor. Es un texto muy fluido, muy fácil de leer, muy divertido, que tiene un alto potencial heurístico porque hace ver las cosas de otra manera, y que fomenta que se pueda imaginar y apropiarse un eje de trabajo que no solamente *constriñe* sino que también *habilita*, para hacer una paráfrasis de Anthony Giddens (1984).



**FIGURA 7.3**

**La comunicación como proyecto de convergencia ante la transformación social**

Abbott (2004): *Methods of Discovery. Heuristics for the Social Sciences*

Debates básicos (comunes a los tres programas explicativos)

Metodológico	Positivismo (la realidad es medible)	Interpretativismo (el significado no)
	Análisis (no hay explicación sin causalidad)	Narración (Los relatos pueden explicar)
Ontológico	Conductismo (Base: estructura social)	Culturalismo (Base: sistemas simbólicos)
	Individualismo (únicos objetos analíticos)	Emergentismo (Irreducibles a individuos)
	Realismo (Cualidades estables, durables)	Constructivismo (Reproducción)
	Contextualismo (fenómenos en contexto)	No contextual (Fenómenos autónomos)
Problemáticas	Elección (actores eligen / consecuencias)	Constricción (Estructuras gobiernan)
	Conflicto (¿Por qué tanto conflicto?)	Consenso (¿Por qué no hay más?)
Epistemológico	Conocimiento trascendente, universal	Conocimiento situado, local, particular

**Debates básicos de las ciencias sociales (Abbott, 2004, p.52).**

Otro aporte de Abbott es el que retomo en la figura 7.3. La investigación científica, o el trabajo científico, están llenos de debates. La ciencia es un “campo de tensiones”, en que se produce más en la medida en que se fortalecen esas tensiones y se produce menos cuando se ignoran o se resuelven. Abbott enfatiza la importancia de trabajar permanentemente debates como los nueve que señala, comunes a los tres “programas de investigación”. Los primeros son los debates *metodológicos*: el debate entre el positivismo y el interpretativismo y entre el análisis y la narración. Los demás, los debates *ontológicos* y los que él llama debates sobre *problemática*, y el debate *epistemológico*, finalmente, entre si se puede producir conocimiento universal, trascendente, o solo se puede, o se prefiere, producir conocimiento situado local o particular. ¡Todo lo que hay que leer para ubicar qué quiere decir el “individualismo” en relación con el “emergentismo”! —qué palabras tan familiares unas y tan poco familiares otras; la traducción es mía. Me parece muy interesante la propuesta de mantener un esquema de tensiones y de atención

a los debates, porque la tensión uno no la inventa, está ahí y la tiene que reconocer y enfrentar de una cierta manera; lo que se inventa es la consecuencia de esa tensión, y construir objetos de investigación social sin tensión no lleva a gran cosa, según Abbott, y también lo podría afirmar yo. Abbott usa más este recurso de los debates que el recurso de los programas explicativos. Y como los debates son comunes a los tres programas explicativos, se pueden enfrentar con un esquema fractal. La hipótesis de Abbott es que estos debates, estas tensiones, se presentan siempre, independientemente de la escala de observación. No importa si estamos discutiendo una cuestión muy particular o la escala filosófica más general y abstracta, *fractalmente* aparecen estas estructuras si no nos salimos del campo. Si no aparecen, algo está mal.

Abbott elabora con todo eso algunos ejemplos de propuestas heurísticas, es decir, hace el manual de las cosas que habría que poner en práctica, pero no en el sentido de los manuales normativos que dicen cómo deben hacerse las cosas sino cómo podría rescatarse la parte creativa de la investigación. Empieza por hacer una clasificación de heurísticas, que se representa en la figura 7.4: hay unas muy simples, que tienen que ver simplemente con manejo del lenguaje; pero luego hay unas más propiamente reconocibles como métodos, que son muy comunes como heurísticas de búsqueda —*search*— por ejemplo las que usan analogías —“considerar que la sociedad es como un organismo”— o métodos prestados —“hacer observación etnográfica en las sociedades contemporáneas y no solo en los pueblos primitivos”. Hay también heurísticas de argumentación, por ejemplo, problematizar lo obvio, lo que nadie se pregunta, o una reconceptualización, que es un recurso heurístico muy común.

Para usar, por ejemplo, heurísticas descriptivas, puede imaginarse el objeto en otro contexto, de otro tamaño, etcétera. Hay luego heurísticas narrativas, que son un poco más sofisticadas, como ver qué pasa si “detenemos” ciertos procesos sociales y luego los “proyectamos” para atrás y luego los aceleramos. Estas heurísticas son operaciones más exigentes, que necesitan más inversión de trabajo. La revisión de Abbott

**FIGURA 7.4**

**La comunicación como proyecto de convergencia ante la transformación social**

Abbott (2004): *Methods of Discovery. Heuristics for the Social Sciences*

Heurísticas generales y fractales

- Heurísticas de búsqueda (analogías y métodos prestados) y de argumentación (problematizar lo obvio, reconceptualizar)
- Heurísticas descriptivas:
  - Cambio de contexto
  - Cambio de niveles
  - Establecer condiciones: juntar y separar
- Heurísticas narrativas:
  - Detener y poner en movimiento
  - Tomar y abandonar la contingencia
  - Analizar funciones latentes
  - Analizar contrafactuales
- Heurísticas fractales (emergen de los grandes debates)

**Heurísticas generales y fractales (Abbott, 2004).**

remata con las “heurísticas fractales”, su propuesta más elaborada, que consiste como método en el reconocimiento de las características de configuración que se repiten, que constituyen el objeto, independientemente de la escala en la que se observa. Y si no se pudiera observar esa tensión en diferentes escalas, entonces no es tan importante, no es tan constitutivo del fenómeno y habrá que “buscarle por otro lado”.

Hasta ahí esa revisión, de la que saco además una cuestión que me parece interesante: en la investigación sociocultural, o en la investigación de la comunicación, o en los procesos de formación —de aprendizaje, de descubrimiento— sobre estas cuestiones, es obviamente muy necesario recuperar esta parte complementaria —no opuesta— del rigor en el trabajo de investigación, que es la parte creativa, la invención, de tratar de buscar y encontrar sistemática y metódicamente lo que la norma rígida no deja ver. A ver: ¿dónde hay ejemplos, como los muchos excelentes ejemplos que usa Abbott, de los que podamos

aprender en el campo de la comunicación, no para repetirlos sino para descubrir cuál fue el procedimiento de creación? Mi sospecha de entrada es que hay más casos de ejemplos creativos que de ejemplos de rigor, en el sentido estricto del término.

Pero la cuestión que más me interesa es cómo hacer eso como práctica educativa. ¿Cómo se enseña a hacer eso? Pero primero, ¿cómo se aprende? Me queda claro que Abbott es un investigador con una cierta “personalidad” o, mejor dicho, con un cierto *habitus*, con un cierto conjunto de disposiciones, luego cultivadas profesionalmente, que le dan un perfil de experiencia, dispuesta a ser formulada y cuestionada y problematizada y ofrecida a sus alumnos. Yo supongo —aunque eso no lo dice él— que una parte de la experiencia que formula en estos términos parte también de la reflexión sobre la experiencia, como investigador y también como profesor. Supongo que tiene que ser así, porque si no, no tendría por qué pensar que esto les puede servir a los estudiantes. Eso es heurística. ¿Qué es lo que puede generar la heurística? Un impulso a lo que la palabra dice literalmente: a seguir buscando sobre lo que se va encontrando, y como no es *en lugar de* sino complementario al proceso de construcción de los criterios de rigor, hay que saber en qué momento es pertinente cerrar el proceso de cuestionamiento y quedarse con las respuestas provisionales, pero sólidas, que se pueden encontrar en los proyectos de investigación, y también en los proyectos de aprendizaje.

Ya para cerrar también este largo proceso de revisión, ¿qué tiene que ver la heurística con los proyectos sociales que cruzan por la universidad? Yo digo que el cultivo de una metodología, es decir, de una concepción de los métodos que incluya ingredientes como estos, puestos como objetos de aprendizaje y de ejercicio constante en proceso conforme sea necesario, es lo que constituye el proyecto social; es la formación de agentes capaces de hacer eso, con respecto a comprender todo lo demás, comprender mucho más, no solo la comunicación. Y no solo por el sujeto, individuo o comunidad, que trabaja profesionalmente más o menos así sino aquellos con los que interactúa. ¿Puede ser?

Creo que puede ser. ¿Es así? No, no es así, eso está clarísimo. ¿Puede ser? Puede ser, depende de si hace sentido o no.

Finalmente, cierro la sesión regresando a un esquema heurístico, el de la figura 5.1, que puede releerse en estos términos, aunque Giddens no lo formula así: la orientación o la búsqueda estratégica en el reconocimiento y desarrollo de esquemas interpretativos. ¿Qué son los esquemas interpretativos? Son mediaciones entre los procesos de interacción, llamados *comunicación*, y las estructuras de significación de la cultura. Los esquemas interpretativos son algo más que códigos. ¿Qué son? ¿cómo reconocerlos y desarrollarlos, en términos metodológicos y heurísticos? A lo mejor eso es algo más que una analogía entre propuestas teóricas, porque quizá leemos convergencias en textos que no necesariamente fueron producidos convergentemente. Sí, convergencia, además de todos los otros significados que pueden reconocerse en términos de una metodología de la comunicación, a lo mejor puede resultar alguna cuestión más interesante, que habrá que rescatar y formular para ver si se puede reconocer como tal; no si es cierto o es falso sino si tiene sentido, si hace sentido, si genera alguna manera de comprender otras cuestiones, por lo pronto. Como ven, este es un cierre que no es cierre, pero que en algún sentido lo es si sirve para recoger algunas de las cuestiones ya abiertas en sesiones anteriores, al menos desde mi perspectiva. Escucho.

## CONVERSACIÓN CON LOS PARTICIPANTES

**(Participante no identificado):** Siguiendo un poco con las ideas que plantea Abbott en relación con los diferentes programas explicativos, me interesaría saber, específicamente, ¿cuál es la experiencia personal en torno a esos procesos de formación para la investigación? Porque a partir de mi experiencia creo que es un punto muy complejo, que aún después de dos o tres años de maestría, incluso de doctorado, todavía cuesta mucho trabajo entender por qué salen los estudiantes con tantas deficiencias en el campo de la investigación.

**Raúl Fuentes Navarro (RFN):** Y se hace un poco más angustiante el asunto cuando ve uno su propio caso: ¿por qué soy tan poco capaz de plantear y resolver problemas? —que eso es el arte de la metodología— ¿qué hay en la formación o en el entorno que dificulta esas cuestiones? —que no son fáciles de por sí—. Uno supondría que con ciertos niveles de escolaridad deberían de estar por lo menos mejor apuntados. Creo que ese es el punto de partida. ¿Qué hacer al respecto? La salida fácil es regresar a tratar de llenar los huecos, pero en mi trayectoria personal viendo los huecos repetidos de los estudiantes, que son también en alguna medida los míos —nada más que eso no lo confieso tan seguido— me encuentro con que es muy necesario, casi indispensable, pero muy poco productivo el regresar, el ir hacia atrás. Mi salida es tratar de generar el reconocimiento de lo que hace falta y tratar de remediarlo pero no yendo hacia atrás sino hacia adelante en este punto. Hay cosas que no se pueden hacer; por ejemplo, para resolver cualquier problema de investigación hay que tener un cierto dominio de las habilidades de búsqueda, que es muy difícil pensar que se van a superar hacia adelante. Es decir, “¿qué leo para salir de aquí?” La pregunta sobre cuál es la fórmula mágica, generalmente no resuelve, puede ser que ponga un parche, y entonces, en el mejor de los casos, se queda en la realización mecánica, pero no más. Porque creo que desarrollar habilidades de búsqueda de información es muy difícil de solucionar, creo que ahí no hay gran cosa que hacer. Pero con bases como esa, quizá al decir en algún caso que leer a Max Weber puede resultar útil en este momento, si se sabe cómo buscar en la obra de Weber, leyéndolo directamente, eso pueda ser que resuelva. Aunque sería bueno haber leído a Weber antes, creo que puede no ser tarde, por lo menos para lo que va para adelante, y probablemente luego sirva para otra cosa que no sea para *llenar el hueco* nada más. Mi experiencia no da para más, no tengo elementos que sirvan más en general para diagnosticar cuáles son los huecos en los procesos de formación y cuál es la secuencia necesaria para remediarlos en un momento dado. Conozco algunos profesores que son muy hábiles para hacer eso, que

saben diagnosticar muy bien qué es lo que se tendría que hacer para llenar el hueco y seguir la secuencia de formación, pero creo que eso es muy difícil, yo no tengo la claridad que me gustaría tener al respecto. Probablemente, mi propia formación ha enfatizado mucho este tipo de acercamientos, más heurísticos que lineales. No sé.

Pero sí es claro, en una perspectiva menos particular, menos concreta, que la formación básica y la que sigue de la básica se han ido deteriorando estructuralmente. Yo no puedo y creo que casi nadie puede tener la experiencia en México de haber trabajado en nivel de doctorado por cuatro décadas —porque hace cuarenta años casi no había programas de doctorado— con estudiantes que no supieran leer. No me imagino cómo se podría haber dado ese caso. Es un asunto estructural: no había programas de doctorado y suponemos que los que cursaban una licenciatura tenían un desarrollo más sólido en cuanto al desarrollo de competencias, pero eso tiene una relación muy complicada con el hecho de que eran muy pocos. Cuando yo entré a la licenciatura, en 1970, era uno de 250 mil estudiantes universitarios en México. Ahora hay diez veces más: dos millones y medio, lo que representa un crecimiento notable. No lo digo como causa sino como escenario en donde se podría ubicar eso que se ha manifestado como resultados de investigación y como sentido común, de que los procesos de formación han perdido calidad, solidez, etcétera. Se le puede echar la culpa al sindicato, o se le puede echar la culpa a la televisión, o se le puede echar la culpa a lo que sea, pero hay esa sensación de que el nivel académico es cada vez más pobre, cada vez más bajo —y no solo en México sino en todos lados. ¿Cómo enfocar esa perspectiva más directamente, en un escenario que estructuralmente se puede diagnosticar de esa manera? Algo que me queda claro de todos modos es que la formación de investigadores es algo en lo que hay que trabajar de uno por uno, caso por caso, y que el trabajo de uno por uno es un trabajo carísimo y que nada garantiza que ese trabajo de educación personalizada, vaya a dar los resultados que lo justifiquen. Porque se tienen que justificar, además de en términos

de evaluación tecnocrática y de eficiencia terminal, también en otros términos más amplios.

Mi salida cotidiana va por el lado de insistir en ciertas cuestiones muy particulares y tratar de seguir el proceso de “remediación” —de ponerle remedio a los problemas, no en el otro sentido, de cambiar de medio— y confiar en que eso sea suficiente para los propósitos y proyectos de cada persona. Una de las cosas que van junto con eso —en mi sesgo al respecto— es afirmar que finalmente la responsabilidad del proceso de formación es del estudiante. La responsabilidad del profesor acompañante es complementaria, importantísima si se quiere, pero de segundo nivel; no se le puede echar la culpa al asesor, o al tutor, o al director, o al coordinador, de todo lo bueno o de todo lo malo que resulte de esa interacción que es el proceso de formación. No creo que sea un problema; es un desafío cotidiano, y digo que no es un problema porque no tiene una solución dada; es un desafío como condición de interacción y de desarrollo profesional. Es un proceso en el que hay que ir avanzando. Sí creo que no sería muy aceptable el planteamiento conformista al respecto, “bueno, finalmente se hace lo que se puede”. No sé qué más decir porque es parte de la experiencia cotidiana, no tengo una formulación más avanzada sobre eso.

Y un poco en la referencia a Abbott, es que hay una elaboración que es muy importante, que es un elemento central de la cultura académica situada: ¿cuáles son los límites para lo que puede decir, publicar, un académico de prestigio internacional, de la Universidad de Chicago? y eso incluye de una manera muy importante también el margen de la heterodoxia ¿que está no solo permitido sino también impulsado por la misma posición? En el sistema estadounidense es muy importante el papel que cumplen los sujetos, y las posiciones, y los discursos heterodoxos, en función del pluralismo que consolida el sistema en su conjunto. Esa lógica tiene muchas manifestaciones, a mí me sirve mucho para entender la importancia de evitar que se *congele* el sistema en un conjunto de creencias y de procedimientos estándar, y eso es un motor histórico muy importante no solo en el sistema estadounidense para



conciliar los movimientos de acumulación y reproducción eficiente con los principios autocríticos del sistema, los que lo van renovando y lo van manteniendo en tensión interna. Esto último sí me parece bastante claro: sin tensión interna los sistemas se estancan, se congelan y no producen. El discurso más heterodoxo, más fuera de las normas de lo políticamente o de lo académicamente correcto, es muy útil, muy necesario... y si no hay disponible un crítico de estos, incendiarios, hay que inventarlo. Un buen ejemplo de eso lo asumió Bourdieu, en Francia. Hizo ese papel muy bien hecho, fortaleciendo la parte heterodoxa del sistema, que no tiene que ver con las convicciones morales, sino con una visión más estructural del asunto.

**Óscar Bustamante, estudiante del Doctorado en Estudios Científico-sociales del ITESO:** Yo esta sesión la interpreto a partir del título incluso, como una reflexión en torno a la relación universidad-sociedad. Tengo acá un material que de algún modo me permite complementar esa lectura que yo hago —que es lo que tú estás proponiendo— que es un artículo tuyo precisamente del número fechado en julio-diciembre de 2009 de la *Revista Latinoamericana de Ciencias de la Comunicación* de la Asociación Latinoamericana de Investigadores de la Comunicación (ALAIC), un artículo tuyo titulado “Investigación de la comunicación: incertidumbre y conocimiento de la sociedad”. Ahí estableces una relación precisamente entre esos tres términos, entre esos tres espacios que tú delimitas para hacer un planteamiento, pero yo me quisiera detener, especialmente, en lo que tú vas introduciendo, en parte hablando del caso mexicano y también —no sé si es deliberado— haces un juego entre lo que es “sociedad del conocimiento” y “conocimiento de la sociedad”. Yo quisiera citar nada más un *parrafito* en el que dices: “La noción de la sociedad de la información se basa en los progresos tecnológicos, en cambio, el concepto de sociedad del conocimiento comprende dimensiones sociales, éticas y políticas mucho más vastas. El hecho de que nos reframamos a sociedades en plural, no se debe al azar sino a la intención de rechazar la unicidad de un modelo *listo para*

*su uso* que no tenga suficientemente en cuenta la diversidad cultural lingüística, único elemento que nos permita a todos reconocernos en los cambios que se están produciendo actualmente”. Entonces, efectivamente, si incluso la “sociedad de la información” o la “sociedad del conocimiento” han sido fórmulas de uso corriente desde hace ya varios años, se han tendido a naturalizar y por lo tanto se utilizan acríticamente, y pareciera que son muy transparentes para todos. Si tú te pudieras referir a eso, a partir de esta cita y de la interpretación que yo hago de lo que tú trabajas...

**RFN:** Gracias Óscar. El párrafo que leíste no es mío, es de la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (Unesco), aunque sí es mío porque yo lo cito (Fuentes, 2009), hago la referencia a que “la Unesco dice en su documento central sobre Sociedad del Conocimiento”... Me parece suficientemente bien formulado para adoptarlo y a partir de ahí hacer algunas cosas que —como bien lees— se refieren a la interacción política institucional en México; de eso se trataba. También los textos tienen sus circunstancias; teniendo al lado a Armand Mattelart, me interesaba acercar algunas cuestiones que pudieran complementar lo que me imaginaba que Mattelart podía decir, pero poniéndole un tinte también nacional, porque estábamos en Monterrey, en la Universidad Autónoma de Nuevo León. Esa es otra circunstancia de ese texto. Pero lo central es lo que señalas, es decir, la intención de desmontar algo que se ha convertido en un lugar común, en un referente discursivo sobre el que se organizan congresos, porque es el tema del año. Ahí lo que hice fue montar dos de esos temas; el de la incertidumbre —que fue un tema anterior— y el tema de la sociedad de la información y del conocimiento, esa discusión que a fines de 2009 estaba muy fresca todavía.

La parte retórica, que es un componente fuerte de ese texto, permite abrir un espacio de discurso que, probablemente, pueda tener algún efecto más allá del momento, la circunstancia y el lugar común, y está insinuado así al final de este textito en la confrontación entre

universidad y medios, que por ahí aparece. Es que el mecanismo de formulación de esos lugares comunes, de esas etiquetas efímeras para discutir, es el mecanismo de los medios. Ahí sí me atrevo a imaginar que la génesis de los temas de discusión en la academia era —así como dijo Umberto Eco en su texto citado hoy— independientes de la moda, de la novedad, del ciclo rápido de formulación temática que han introducido los medios. Es decir, se atienden ciertas cosas y no otras —como ejes de discusión que vale la pena hacer— en ciclos más largos, que permiten que alguien se prepare, lea, investigue, trabaje durante algunos años para tener algo que decir en un coloquio, en un foro, en un congreso, sobre algún tema que vale la pena. La universidad y la academia han adoptado mucho estos temas efímeros, de urgencia, de “saberes desechables”, incluyendo la formulación de saberes desechables como saber desechable, como si fuera relevante nada más lo inmediato. Para el periodismo y para la televisión eso es claro, pero tampoco tendría que ser tan aceptable según un debate viejo sobre la función social o la responsabilidad social de los medios. No es nada más manejar lo inmediato, lo efímero. Puesta esta tendencia en términos de la academia, es terrible, porque tampoco está hecha la academia para generar discursos renovados cada semana, porque la industrialización de la academia tampoco ha llegado a tal nivel. Por una parte, lo que sucede es que los temas del día, los temas de moda, o los temas de la semana, se convierten en etiquetas que sirven para decir lo de siempre, o lo de un periodo más largo. Pero por otro lado, también, eso genera un desgaste de los temas y entonces hay que renovarlos para la siguiente semana, para seguir diciendo lo mismo, porque es lo que se tiene para decir, con cualquier pretexto. La adopción de un modelo análogo al del entretenimiento masivo, pero sin una capacidad de producción comparable, ya empieza a ser más que preocupante. Hay que regresar y ponerlo en alguna perspectiva; por eso el juego un poco irónico de decir “ustedes me invitaron a hablar sobre la sociedad del conocimiento, pero yo prefiero hablarles del conocimiento de la sociedad, que es un tema de un ciclo un poco más largo que el otro”.

Por supuesto, el efecto pragmático de eso es muy efímero y limitado, en contraste, por ejemplo, con la conferencia de Armand Mattelart (2009), relacionada con su libro más reciente, *Un mundo vigilado*, que tematiza un asunto reconocible pero no conscientemente, y que genera un miedo justificadísimo, para la cual Armand es especialmente hábil. No estaba hablando de la circunstancia mexicana, ni de la academia, ni de las universidades públicas, ni de su responsabilidad social. ¿Qué tenía que ver con la sociedad de la información? un aspecto poco trabajado, muy bien contextualizado. Supongo que a mí me invitaron por razones diferentes de por las que invitaron a Armand Mattelart. También eso se tiene que ver en términos del montaje de los “eventos” académicos. Como se trata de una facultad de comunicación muy importante, en una universidad pública muy importante, y la presencia mediática de lo que hace la universidad es fundamental, traer a Mattelart es un recurso excelente, que se balancea con un invitado nacional que complementa el paquete, y ese honor me tocó a mí esa vez. Hay muchas anécdotas que se pueden contar para ilustrar lo cercanas que están a veces las realidades de la universidad con las de la sociedad representada por los medios y a veces mucho del afán institucional está puesto, no en la educación, y menos en la educación crítica y reflexiva, sino en la participación en el espectáculo, y los criterios para evaluar son esos. Pero creo que no es tan interesante recuperar esas anécdotas, que aunque puedan ser divertidas, pueden llegar a ser confusas. Por hoy, muchas gracias.



## ***La comunicación y su estudio académico ¿centralidad y marginalidad?***

Después de una relativamente apresurada elaboración del programa de la cátedra, quedó planteado con cierto nivel de detalle y ahora, para cerrarlo, hay que revisar cómo resultó lo anticipado. El marco que uso es el objetivo de la cátedra como proyecto departamental, no solo el de la versión que estuvo a mi cargo este semestre. Dice el diseño de este espacio académico, parte del Programa Formal de Investigación en Estudios Socioculturales, que su objetivo es:

Fomentar el interés de la comunidad universitaria por la investigación original y su impacto en los ámbitos tanto académicos como sociales y políticos, a través de la articulación de propuestas, visiones y estrategias, que desde la universidad coadyuven a la construcción de una sociedad crítica y participativa, informada y comprometida de cara a la complejidad de la época que atravesamos.

De toda esa formulación, me quedo especialmente con la última frase: subrayo la idea de trabajar “de cara a la complejidad de la época que atravesamos”. Hay una articulación que fue para mí punto de partida en términos de ese objetivo, y me ayudó a ponerle un eje al programa, que tiene que ver con que esa “complejidad de la época que atravesamos” no empezó la semana pasada ni con el sexenio de Calderón, ni mucho menos. Yo creo que, en sentido histórico, esta época de transición y de complejización del mundo en el que vivimos, comenzó entre los años sesenta y setenta del siglo XX y empezó a percibirse de una manera más

angustiosa, por lo menos en México, a partir de finales de los ochenta y principios de los noventa. Es decir, no es una novedad, es una condición más o menos amplia, y en ese periodo no solo es donde se ha ubicado el trabajo de investigación del que tengo que dar cuenta sino también ha sido un marco de complejización, objetiva y subjetiva, de los hechos históricos, sociales, culturales, a partir de los cuales he construido mis objetos de investigación, pero también todos los demás; tampoco es una cuestión particular mía.

Lo que acaba siendo particular es cómo se asume esa condición. Aquí sí hay grandes y notables variedades de posturas; esta *complejización* no es algo que se tenga que tomar de entrada, es algo que se va construyendo conforme se van enfrentando las dificultades, y descubre uno, por ejemplo, que la primera novela de Umberto Eco es excepcional, pero que las siguientes presentan otro tipo de dificultades que hacen que uno tenga menos disposición para dedicarle todo el trabajo que se requiere para poder disfrutarlas. Es proverbial —creo que está en las *Apostillas a El nombre de la rosa*— la declaración de Eco, novelista entonces novato, donde dice que las primeras cien páginas de una novela son la penitencia que tiene que pagar un lector para poder merecer entrar al mundo que construye la novela. Yo como lector, y bastante *fan* de Umberto Eco, empecé a dejar de tener la disposición de pagar esa penitencia en sus novelas más recientes. Me quedé con tres: una inmersión muy profunda, muy placentera en *El nombre de la rosa*; otra muy diferente pero también muy intensa, en *El péndulo de Foucault*; y una más ligera, pero también enormemente disfrutable, con *La isla del día de antes*, y ya. Con las demás no he podido, no sé si cuando sea viejo lo pueda hacer, y eso lo digo desde hace muchos años. No he podido tener la disposición de cubrir esa “cuota”; entonces no podría decir si es que las novelas de Umberto Eco perdieron atractivo, intensidad, calidad literaria. Lo que sí me queda claro es que ahí hay un corte en la interacción que, con más claridad y seguridad, me lo puedo atribuir a mí. Es decir, no estoy tan dispuesto a trabajar en lo que exige esa propuesta como lo estuve antes.

Es una especie de metáfora, pero también algo más, y se me ocurrió al ver una de las novelas aquí encima de la mesa, a propósito de trabajar “de cara a la complejidad de la época que atravesamos”. Esa cuestión, sin necesidad de elaborar una interpretación compleja de la complejidad, sí presenta una condición en la cual uno no puede dar por sentado ni siquiera las premisas más básicas de lo que es la investigación en ciencias sociales, o en ciencias de la comunicación. Se va construyendo un hábito que luego se relaciona con el *habitus*, que no es lo mismo, para tratar de enfrentar, de dar esa cara, o de establecer interfaces, que sí es lo mismo, con esa complejidad desde una postura, pudiéramos decir compleja, pero prefiero decir escéptica, crítica, cuestionadora al menos de los supuestos.

Eso hay que hacerlo responsablemente, y esta cuestión de la responsabilidad acaba siendo una de las constantes, porque uno no se puede quedar con todos los marcos en suspenso. A la hora que se abren los marcos y se los relativiza, necesariamente para mantener el mínimo equilibrio para poder moverse, uno de los aspectos que se elige tener como constante —como algo estable— es un marco que pudiéramos llamar ético, y la ética no como el gran discurso de autoridad sino la ética entendida en una de sus acepciones más tradicionales, más puras, que es la capacidad de hacerse responsable de los actos, y la capacidad desde ahí de tomar decisiones en los casos, porque los principios en abstracto tienen poca utilidad práctica, inmediata; para lo que sirve la ética es para poder tomar decisiones de caso, de relación inmediata. El eje que principal, no exclusivamente, va sirviendo como plataforma estable para hacer cuestionamientos de otras dimensiones de nuestra existencia, es el cuestionamiento ético de una actuación profesional. No es el sentido de la vida en términos más amplios; es el sentido del desarrollo profesional.

Cuando uno declara eso, la referencia inmediata es el aspecto profesional del trabajo universitario, de la investigación y de la enseñanza y de los demás aspectos que tiene la profesión académica, y entonces hay esa dualidad, esta perspectiva doble que tiene que ver con cómo,



por qué y para qué hace uno las preguntas; cómo, por qué y para qué refiere esas preguntas a objetos del no-yo, del mundo circundante, para tratar de generar qué clase de procesos o qué clase de respuestas, depende del caso. A veces, el sentido de una interacción está en el proceso mismo, y creo que la educación superior tiene mucho de eso; no es solamente la transmisión de respuestas. Antes que eso, en muchos sentidos, es la generación de preguntas, no de respuestas. Pero tampoco puede uno adoptar un modelo contemplativo del universo, lleno de enigmas y de preguntas, sin un plazo y una condición para generar respuestas. Creo —en el sentido de que estoy convencido de, a lo mejor alguien o alguna situación me convence de lo contrario, y entonces creeré en otra cosa— que lo que pasa con ese esquema es que al enfatizar el valor de las preguntas, la implicación es que las respuestas se vuelven provisionales, se vuelven sujetas a un cuestionamiento posterior, necesariamente. Parte de la respuesta es su condición de ser abierta a nuevos cuestionamientos.

Si uno cree eso, como una esquematización fundamental de la práctica educativa universitaria, es muy fácil coincidir con un esquema análogo que tiene, por ejemplo, la producción científica. No otro tipo de producción intelectual pero sí la producción científica. La ciencia no busca verdades absolutas, busca establecer verdades útiles, provisionales, relativas, y en proceso. Aunque muchos científicos no lo asuman así, la concepción preferente de lo que es el trabajo científico tiene esa misma característica. Y también lo tiene una concepción de la comunicación social, o de la comunicación humana. Estas elecciones, estos sesgos, estas decisiones de adoptar una perspectiva que se va construyendo en el proceso de práctica, en el proceso de aprendizaje, empiezan a generar algunas claridades y algunas oscuridades que antes no estaban. Subrayo algunas de las mías: ¿por qué no conformarse y a partir de ahí desarrollar una perspectiva más mecánica —sin que sea peyorativo— para elaborar saberes y haceres en comunicación? Es decir, en el esquema tradicional, la comunicación es la producción y emisión de mensajes que circulan destinados a un receptor que los

interprete y, para salirse de lo más simple, de esa manera concreta el diálogo. El diálogo como figura de comunicación es una propuesta muy simple que puede servir para enfrentar la complejidad y tener un cierto control de ese entorno, para saber qué hacer como profesional de la comunicación.

¿Por qué no quedarse ahí? O mejor dicho, no quedarse ahí sino desde ahí partir a trabajar. Otra vez, es una opción. No una elección en un menú sino una etapa en un proceso que se va construyendo, pero que hay que regresar porque uno acaba tomando esas opciones sin estar necesariamente consciente de todas las implicaciones, y como se van haciendo tejidos que amplían la postura ante el mundo, conviene de vez en cuando tener algo que se podría llamar una *instancia de vigilancia epistemológica*, o un sentido de autocrítica, o incluso un mecanismo de *retroalimentación* en el sentido de Norbert Wiener, para ir corrigiendo la actuación en función del reconocimiento de los efectos, los resultados generados por esa actuación, el monitoreo reflexivo de la acción, etcétera. Hay muchas versiones de eso: es una fase importante.

En ese marco, más o menos bosquejado así —creo que es suficientemente claro lo que quiero decir aunque no lo describa totalmente— la cátedra, esta cátedra de primavera de 2011, bajo el título *La comunicación desde una perspectiva sociocultural: centralidad vs. marginalidad*, ha sido una oportunidad de hacer ese ejercicio de revisión de los puntos claros y de los puntos oscuros que están metidos en una trayectoria y en un proceso que empezó hace ya muchos años, y espero que termine dentro de muchos más; no en mayo o junio de 2011, tampoco en diciembre de 2012 cuando se acabe el mundo, según dicen los medios. Espero que siga más allá del “fin del mundo”, de ese “fin del mundo” de diciembre de 2012 que falsamente le han atribuido a los mayas, y hacer eso de una manera que desde lo subjetivo es una oportunidad excepcional: hacer esta revisión en compañía; no hacerla yo solo en un soliloquio, por más crítico que fuera. También, visto desde otro ángulo, es por supuesto un privilegio. No cualquiera tiene

la oportunidad, institucionalmente sancionada y apoyada, de hacer ese tipo de procesos durante un semestre.

Ayer, a propósito, caí en la cuenta de que un proceso muy importante de evaluación de candidatos y selección de estudiantes para la próxima generación del doctorado, que hicimos colegiadamente el lunes, tuvo unos costos “invisibles” para la institución de varios miles de pesos; costos “invisibles” como el tiempo pagado de diez profesores sentados para cumplir la tarea. Hablo solo de la reunión final porque todo el proceso fue mucho más largo. Estaba cansado, pero muy satisfecho de lo eficiente que había sido la reunión. Más vale, porque esa reunión costó unos buenos miles de pesos en los salarios de los profesores; el café, el agua y los *sandwichitos* que se consumieron son costos marginales. Y estaba jugando con la idea de cuáles son las probabilidades, los riesgos prácticos, de que ese dinero se desperdicie. Es decir, que no logremos acuerdos y que tengamos que volver a reunirnos, y gastar más recursos. Me quedé tranquilo porque sí logramos hacer lo que se tenía que hacer; en cuatro horas estaba resuelto el final de ese proceso con decisiones consensuadas; el final de esa fase del proceso, mejor dicho, porque los seleccionados y los rechazados todavía no lo saben. Ahora faltan otras fases. A ese tipo de procedimientos académicos me refiero; esta dimensión que no puede separar la responsabilidad, la conciencia, la capacidad profesional de individuos. Hay una dimensión individual, pero sobre todo hay una dimensión grupal. El trabajo académico no se hace aislado, y si se hace así, puede salir muy mal y servir para muy poco.

Pero hay todavía otra dimensión, que es la dimensión institucional. ¿Por qué tenemos que hacer eso, por qué tenemos que hacerlo así, y por qué con esos costos? Por razones institucionales. Y ahí está esa zona del trabajo cotidiano que hace que los sujetos naturalicemos, o borremos de la conciencia, los costos y la historia institucionalizada, y nos dediquemos a trabajar muy responsablemente, o no; de todo sucede. ¿Qué es lo que sucede en una clase? Una clase tiene costos institucio-

nalizados que en su mayor parte quedan ocultos, que no están en la mesa a la vista, afortunadamente. Sería horrible que estuvieran encima de la mesa siempre. A ese tipo de situaciones me refiero, poniendo la cátedra en ese escenario. Y diciendo que no solo es una oportunidad extraordinaria para que uno reflexione en voz alta ante ustedes y con ustedes sino que también es una oportunidad excepcional, solamente posible en términos institucionales. No es tan separable una cosa de la otra. Y hay otras escalas y dimensiones más amplias que me las evito, porque esta introducción se alarga. No se preocupen, lo que hay hoy después de la introducción es bastante más corto.

Ese es el punto de partida y de un planteamiento así saco dos cuestiones: una, ¿cómo se puede comparar el punto de partida con el punto final de la cátedra, de este diseño de ocho sesiones, etcétera? ¿cuál es el parámetro más pertinente para comparar cómo estábamos el día de la presentación, sesión cero, y hoy, sesión ocho? ¿qué ganamos, qué perdimos, cuáles son los indicadores más pertinentes, más importantes para saber si valió la pena la inversión o no; qué hubiera salido mejor si se hubiera hecho de otro modo?

Creo que este balance, al agitar las aguas de una manera deliberada, y con pretensiones de hacerlo responsablemente, clarifica más algunos aspectos y oscurece otros. Mi balance estaría centrado en la pregunta: ¿quedaron algunas oscuridades más claras, o quedaron algunas claridades más oscuras? Una respuesta afirmativa a cualquiera de las dos opciones sería una ganancia que justificaría en alguna medida el esfuerzo y el trabajo invertidos. Si teníamos cuestiones que no podíamos formular de una manera suficientemente clara como para poderlas trabajar y resolver, provisionalmente, y la cátedra ayudó a formular mejor la pregunta, hay una ganancia. También al revés; si la cátedra ayudó a que le pusiéramos atención a algo a lo que no le hubiéramos puesto atención de otra manera, que creíamos que era algo obvio, y lo empezamos a problematizar, entonces también valió la pena. Cada quién sabrá qué aprecia más, si “oscuridades clarificadas” o “claridades oscurecidas”. Lo que le da sentido es el trabajo sobre el ¿para qué? y

ese es un asunto del que yo tengo que dar cuenta de mi versión, y cada uno de ustedes de la suya, si quieren. No tienen por qué coincidir; lo quiero subrayar, no tienen que ser las mismas. Esa me parece que es una formulación muy útil, no solo para monitorear reflexivamente la acción sino también para construir los objetos de referencia socioculturales de comunicación, y de otras cosas, sobre, con, acerca de lo que trabajamos. Se acabó. Esa es la moraleja de este cuento. Lo refiero a cómo quedó formulado el objetivo de esta versión de la cátedra en particular.

El objetivo que propuse fue “Documentar y extender los fundamentos e implicaciones de una concepción sociocultural de la comunicación, situada y reflexiva, que permita identificar y compartir perspectivas tanto científico-académicas como ético-sociales sobre las dimensiones, recursos y posibilidades comunicativas de la vida social”. Todo lo anterior resumido ahí, según mi lectura. Quédense con la versión que a cada uno de ustedes le pueda funcionar mejor. La clave es desentrañar o buscarle consecuencias a la formulación. ¿Qué significa, qué consecuencias puede tener, qué misterios permite formular o reformular esta fórmula de la *producción social de sentido sobre la producción social de sentido*? —así está planteado en el programa — para, o mediante, una revisión crítica y debate de esa perspectiva sociocultural, de seis obras publicadas en los últimos cinco años, de las cuales saqué algunas referencias, mucho menos de las que me había imaginado al principio porque en el proceso de la cátedra, según los temas que había predeterminado, resultó que había otros textos que me resultaban más pertinentes y, con diferencias, nunca se me olvidaron pero acabaron sirviendo relativamente poco.

Ya estaba dicho que no se trataba de hacer una revisión de las novedades teóricas sino de hacer otras cosas con la lectura. Con esos referentes, entonces, un homenaje a los seis autores de los seis libros. Hice para esta sesión una selección de las citas que a mí me dieron más sentido, estas claridades reforzadas o, en algún caso, oscuridades que me quedaron clarificadas; y se los propongo como recapitulación.

Varias de estas citas no son descubrimiento de este semestre, pero sí confirmación de su utilidad.

## CITAS PARA UNA RECAPITULACIÓN

Así como propongo que la comunicación es “la producción social de sentido”, asumo la definición de James Carey de los años setenta: “La comunicación es un proceso simbólico en el que la realidad es producida, mantenida, reparada y transformada” (Carey, 1989, p.23), que según las clasificaciones de Robert Craig (1999) del campo de las teorías de la comunicación, es una definición absoluta y nítidamente “sociocultural”.

“Comprender la comunicación es comprender mucho más”, de John Durham Peters (1999, p.2), es una frase secundaria porque antes dice, también citando a Carey, que “nuestra comprensión de la comunicación es un desastre” y que sería importante que no fuera tal, porque comprender la comunicación, más que *es*, *sería* o *podría* ser comprender mucho más. Esa fórmula entendida así me abre una perspectiva enorme.

Y una de Klaus Bruhn Jensen (2010, p.165):

Un centro importante de la investigación futura permanece fuera de la comunicación —en el fin de la comunicación y en sus intersecciones con otras prácticas políticas, económicas y culturales. Ahora es un buen tiempo para considerar cómo los estudios de medios y de comunicación podrían ser diferentes.

Creo que también hace diez años, o hace 20, o hace 30, o dentro de diez, 20, 30 o 40 años sería un “buen tiempo”... pero si es “ahora”, ¡mejor! Me quedo con ella y la reservo para ponerla como epígrafe.

Otras dos citas. Una de Craig (1989, pp. 97–98): “Como una disciplina práctica, nuestro propósito es cultivar la praxis comunicativa o el

arte práctico mediante el estudio crítico; todo nuestro trabajo persigue, o debe hacerlo, este propósito”. Redonda. También me quedo con ella, sin más. Y finalmente, una de Jesús Martín-Barbero (2002, p.224):

¿Cómo hemos podido pasar tanto tiempo intentando comprender el sentido de los cambios en la comunicación, incluidos los que pasan por los medios, sin referirlos a las transformaciones del tejido colectivo, a la reorganización de las formas del habitar, del trabajar y del jugar? Y ¿cómo podríamos transformar “el sistema de comunicación” sin asumir su espesor cultural y sin que las políticas busquen activar la competencia comunicativa y la experiencia creativa de las gentes, esto es, su reconocimiento como sujetos sociales?

Una condensada provocación permanente de Jesús; no es que ya se pueda responder este tipo de preguntas. Es algo que hay que trabajar permanentemente.

Retomo también una formulación mía, que traída a este contexto me vuelve a hacer mucho sentido: ¿Qué es lo sociocultural? Sí, “es una perspectiva, es un punto de vista, un lugar desde el cual se puede ver. Es una perspectiva que se adopta para analizar la realidad del mundo en distintas escalas de una manera que las divisiones disciplinarias tradicionales en la mayor parte de las ciencias sociales y las humanidades no facilitan”; no es que no sirvan, es que hace falta algo más. Pero también lo sociocultural es una opción, es algo que uno elige adoptar; es una opción por la construcción y el estudio de objetos de conocimiento que incluye en un solo modelo dimensiones analíticas, económicas, políticas, culturales, que de otra manera pueden quedar desarticuladas, o no; puede haber otras perspectivas que también sirvan para eso. Esta es una opción. Pero entonces es también una propuesta, y quizá ese sea el sentido más fuerte de la definición. *Es una propuesta de producción académica para buscar la superación de las constricciones disciplinarias sin descuidar el aprovechamiento de los aportes de las disciplinas. Esa*

es la versión de uso cotidiano, más que las otras. Hay una relación, pero la razón por la cual vale la pena hablar y discutir esta perspectiva sociocultural es porque es una propuesta que se pone a prueba y en interacción como algo que se ofrece para que sea adoptado por los estudiantes, y los profesores, y la institución, y los demás también. Sobre todo, los estudiantes.

## SEIS LECTURAS ENTRECruzADAS

Y a propósito de la pregunta sobre la centralidad de la comunicación o su marginalidad —esta sesión se llama, en interrogantes, ¿centralidad y marginalidad? Ya no *versus*— ¿qué dicen los autores básicos? hay algo que se puede encontrar al respecto en la obra de los seis autores, si bien unos tienen más énfasis e intención que otros. Eso es lo que presento en la figura 8.1.

Encontré, por ejemplo, una preocupación sobre la construcción ontológica de la comunicación como un objeto central, en algún sentido, en cuatro de los seis autores: no tanto en Scolari y menos en Wolton, pero sí en Søren Brier, Manuel Castells, Jensen y Manuel Martín-Serrano. También en cuatro de los libros, un énfasis en la respuesta tentativa a esa pregunta sobre la centralidad de la comunicación en términos epistemológicos: sobre todo en Jensen, Martín-Serrano y Scolari, un poco menos en Brier y casi nada ni Castells ni en Wolton. Sobre la dimensión praxeológica, centralidad fuerte en Jensen y en Wolton, prácticamente ausente en Brier, secundaria en Castells y en Martín-Serrano casi nada. Él tiene desarrollado eso en otros libros, no en este. Una sorpresa fue, según esta lectura mía, encontrar que la preocupación sobre la centralidad de la comunicación en términos metodológicos es tenue; solo relativamente fuerte en Jensen y en Martín-Serrano y poco en Scolari, y en los otros tres, casi nada. Recordarán que en una de estas sesiones propuse que en realidad donde había que trabajar más la comunicación era en la dimensión metodológica. A lo mejor estos autores no están muy de acuerdo.



**FIGURA 8.1**

La comunicación y su estudio académico ¿centralidad y marginalidad?						
¿Centralidad de la comunicación?	Brier	Castells	Jensen	Martín-Serrano	Scolari	Wolton
Ontología						
Epistemología						
Praxeología						
Metodología						
	Información	Poder	Sentido	Acción	Hipermediación	Estructura
Intitucionalidad						
Internacionalidad						
Convergencia						
Política						

**Lectura de énfasis sobre la centralidad de la comunicación en seis libros.**

La cuestión de la institucionalidad del estudio de la comunicación casi no le interesa a ninguno de estos autores, por eso tuve que traer recurrentemente a James Anderson y a Robert Craig y a otros, porque a mí sí me interesa mucho la centralidad en esta dimensión y me hacía falta lo que estos seis autores básicos no me daban. Igualmente, la cuestión de la *internacionalidad* académica del estudio de la comunicación, casi a ninguno interesa; están preocupados por otras cosas. Por ejemplo, la *convergencia*, que para unos es sobre todo la convergencia tecnológica de los medios y para otros es la convergencia en un sentido mucho más amplio, especialmente en términos políticos y económicos, aunque también hay otras acepciones: *convergencia* no necesariamente quiere decir siempre lo mismo, es como un término de moda. Al único que de plano no le encontré interés por esa cuestión es a Martín-Serrano.

En cuanto a la política también me llevé sorpresas. La referencia más directa hacia la política como modelo de convivencia social, nada más la encontré fuerte en Wolton y en Castells. Aunque Jensen tiene

algo por ahí, no alcanza a ser una formulación fuerte: está más bien puesta en términos teóricos o abstractos, antes que como referencia a la constitución del mundo contemporáneo o alguno de sus aspectos. La figura 8.1 es, finalmente, una representación de la lectura de un sujeto en este contexto, con estas relaciones intertextuales de seis obras, que abre la necesidad de volver a leer ciertas claves: “información” en Brier, “poder” en Castells, “sentido” en Jensen, “acción” en Martín-Serrano, “hipermediación” en Scolari, “estructura” en Wolton. Cada quien podría, si le sirviera para algo, hacer su matriz de salida con esos o con otros ingredientes.

## LA PRODUCCIÓN SOCIAL DE SENTIDO SOBRE LA PRODUCCIÓN SOCIAL DE SENTIDO

¿Con qué me quedo? Con un esquema que podría compararse sistemáticamente, pero que así, de primer rebote, es el esquema más simple de todos los que puse en la pantalla para ustedes durante el semestre. En la figura 8.2 vuelvo a presentar un esquema que sintetiza y resume —que son dos cosas diferentes— *la producción social de sentido sobre la producción social de sentido*. Es decir, el trabajo académico referido a la comunicación, más precisamente el trabajo académico universitario y todavía más particularmente el trabajo que le puede dar referente y contenido a los proyectos de agencia educativa universitaria.

Entonces, la *centralidad* y la *marginalidad* de la comunicación son respuestas no solo provisionales sino fluctuantes, sometidas a las condiciones y las tres dimensiones fundamentales, que luego se pueden subdividir en muchísimas otras, del trabajo educativo universitario. La *dimensión sociocultural* se refiere al contexto externo, al contexto de referencia, al mundo en el que se vive, con todas sus dimensiones políticas, económicas, etcétera, que es hacia donde se dirige el trabajo. Las dos dimensiones complementarias son la *dimensión intelectual*, de donde obtenemos los recursos con los que construimos nuestra

**FIGURA 8.2**



**La producción social de sentido sobre la producción social de sentido.**

capacidad de agencia; a dónde referimos el trabajo de discusión, de investigación, de enseñanza, y lo demás. Y del otro lado, los factores de la *dimensión institucional* que son los que en mi trabajo de investigación suelen tener el interés principal, y desde la cual se ejerce directamente, aunque muchas veces sea invisible, la determinación para hacer las cosas de ciertas maneras y no de otras, para bien y para mal. Dicho en el lenguaje de “las constricciones y las habilitaciones” *giddensianas*, que están metidas en estructuras institucionales con las cuales se relacionan los sujetos que interactúan; el ensanchamiento de lo habilitante o de lo constrictivo de esas estructuras institucionales también puede variar en función de la agencia de los sujetos. ¿Qué hubo durante las exposiciones largas y a veces muy pesadas, qué hubo en todas nuestras sesiones que no quepa aquí? Hice el ejercicio de revisar los detalles de cada exposición y no encontré nada que no cupiera aquí.

La pregunta final: ¿tanto para eso? Mi respuesta fue: sí, sabiéndolo leer, poniéndolo en contexto, en situaciones, en este esquema está todo lo que hay en este proyecto más amplio, no en el mundo sino en esta cátedra. Sí, de eso se trató; es un buen resumen y una buena síntesis. Y, claro, siguiente pregunta: ¿y eso para qué sirve? También tengo

una respuesta clara: así como está no sirve para mucho, pero sirve en interacción con todas las conexiones que puede tener —muchas de las cuales seguramente ya están formuladas y otras son imaginarias o virtuales— con la experiencia, la postura, la búsqueda de cada quien. Yo ya dije cuál es la mía, cuál es mi síntesis de salida, cuál es mi revisión. Lo interesante sería ver cuáles son las otras porque esto no estaba planteado como una mera exposición de “transmisión retórica de mensajes persuasivos”.

Propongo, por último, otras dos citas para terminar y volver a empezar: “Mientras que en otros dominios científicos y sociales la comunicación puede no ser el problema en el centro de la atención, frecuentemente es considerada parte de la solución” (Jensen, 2010, p.11). ¿Quién tiene más razón, los *problematizadores de soluciones* o los *solucionadores de problemas*? Yo creo que ninguno de los dos, hay que saber interactuar como problematizador de soluciones con los solucionadores de problemas, y viceversa. Y la frase de Carey que hizo falta textualmente hace un rato: discutir estas cosas tiene consecuencias invisibles. “Nuestro modelos existentes de comunicación son menos un análisis que una contribución al caos de la cultura moderna, y de maneras importantes estamos pagando las consecuencias de un largo abuso de procesos comunicativos fundamentales al servicio de la política, el comercio y la terapia” (Carey, 1989, p.34), y agregaría yo, etcétera. Si uno cree eso, la responsabilidad de revertir, en la medida de lo posible, esa “contribución al caos de la cultura moderna” tendría que ayudarnos a caminar los laberintos, pero también a salir de ellos, eventualmente. Ahí dejo mi reflexión final. Escucho con toda atención, si tienen algún comentario que quieran hacer de cierre, o de apertura, de lo que quieran.

## CONVERSACIÓN (FINAL) CON LOS PARTICIPANTES

**Alejandro Pérez, egresado de la Maestría en Comunicación del ITESO:** Fundamentalmente un comentario modesto —como suelen ser los míos— solo para agradecerle toda esta inversión de tiempo en otra mo-

dalidad de clase, porque ha sido, al menos en mi caso, más clarificador de las oscuridades. Todas las sesiones y los materiales y lecturas con que ahora cuento, me permiten vislumbrar tal vez algún programa para continuar la investigación en la comunicación, para la comunicación pública de la ciencia, con unas bases más sólidas, fundamentalmente de todas esas corrientes y teorías, que probablemente durante el curso de mi posgrado quedaron en la oscuridad. Y como un comentario para todos los estudiantes del posgrado: sumamente recomendable —a ver cuándo se la avienta otra vez, doc— porque es sumamente enriquecedor y se agradece. Y así como probablemente pudo haber encontrado usted la excusa ideal para recapitular en muchos aspectos, en muchos temas, pues para algunos de nosotros ha sido muy, muy enriquecedor. Como que el posgrado no termina ahí, y continuar con otros proyectos, yo creo que más sólidos todavía. Muchas gracias.

**Raúl Fuentes Navarro (RFN):** Muchas gracias, Alejandro. Una cosa que hubiera sido, probablemente, hipotéticamente mejor, hubiera sido aprovechar estos ingredientes de interdisciplinariedad que vienen de las ciencias biológicas, en la construcción teórica, muy claramente en la obra de Manuel Martín-Serrano y en la Søren Brier, porque ahí hay un mundo por revisar. Aprovecho para repetir, ya te lo he comentado algunas veces, esa cuestión de qué implicaciones tiene la integración de intereses y de saberes y de modelos de pensamiento, en alguien que ya está en la comunicación pero viene de la biología —como tú, y hay otros casos. Eso me parece más complicado que los que tenemos ya una trayectoria larga y, en ese sentido, un poco más lineal —aunque no lo sea— de haber estado metidos en comunicación. Aprecio doblemente el interés y la participación.

**Jorge Thamer, estudiante de la Maestría en Comunicación del ITESO:** Yo tengo algunas cosas que decir. Primero, gracias. A mí me sirve muchísimo haber estado aquí y entender desde una perspectiva más específica esto del estudio de la comunicación. Pero quisiera hacerte

por lo menos dos preguntas. Una: en uno de tus escritos —creo que es de 2005— tomas como base de un planteamiento de tipo sociocultural un reporte que hace Wallerstein, y habla él de la propuesta de tomar en cuenta la dimensión histórica para el estudio de las ciencias sociales, el entramado sociopolítico y cultural, por otro lado, y hay otro punto que toma en cuenta. La pregunta es: entiendo que mantienes esta perspectiva, con lo que cierras la plática. Esa es la primera parte. La segunda: a mí sí me oscurece un poco —y es un reto— el hecho de que ahora me motive a pensar en tres conceptos específicos; uno, el que tiene que ver con la cultura, otro que tiene que ver con la comunicación, y otro que tiene que ver con la semiótica; todavía no se ponen de acuerdo, no se sabe, o no se entiende, si la semiótica forma a la comunicación o la comunicación a la semiótica, o si la comunicación es un sistema de organización que construye a la cultura, pero en ese sentido me parecen tres dimensiones, conceptos, obligados para pensarse, y más ahora con la propuesta de Serrano desde una perspectiva, digamos biologicista —desde la humanización y la hominización, como dice él. Y esta es una pregunta ya más o menos personal: en los escritos tuyos que analicé encuentro este concepto de “complejo”, de “complejidad”, que no leo tanto antes de 2000; ¿podemos tomarlo —desde el punto de vista metodológico— como un movimiento hacia elementos que tú incrustas para el estudio de la comunicación desde la complejidad del estudio de Morin? Es pregunta, no sé si sea tan pertinente y me haya quedado tan claro, pero me parece importante decirlo. Y, en este mismo sentido —me olvidé comentar esto— me parece muy importante poner en discusión esta manera de Scolari de partir desde las hipermediaciones, o el uso de las tecnologías en la comunicación, y ponerlo a discusión. Pero, por otro lado, también Serrano en el capítulo 7 u 8 —me llamó mucho la atención esto— dice que la técnica no puede separarse o la tecnología no puede separarse de la comunicación, y en uno de tus escritos citas una frase de Mattelart que dice que cada época tiene los sistemas comunicacionales propios. Entiendo que esta

perspectiva o este análisis, parte de lo histórico, de tomar en cuenta lo espacio-temporal. Es todo. Gracias.

**RFN:** Jorge, volvemos a empezar; todo ese programa da para otro semestre. Una síntesis. A ver, lo de Wallerstein. Sí, pero pongo ahí la anécdota: había yo intuido desde años antes de leer los materiales de esta campaña que hizo Wallerstein como presidente de la *International Sociological Association* (ISA) por “abrir” las ciencias sociales, que habría que historizar los estudios de comunicación, pero andaba jugando a principios de los noventa con el término *postdisciplinariedad*, que tenía el inconveniente del *post*, todavía en una época donde estaba de moda la posmodernidad. Es decir, en los años más profundos de la crisis de las ciencias sociales, o sea, de la transformación de las ciencias sociales. En ese contexto yo estaba jugando con ese referente de la postdisciplinariedad y me costaba mucho trabajo tenerlo suficientemente claro como para discutirlo, y la discusión siempre se iba por otro lado. Me generaba descalificaciones inmediatas. Entre otros, lo discutí con Enrique Sánchez y con Jesús Galindo, y doy dos nombres que pueden ser identificables en el campo académico mexicano. En el momento en que estaba terminando mi tesis de doctorado, es decir a fines de 1995 o principios de 1996, aparece *Abrir las ciencias sociales* de Wallerstein y compañía. Descubrí que eso que decía la Comisión Gulbenkian era por donde yo quería trabajar. El recurso entonces fue decir “como dice Wallerstein”... Se puede discutir mejor con los colegas, y por lo tanto aprender un poco más, porque no es tan fácil descalificar a Wallerstein como a Raúl. Esa es la anécdota, pero dicho de otro modo, un poco más seriamente, me convenció un modo muy sólido y muy prestigiado de formular algunas cosas, y me dejó la claridad del factor histórico. *Historizar las ciencias sociales* es la clave, en mi lectura de Wallerstein, para abrirlas y para avanzar en la lucha política-académica que está en ese proyecto, que es un asunto importantísimo. Gracias, Wallerstein; esa etapa me sirvió mucho para clarificar una cuestión y luego abrir otras. Por ejemplo, más recientemente, el trabajo de Andrew Abbott me

conecta a otra serie de cosas sobre esa línea de la sociología histórica y su institucionalización.

El factor *historización* me parece central, no solo para consolidar el fundamento de una perspectiva sociocultural sino también para contrarrestar la tendencia —cada vez mayor y cada vez más angustiante— de la inmediatez en todos los ámbitos. Parece que en un sentido muy distinto —mucho menos preciso pero mucho más extendido— todo el mundo está convencido de que “la historia se acabó”, para ponerlo en esos términos, y como también ya pasó el posmodernismo, el *postposmodernismo* resulta peor porque ya no solo no hay grandes meta-relatos sino que lo único que hay son *simulacros baudrillardianos* inmediatos, desechables, porque no significan nada.

La complejidad. Aquí empiezo con otra anécdota: yo le tenía un respeto enorme a Edgar Morin, cuando era sociólogo —el Morin de *El cine o el hombre imaginario*, que es un libro de los sesenta; el Edgar Morin de *El espíritu del tiempo*, que es de los sesenta también; el de la *Crónica de un verano*, el documental fundador del *cinéma vérité*, con Jean Rouch. El trabajo de Morin (1999) que está sintetizado en *El Método*, me pareció verdaderamente alucinante. Otra vez vuelvo a los años noventa, cuando pasé por la lectura de *El Método*, que me generó un impacto fuerte en los marcos con los que pienso, es una provocación fuerte, interesante, productiva. Y después de eso, conocí en persona a Edgar Morin, cuando ya se había convertido en una celebridad consagrada por la Unesco, en una especie de *gurú* con el “pensamiento complejo”, y al ver cómo lo leían y para qué lo usaban citándolo —para cualquier cosa— y cómo disfrutaba él en persona esa “adoración”, se me cayó del pedestal Morin. Me ha sucedido eso con varios otros autores que yo admiraba mucho cuando los leía, y cuando los conocí en persona se cayeron del pedestal, pero el más fuerte fue Morin. Digo que no, a mí ya lo que me dice es poco productivo. Y cierro la anécdota ahí; es una anécdota, no un juicio. Yo creo que hay algunas cuestiones que hay que rescatar —regresando y recontextualizando— unas cuestiones importantes, que las remito concretamente a algunos pasajes de *El Mé-*



*todo* y no de lo que sigue. En lo que sigue, claro, hay puntos brillantes, como para ponerlos en otros términos que puedan servir para discutir “a pesar de” el Morin incorporado por cualquier discurso, muchos demagógicos, que pululan por aquí. Tengo una relación más bien de rechazo, no con él sino con el imaginario circundante elaborado por otros sobre su trabajo —y eso, repito, me sucede con otros, no solo con él: no soy anti-morineano, soy *anti-morinianistas*. En fin, hay otros autores que me ayudan más a reconocer la complejidad. Tampoco está dentro de mis perspectivas hipercomplejizar; lo que sí me interesa mucho es reducir la simplificación —eso es del Morin original, digamos. Son terribles las consecuencias de sobresimplificar.

En realidad, me desconcertó un poco tu referencia de que habías visto que apareció en mis textos por ahí por el 2000; era eso ¿no? A lo mejor, pero sí sé que desde los setenta estaba leyendo sobre estas cosas; no fue un descubrimiento de los noventa, no sé cómo se refleja eso en los textos. No sé, me llama la atención eso, pero te aseguro que eran ingredientes que ya traía desde los años setenta, cuando era estudiante de licenciatura en el ITESO. Es que entonces, por cierto, leíamos mucho y de todo. Algunas cosas inauditas, pero es que había muchas direcciones de las cuales los profesores traían cosas y las ponían en la mesa, y como teníamos un currículum muy abierto, cabían muchas. También leíamos, digamos, *El retorno de los brujos*, y uno de los autores que se me aparecieron ahí en ese caldo de cultivo de los años setenta, es —digo uno entre muchos, como ejemplo— Buckminster Fuller. Uno de sus libros, publicado en español, se llama *No más dios de segunda mano*, un título muy atractivo ¿no? Fuller era un arquitecto, el inventor de las cúpulas geodésicas, y hay unas moléculas de carbono en la física cuántica que se llaman *fullerenos* en homenaje a Buckminster Fuller, según Stephen Hawking y Leonard Mlodinow (2010, p.73). Es un personaje que yo leí cuando era muy joven y desde entonces se me aparece en todas partes. Escribía sus informes científicos en verso, y por eso nadie lo acababa de tomar muy en serio. Esa sí que fue una digresión:

cosas que pasaban por enfrente de uno, y que uno leía. Vuelvo a lo que creo que era el último referente de tu comentario.

Yo tengo un largo debate conmigo mismo y con otros —pero sobre todo conmigo mismo— con respecto a la tecnología y la cultura. Nunca he tenido realmente una postura tecnofóbica, porque profesionalmente por donde yo entré al mundo de la comunicación fue por la producción; tenía que trabajar con el equipo que había, antes de que se inventara el video, y me encantaba y me sigue encantando. Pero la discusión sobre comunicación, convertida en una discusión sobre las novedades tecnológicas, reducción que ya estaba instalada en los años setenta, a lo mejor por esa experiencia profesional manejando equipos, me parece el error máximo. Esa ha sido una obsesión que ha tenido distintas caras. Se puede, por curiosidad, leer una conferencia que presenté en un encuentro latinoamericano de Federación Latinoamericana de Facultades de Comunicación Social (FELAFACS) en 1986, cuando el tema era *las nuevas tecnologías y la comunicación*. Ya en 1984 le habíamos dedicado el encuentro nacional mexicano al mismo tema, y también ahí fui ponente, pero creo que es mejor, vista en retrospectiva, la conferencia de 1986 en Bogotá que la del Consejo Nacional para la Enseñanza y la Investigación de las Ciencias en la Comunicación (CONEICC) de 1984 en Guadalajara. Desde entonces he tratado de plantear alguna postura con respecto a varias cosas, comenzando por el uso de los términos, eso de *nuevas tecnologías* es de lo que más daño ha hecho históricamente a este campo, y se sigue usando, sin que importe demasiado qué quiere decir *nuevas* y qué quiere decir *tecnologías*. Obsesión.

Segunda cuestión: la tecnología como ideología; es decir, desde hace muchísimos años —más de 25— contamos con la obra de autores de fuerte impacto crítico: Mattelart por supuesto, pero también Herbert Schiller, en algún sentido maestro de Mattelart, y luego Dan Schiller, su hijo, hasta la fecha; Giuseppe Richeri, etcétera, muchos autores y sus fuentes. La primera cosa que yo leí de Habermas fue *Ciencia y técnica como ideología*, por el asunto de la racionalidad moderna, y luego descubrí otras partes de Habermas, pero por ahí llegué a él. No

puede ser que el estudio de la comunicación se convierta en el seguimiento de las novedades tecnológicas. Obsesión. Y no porque no tenga qué ver. Por ahí hay una cita clarísima de Jesús Martín Barbero —que ahorita no puedo reproducir de memoria— donde finalmente despeja la impresión, que siempre había dado, de mantener una postura de oposición entre la cultura y la tecnología. Jesús no tiene experiencia profesional manejando tecnología, es más: empezó a adoptar la computadora para escribir hace apenas unos diez años y ahora ya navega por el ciberespacio con toda fluidez, más o menos, porque él seguirá siendo un hombre de libros. Y tiene esa formulación de cómo reconocer en las prácticas, inseparablemente, lo que hace la tecnología con la cultura y la interacción. Eso implica que la entrada no puede ser por la tecnología. Autores muy centrados en la tecnología —de los que citamos acá como Scolari o como Jensen— argumentan explícitamente que tenemos que considerar fuertemente la tecnología, pero que la entrada no puede ser por ahí. Ambos lo clarifican muy bien, y yo estoy completamente de acuerdo en ese punto de partida, aunque no en todo lo que elaboran a partir de ahí.

El otro tema que me falta es la semiosis, más que la semiótica. La semiosis es una propuesta conceptual potencialmente muy rica para articular conceptos como el de *producción social de sentido*, en términos de comunicación, con una perspectiva simbólica de la cultura, dos de los ingredientes más interesantes que hay disponibles para trabajar sobre el mundo contemporáneo. En los términos *fundacionales* del *Tratado de Semiótica General* de Umberto Eco, obra de 1975-1976, está clara la propuesta: la comunicación es el proceso por el cual se constituye la cultura, y viceversa. No es que la cultura sea el *contenido* de los procesos de transmisión de mensajes, aunque también así se puede leer a Eco, pero en ese Eco falta la semiosis. ¿Qué es la semiosis? es el proceso social por el cual se va articulando —(comunicacionalmente) entre paréntesis, porque no hay otra manera— la interpretación construida de cualquier cosa: un signo es una cosa que está en lugar de cualquier otra cosa, dicho así contundentemente por Eco, siguiendo a

Peirce. Recuperar la semiosis como proceso es articular comunicación y significación; la línea *significación* necesariamente articula cultura, y la línea *comunicación* articula interacción social con soportes tecnológicos, y con *medios*, en el sentido más amplio.

Pero *semiosis* todavía es un término extraño, que además articula con cognición y con otros muchos procesos, pero aunque se ha trabajado mucho, eso trabajado está tan poco presente todavía, que resulta extraño. Jensen tiene una versión de esta pista; Brier tiene otra, mucho más compleja, porque su elección es articular todo en términos de sistemas, siguiendo a Niklas Luhmann. En mi relación personal con la semiótica, mediante distintas versiones semióticas, me he acercado y alejado unas cuatro veces. Ahora, trabajando con Carlos Vidales, me he vuelto a acercar a fuerza porque él está muy interesado en profundizar por ahí. Nunca me he alejado del todo pero tampoco nunca me he sumergido del todo en la semiótica. Una de esas idas y venidas, la primera que me causó alguna ilusión, fue la formulación de lo que entonces se decía semiología del cine, en términos franceses, y ese fue el problema: que la *semiología* francesa del cine llegó muy pronto, con Christian Metz, a un callejón teórico sin salida. A mí me interesaban tanto el cine y la teoría, que ese *callejón sin salida* fue como una catástrofe, y me hizo desconfiar de la semiótica y la semiología. Finalmente, creo que la articulación teórica a propósito de la semiosis es sin embargo una clave muy importante. Incluso se le podría cambiar el nombre, con tal de que siga siendo conceptualmente eso que Saussure anunció, aunque luego él y sus discípulos hicieron todo lo contrario: el estudio de la vida de los signos, pero “la vida de los signos en el seno de la vida social”. En síntesis, creo que ahí hay un nodo fuerte, bien complejo, una historia intelectual que proviene de muchas fuentes y que conviene seguir.

**Óscar Bustamante, estudiante del Doctorado en Estudios Científico-sociales del ITESO:** Darte las gracias por esta cátedra, y la consulta va por el siguiente lado: al hacer tú esta representación del triángulo que nos presentaste acá, señalas en uno de sus vértices esta dimensión

institucional, que tú dices también, cuando nos muestras el cuadro de cruces entre autores y dimensiones, que es la que menos aparece transversalmente en cada uno de ellos, y tú la señalas en uno de los vértices; yo lo interpreto como tu aporte, y considero que es, de algún modo, esa dimensión institucional del campo académico de la comunicación, y concretamente de la investigación en comunicación en el contexto latinoamericano y mexicano en particular, como tu objeto o parte de tu objeto. Luego también, en este mismo triángulo, señalas la agencia educativa universitaria y la ubicas como una orientación hacia la sociedad; o sea, hacia afuera desde adentro en una especie de dialéctica, pero me quiero quedar con la noción de agencia, de agencia educativa universitaria, que de algún modo también lo interpreto como la pregunta sobre el *para qué* de todo esto, y es como la pregunta que en el trabajo de formulación de un proyecto de investigación es lo que más cuesta —a mí— poder construir; o sea, el poder construir como problema orientado por esa pregunta del *para qué todo esto*.

Quiero citar dos cuestiones de los textos que tú nos diste para esta sesión. Señalas en uno de ellos que la explicación principal es la constitución, mediante la comunicación entendida como producción social de sentido, de los investigadores como agentes sociales, capaces de influir en los sistemas y procesos más diversos, en los que los sujetos sociales interactúan entre sí y con las estructuras culturales e institucionales. Creo que fue en este texto o en otro, donde además, como para reforzar esta cuestión, citas a Martín-Barbero, una formulación que también tiene sus años ya, en relación a la formación de comunicadores como mediadores, pero también en función de lo que es el rol intelectual del comunicador, que es directamente una función social —vamos a llamarle así— y que yo me la crucé también cuando me tocó hacer la investigación sobre los posgrados y entrevisté a Barbero, y él por lo demás me contaba que ha trabajado en formulación de programas de licenciatura orientados exclusivamente a esto del “comunicador como mediador”. Luego me salto a otro texto tuyo, solo para terminar, donde dices que cabe sostener la convicción de que el campo de los estudios sobre comu-

nicación en América Latina ha adquirido ya suficiente densidad como para ser considerado un interlocutor calificado en los debates que buscan apropiarse del futuro de nuestras sociedades. La pregunta que yo me formulo ahí es: ¿y cómo se actualiza eso en la formación de comunicadores, en tanto agentes? Por ahí va la cuestión, espero haber sido más o menos claro de por dónde va mi preocupación, y nada, reiterarte el agradecimiento, que para mí esto ha sido tanto oscuridades como luces.

**RFN:** Lucecitas, no iluminación... Gracias, Óscar. A ver, ahora empiezo por el final, el que se me va a olvidar es el principio, pero tú me lo recuerdas. Hay una importantísima cuestión generacional implícita en todos estos discursos y discusiones, es fundamental la generación como institución, en la que uno fundamenta su *habitus*. Yo soy un miembro de la generación post-68; en 1968 yo tenía 16 años y no tenía capacidad de sintonía con la rebelión juvenil, la revolución cultural, todo eso mítico, no, yo era muy joven para eso. Pero eso, ahí se quedó. Los de la generación post-68 ya no pudimos ver el futuro más que en los términos que los de cinco y hasta diez años mayores que nosotros habían generado. Jesús Martín-Barbero es de la generación pre-68, es decir, un hombre joven, maduro, en esa misma época. O, en términos más simples, Jesús Martín-Barbero y Manuel Martín-Serrano y otros de esta generación anterior a la mía, tienen una formación basada en la lectura de libros, el trabajo de biblioteca, intensa, dura, crítica y de discusión —sin ningún afán peyorativo— la discusión de café, la discusión intelectual de fondo, de compromiso, mucho más determinada por el cambio del mundo en el contexto de la posguerra que por lo que vino después, como el 68. Lo planteo en esos términos: el sentido del intelectual como figura del mediador, y no del intermediario, de Jesús —en términos de la formación de comunicadores— es absolutamente consistente con su historia de líder de la formación de comunicadores en un nuevo modelo en la Universidad del Valle, en Cali, hace 30 años; de su trabajo como líder de la investigación latinoamericana en los años ochenta, y después, su ruptura vital con la academia en los

años noventa; no su ruptura con sus convicciones y su trayectoria consistente y formal sino con los medios estratégicos para hacerlo: las universidades de los años noventa lo hartaron. Dejó de invertir su trabajo ahí, empezó a invertir su trabajo con otros agentes sociales — institucionales también— sean gobiernos o agencias gubernamentales, sean organizaciones populares. La historia de Jesús Martín-Barbero es muy intensa en ese sentido, pero no es tan fácil verla como opciones cambiantes; su opción por la universidad se murió hace 20 años, más o menos en el tiempo o poco después quizá, que *De los medios a las mediaciones*. Yo le doy toda la razón; de hecho, platicando con él cuando se fue del ITESO en 2003 dijo en *semipúblico* que le agradecía mucho al ITESO la oportunidad de haber recuperado su sentido de la enseñanza. Después de eso, en los años más recientes, parece que iba a regresar a ser un profesor universitario de la Javeriana. Después de jubilado de la Universidad del Valle era un intelectual autónomo, como deben ser los intelectuales según el modelo del siglo XIX, no sujeto a las condiciones institucionales de un académico profesional. Y no, no pudo regresar a ser un profesor, por las circunstancias que sean. Su discurso es mucho más el de un intelectual que el de un profesional académico. Podría serlo, lo ha sido, lo puede uno interpretar como tal, y mantiene un nivel de líder, sí, pero de hecho no es. Ese es un factor de interpretación que a mí me ha preocupado desde hace muchos años como para tratar de entender cuál es el sentido de sus propuestas, y lo retomo muchísimo, desde principios de los ochenta y hasta la fecha porque me aporta, además de lo que es obvio: de la lucidez, de la claridad, de la solidez, etcétera, y además de eso, una perspectiva que yo no puedo tener, que es la perspectiva de trabajar estos asuntos como un intelectual —que yo no puedo ser. La de él es la última generación posible de intelectuales; en México ya no hay ninguno vivo— para enriquecer la fundamentación de una perspectiva más amplia que la de un profesional académico. Para eso me parece insuperable.

La propuesta de convertir a los comunicadores en intelectuales tiene una cara inviable, pero tiene otra cara utópica, en el mejor sentido de la

palabra. De ahí la conexión con un término más moderno, *giddensiano*, la “agencia”. Y es que cuando habla uno de formación universitaria está hablando del futuro, y lo que sigue tiene que ser formulado en otros términos: ser un agente es ser alguien que está dentro del sistema e influye en la transformación del sistema, que tiene capacidad de influir y hacer que cambien las estructuras, lo que es un proyecto de los años setenta. “Cambiar el mundo” tiene versiones marxistas, cristianas, de todo tipo, y remite a ese modelo, no del hombre de libros y juicio moral, responsable de iluminar a la sociedad con su crítica sino a una figura mucho más profesional, es decir, mucho más institucionalizada, mucho menos autónoma y mucho más polivalente, porque el liderazgo, la orientación, la guía no pueden ser ya únicamente los formados en la biblioteca. Sintetizando, se trata de recuperar lo que aprende uno de la enseñanza de una generación anterior y luego por lo menos otras tres. El desafío es que con una formación que tiene ciertos puntos de partida, ciertas bases, tú tienes la responsabilidad de interactuar con los que siguen. Tampoco es una novedad histórica eso, pero creo que sí es muy pertinente rescatarlo y a lo mejor eso conecta en otro sentido con la historización de la que hablábamos hace rato.

Ahora sí la primera, que prometí que se me iba a olvidar, y no lo cumplí. En una fórmula de textos míos, es esa cuestión del eje del proyecto social de la formación en comunicación y de la investigación en comunicación ¿para qué? ¿para cuál proyecto histórico? Eso es muy importante, y está muy claro que no hay solo uno: ya no. “La imaginación al poder”, “con la Revolución todo, contra la Revolución nada”, ya no. Utilizo una frase de Umberto Eco, que me ha perseguido toda la mañana, aunque creo que ya la dije otro día: El problema cuando la gente deja de creer en Dios, no es que ya no cree en nada sino que cree en cualquier cosa. Y no se puede creer en cualquier cosa, hay que creer en algo. Aunque creo que es inevitable que haya algún ingrediente normativo en esos “algo”, porque si no son meros juegos de palabras, no es una postura *cerrable* en términos del discurso único o la verdad absoluta. Hay opciones, Wallerstein lo dice muy bien, hay



opciones. ¿Cuáles? ¿qué costos tiene una y otra? ¿cuál es más probable y cuál es más apetecible? Discutamos eso, seamos capaces de elegir. ¿Eso es normativo? Sí, tiene un elemento normativo, pero la alternativa es que *nada tiene sentido, cualquier cosa es igualmente válida*. Ni modo: signo de los tiempos.

**Susana Herrera, profesora del ITESO, estudiante del Doctorado en Estudios Científico-sociales y coordinadora del Programa Formal de Investigación en Estudios Socioculturales:** Yo quiero agradecer, enfáticamente, desde dos perspectivas: personalmente, como alumna, como estudiante, como discípula —espero algún día poderlo decir así— de Raúl Fuentes, a todos ustedes la asistencia y permanencia, y muy especialmente a Raúl, por supuesto, por algo que él decía hace rato —lo decíamos afuera— él ve como un privilegio la posibilidad de estar aquí; pues es un privilegio para nosotros —hablo por todos, y creo que no me equivoco— el tener la posibilidad de estar en un espacio académico de esta naturaleza, donde se puede escuchar, de primera mano, al autor, al investigador —cómo lo dijiste tú, ya no es intelectual—, al profesional académico. Pero a mí me gusta mucho la figura del intelectual desde otra perspectiva, y como bien nos lo has dicho tú en muchas ocasiones, los remanentes siempre están, es decir, no hay figuras puras, y esta figura, la parte más de calidad o de esencia de la figura del intelectual, me parece que permanece en ciertos profesionales académicos, y creo que es un privilegio poder estar con ellos.

Muchas gracias Raúl desde la perspectiva personal. Desde la perspectiva institucional, como parte del Programa Formal de Investigación es muy importante poder mantener este espacio, poderlo ofrecer a profesores y estudiantes, no solo del ITESO sino de otras instituciones, y de veras se agradece el tiempo, la dedicación, el rigor y la generosidad para compartir toda una trayectoria de trabajo, de lectura, de investigación, de producción, que esperamos que podamos apoyar para consolidar, en algo que trascienda también, como un producto escrito. Esa es la apuesta también de este espacio. Muchas gracias Raúl, muchas, muchas gracias.

## ***Bibliografía***

- Abbott, A. (1988). *The system of professions: An essay on the division of expert labor*. Chicago / Londres: The University of Chicago Press.
- Abbott, A. (2001). *Chaos of disciplines*. Chicago / Londres: The University of Chicago Press.
- Abbott, A. (2004). *Methods of discovery. Heuristics for the social sciences*. Nueva York / Londres: W.W. Norton.
- Adoni, H. & A., First (2008). Communication as an academic field: Middle East, Israel. En W. Donsbach (Ed.), *The International Encyclopedia of Communication* (Vol.2, pp. 625–627). Nueva York: Blackwell.
- Anderson, J.A. (1996). *Communication Theory, epistemological foundations*. Nueva York / Londres: The Guilford Press.
- Anderson, J.A. & Baym, G. (2004). Philosophies and philosophic issues in communication, 1995–2004. *Journal of Communication*, 64(6), 589–615.
- Ayish, M.I. (2008). Communication as an academic field: Middle East, Arab World. En W. Donsbach (Ed.), *The International Encyclopedia of Communication* (Vol.2, pp. 620–625). Nueva York: Blackwell.
- Berlo, D.K. (1969). *El proceso de la comunicación. Introducción a la teoría y a la práctica*. Buenos Aires: El Ateneo.
- Bourdieu, P. (1988). *Homo Academicus*. Stanford: Stanford University Press.
- Bourdieu, P. (2000). *Los usos sociales de la ciencia*. Buenos Aires: Nueva Visión.

- Brier, S. (2008). *Cybersemiotics. Why Information is not enough!* Toronto: University of Toronto Press.
- Carey, J.W. (1989). *Communication as culture. Essays on media and society*. Nueva York / Londres: Routledge.
- Castells, M. (1999). *La era de la información. Economía, sociedad y cultura* (Vols. 1-3). México: Siglo XXI.
- Castells, M. (2009). *Communication Power*. Oxford / Nueva York: Oxford University Press.
- Craig, R.T. (1989). Communication as a practical discipline. En B. Derwin, L. Grossberg, B.J. O'Keeffe & E. Wartella (Eds.), *Rethinking Communication: Vol.1. Paradigm issues* (pp. 97-122). Newbury Park: Sage.
- Craig, R.T. (1999). Communication theory as a field. *Communication theory*, 9(2), 119-161. (*Theorizing Communication. Readings across Traditions*. Thousand Oaks: Sage, 2007, pp. 63-98.)
- Craig, R.T. (2008a). Communication as a field and discipline. W. Donsbach (Ed.), *The International Encyclopedia of Communication* (Vol.2, pp. 675-688). Nueva York: Blackwell.
- Craig, R.T. (2008b). Communication in the conversation of disciplines. *Russian Journal of Communication*, 1(1), 7-23.
- DeBeer, A.S. (2008). Communication as an academic field: Africa. En W. Donsbach (Ed.), *The International Encyclopedia of Communication* (Vol.2, pp. 591-595). Nueva York: Blackwell.
- Denzin, N. (1989). *The research act: a theoretical introduction to sociological methods* (3a. ed.). Englewood Cliffs: Prentice Hall.
- Eadie, W.F. (2008). Communication as an academic field: USA and Canada. En W. Donsbach (Ed.), *The International Encyclopedia of Communication* (Vol.2, pp. 632-638). Nueva York: Blackwell.
- Eco, U. (2004). Universidad y Mass Media, CIC, *Cuadernos de Información y Comunicación*, No.9 (pp. 149-159). Madrid: Universidad Complutense.
- Fuentes, R. (1998). *La emergencia de un campo académico: continuidad utópica y estructuración científica de la investigación de la comu-*

- nicación en México*. Guadalajara: ITESO / Universidad de Guadalajara.
- Fuentes, R. (2000). *Educación y Telemática*. Buenos Aires: Norma.
- Fuentes, R. (2002). Comunicación, cultura, sociedad: fundamentos conceptuales de la postdisciplinariedad. *Tram(p)as de la comunicación y la cultura*, 1(1), 12-29. La Plata: Universidad Nacional de La Plata.
- Fuentes, R. (2003). La producción social de sentido sobre la producción social de sentido: hacia la construcción de un marco epistemológico para los estudios de la comunicación. En M.I.V. de Lopes (Org.), *Epistemologia da comunicação* (Comunicação Contemporânea No.1, 15-40). São Paulo: Loyola.
- Fuentes, R. (2005). La universidad como instancia educativa y la comprensión de la comunicación como proyecto social. *Comunicação & Sociedade*, No.44, 69-84. São Bernardo do Campo: Universidade Metodista de São Paulo.
- Fuentes, R. (Coord.) (2006). *Instituciones y redes académicas para el estudio de la comunicación en América Latina*. Guadalajara: ITESO.
- Fuentes, R. (2008). *La comunicación desde una perspectiva sociocultural. Acercamientos y provocaciones, 1997-2007*. Guadalajara: ITESO.
- Fuentes, R. (2009). Investigación de la comunicación, incertidumbre y conocimiento de la sociedad. *Revista Latinoamericana de Ciencias de la Comunicación*, No. 11, 54-63. São Paulo: Asociación Latinoamericana de Investigadores de la Comunicación.
- Fuentes, R. (2010). Investigación de la comunicación: referentes y condiciones internacionales de un diálogo transversal de saberes. *Signo y Pensamiento* No. 57, 38-49. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana.
- Fuentes, R. (2011). Condiciones institucionales para la práctica de la investigación académica de la comunicación: la persistencia de la triple marginalidad en México. En Fuentes, Sánchez & Trejo, *Qué pasa con el estudio de los medios: Diálogo con las ciencias*

- sociales en Iberoamérica* (pp. 15-55). Sevilla, Salamanca, Zamora: Comunicación Social.
- Fuentes, R. & De Lopes, M.I.V. (Coords.) (2001). *Comunicación, campo y objeto de estudio. Perspectivas reflexivas latinoamericanas*. Guadalajara: ITESO / Universidad Autónoma de Aguascalientes / Universidad de Colima / Universidad de Guadalajara.
- Fuentes, R. & Sánchez, E.E. (1989). *Algunas condiciones para la investigación científica de la comunicación en México*. Guadalajara: ITESO.
- Giddens, A. (1984). *The constitution of society: Outline of the theory of structuration*. Berkeley / Los Angeles: University of California Press.
- Giddens, A. (1989). The Orthodox Consensus and the Emerging Synthesis. En G. Dervin, B.J. O'Keeffe & E. Wartella (Eds.), *Rethinking Communication Volume 1: Paradigm Issues* (pp. 53-65). Newbury Park: Sage.
- Habermas, J. (1989). *Teoría de la acción comunicativa. I. Racionalidad de la acción y racionalización social*. Buenos Aires: Taurus.
- Hallin, D.C. & Mancini, P. (2004). *Comparing Media Systems: Three Models of Media and Politics*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Hallin, D.C. & Papathanassopoulos, S. (2002, marzo). Political Clientelism and the Media: Southern Europe and Latin America in Comparative Perspective. *Media, Culture & Society*, 24(2), 175-195.
- Herkman, J. (2008). Current Trends in Media Research. *Nordicom Review*, 29(1), 145-159. Göteborg: Nordicom.
- Hawking, S. & Mlodinow, L. (2010). *El Gran Diseño*. Barcelona: Crítica.
- Jensen, K.B. (1995). *The Social Semiotics of Mass Communication*. Londres: Sage.
- Jensen, K.B. (2002). *A Handbook of Media and Communication Research. Qualitative and Quantitative Methodologies*. Londres / Nueva York: Routledge.

- Jensen, K.B. (2010). *Media Convergence: the three degrees of network, mass, and interpersonal communication*. Londres / Nueva York: Routledge.
- Jirák, J. & Köpplová, B. (2008). Communication as an Academic Field: Eastern Europe and Russia. En W. Donsbach (Ed.), *The International Encyclopedia of Communication* (Vol.2, pp. 609-614). Nueva York: Blackwell.
- Kaplan, A. (1964). *The Conduct of Inquiry: Methodology for behavioral science*. San Francisco: Chandler.
- Kim, M.-S., Chen, G.-M. & Miyahara, A. (2008). Communication as an Academic Field: East Asia. En W. Donsbach (Ed.), *The International Encyclopedia of Communication* (Vol.2, pp. 602-609). Nueva York: Blackwell.
- Kuhn, T.S. (1970). *The structure of scientific revolutions*. Chicago: University of Chicago Press.
- Lazarsfeld, P.F. (1941). Remarks on administrative and critical communications research. *Studies in Philosophy and Social Science*, 9(1), 2-16.
- Lewin, K. (1945). The Research Center for Group Dynamics at Massachusetts Institute of Technology. *Sociometry*, 8(2), 126-136.
- Löblich, M. & Scheu, A.M. (2011). Writing the history of communication studies: a sociology of science approach. *Communication Theory*, 21(1), 1-22.
- Lopes, M.I.V. de (1999). La investigación de la comunicación: cuestiones epistemológicas, teóricas y metodológicas. *Diá-logos de la Comunicación*, No.56, 13-27. Lima: Federación Latinoamericana de Facultades de Comunicación Social (FELAFACS).
- Lopes, M.I.V. de (2001). Reflexiones sobre el estatuto disciplinario del campo de la comunicación. En M. I. V. Lopes & R. Fuentes (Comps.), *Comunicación, campo y objeto de estudio. Perspectivas reflexivas latinoamericanas* (pp. 43-58). Guadalajara: ITESO / Universidad Autónoma de Aguascalientes / Universidad de Colima / Universidad de Guadalajara.

- Martín-Barbero, J. (2002). *Oficio de cartógrafo. Travesías latinoamericanas de la comunicación en la cultura*. Santiago: FCE.
- Martín-Barbero, J. (2008). Communication as an Academic Field: Latin America. En W. Donsbach (Ed.), *The International Encyclopedia of Communication* (Vol.2, pp. 614-620). Nueva York: Blackwell.
- Martín-Barbero, J. (Coord.) (2009). *Entre saberes desechables y saberes indispensables (agendas de país desde la comunicación)*. Bogotá: Centro de Competencia en Comunicación para América Latina (Fundación Friedrich Ebert).
- Martín-Barbero, J. (2010). Preámbulo a un mapa de las mutaciones comunicativas y culturales y Prefacio a la quinta edición: pistas para entre-ver medios y mediaciones. *De los medios a las mediaciones. Comunicación, cultura y hegemonía* (pp. VII-XXX). Barcelona: Anthropos / UAM Azcapotzalco
- Martín-Serrano, M. (2006). ¿Para qué sirve estudiar teoría de la comunicación? *Contratexto*, No.4. Lima: Universidad de Lima.
- Martín-Serrano, M. (2007). *Teoría de la Comunicación. La comunicación, la vida y la sociedad*. México: McGraw Hill.
- Martino, L. C. (Org.) (2007). *Teorias da Comunicação: muitas ou poucas?* Cotia: Ateliê.
- Mattelart, A. (1995). *La invención de la comunicación*. México: Siglo XXI.
- Mattelart, A. (2009). *Un mundo vigilado*. Barcelona: Paidós.
- McKenna, B. (2008). Communication as an academic field: Australia, New Zealand, Pacific Rim. En W. Donsbach (Ed.), *The International Encyclopedia of Communication* (Vol.2, pp. 595-602). Nueva York: Blackwell.
- McQuail, D. (2000). *McQuail's Mass Communication Theory* (4a ed.). Londres: Sage.
- McQuail, D. (2008). Communication as an academic field: Western Europe. En W. Donsbach (Ed.), *The International Encyclopedia of Communication* (Vol.2, pp. 638-645). Nueva York: Blackwell.
- Morin, E. (1999). *El Método* (4 Vols.). Madrid: Cátedra.

- Morris, C. (1985). *Fundamentos de la teoría de los signos*. Buenos Aires: Paidós.
- Newman, I. & Benz, C.R. (1998). *Qualitative-quantitative research methodology: exploring the interactive continuum*. Carbondale: Southern Illinois University Press.
- O'Donnell, P. (1995). *Dar la palabra al pueblo. La enseñanza-aprendizaje de la comunicación en Nicaragua durante la Revolución Popular Sandinista*. México: Universidad Iberoamericana.
- O'Donnell, P. (2008). Communication professions and academic research. En W. Donsbach (Ed.), *The International Encyclopedia of Communication* (Vol.3, pp. 797-803). Nueva York: Blackwell.
- Orozco, G. (2011). La condición comunicacional contemporánea. Desafíos latinoamericanos de la investigación de las interacciones en la sociedad red. En N. Jacks (Coord. / Ed.), *Análisis de recepción en América Latina: un recuento histórico con perspectivas al futuro* (pp. 377-408). Quito: CIESPAL.
- Parcell, L.M. (2008). Communication and media studies, History since 1968. En W. Donsbach (Ed.), *The International Encyclopedia of Communication* (Vol.2, pp. 757-764). Nueva York: Blackwell.
- Pasquali, A. (1978). *Comprender la comunicación*. Caracas: Monte Ávila.
- Peirce, C.S. (James Hoopes, ed.) (1991). *Peirce on signs: writings on semiotics by Charles Sanders Peirce*. Chappel Hill / Londres: The University of North Carolina Press.
- Peters, J.D. (1986). Institutional sources of intellectual poverty in communication research. *Communication Research*, 13(4), 527-559.
- Peters, J.D. (1999). *Speaking into the air. A history of the idea of communication*. Chicago / Londres: The University of Chicago Press.
- Rebeil, M.A., Hidalgo, J. & Luna, L.A. (2010). Communication education in Mexico: overall trends. *Communication Research Trends*, 29(2), 35-40.



- Rogers, E.M. (1993). Looking back, looking forward: a century of communication study. En Gaunt (Ed.), *Beyond Agendas: new directions of communication research*. Westport: Greenwood Press.
- Rogers, E.M. (1994). *A History of communication study. A biographical approach*. Nueva York: The Free Press.
- Saussure, F. de (1945). *Curso de lingüística general*. Buenos Aires: Losada.
- Schiller, D. (2007). *How to think about information*. Urbana / Chicago: University of Illinois Press.
- Schramm, W. (Comp.) (1966). *La ciencia de la comunicación humana. Nuevas orientaciones y nuevos descubrimientos en la investigación de la comunicación*. México: Roble.
- Scolari, C.A. (2008). *Hipermediaciones. Elementos para una teoría de la comunicación digital interactiva* (Cibercultura). Barcelona: Gedisa.
- Scolari, C.A. (2009). Alrededor de la(s) convergencia(s). Conversaciones teóricas, divergencias conceptuales y transformaciones en el ecosistema de medios. *Signo y Pensamiento* No.54, 44-55. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana.
- Shannon, C. & Weaver, W. (1949). *The Mathematical Theory of Communication*. Urbana / Chicago: University of Illinois Press.
- Shepherd, G.J., St. John, J. & Striphas, T. (2006). *Communication as... Perspectives on Theory*. Thousand Oaks: Sage.
- Simonson, P. & Peters, J.D. (2008). Communication and media studies, History to 1968. En W. Donsbach (Ed.), *The International Encyclopedia of Communication* (Vol.2, pp. 764-771). Nueva York: Blackwell.
- Snow, C.P. (2000). *Las dos culturas*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Sodré, M. (2002). *Antropológica do espelho. Uma teoria da Comunicação linear e em rede*. Petrópolis: Vozes.
- Thomas, P.N. (2008). Communication as an academic field: South Asia. En W. Donsbach (Ed.), *The International Encyclopedia of Communication* (Vol.2, pp. 627-632). Nueva York: Blackwell.

- Thompson, J.B. (1993). *Ideología y cultura moderna. Teoría crítica social en la era de la comunicación de masas*. México: UAM-Xochimilco.
- Trinidad, H. (Coord.) (2007). *Las ciencias sociales en América Latina en perspectiva comparada*. México: Siglo XXI.
- Tumber, H. (Ed.) (2000). *Media Power, Professionals and Policies*. Londres / Nueva York: Routledge.
- Tunstall, J. (Ed.) (2000). *Media occupations and professions: a reader*. Oxford / Nueva York: Oxford University Press.
- Verón, E. (1987). *La semiosis social. Fragmentos de una teoría de la discursividad*. Buenos Aires: Gedisa.
- Vizer, E. A. (2003). *La trama (in)visible de la vida social. Comunicación, sentido y realidad*. Buenos Aires: La Crujía.
- Wallerstein, I. (2004). *The uncertainties of knowledge*. Filadelfia: Temple University Press.
- Webster, F. (2004). Cultural studies and sociology at, and after, the closure of the Birmingham School. *Cultural Studies*, 18(6), 847-862.
- Wiener, N. (1948). *Cybernetics: or control and communication in the animal and the machine*. Cambridge: MIT Press.
- Wiener, N. (1950). *The human use of human beings. Cybernetics and society*. Nueva York: Avon Books.
- Wolton, D. (2006). *Salvemos la comunicación. Aldea global y cultura. Una defensa de los ideales democráticos y la cohabitación mundial*. Barcelona: Gedisa.

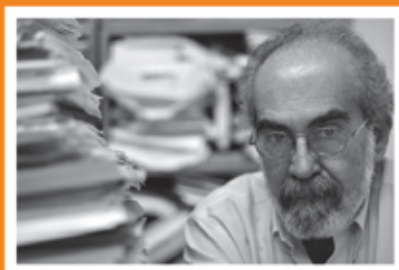
**Centralidad y marginalidad de la comunicación y su estudio**

se terminó de imprimir en noviembre de 2015  
en los Talleres de Innovación para el Diseño del ITESO,  
Periférico Sur Manuel Gómez Morín 8585,  
Tlaquepaque, Jalisco, México, CP 45604,  
La edición estuvo al cuidado de la  
Oficina de Publicaciones del ITESO.



ITESO

Universidad Jesuita  
de Guadalajara



Raúl Fuentes Navarro es maestro en Comunicación por el ITESO y doctor en Ciencias Sociales por la Universidad de Guadalajara. Es profesor investigador del ITESO y miembro del Sistema Nacional de Investigadores y de la Academia Mexicana de Ciencias. Por más de tres décadas se ha enfocado a la docencia e investigación acerca de la comunicación y en los procesos de institucionalización de estos estudios en México y América Latina.

La comunicación es un proceso esencial en la vida de los seres humanos y de las sociedades que conforman. De ahí la necesidad de estudiarla, pero también de reflexionar acerca de la investigación y la enseñanza, actual y futura, que se realiza de este complejo fenómeno.

Esta reflexión se realizó en el marco de la Cátedra en Estudios Socioculturales del ITESO que impartió Raúl Fuentes Navarro, la cual se concibió como “un ejercicio de producción social de sentido sobre la producción social de sentido”.

En este libro se recogen la exposición y el debate de ideas de Fuentes Navarro, autoridad y referente ineludible en el estudio de la comunicación, quien abordó el fenómeno comunicacional como problema, recurso y solución (dimensión ontológica); como objeto de conocimiento (dimensión epistemológica); como práctica, profesión y política (dimensión praxeológica), así como el tema de la construcción de objetos de investigación (dimensión metodológica) de la comunicación y de la centralidad y marginalidad de su estudio académico, entre otros.

Una obra de consulta valiosa para estudiantes, profesores e investigadores del campo de la comunicación.



ISBN 978-607-9361-89-1